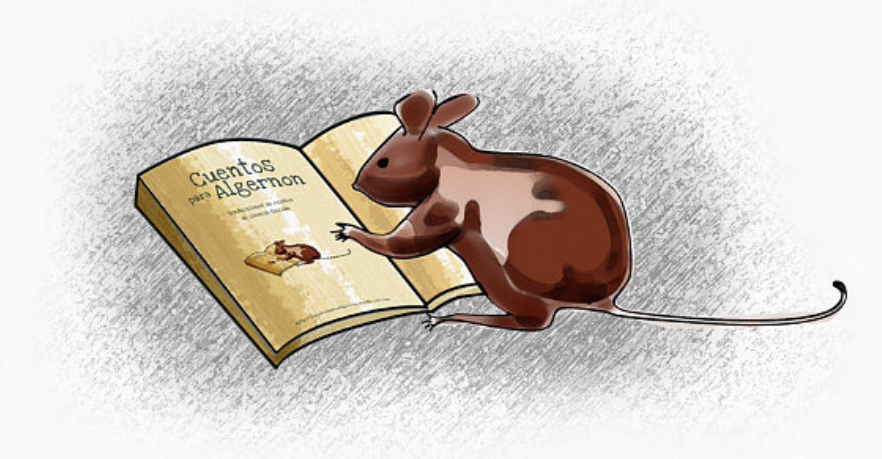
# Cuentos para Algernon

## AÑO III




Vajra Chandrasekera
Dan Chaon
Avram Davidson
James Alan Gardner
Ursula K. Le Guin
Jeff Noon
Tim Pratt
Mike Resnick
Alastair Reynolds
Jason Sanford
Robert Sheckley
Alex Shvartsman
Benjanun Sriduangkaew
Charles Yu

http://cuentosparaalgernon.wordpress.com

Cuentos para Algernon

Año III

Traducido del inglés por Marcheto

Más relatos en Cuentos para Algernon

**Traducido por** Marcheto

**Portada diseñada por** Jean Mallart inspirándose en una ilustración de Beatrix Potter

**Versión en libro electrónico adaptada por** johansolo

**Índice**

Presentación

La fijación, Alastair Reynolds

El hornillo eslovo, Avram Davidson

Aciago encuentro en Ulthar, Tim Pratt

Cthulhu explicado a la yaya, Alex Shvartsman

Tres vistas sobre la existencia de culebras en el torrente sanguíneo humano, James Alan Gardner

Re: Re: Re: Re: Re: El microondas de la sala-comedor está haciéndole cosas raras al tejido del espacio-tiempo, Charles Yu

Puente Silencioso, Cascada Pálida, Benjanun Sriduangkaew

¡Menudas cosas hace la gente!, Robert Sheckley

La llave del gabinete de la noche, Jeff Noon

Ulder, Vajra Chandrasekera

Las abejas, Dan Chaon

Aquí andamos, cayendo en las sombras, Jason Sanford

El Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle, Mike Resnick

**Ensayo**

Un mensaje sobre los mensajes, Ursula K. Le Guin

## Presentación

*Cuentos para Algernon: Año III* recoge la totalidad de los textos (trece relatos y un ensayo) publicados en el blog Cuentos para Algernon durante su tercer año de vida, entre noviembre de 2014 y octubre de 2015. Se trata de una antología de carácter gratuito y legal, gracias a que los propietarios de los derechos de las obras que aquí aparecen las han cedido de manera altruista para que se publicaran tanto en el blog como en esta antología.

Espero que estos cuentos sean para todos vosotros trece puertas a trece mundos que consigan apasionaros e incluso haceros sentir más libres. Porque, tal como podéis leer en el ensayo con el que se cierra este libro, de eso es de lo que se trata.

## La fijación

Alastair Reynolds

### Presentación

Alastair Reynolds es posiblemente uno de los autores de ciencia ficción más populares hoy en día. Nació en Gales en 1966 y, tras estudiar astronomía en Inglaterra y Escocia, en 1991 se trasladó a los Países Bajos donde trabajó en la Agencia Espacial Europea durante doce años. Su primer relato se publicó en 1990 en la revista británica *Interzone*, y durante bastante tiempo compaginó su carrera como científico con la literaria, hasta que en 2004, con cuatro novelas publicadas, decidió que ambas ya no eran compatibles y se convirtió en escritor a tiempo completo. Unos años más tarde, en 2008, regresó a su Gales natal donde reside en la actualidad.

Alastair es un escritor bastante prolífico que a lo largo de estos años ha publicado una docena de novelas y alrededor de medio centenar de relatos. En 2009 firmó un contrato con la editorial Orion por el que se comprometía a escribir diez novelas durante los siguientes diez años. Y, aunque como consecuencia de esto su prioridad en estos momentos sea esa novela anual, él mismo cuenta que disfruta escribiendo ficción breve por lo que siempre intenta sacar tiempo para escribir algún relato,

gracias a lo cual su producción en este campo no parece haberse resentido durante estos últimos años. Lo que es una suerte para todos nosotros, porque os aseguro que su obra breve no tiene nada que envidiar a sus novelas.

A pesar de esto, y tal como podéis leer en la serie de entradas dedicadas a los «20 autores de relatos de ciencia ficción que deberías estar leyendo» del blog Sense of Wonder, la ficción breve de Alastair no ha tenido demasiada suerte en castellano. Así que vamos a intentar remediarlo en cierta medida con este cuento, ganador del premio Sidewise Award.

*La fijación* (*The Fixation*) es un relato de ciencia ficción que se publicó originalmente en finlandés en 2007, y que ya en 2009 apareció en inglés en la antología *The Solaris Book of New Science Fiction: Volume 3*, editada por George Mann. Posteriormente se ha incluido también en *Deep Navigation*, una de las colecciones de relatos de Alastair, y en la antología de los mejores relatos de ciencia ficción del año *Year's Best SF 15*, editada por David G. Hartwell y Kathryn Cramer. Como os decía, este cuento ganó en la categoría de obra breve el premio Sidewise Award en 2010 (premios que se conceden a las mejores ucronías). Y como creo que esto ya es suficiente pista sobre su argumento, no voy a añadir nada más sobre el mismo.

Ya por último, solo me queda agradecer a Alastair su amabilidad, porque no solo ha escrito y me ha cedido para que comparta con vosotros este estupendo relato, sino que también ha respondido a todas las dudas que me han surgido durante la traducción del mismo (incluidas las relacionadas con algo tan importante como el título). *Thanks a million, Alastair!*

## La fijación

**Alastair Reynolds**

Para Hannu Blommila

Incrustado en la roca corroída había lo que parecía un embrión lleno de engranajes: el capullo incipiente de una era industrial que no nacería hasta un milenio después. (John Seabrook, *The New Yorker*, 14 de mayo 2007)

Katib, el guarda de seguridad que acostumbra a realizar el turno de noche, ya ha fichado cuando Rana pasa su tarjeta por el lector. El hombre le dirige una mirada de resignación cuando cruza a trompicones por delante de él vestida con su grueso abrigo, encorvada bajo un cargamento de portátiles y cajas llenas de documentos.

—¿Vas a trabajar toda la noche otra vez, Rana? —le pregunta, igual que se lo ha preguntado cien veces antes—. No hago más que decirte que te busques otro trabajo, niña.

—He tenido que trabajar muy duro para conseguir este —le responde ella, y a punto está de resbalar en el suelo, recién pulido por un pequeño ejército de robots limpiadores que lo han dejado brillante como un espejo—. ¿En qué otro lugar podría hacer esto y encima cobrar por ello?

—Te paguen lo que te paguen no es suficiente para compensar esas ojeras.

Rana hubiera preferido que no le hubiese mencionado las ojeras (porque tampoco es que a ella le hagan demasiada gracia), pero a pesar de ello sonríe, porque Katib es un buen tipo, en absoluto malintencionado.

—Ya se irán. De todos modos, estamos ya en la recta final. ¿O es que de algún modo has conseguido no enterarte de que se acerca la gran ceremonia de inauguración?

—Bueno, creo que algo he oído comentar —responde Katib rascándose la barba—. Tan solo confío en que necesiten que algún vejestorio siga vigilando esta ala cuando inauguren la nueva.

—Tú eres indispensable, Katib. Antes se desharían de la mitad de las piezas expuestas que ponerte a ti de patitas en la calle.

—Eso es lo que no dejo de repetirme, pero… —Encoge sus corpulentos hombros y luego le dirige una sonrisa para que Rana sepa que no le corresponde a ella preocuparse por sus problemas—. Bueno, no va a ser cualquier cosa, ¿verdad? La veo desde mi terraza, desde la otra punta de la ciudad. Al principio no me convencía demasiado, pero ahora que ya está construida, ahora que está ahí reluciente y terminada, está empezando a gustarme. Y es nuestra, eso es lo que no dejo de repetirme. Se trata de nuestro museo, y es todo nuestro. Es algo de lo que sentirse orgulloso.

Rana también la ha visto. La nueva ala, a punto de ser terminada, que deja pequeño al edificio actual. Se trata de un rutilante zigurat con control climático, obra de un ascético arquitecto británico que da la casualidad de que también es un cristiano devoto. Una elección controvertida, por supuesto, pero nadie que haya visto ese *tsunami* de vidrio y acero elevándose sobre las calles de la ciudad ha quedado indiferente. A medida que el sol atraviesa el cielo, los postigos controlados por ordenador se abren y cierran para regular el flujo de luz que entra en el profundo atrio (el atrio en el que el mecanismo será la pieza estrella) y para mantener la temperatura ambiental idónea en el edificio. Desde lejos, el juego de esos postigos compone un mosaico cautivador: una hipnotizadora danza de destellos chispeantes que nunca se repiten. Rana leyó en una revista que hasta que llegó a Magna Persia el arquitecto nunca había tocado un ordenador, pero que aprovechó sus posibilidades con el celo de un converso.

—Va a ser genial —dice Rana, debatiéndose entre seguir charlando sobre trivialidades con el afable vigilante y marcharse para empezar a trabajar—, pero la ceremonia de inauguración no será gran cosa como el mecanismo no esté en su lugar, ¿no crees?

—Que es una manera educada de decirme que tienes que irte a tu despacho —le dice sonriendo Katib, para que sepa que no se siente ofendido—. ¿Necesitas ayuda con esas cajas y ordenadores, cielo?

—Me apaño, gracias.

—Llámame si necesitas cualquier cosa. Estaré aquí hasta las seis. —Y tras decir esto, desdobla una revista y empieza a dar golpecitos con la punta de un lápiz sobre la cuadrícula de un crucigrama a medio hacer—. Y no trabajes demasiado —añade entre dientes, pero lo suficientemente fuerte como para que ella lo oiga.

Rana no se cruza con ningún otro ser humano en el camino hasta su despacho. Las zonas públicas del museo están desiertas, salvo por algún aislado robot limpiador, o algún otro de seguridad haciendo su ronda, pero, al menos, los pasillos y las salas de exposición aún están parcialmente iluminados y desde algunos puntos todavía se puede ver gente caminando por la calle, volviendo del teatro o de alguna cita tardía en algún restaurante.

En los pasillos cerrados al público, la historia es diferente. Están a oscuras y las ventanas están tan altas que lo único que se ve es el cielo iluminado por la luna. Los robots no frecuentan demasiado esas zonas, y la mayor parte de las salas de reuniones y los despachos están cerrados con llave y en silencio. Al fondo de uno de los pasillos se alza a modo de brillante centinela una máquina de café. Rana acostumbra a llevarse un vaso a su despacho, pero esta noche no le quedan manos libres, y bastante tiene ya con abrir las puertas empujando con el hombro sin que se le caiga nada.

La sala donde trabaja está en el sótano: una cripta fría y sin ventanas, un cruce entre laboratorio y despacho. Sus compañeros piensan que está loca por trabajar por las noches, pero Rana tiene sus motivos. Durante el día le toca compartir las instalaciones con el resto del personal, y entre las charlas y las interrupciones suele sacar mucho menos trabajo. Y por si esas distracciones no fueran suficientes, el tabique de cristal de las salas da a un pasillo abierto al público que permite a los visitantes del museo ver cómo se desarrollan en vivo las labores de catalogación y restauración. El público se esfuerza por aparentar un mayor interés del que en realidad siente, algo que tampoco es que sea demasiado sorprendente, puesto que la labor que se realiza ahí dentro no podría resultar menos interesante ni menos glamurosa. Rana ha pasado las últimas tres semanas trabajando con instrumental de precisión microscópica en la restauración de un único engranaje de bronce. Lo que los visitantes se imaginan que le ha llevado una mañana de trabajo en realidad ha consumido más tiempo de su vida que algunas de sus relaciones. Ya se conoce hasta el último arañazo y muesca de la pieza, igual que si fuera un viejo amigo o un antiguo e implacable adversario.

Hay otro motivo por el que trabaja por las noches. La cabeza le funciona mejor de madrugada. Siempre tiene más intuiciones brillantes a las tres de la mañana que a las tres de la tarde, aunque desearía que eso no fuera así.

Rana se quita el abrigo y lo cuelga junto a la puerta. Abre los dos portátiles, los coloca cerca el uno del otro y los enciende. Mantiene las luces de la sala no muy fuertes e iluminando únicamente la zona que

rodea su banco de trabajo. El engranaje está situado en el centro, apoyado en un soporte ajustable que parece un atril en miniatura. A ambos lados del mismo hay unos organizadores verticales, en los que están colocados diversas herramientas cromadas e instrumentos ópticos de aumento, de algunos de los cuales brotan cables con recubrimiento segmentado que acaban en un enchufe en la pared. Hay un visor abatible con *zoom*; láseres y aparatos de limpieza por ultrasonidos; duplicados del engranaje y de sus hermanos, tallados en latón, para pruebas; modelos hechos de plástico de partes del mecanismo, para que Rana pueda desarmarlos y explicar su funcionamiento a los visitantes. Otros engranajes que ya han sido desmontados del aparato para ser restaurados están metidos en cajas de plástico selladas y organizadas según unas etiquetas codificadas. Algunos están visiblemente más limpios que aquel en el que está trabajando, pero hay otros que todavía están mugrientos y corroídos, con dientes dañados y la superficie deteriorada y rugosa.

Y también está ahí el propio mecanismo, en el extremo opuesto del banco a aquel donde se encuentra la pieza en la que ella está trabajando. Está dentro de una caja de madera, del tamaño de una de zapatos, y la tapa de bisagras está abierta. Cuando llegó, la caja rebosaba de piezas mecánicas: un instrumento de relojería atestado de ejes y arandelas, rodamientos de bolas, pasadores ranurados y delicadas inscripciones grabadas a mano. Sin embargo, ninguno de sus componentes hacía nada. Al girar la manivela que lo accionaba, tan solo se oía un crujido metálico, cuando los engranajes rígidos y desgastados se bloqueaban y se quedaban inmóviles. Nadie en el museo recuerda la última vez que el artefacto había funcionado. Hacía cincuenta años, había oído decir a alguien, pero ni siquiera entonces todas las piezas estaban en su lugar. Algunas se habían desmontado cien años antes y nunca se habían vuelto a colocar. O se habían perdido o habían sido alteradas doscientos años atrás. Y desde entonces, el mecanismo se había convertido en un motivo de vergüenza: un artilugio legendario que no hace lo que todo el mundo espera que haga.

De ahí la decisión de los responsables del museo: restaurar el mecanismo para que recuperara su funcionalidad plena y original a tiempo para la inauguración de la nueva ala. Al ser la más destacada experta del museo en el aparato, el trabajo lógicamente había recaído en Rana. Intentaron endilgarle un equipo de colaboradores, pero los pobres doctorandos pronto se percataron de que su jefa prefería trabajar sola, sin tener que preocuparse por todas las concesiones que requiere el trabajo en colaboración.

¿Compartir la gloria? ¡Ni hablar!

Con el calendario de la pared recordándole que le quedan muy pocas semanas antes de la inauguración, hay momentos en los que Rana se pregunta si no se habrá embarcado en un trabajo que la supera. No obstante, está haciendo progresos y ya ha dejado atrás las partes más complicadas de la restauración.

Rana coge una de las herramientas y empieza a raspar para eliminar hasta la más minúscula rebaba de corrosión de uno de los dientes del engranaje. No tarda en estar absorta en el trabajo metódico

y repetitivo, con la mente vagando por la historia, pensando en todas las manos que han tocado ese metal. Se imagina a todas las personas a las que este pequeño mecanismo ha afectado, todas las vidas que ha alterado, las fortunas que ha hecho amasar y los imperios que ha derribado. El mecanismo estuvo en poder de los romanos durante cuatrocientos años (una de sus naves debió de transportarlo desde Grecia, posiblemente desde la isla de Rodas), pero los romanos, faltos de curiosidad y demasiado perezosos, se limitaron a maravillarse ante las habilidades de cálculo de la caja. La idea de que el mismo aparato que predecía con precisión los movimientos del sol, la luna y los planetas a lo largo de todo un ciclo metónico de doscientos treinta y cinco meses lunares pudiera emplearse para más cosas en ningún momento se les pasó por la cabeza.

Los persas eran distintos. Los persas vieron un universo de posibilidades en esas ruedas giratorias llenas de dientes. Esos tempranos instrumentos de medición y cajas calculadoras (los aparatos inteligentes que enviaron ejércitos, flotas e ingenieros por todo el mundo y convirtieron Magna Persia en lo que es en nuestros días) se parecen muy poco a los portátiles que hay encima de la mesa de Rana, pero el linaje no se ha interrumpido.

Debe de haber fantasmas atrapados en la estela de esta caja, piensa Rana; fantasmas que el mecanismo ha arrastrado mientras se iba abriendo paso a través de los siglos. Vidas cambiadas y vidas extinguidas, vidas que nunca llegaron a existir y a pesar de lo cual siguen estando presentes como si fueran espectros, una audiencia silenciosa que acude en tropel a esa silenciosa sala del sótano, a la espera del siguiente movimiento de Rana.

Algunas quieren que ella destruya el aparato para siempre.

Algunas quieren volverlo a ver brillar.

Rana no acostumbra a soñar, pero cuando sueña lo hace con relucientes engranajes de bronce que se acoplan perfectamente entre sí, chirriando frenéticamente, una danza de metal y geometría que mueve los cielos.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Safa no sueña con engranajes sino con números: es matemática. El artículo que la dio a conocer, y gracias al que está en el museo, se titulaba «El intercambio de entropía y la hipótesis de los mundos múltiples».

Como residente extranjera autorizada a quedarse en el país gracias a sus conocimientos en un campo sumamente esotérico, Safa tiene más derechos que los refugiados. Sin embargo, incluso en su caso debe aceptar la humillación de llevar un collar monitorizador, una especie de pesado grillete de plástico en el cuello, que no solo graba sus movimientos y ve y oye todo lo que ella ve y oye, sino que

puede aturdirla o practicarle una eutanasia si un agente gubernamental considera que está actuando en contra de los intereses nacionales. También debe ir acompañada en todo momento por un vigilante cíborg: un brillante cacharro negro siempre al acecho con el emblema de la agencia nacional de seguridad sobre su pecho a prueba de balas. Aunque al menos tiene el suficiente juicio como para quedarse al fondo de la sala cuando ella se dispone a dirigirse a los mecenas y administradores del museo allí reunidos a esa hora tan criminal.

—Siento haberles obligado a venir tan tarde —se disculpa el director del museo ante los asistentes—. Aunque Safa sabe de todo esto mucho más que yo, estoy lo suficientemente bien informado como para asegurarles que el equipo funciona mejor cuando la ciudad está echando el cierre de cara a la noche, cuando no hay tanto tráfico y el metro ya no opera. Podemos programar pruebas rutinarias durante el día, pero algo así, tan delicado, requiere el mayor grado posible de supresión de ruidos, ¿no es así, Safa?

—Exactamente, y si todo el mundo pudiera intentar contener la respiración durante las próximas seis horas, es probable que eso también ayudara. —Safa sonríe tranquilizadoramente, casi como si fuera a haber alguien que pudiera creer que hablaba en serio—. Sé bien que algunos de ustedes probablemente confiaban en ver el mecanismo propiamente, pero me temo que voy a tener que decepcionarles: el proceso mediante el que se coloca en el interior del equipo es muy lento y delicado, y si comenzáramos ahora todos nosotros seguiríamos aquí la próxima semana. No obstante, puedo enseñarles algo casi igual de interesante. —Saca una jarrita blanca de cerámica que ha llevado especialmente para la ocasión—. Bien, tal vez piensen que esta no es más que una vieja jarra de lo más normal que he encontrado al fondo de alguna taquilla… y no se equivocarán. Probablemente no tenga más de diez o quince años. El mecanismo, como estoy segura que no hace falta que le recuerde a ninguno de los presentes, es incomparablemente más antiguo: sabemos que la nave se hundió alrededor de la primera mitad del primer siglo antes de Cristo; pero, a pesar de ello, puedo utilizarla para ilustrar lo que quiero explicarles. Hay un número casi infinito de copias de este objeto, y todas son la misma jarra. Hay una línea histórica en la que yo pillé un resfriado, no pude venir hoy y es otra persona quien está aquí de pie hablándoles, sujetando esta misma jarra. Hay otra en la que alguien la sacó de la taquilla hace años y ahora reside en una cocina en la otra punta de la ciudad. Otra en la que fue comprada por una persona distinta y terminó por no acabar en el museo. Y otra más en la que se rompió incluso antes de que saliera de la fábrica. —Sonríe fugazmente—. Hasta aquí está claro. Lo que puede que no resulte tan evidente es que todas las copias de esta misma jarra mantienen un diálogo espectral entre ellas, están unidas por una especie de entrelazamiento cuántico… aunque en realidad ni es cuántico ni tampoco se trata exactamente de un entrelazamiento. —Otra sonrisa brusca, nerviosa—. Pero tranquilos, ¡nada de matemáticas esta noche! Lo importante es que, independientemente de lo que le suceda a esta jarra, independientemente de cómo se la utilice o de con qué entre en contacto, nunca llega a perder ese vínculo con las otras copias. La señal se debilita, pero nunca desaparece. Incluso aunque haga esto.

De pronto suelta la jarra, que cae al suelo y se rompe en una docena de afilados pedazos blancos.

—La jarra se ha roto —continúa Safa poniendo cara de pena—, pero en cierta manera sigue existiendo. El resto de sus copias siguen en perfecta forma, y cuando esta se hizo añicos todas ellas notaron un eco, que sigue ahí fuera, reverberando aquí y allá igual que el sonido de un carrillón que se va apagando. —Entonces hace una pausa y se arrodilla para recoger en las palmas de las manos un puñado de fragmentos—. Imaginen que de algún modo puedo coger estos pedazos y hacerlos resonar con las copias intactas de la jarra. Imaginen todavía más: que de algún modo puedo robar un poco del orden de cada una de esas copias y darles a cambio algo del desorden de esta, en una especie de trueque. —Safa se interrumpe un instante, intentando juzgar si todavía cuenta con la atención de los asistentes. ¿Están siguiendo lo que dice o se limitan a fingir que lo siguen? No siempre es fácil saberlo, y en el rostro del administrador del museo no hay nada que le dé una pista—. Pues bien, lo podemos hacer. Es lo que llamamos fijación: mover cantidades ínfimas de entropía de un mundo (o universo) a otro. Ahora bien, llevaría muchísimo tiempo recomponer esta taza hasta su estado inicial. Sin embargo, si comenzáramos con otra que solo estuviera un poco estropeada, un poco gastada, el proceso sería mucho más rápido. Y en esas estamos con el mecanismo de Anticitera. Está partido en varios fragmentos y además sospechamos que faltan piezas, pero por lo demás está en un estado sorprendentemente bueno para tratarse de un objeto que ha estado sumergido durante dos mil años.

Es entonces cuando se gira lentamente, para quedar frente a la inmensa y ronroneante masa del fijador. Se trata de un cilindro plateado mate con una puerta circular en un extremo, que está colocado en el interior de un sólido armazón naranja festoneado con cables, conductos de refrigeración y pasarelas de servicio. La máquina es grande como un pequeño reactor de fusión y varias veces más compleja. Sus imanes son más potentes y sensibles, el nivel de vacío más alto y el sistema de control se acerca tan peligrosamente a la inteligencia que un agente gubernamental debe estar cerca en todo momento, preparado para destruir el aparato si llega a atravesar el umbral que da paso a la consciencia.

—De ahí este equipo. El mecanismo está ahora mismo en su interior; de hecho, ya hemos comenzado el proceso de excitación de la resonancia. Lo que esperamos es que por ahí, en algún lugar en ese océano de líneas temporales alternativas, exista una copia del mismo que nunca haya caído al agua. Por supuesto que esa copia puede haber sido destruida posteriormente, pero en algún lugar tiene que haber otra en mejores condiciones que esta. Y, por lo que sabemos, podría haber incluso un número casi infinito de ellas. A lo mejor hemos sido nosotros los únicos que hemos tenido mala suerte y nadie más ha terminado con la suya perdida bajo las aguas.

Tose para aclararse la garganta y en ese instante vislumbra su propio reflejo en el cristal de una de las vitrinas en una esquina de la sala. El rostro demacrado, arrugas de cansancio alrededor de la boca, ojeras: una mujer que lleva demasiado tiempo trabajando demasiado. Ahora bien, ¿de qué otro modo va a conseguir una matemática iraní salir adelante en el mundo si no es a base de trabajo y dedicación?

Porque ella ni nació rica ni ha tenido a nadie que se apresurara a irle abriendo las puertas.

Su trabajo perdurará mucho más tiempo que sus ojeras, se dice.

—Lo que va a suceder —continúa tras recuperar la compostura— es que vamos a robar una cantidad casi infinitesimalmente pequeña de orden de un número casi infinitamente grande de universos alternativos. A cambio, inyectaremos una diminuta cantidad de entropía excedente en cada una de esas líneas temporales. Las copias del mecanismo apenas notarán el cambio: la alteración en cualquiera de ellas será tan nimia que casi resultará inmensurable. Un rasguño microscópico aquí, una pizca de corrosión o la introducción de un átomo con impurezas allá. Sin embargo, como estamos robando orden de un número tan elevado de copias y consolidándolo en una única línea temporal, el cambio en nuestro universo será enorme. Nosotros ganaremos, porque recuperaremos el mecanismo tal como era antes de caer al mar. Sin embargo, nadie pierde; no es que estemos robándole a alguien su copia en perfectas condiciones y reemplazándosela con la nuestra que está deteriorada.

Safa tiene la impresión de que ya se los ha ganado, de que no va a haber ni complicaciones ni pegas y de que ya podrían dirigirse hacia las mesas y empezar a picar dados de queso; pero entonces se alza lentamente la mano de uno de los asistentes. Pertenece a un joven con aspecto vehemente, gafas cuadradas y un marcado flequillo.

—¿Cómo puede estar tan segura? —pregunta.

Safa hace una mueca: odia que le hagan preguntas.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Rana deja la herramienta y escucha con mucha atención. En algún lugar del museo se ha oído un fuerte golpe, como si alguien hubiera dado un portazo. Se mantiene en silencio durante al menos un minuto, pero al no llegarle ningún otro sonido retoma el trabajo e inunda la sala con los continuos chirridos de la fresa de diamante contra el metal corroído.

Y entonces oye otro ruido, como un agitado revoloteo de algún animal, como si un pájaro anduviera suelto por uno de los sombríos pasillos, y ya no aguanta más. Se levanta de la mesa y sale al corredor del sótano, preguntándose si es que habrá alguien más trabajando; pero el resto de salas y despachos siguen estando cerrados y a oscuras.

Cuando está a punto de regresar para llamar a Katib y continuar con su trabajo, oye de nuevo el ruido apagado como de plumas agitándose. Se encuentra cerca del hueco de la escalera y el sonido llega sin lugar a dudas de arriba, tal vez del piso que tiene justo encima.

Se agarra a la barandilla y empieza a subir. Es posible que lo inteligente sea no ser tan valiente (el museo ha tenido su ración de intrusos y se han producido varios robos), pero la máquina de café está

arriba y desde hace al menos una hora tenía en mente ir a por uno. Con el corazón en un puño llega al siguiente rellano, dobla la esquina y se adentra en el pasillo, estrecho y deslucido como el resto de zonas del museo cerradas al público. A un lado tiene las altas ventanas típicas de los edificios oficiales; al otro, puertas de despacho; pero allí está la máquina, en medio de un círculo de luz dos puertas más allá, y no hay rastro de intruso alguno. Se encamina hacia ella, rebuscando en el bolsillo a la caza de monedas, y teclea el número que corresponde a su bebida. Mientras la máquina vuelve a la vida entre clics y gorgoteos siente que una corriente de aire le roza la mejilla. Recorre el pasillo con la mirada y la vuelve a sentir: es como si hubiera una puerta abierta por la que se estuviera colando el aire nocturno. Sin embargo, la única puerta debería ser aquella en la que está Katib, en el otro extremo del edificio.

Mientras sale el café, Rana camina siguiendo la dirección de la corriente. El pasillo llega hasta el ángulo del ala y allí tuerce a la derecha. Rana dobla la esquina y ve algo que no se esperaba. A lo largo del corredor, las ventanas no tienen cristales, ni tampoco metal en los marcos: son simplemente unos alargados agujeros vacíos en la pared. ¡Y allí está!, una silueta negra revoloteando: un cuervo, o algo parecido a un cuervo, que ha entrado por alguna de esas aberturas y ahora no consigue encontrar la manera de volver a salir al exterior. Se lanza una y otra vez contra la superficie de pared entre ventana y ventana, con un brillo de desquiciada desesperación en los ojos.

Rana se queda inmóvil, preguntándose cómo es posible. Ella ha estado allí. Recuerda haber pasado por delante de la máquina y haber pensado que se habría sacado un café de no haber ido cargada hasta arriba con las cajas y ordenadores.

Pero la ausencia de cristal no es lo único. ¿Se está volviendo loca o realmente las aberturas de las ventanas parecen más estrechas de lo que lo eran antes, como si las paredes hubieran empezado a constreñir los huecos de las ventanas que se están cerrando igual que unos ojos adormilados?

Tiene que llamar a Katib.

Se apresura a regresar por donde ha venido, sin acordarse para nada del café que acaba de pagar; pero, al doblar la esquina del pasillo, la máquina está allí, apagada y a oscuras, como si la hubieran desenchufado.

Vuelve al sótano. Bajo los pies nota las escaleras más irregulares y peor terminadas de lo que las recordaba, hasta que llega a los últimos escalones que ya empiezan a parecerle otra vez normales. Se detiene al llegar abajo, esperando a que se le aclare la cabeza.

Ahí abajo al menos todo está como tiene que estar. Su despacho sigue tal como lo dejó: las luces encendidas y los ordenadores brillando, el engranaje colocado en su soporte y el destripado mecanismo en el otro extremo de la mesa.

Se acomoda con cuidado en su asiento, con el corazón todavía latiéndole aceleradamente, y levanta el auricular del teléfono.

—¿Katib?

—Sí, cielo —responde el hombre, cuya voz suena más distante y con más interferencias de lo que a Rana le parece que debería sonar, como si estuviera hablando desde la otra punta del planeta—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Katib, acabo de subir al piso de arriba y…

Pero entonces se calla. ¿Qué le va a decir?, ¿que vio unos boquetes vacíos donde debería haber habido ventanas?

—¿Rana?

El valor la abandona.

—Solo te iba a decir que… la máquina del café no funciona. A lo mejor alguien podría echarle un vistazo.

—Hasta mañana no, me temo… no hay nadie capacitado, pero lo anotaré en el registro de incidencias.

—Gracias, Katib.

—¿Y no querías nada más? —le pregunta Katib tras una pausa.

—No, nada más. Gracias, Katib.

Rana sabe lo que debe de estar pensando. Que ha estado trabajando demasiado, que ha estado demasiado concentrada en su tarea. Hay quien dice que ese es el efecto que tiene el mecanismo en la gente. Se pierden en sus posibilidades laberínticas y nunca más vuelven a salir. Al menos no tal como eran antes.

Pero a ella le parece que continúa oyendo el cuervo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—¿Que cómo puedo estar tan segura sobre qué? —pregunta Safa con una educada sonrisa.

—Sobre que va a funcionar tal como dice —responde el vehemente joven.

—Los algoritmos matemáticos son bastante concluyentes —dice Safa—. Y yo debería saberlo: fui quien descubrí la mayoría. —Lo que suena menos modesto de lo que era su intención, aunque a nadie parece importarle—. Lo que quiero decir es que no hay margen alguno para la ambigüedad. Sabemos que esa capa de líneas temporales que nos rodea tiene una extensión casi infinita, y sabemos que únicamente estamos inoculando la más diminuta cantidad de entropía concebible en cada una de ellas.

Safa reprime una sonrisa, confiando en que al joven le baste con eso y que ella pueda continuar con la presentación, pero el hombre no se queda satisfecho.

—Todo eso está muy bien, pero ¿no está presuponiendo que a todas esas otras líneas temporales les sobra orden? ¿Y si ese no fuera el caso? ¿Qué pasaría si todos esos otros mecanismos estuvieran tan corroídos y deteriorados como el nuestro?, ¿qué sucedería entonces?

—Seguirá funcionando, siempre que el contenido total de información de todas las líneas temporales sea suficiente para obtener una copia intacta, un suceso de probabilidad abrumadora desde un punto de vista estadístico. Por supuesto, si resulta que todos los mecanismos están exactamente igual de deteriorados que el nuestro, entonces el fijador no funcionará: de donde no hay seguimos sin poder sacar. Aunque eso no es demasiado probable. Fíese de mí. Tengo plena confianza en que podemos encontrar la suficiente información como para reconstruir nuestra copia.

El hombre parece satisfecho con esa respuesta, pero justo cuando Safa está a punto de abrir la boca para continuar con su exposición, su adversario vuelve a levantar la mano.

—Disculpe, pero… no puedo evitar seguir dándole vueltas. ¿Se distribuye el intercambio de entropía de manera uniforme entre todas las líneas temporales?

Se trata de una pregunta extraña, como de entendido, lo que le hace pensar que el hombre ha hecho los deberes más a fondo que la mayoría de los presentes.

—De hecho, no —responde Safa con cautela—. De acuerdo con los algoritmos matemáticos, el intercambio de entropía tiende siempre a aglutinarse ligeramente. Si una cierta copia del mecanismo tiene más información para proporcionarnos, terminamos inoculando un poco más de entropía en esa copia que en aquellas que tengan menos información que ofrecer. No obstante, seguimos hablando de unas diferencias pequeñas, nada de lo que nadie vaya a poder llegar a percatarse.

El hombre se pasa la mano por el flequillo.

—Pero ¿qué pasa si hay solo una?

—¿Cómo dice…?

—Me refiero a que ¿y si solo hay una copia intacta por ahí y todas las demás están tan deterioradas o más que la nuestra?

—Eso no puede suceder —responde Safa, deseando que alguien, cualquiera, interrumpa con otra pregunta. No es que sienta que está pisando terreno resbaladizo, sino simplemente que tiene la sensación de que ese interrogatorio puede prolongarse toda la noche.

—¿Por qué no? —insiste el hombre.

—Porque no. Los algoritmos nos dicen que es algo tan improbable que podemos olvidarnos de esa posibilidad.

—¿Y usted se lo cree?

—¿Y por qué no iba a creérmelo? —Safa está empezando a perder la paciencia al sentirse acorralada y presionada. ¿Dónde está el director del museo para defenderla cuando hace falta?—. Por supuesto que me lo creo. Lo contrario sería bastante extraño.

—Solo era una pregunta —dice el hombre, que suena como si fuera a él a quien hubieran estado acosando—. Es posible que no sea demasiado probable… Tendré que creerla. Solo quería saber qué es lo que sucedería en ese caso.

—No es necesario —insiste Safa con firmeza—. Es algo que no puede suceder… nunca. Y ahora, ¿puedo continuar, por favor?

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Rana clava de nuevo el dedo en la tecla para llamar Katib, pero no se oye nada, ni siquiera el frío zumbido del tono de llamada. El teléfono está mudo y, ahora que lo mira, ve que la pantalla de visualización de llamadas está apagada. Cuelga otra vez y lo vuelve a intentar, pero todo sigue igual.

Entonces es cuando repara en el engranaje, en aquel en el que ha estado trabajando. En el mecanismo de Anticitera hay treinta y siete ruedas dentadas y esta es la veintiuna, y aunque todavía quedaba mucho por hacer antes de que estuviera preparada para ser vuelta a colocar en la caja, ahora parece que apenas hubiera empezado con ella. La corrosión de la superficie que lleva semanas eliminando ha regresado en cuestión de minutos y la ha cubierto con una afelpada capa verde azulada, como si alguien hubiera cogido la pieza y la hubiera sumergido en ácido mientras ella estaba fuera de la sala. Sin embargo, al mirarla parpadeando consternada, como si el problema estuviera en sus ojos en lugar de en la rueda, se da cuenta de que faltan tres de los dientes, o están tan desgastados que es como si faltaran. Y lo que es peor, uno de los laterales está atravesado por un arañazo bien visible (casi más una raja, de hecho), como si la rueda estuviera a punto de partirse en dos.

Boquiabierta e inquieta en igual medida, coge una de las herramientas (la fresa que estaba utilizando antes de oír el ruido) y roza con ella parte de la corrosión verde azulada, que se desprende casi al momento, pero llevándose con ella un cuadrante de la rueda, que se deshace y se convierte en un montón de pálidos gránulos sobre la mesa. Petrificada por la incredulidad, clava la vista en el engranaje echado a perder, que parece haber recibido un terrible mordisco en uno de los lados, y entonces la propia herramienta se le desintegra en la mano.

«Esto no puede estar sucediendo», se dice. Y entonces su mirada se detiene sobre los otros engranajes, en las cajas de plástico, y ve que todos están aquejados de esa misma quebradiza corrosión.

Y en cuanto al propio mecanismo, a la caja destripada: lo que ve no es posible. A duras penas puede

aceptar que algún tipo de extraña reacción química que hasta ese momento nunca hubiera sido documentada haya atacado al metal durante el tiempo que le ha llevado subir al piso de arriba y volver a bajar; pero la caja en sí es de madera… no ha cambiado en cientos de años, no desde que fue reemplazada por última vez por uno de los numerosos y esmerados propietarios que ha tenido el mecanismo.

Sin embargo, la caja se ha convertido en algo que más parece piedra que madera, un objeto de cuyo origen artificial resulta difícil percatarse. Alarga la mano y la toca atemorizada. Tiene un tacto fibroso e insustancial. Su dedo casi parece atravesarla, como si no se tratara en absoluto de un objeto real sino de un holograma. Cuando se fija en el corazón del mecanismo ve que los engranajes que todavía están en su lugar se han fusionado en una única masa corroída, que parece un bloque de roca en el que se hubiera grabado una imprecisa imagen de un mecanismo de relojería.

Y en ese momento Rana se echa a reír, porque las piezas del rompecabezas acaban de encajar en su lugar. No es más que una broma, aunque, dada la presión a la que ya de por sí está sometida, una broma de espectacular mal gusto. Pero en cualquier caso una broma y no un síntoma de su descenso hacia la locura. Ha sido atraída hacia el piso de arriba por un ruido, porque ¿cómo si no se iban a poder colar en su despacho y sustituir el mecanismo por este primo segundo suyo echado a perder? Las ventanas desaparecidas, el pájaro presa del pánico parecen detalles demasiado extremos, intrusiones de la lógica onírica debidas al azar, pero ¿quién puede saber qué es lo que se le puede ocurrir a un bromista?

Bueno, ella también tiene sentido del humor. Aunque no justo ahora, no esta noche. Así que alguien lo va a pagar. Y cortarle el teléfono ya ha sido el colmo. Eso es de mal gusto, no tiene ninguna gracia.

Se dispone a levantarse de nuevo del banco de trabajo para encontrar a quienesquiera que sean los que deben de estar espiándola, segura de que andarán escondidos fuera de la sala, entre las sombras, tal vez en el pasillo de observación que está a oscuras, desde donde habrán podido ser testigos de su desasosiego. Sin embargo, cuando apoya la mano para empujarse hacia arriba, los dedos se le hunden en la grisácea superficie del banco.

Y se desdibujan como si los estuvieran introduciendo en agua.

De pronto se percata de que no es el mecanismo de Anticitera el que está perdiendo solidez, sino todo lo que la rodea.

No, tampoco es eso. Al edificio le está sucediendo algo, pero si la mesa se estuviera convirtiendo en un objeto fantasmal, todos los objetos pesados que hay encima (el mecanismo, el equipo, los portátiles) seguro que ya se habrían hundido y caído a través de ella. Hay una explicación más sencilla, aunque al caer en ella siente como si la hubiera atravesado un rayo de frío interestelar.

Es ella la que se está desvaneciendo, perdiendo arraigue y sustancia.

Rana acaba incorporándose, pero es como si estuviera apoyada sobre humo. La sensación no es tanto

de… estar de pie sobre el suelo sino de flotar con los pies ligeramente en contacto con él. El aire en sus pulmones está empezando a enrarecerse, pero tampoco es que tenga la sensación de que esté a punto de ahogarse. Intenta caminar, y durante unos instantes sus pies forcejean en vano contra el suelo, hasta que empieza a ganar un espectral impulso en dirección a la puerta.

Cuando ha vuelto de su visita al piso de arriba, el pasillo que hay al pie de las escaleras estaba normal, pero ahora se ha convertido en un pasaje oscuro e intimidatorio, con toscas entradas que franquean el paso a unas cámaras que parecen calabozos. Su despacho es el único lugar reconocible, y ni siquiera él es inmune a los cambios. La puerta se ha desvanecido y tan solo queda una combada abertura en la pared. El suelo está formado por losas irregulares. A mitad de camino entre la puerta y su mesa, las losas se desdibujan y se convierten en algo que parece cemento, y un poco más adelante el cemento adquiere el vivo brillo rojo del revestimiento del suelo al que ella está acostumbrada. Sobre la mesa, la luz de la lámpara eléctrica parpadea y pierde intensidad. Los portátiles se apagan con un gemido, las pantallas se van quedando a oscuras. La línea que delimita el cambio en el suelo se arrastra camino de la mesa, como la marea que sube. Desde algún lugar sumido en la oscuridad a Rana le llega el ruido apagado y persistente de agua goteando. Se equivocaba al pensar que los objetos que había sobre el banco eran inmunes a ese desvanecimiento. Ella fue la primera, pero ahora ese mismo proceso de disipación está empezando a atrapar a las herramientas, a sus notas y a los portátiles, y hasta al propio banco. Incluso el mecanismo está perdiendo su vínculo con la realidad: sus engranajes y componentes están comenzando a disolverse ante sus ojos. La caja de madera adopta un tono gris ceniciento y se desmorona convertida en un montón de polvo. Una brisa se cuela en la sala y el polvo desaparece como por arte de magia.

Rana se percata de que el mecanismo ha sido lo último que ha desaparecido: la marea de cambio ha llegado desde todas las direcciones camino de ese foco diminuto, que durante unos instantes se ha mantenido firme, resistiéndose a las fuerzas del cambio.

Y ahora Rana siente cómo se acelera su propio proceso de desvanecimiento. Ni puede moverse ni comunicarse. Está a la merced de la brisa.

La brisa la arrastra a través de los fríos muros de piedra hasta el exterior, hasta la noche de una ciudad que apenas reconoce. Rana se desliza por el cielo, capaz de ver, pero no de intervenir. Por todas partes lo único que vislumbra es ruinas y desolación. Los esqueletos de los inmuebles proyectan sus irregulares perfiles contra el cielo iluminado por la luna. Aquí y allá le parece reconocer el cadáver desplomado de algún monumento, pero todo está tan distinto que enseguida pierde el sentido de la orientación. Incluso la forma del río, en el que se refleja la luz de la luna, parece haberse apartado serpenteando del curso que recuerda. Ve adoquines hechos añicos y puentes de metal que terminan a mitad de camino de la otra orilla. Fuegos carmesíes arden en el horizonte y su parpadeo atraviesa las cuencas vacías de los edificios arrasados.

Y entonces se fija en las máquinas negras, que avanzan amenazadoras por el laberinto y por los

cañones que forman las ruinas. Máquinas de guerra feroces y aterradoras, con las armas montadas en torretas que giran apuntando a entradas y sombras, con las orugas metálicas a modo de pies que aplastan los escombros de la ciudad pulverizada, esos escombros que antaño fueron moradas y posesiones, hasta que llegaron estos mastodontes. Rana no necesita ni un emblema ni una bandera para saber que estas son las máquinas de una fuerza de ocupación, que su ciudad está bajo el yugo mecanizado de un invasor. Contempla cómo una figura surge de su escondite para lanzar una patética antorcha encendida contra una de las máquinas. La torreta gira bruscamente y contraataca descargando una lanza de fuego contra el asaltante. La figura se desploma.

El viento empuja a Rana hacia lo alto, y la ciudad se convierte en su propio mapa. Con el cambio de perspectiva, Rana avista el edificio que albergaba el Museo de Antigüedades, pero lo que ve no es más que una fortaleza o prisión destruida, una más entre tantas. Y durante un instante se acuerda de que la estructura del museo era muy antigua, de que el edificio (o la sucesión de edificios, cada uno construido sobre la traza del anterior) se ha erigido en ese mismo lugar desde muchos siglos atrás, al servicio de muchos soberanos.

Y en ese mismo instante, Rana comprende fugazmente lo que les ha sucedido a ella y a su mundo. El mecanismo ha sido arrancado de la historia y, en consecuencia (al ser el mismo totalmente esencial), la historia se ha desbaratado. No hay Museo de Antigüedades porque no hay Magna Persia. El maravilloso artilugio que envió a ejércitos e ingenieros por todo el mundo sencillamente nunca ha existido.

Ni tampoco ha existido Rana.

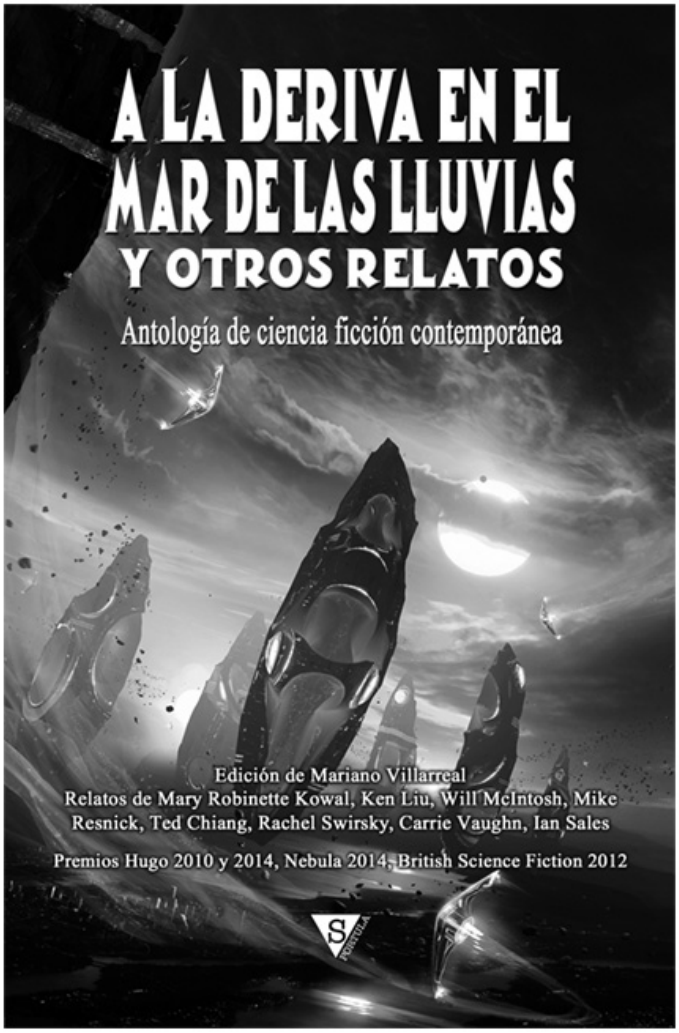
Sin embargo, ese instante de comprensión pasa tan rápido como llegó. Los fantasmas no son las almas de los muertos, sino las almas de las personas borradas de la historia cuando la historia cambia. Y lo peor del caso es que nunca llegan a recordar con claridad la persona que fueron en vida, los hechos de los que fueron testigos.

El viento la remonta más hacia lo alto, hasta las enrarecidas nubes plateadas; pero para entonces Rana ya no está pensando en nada, salvo en la infinita red de hermosos engranajes de bronce que moverán los cielos por toda la eternidad.

Copyright © 2007 Alastair Reynolds

**Una antología de ciencia ficción contemporánea que incluye algunas de las mejores historias actuales del género a nivel mundial.**

**Piezas de ciencia ficción de futuro cercano en su mayoría, inquietantes, sorprendentes, narradas con gran sensibilidad y poseedoras de un fuerte componente filosófico, de la mano de ocho destacados escritores, cinco hombres y tres mujeres, que evidencian la riqueza y solidez de la narrativa de ciencia ficción actual.**




PORTULA

# El hornillo eslovo

Avram Davidson

## Presentación

Retomamos el Especial Humor que iniciamos en *Cuentos para Algernon: Año II,* con un relato de Avram Davidson, autor estadounidense cuya obra se encuadra principalmente en la ciencia ficción, la fantasía y el género policiaco. Sus primeros relatos aparecieron en la década de los cincuenta y desde ese momento hasta su muerte, en 1993, publicó diecinueve novelas, más de ciento cincuenta cuentos y numerosos ensayos. A lo largo de su vida ganó un premio Hugo en la categoría de relato, un World Fantasy Award en la de mejor colección, otro por toda su trayectoria y un tercero por su labor como director de la revista *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, al frente de la cual estuvo durante tres años. Y, posteriormente, su antología *The Avram Davidson Treasury*, publicada en 1999, también conseguiría un premio Locus. Y no solo esto, sino que además logró diversos galardones con sus obras policiacas. Sus novelas y relatos están llenos de ingenio, humor y erudición, y se lo considera un autor más literario de lo habitual en los géneros que frecuentó con más asiduidad, lo que le ha llevado a ser comparado con otros grandes maestros de la ficción breve como Saki, John Collier o John Cheever.

A pesar de todo lo anterior, no es un escritor excesivamente popular, al menos por aquí. Durante los años sesenta, setenta e incluso ochenta, se tradujeron al español varios de sus relatos, aunque en publicaciones que en su mayoría ahora mismo no creo que sean fáciles de conseguir. Sin embargo, en estos últimos años, la escasez de traducciones de sus obras creo que ha sido casi total. Por mi parte considero que merece ser descubierto y reivindicado, y espero que tras leer esta pequeña muestra de su obra estéis de acuerdo conmigo.

*El hornillo eslovo* (*The Slovo Stove*) se publicó en 1985 en la antología *Universe 15*, editada por Terry Carr, y fue finalista de los premios World Fantasy Awards en la categoría de obra breve. Posteriormente fue incluido en la anteriormente citada *The Avram Davidson Treasury*, antología editada por Robert Silverberg y Grania Davis que recopila gran parte de sus mejores relatos. Esta obra cuenta con el aliciente de que cada cuento viene acompañado por un texto complementario cuyos autores son en su mayoría grandes escritores del género; unos textos de homenaje a Davidson y a su obra que son la prueba de la gran influencia que ha tenido sobre otros autores más populares entre nosotros. En el caso de *El hornillo eslovo*, la introducción corre a cargo ni más ni menos que de Michael Swanwick

y, como también tenéis la suerte de poder leerla aquí y yo suscribo totalmente sus palabras, lo mejor es que por mi parte ya no diga nada más sobre este cuento.

Y por último pasemos como es habitual al capítulo de agradecimientos, que en esta ocasión me temo que es incluso más extenso que otras veces. En primer lugar, quiero dar las gracias a Michael Swanwick, por autorizarme a tener hoy aquí su introducción. En segundo lugar, y muy especialmente, a Henry Wessells, escritor, editor, experto en la obra de Davidson, y director ejecutivo y presidente de la junta directiva de la Avram Davidson Society (organización dedicada a dar a conocer la obra de este autor y cuyo actual presidente es Peter S. Beagle). Henry no solo me facilitó la información gracias a la que conseguí el permiso para publicar este cuento, sino que ha tenido la amabilidad de aclararme todas las dudas que me han surgido durante el proceso de traducción del mismo, que os aseguro que no han sido pocas, porque Davidson no es en absoluto un autor sencillo de traducir. Y ya por último a Darrell Schweitzer y, por supuesto, a Grania Davis que ha sido en última instancia quien me ha autorizado a compartir este estupendo relato con vosotros. *Thanks a million Michael, Henry, Darrell and Grania!*

## Introducción

*El hornillo eslovo* es probablemente el alegato definitivo sobre un proceso clave en la experiencia de los inmigrantes llegados a los Estados Unidos: la pérdida de la etnicidad. En una ocasión, escribí a Avram para felicitarle por este relato y le comenté que mi esposa, Marianne Porter, de raíces rutenas, había sido prácticamente incapaz de averiguar nada sobre las tradiciones y cultura de sus antepasados. Avram me respondió:

«Y en lo referente a la ya desaparecida República Checoslovaca de mi juventud, la actitud de los habitantes de Yonkers era tal cual esta: "¿Y los checos?", "Los checos... los checos son buena gente. Tienen nombres raros, pero en esencia son buena gente". "¿Y los eslovacos?". "Bueno... los eslovacos... los eslovacos trabajan duro... pero los sábados por la noche se emborrachan y pegan a sus mujeres y a sus hijos; los eslovacos... no llevan sombrero... ¡llevan gorra!". "¿Y los cárpato-rutenos?". Respuesta: "¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!". Nunca oí a nadie mencionarlos sin reírse. E incluso hoy sigo sin saber qué demonios es lo que los cárpato-ruso-rutenos tienen o se supone que tienen para que hagan tanta gracia. NI idea.»

Porque así es como Avram escribía normalmente: con erudición, cruda lucidez y un tremendo sentido del humor. Y, a propósito, si tienen algún familiar o amigo que «no lee ciencia ficción» pero que aprecia la exquisita destreza literaria de, por ejemplo, Updike, Cheever o Raymond Carver, este es un cuento que pueden animarle a leer con total tranquilidad. Porque Avram era (lo es) su igual. En maestría, en osadía, en experiencia; sus mejores obras están al nivel de las de ellos. Era, al igual que ellos, uno de los mejores escritores estadounidenses de ficción breve.

En cuanto a por qué este hecho nunca le fue reconocido en vida, es algo que se me escapa por completo. NI idea.

Michael Swanwick

## El hornillo eslovo

**Avram Davidson**

A Fred Silberman le hubiera supuesto un considerable esfuerzo conseguir llegar a decir algo bueno de verdad sobre su ciudad natal; «una panda de palurdos y fanáticos», la había descrito en una ocasión; y la vida lo había arrastrado a muchas leguas de allí. Sin embargo, en Parlour's Ferry vivía la única tía que le quedaba viva, tita Pesha, y de tita Pesha (en realidad una tía abuela política) solo tenía buenos recuerdos. Sintiéndose muy orgulloso de sí mismo por ello, fue a visitarla; como premio (o castigo), lo reconocieron por la calle y casi al momento le ofrecieron un trabajo estupendo. Muy a su pesar, lo aceptó y, antes de que fuera consciente de lo que estaba sucediendo, se encontró con que ya casi se había convertido en un miembro del *establishment* de la ciudad en la que en el pasado casi se había sentido un paria.

Bien, ya tenía un trabajo nuevo en un negocio nuevo, ¿qué era lo siguiente? Un lugar nuevo para vivir, eso era lo siguiente. Sabía que si le decía a su anciana tía, «Tita, voy a vivir en el hotel» (Parlour's Ferry tenía uno, bien contado: exactamente uno), ella le diría, «¡Qué bien!». Y, que si le decía, «Tita, voy a vivir contigo», la mujer le diría, «¡Qué bien!». No obstante, Fred pensaba que lo que quería era un apartamento espacioso con vistas al río. Fue confeccionando una imagen del mismo en su cabeza y, un día, caminando por una calle que había acostumbrado a frecuentar mucho tiempo atrás, casi ni se sorprendió de verlo ahí, en la acera opuesta: es decir, de ver la casa donde estaba el apartamento. No se lo había estado imaginando, sino que se trataba de un recuerdo; y ahí estaba la casera, barriendo los escalones, tal como la había visto la última vez, quince años atrás, en 1935. Cruzó a la otra acera y ella levantó la vista.

—Señora Keeley, ¿tiene un apartamento para alquilar? Me llamo Fred Silberman.

—Vaya... —dijo ella—. ¡Vaya!, usted debe de ser el nieto del viejo Jake Silberman. *Gueconosco* la cara.

—Sobrino nieto.

—*Gueconosco* la cara.

El alquiler era de setenta y cinco dólares al mes, los pintores vendrían de inmediato y la señora Keeley estaba encantada de tener tan buena gente viviendo en su casa. Circunstancia bastante interesante,

porque la última vez que Fred había entrado allí (Peter Touey, que vivía en el piso de arriba, le había dicho, «Vente después del colegio, tengo un libro con fotografías de la guerra»), la señora Keeley no le había permitido pasar; «Tú no vives aquí», le había dicho. Bueno, los tiempos habían cambiado. ¿De veras habían cambiado? Estaba claro que había algo que sí había cambiado.

El edificio en el que iba a tener que trabajar se alzaba detrás de donde habían estado las antiguas caballerizas; Fred ya lo había visto, por supuesto, pero se le ocurrió ir a echarle otro vistazo. Las soberbias y elegantes gruesas losas azul grisáceo de antaño aún conformaban el pavimento de la mayoría de las aceras en esas calles pasadas de moda, en las que la modernidad encarnada en el sucio cemento lleno de grietas todavía tenía pendiente inmiscuirse; mientras las admiraba, oyó a alguien llamar, «¡Freddy!, ¿Freddy?», y, al volverse sorprendido, reconoció casi al momento a un antiguo compañero de colegio.

«¿No eres Freddy Silberman? Soy Wesley Brakk. Seguimos viviendo aquí». Charlaron de esto y de lo otro durante un rato, se contaron dónde habían estado en la Guerra, repasaron una parcial lista de amigos comunes y entonces Wesley dijo, «Oye, entra en casa, estamos celebrando el *gromzil* —o eso es a lo que sonó— de mi padre. No sabes lo que es, ¿verdad? Verás, mi padre falleció hace tres años y tres meses, así que durante tres días tenemos algo así como unas jornadas de puertas abiertas en casa, es una tradición eslova y huzuk, y todo el mundo tiene que venir, a comer y beber». Así que entraron.

Había un montón de gente en la amplia y anticuada cocina situada al fondo del pasillo; el aire estaba cargado de apetitosos olores y los fogones estaban cubiertos de ollas, de buen tamaño, además. Una de las mujeres de más edad preguntó algo en un idioma extranjero y al momento un hombre más joven le espetó:

—¡Por amor de Dios! ¡Habla estadounidense!

El hombre tenía el rostro moreno y aire malhumorado. Fred se enteró de que se llamaba Nick. Y era de la familia.

—Esto es estómago de vaca relleno de salami y huevos duros —le explicó una mujer—. Cuidado, voy a quitar el cordel.

—¿Que vas a comer de eso? —le preguntó Nick—. Que tú no hace falta que comas de eso. Te iré por una hamburguesa a Ma's Lunch.

¡Ma's Lunch! ¡Con su comida grasienta! Y la propia Ma, con sus apestosos poros que emponzoñaban el ambiente.

—Gracias, Nick, pero esto está bien —dijo Fred.

Nick se encogió de hombros. Y la conversación continuó.

De vez en cuando se hacía un repentino silencio y se oía un ruidito procedente de la parte de delante

de la casa. «¡Por amor de Dios!, ¿que no vas a dar de comer al bebé o qué?», gritó Nick. Su mujer intentó levantarse de la silla en la que estaba prácticamente atrapada detrás de la mesa, pero la «abuela Brakk», que o bien era la madre de Wes o su tía, le indicó con un gesto que no se moviera; «Ya voy yo», le dijo. Y cogió un biberón y un cazo que llenó en el fregadero. Alguien hizo ademán de ir a apartar una de las pesadas ollas de encima de la cocina para que tuviera espacio para calentar el biberón, pero la anciana dijo una o dos palabras y ninguna olla fue movida. Es posible que Fred fuera el único que se percatara de que se dirigía hacia un montoncito de pañales y ropita de bebé que había en una hornacina, como si quisiera llevárselo con ella, pero Fred también se percató de que la mujer tenía las manos ocupadas. Así que él mismo lo cogió y con un gesto le indicó que la acompañaría.

—Gracias, caballero —le dijo la señora Brakk.

Y a continuación le dirigió una extraña mirada, casi como si tuviera un secreto, del que ella estaba al tanto perfectamente y que él desconocía por completo. Extraño, sí, ¿qué sería? Daba igual.

Y una vez estuvieron en su habitación.

—Tú nunca viste hornillo eslovo —dijo la mujer. No se trataba de una pregunta, sino de la constatación de un hecho.

Hasta ese momento, Fred ni siquiera había oído hablar de ningún hornillo eslovo. Le echó una ojeada, carecía de interés, así que apartó la vista, y a continuación lo volvió a mirar. Colocado encima de un trozo de madera, de un trozo de madera de lo más normal, había una especie de rejilla recortada de una lata de chapa grande, que estaba claro que no había sido traída de Europa por el eslovo que había traído el hornillo. Encima de la rejilla había algo negro, más o menos igual de largo y ancho que un libro, pero más delgado. ¿Piedra? Lo tocó con cuidado con un dedo. Piedra... o algo con una composición parecida a la de la piedra. Y con un tacto ligeramente grasiento.

—Primero tienes que poner lo negro —le explicó la señora Brakk. Su cabello podía ser de un ébano brillante, pero las arrugas surcaban su moreno rostro. La mujer colocó encima el cazo con agua y metió el biberón dentro—. Luego el cazo y agua. Y entonces deslizas, debajo, lo azul. —Este «azul» tenía más o menos el tamaño y grosor de una revista, y era de un tono azul ligeramente pálido. Tanto la pieza azul como la negra mostraban fisuras. Y mientras metía la azul en la rejilla, la mujer añadió—: Antes mucho más grande. Los dos. Uy, sí. Podía cocinar comida entera. Ahora, solo sitio para cazuela pequeña; a veces preparo a mí un té, cuando estoy demasiado cansada para ir cocina.

A Fred le dio la sensación de que la pieza negra estaba ligeramente tibia; y cuando desplazó el dedo hasta la pieza de abajo (entre ambas había un espacio libre de unos centímetros), se encontró con que sin duda estaba fría. La anciana cogió al niño que se estaba despertando y, con una gran sonrisa, se arrancó con una serie de ternezas de lo más exótico: «Sí, paquetito mío; sí, mi rubí; sí, mi tarrito de miel...». Del cazo pareció salir un ligero vapor mientras la señora Brakk continuaba con su canturreo, ahora ya en su lengua materna; no había duda, del cazo estaba saliendo ¡vapor! Un instante después,

Fred estaba de rodillas, examinando el «hornillo» por dentro y por fuera. Se humedeció la punta de un dedo como había visto hacer un millón de veces a su madre y a sus tías antes de comprobar si la plancha estaba caliente y tocó «lo azul», la pieza de abajo. La señora Brakk soltó un risueño resoplido. La pieza azul seguía estando fría. Y, tras humedecerse de nuevo la punta del dedo y con muchísimo cuidado, comprobó «lo negro» de arriba. Apenas estaba templado. ¿Y el cazo? Tirando a caliente. Sin embargo, seguía saliendo vapor, y por encima del cazo y de la botella el aire estaba... uf... ¡caliente! ¿Y por qué no?

—Puedes meter dedos entre medio —le animó la mujer, y con el bebé sujeto entre el pecho y un brazo se acercó e introdujo los dedos de la mano que tenía libre entre la pieza de arriba y la de abajo.

Fred siguió su ejemplo. El espacio intermedio no estaba en absoluto caliente; ni siquiera estaba más templado de lo normal.

Fred lo miró por todas partes y no vio nada más, nada (nada de nada) que pudiera explicar... bueno... algo... La mujer lo miró a la cara y rompió a reír, luego quitó el bloque de piedra de abajo (si es que era piedra) y aparentemente lo dejó por cualquier lado. Entonces cogió el biberón y, sacudiéndolo, hizo caer unas pocas gotas en su muñeca y otras pocas en la de Fred Silberman... y, sí, sí que estaba templada. Y mientras ella le daba el biberón al bebé, llamando a su nieto mi collar, mi alhaja, mi terroncito de azúcar, Fred se percató de pronto de dos cosas: una, de que el cuarto olía muy parecido al del de su tita Pesha, a falta de ventilación y a un ligerísimo aroma a una cocina que no tenía nada que ver ni con la comida de las cadenas de restaurantes ni con la del popular libro de recetas de Fanny Farmer (¡y menos aún con la de Ma's Lunch!); dos, de que el corazón le latía muy, muy deprisa. Empezó a hablar y se oyó tartamudear.

—Pe... pe... pero ¿có... có... cómo *fucio*... funciona, ¡funciona!? ¿Cómo...?

La abuela Brakk le dirigió esa leve sonrisa que Fred llegaría a considerar habitual en ella y se encogió de hombros.

—¿Cómo se enamora chico y chica? ¿Cómo vuela pájaro? ¿Cómo convertir el agua en nieve y la nieve en agua? ¿Cómo?

Fred balbuceó y sacudió brazos y manos; y un momento más tarde ya estaba en la cocina, al igual que dos recién llegados. Reparó en que los había visto cientos de veces muchos años atrás. Y de que no sabía cómo se llamaban, ni nunca lo había sabido.

—El señor y la señora Grahdy —los presentó Wesley.

Wes parecía un tanto inquieto. El aspecto de la señora Grahdy era, y no hay otras palabras que puedan describirla, de elegancia desvaída. El señor Grahdy tenía un bigote curvado hacia arriba y una barbita canosa estilo Van Dyke, y daba la sensación de que en el pasado había sido todo un dandi. Sin señalarlo con el dedo de manera precisa sino inclinándolo en la dirección aproximada en la que se encontraba Fred, el señor Grahdy dijo:

—¡Bien me acuerdo de tu abuelo! [«Tío abuelo»], ¡de su caballo y su carro! Compraba chatarra y periódicos viejos. Y a veces vendía huevos.

Fred se acordaba perfectamente, de los huevos y de todo. En otro momento hubiera estado encantado de ponerse a hablar sobre la historia local y sobre los primeros Silberman, pero no ahora. Señalando hacia el pasillo por donde había venido dijo todo excitado y casi gritando:

—¡Nunca antes había visto nada igual! ¿Cómo funciona?, ¿cómo... funciona?, ¿el... el... —¿cómo lo había llamado la anciana?—... el hornillo eslovo?

Lo que sucedió a continuación no es que lo sorprendiera, es que lo dejó estupefacto. El matrimonio Grahdy se echó a reír, al igual que el hombre de cabello blanco que estaba en el rincón más alejado de la cocina. Este dijo algo en voz alta en su propio idioma, a todas luces una pregunta, sin dejar de reír incluso mientras hablaba. El señor y la señora Grahdy se desternillaron. Una de las mujeres de la familia Brakk soltó una risita ahogada. Otras dos lucían sonrisas avergonzadas. Y otra abrió la boca y, con el rostro carente de toda expresión, se dedicó a mirar el techo, el cual, aunque en sus orígenes había sido de estaño troquelado, había sido pintado y repintado tantas veces que el diseño ya casi ni se distinguía. Un hombre descomunal estaba sentado inclinado hacia delante (¿acaso Fred no lo había visto hacía mucho tiempo con un caballo y un carro, probablemente alquilados durante el día en la vieja caballeriza, gritando «¡Hielo! ¡Hielo!» en verano y «¡Carbón! ¡Carbón!» en invierno?); y este hombre, con la punta de la lengua asomando, bajó la cabeza y fue recorriendo con la vista a los presentes. Wesley miró a Silberman de manera inexpresiva. Y Nick, con el moreno rostro ardiendo, le dirigió una mirada de lo más fulminante. Ante todo esto, totalmente inesperado, totalmente misterioso, Fred sintió cómo su excitación titilaba para a continuación apagarse.

Finalmente, el señor Grahdy se secó los ojos y dijo algo, ¿el mismo algo de antes?, ¿un algo distinto?, ¿ese algo era eslovo?, ¿era huzuk?, ¿había alguna diferencia?, ¿qué diferencia era esa? Con expresión jovial y satisfecha, miró a Fred, el cual, al no haber entendido nada, nada dijo.

—¿No entiende nuestro idioma, caballero?

—No.

—Su abuelo sí lo entendía.

—Sí, pero no me lo enseñó.

En realidad, el tío Jake sí que le había enseñado unas cuantas palabras, pero Fred, a punto de que le vinieran a la memoria al menos una o dos de ellas y dispuesto a decirlas, decidió de pronto callarse. El tío Jake había tenido un sentido del humor bastante irónico y burlón, y cualquiera sabía si el significado de las palabras era realmente el que su tío le había dicho.

La hermana (¿prima?) de Wes, tal vez por educación, tal vez porque quería cambiar de tema, tal vez por algún otro motivo, dijo:

—La señora Grahdy es famosa por lo bien que recita. A lo mejor podemos convencerla para que nos recite algo...

La señora Grahdy fue convencida. Primero se levantó. Puso cara como de tontita. Se metió un dedo en la boca. Era una niña pequeña, a la que remedó con la voz. Y, sucesivamente, se fue mostrando: ilusionada, tímida, obstinada, llorosa y alegre. Y de los presentes: unas cuantas risitas ahogadas, unas cuantas risitas entre dientes. Y entonces la señora Grahdy dejó de jugar con su falda y, tras desaparecer de su rostro todas esas otras expresiones, las comisuras de sus labios se volvieron hacia abajo y ella recorrió con la mirada a todos los que estaban en el cuarto. Se oyeron algunas exclamaciones de, supuestamente, alabanza, y algunos aplausos dispersos, que la señora Grahdy silenció al momento. Durante un segundo se quedó ahí plantada, con cara de póquer, rígida. Y entonces empezó un rápido recitado de lo que a todas luces era una poesía. Su rostro se mostró exaltado, trágico, indignado, severo... ¡tantas cosas! ¡Y cómo movía los brazos y manos!, ¡cómo miraba con ojos escrutadores y reconocía el terreno!, ¡cómo subía montañas y esgrimía espadas! Una voz, medio susurrando, le dijo a Fred al oído, «Es un poema patriótico». La señora Grahdy clavó la bandera en, por así decirlo, Iwo Jima. Fuertes gritos del público. ¡Aplausos abundantes! Estaba claro que el poema patriótico había llegado a su fin. Y en ese momento se desveló que la boca vuelta hacia abajo no era la máscara de la tragedia, sino la disciplinada expresión de alguien demasiado educado para alegrarse o sonreír ante su propio éxito.

Tras unos instantes, la mujer se volvió hacia Fred y le dijo:

—Sé que no habrá entendido ni una palabra, pero ¿reconoció de oído que los versos eran alejandrinos?

A Fred, que a duras penas era capaz de distinguir un alejandrino de una alcachofa, la pregunta le pilló por sorpresa. Sin tomarse unos instantes para hacer memoria o pensarse bien la respuesta, dijo:

—Una vez oí una grabación de Sarah Bernhardt... —tras lo cual sintió ganas de darse cabezazos contra la pared, porque seguro que ella iba pensar que le estaba tomando el pelo.

En absoluto. Con el rostro libre de toda «expresión» fingida, la mujer le hizo una pequeña reverencia; una reverencia perfectamente hecha, muy sofisticada a su pequeña escala, como aceptando un merecido cumplido, un intercambio entre iguales. Lo que dejó bastante pensativo a Fred.

—¿Así que no entendió lo que ha preguntado el señor Kabbaltz? —dijo el señor Grahdy señalando hacia el hombre de cabello blanco del rincón. Fred negó con la cabeza; si la pregunta tenía que ver con los pentámetros yámbicos le iba a dar algo—. El señor Kabbaltz preguntó que si el hornillo eslovo, ya sabe cuál, «¿siquiera se calentó ya?».

¡Jo, jo, jo!, rieron el señor Grahdy, la señora Grahdy y el señor Kabbaltz, ¡jo, jo, jo!

Fred decidió que la ignorancia era una bendición; desvió la atención hacia la humeante fuente que tenía delante y de la que los presentes se servían más comida. ¿Sopa?, ¿estofado?, ¿guiso de lentejas?

Por el momento no iba a hacer más preguntas, aunque seguro que si alababa las vituallas no podía meter la pata.

—Muy bueno. Esto está muy bueno —dijo, sin duda lo que correspondía decir y en el tono adecuado... porque realmente estaba muy bueno.

El señor Grahdy de nuevo:

—¿Su bisabuelo nunca le mandó al Centro Huzuk-Eslovo para que aprendiera el idioma?

—No, nunca fui.

—Entonces, ¿adónde lo mandaban?

—A la Escuela Hebraica, como la llamaban ellos. Para que aprendiera las oraciones. Y los salmos.

Al instante Fred volvió a ver esas gigantescas y ancestrales letras negras bien gruesas marchando por la página. Página tras página tras página. Y una fracción de segundo menos al instante, el señor Grahdy repitió ese gesto de señalar no señalando del todo y declamó algo. Y se interrumpió. Y preguntó:

—A ver, ¿cuál es el segundo verso?

Fred:

—Señor Grahdy, ni siquiera he entendido el primero.

Sorpresa.

—¿Qué me dice?, ¿que no? Pero si es un *ver*sículo —dijo pronunciando una «v» labiodental—, de un salmo. Está en latín, por supuesto. ¿Y bien...?

—No nos enseñaban latín.

Otra sorpresa. Y luego una cabeza moviéndose negativamente. A Fred se le ocurrió que podía citar un salmo en hebreo, repasó las palabras mentalmente y se sintió abrumado por las dudas. ¿Realmente se trataba de un versículo de un salmo y no, por ejemplo, de la invocación que había que decir tras ver un elefante... o alguna otra cosa? El profesor de hebreo, un aspirante fracasado a rabino que estaba algo loco, tampoco es que hubiera sido un hombre muy dado a las explicaciones. «Leed —acostumbraba a decir—. Leed».

Trajeron más comida: carne envuelta en hojaldre. Y entonces (el señor Grahdy):

—¿Cuándo vendrá mañana? A lo mejor puedo traer mi violín —pronunciado con otra «v» labiodental— y tocar algo.

—Estaría muy bien —dijo Fred sin comprometerse, y continuando con la comida del banquete conmemorativo añadió—: ¡Delicioso!

Señor Grahdy:

—¿Está ya siquiera caliente?

Señor Grahdy, señora Grahdy, señor Kabbaltz:

—¡Jo, jo, jo!

La gente entraba, charlaba, comía, se marchaba.

Alguien:

—¿Eres nieto del viejo Jake Silberman?

—Sobrino nieto.

Al rato, Fred echó un vistazo a su alrededor: el señor Kabbaltz y los Grahdy se habían marchado. Durante un instante los oyó justo al otro lado de la puerta. Risas. Pisadas. La verja se cerró; al parecer los únicos que quedaban eran los miembros de la familia. Y Fred. Silencio.

Alguien dijo:

—Bien, ya se han ido los zuketes.

Un alguien distinto:

—No los llames así. Llámalos huzuks.

Wesley se puso de pie tan bruscamente que a punto estuvo de volcar la silla, y empezó a dar cabezazos contra la pared.

—¡Pase lo de chinorris! —Clonc—. ¡Pase lo de japos! —Clonc—. ¡Pase lo de espaguetis, gabachos y morutas!

—Wesley...

—Wes...

—Wassyli...

—Was...

—Pase lo de sudacas y negratas. —¡Clonc! ¡Clonc!—. Pero lo que no aguanto es lo de... ¡zuketes! —¡Clonc! Y de pronto se sentó y se agarró la cabeza.

Y Fred se dijo: «Pregunta: Entonces, ¿qué es un «zukete»? Respuesta: Un huzuk al que nos referimos desdeñosamente».

Wes empezó otra vez:

—Ellos hablan latín. Nosotros poco más que gruñimos. Ellos recitan poemas. Nosotros a duras penas somos capaces de contar un chiste guarro. Ellos tienen violinistas. Bastante suerte tenemos nosotros de tener rascatripas. ¿Por qué Dios nos castigó a nosotros, a los pobres patanes eslovos, poniéndonos

en el mismo país que a ellos allá en Europa? Y ¿por qué seguimos mostrando esa deferencia hacia ellos incluso aquí, en los Estados Unidos? Que alguien me lo explique, por favor. ¡¿Por qué?!

Una hermana, o tal vez una cuñada, respondió con bastante parsimonia:

—Bueno... son más cultos...

Lo que consiguió que Wes la emprendiera de nuevo:

—En ese dialecto suyo, ellos tenían libros, revistas, periódicos... Nosotros, en el nuestro, lo único que teníamos era el catecismo y el misal. Ellos...

—Teníamos un periódico. ¿No nos lo enviaba el hermano de papá... a veces? Nosotros...

Wesley apartó con la mano el invisible periódico de los de su etnia.

—¿*El Patriótsk*? ¿*El Patriótsk*? Que salía una vez al mes. Cuatro páginas impresas en un único pliego de papel. ¿Y qué tenía? Las nuevas leyes, el precio de los cerdos, algunos obituarios, cero nacimientos y los santos de los días en los calendarios de ambas iglesias: eso era absolutamente todo. ¡*El Patriótsk*!

Al parecer, el periódico invisible había vuelto a subirse a la mesa, porque Wesley lo apartó de nuevo de un manotazo y luego lo pisoteó. Con fuerza.

—Vaya, mira qué hora es... Tengo que marcharme. Y, por supuesto, muchas gracias por la deliciosa...

—Damos a ti una poca para llevar a casa —dijo una tía, ¿o era una sobrina?

—Bueno, yo...

—Es costumbre. Y te ha gustado.

—Sí, por supuesto, pero mi nuevo apartamento todavía no está listo y mi tía sigue una dieta estrictamente *kosher.*

Ni le hicieron ningún comentario a favor de la unidad de las distintas iglesias ni le aseguraron que la Ley de Moisés estaba muerta y condenada; tan solo empezaron a meterle fruta en una bolsa de papel. En una bolsa de papel enorme.

Pero Wes, levantando la cabeza de las manos, todavía no había terminado:

—¿Por qué?, ¡¿por qué?!, ¿me puede decir alguien por qué?

Alguien, seguramente una hermana, con aire demasiado grave como para estar hablando realmente en serio, dijo:

—Son guapísimos y montan caballos rojos.

Wes a punto estuvo de gritar. ¿Cuándo había visto ella un huzuk montado a caballo? ¿Cuándo había visto un caballo ¡rojo!? La mujer de Nick le explicó a Fred que era un dicho. Un refrán.

—En cualquier caso, ya sabes que hay gente que dice que no era el caballo el que era rojo, sino, bueno... lo de encima del caballo. ¿Cómo decirlo?, ¿el traje del caballo?

Nick, que había estado leyendo las tiras cómicas del periódico con expresión de no encontrarles gracia alguna, saltó de pronto. ¿Y a quién demonios le importaba?, preguntó. Que dejaran de hablar de todas esas viejas historias de Europa, exigió. Fred dio las gracias por la fruta. Wes le preguntó a Nick si es que acaso no sentía interés alguno por su rica herencia del Viejo Continente; Nick, con quien intentar ser sutil era perder el tiempo, gritó que ¡no!, que no sentía interés ninguno; Wes dejó de ser sutil y le contestó a gritos; Fred Silberman dijo que de verdad se tenía que marchar. Y se encaminó hacia la puerta.

Alguien salió al pasillo y lo acompañó: la anciana señora Brakk... de lo más educada, pensó Fred. En la habitación de la mujer brillaba una débil luz. La señora Brakk se paró. Fred se detuvo para despedirse. De haber sido ella cuarenta años más joven, la mirada que la mujer le dirigió hubiera implicado una determinada invitación, significado que Fred sabía que era inconcebible en el presente; así que ¿cómo interpretarla ahora?

—Quieres entrar —le dijo ella—. Quieres ver cómo funciona.

La mujer entró en el cuarto. Fred la siguió, empezando a respirar agitadamente, empezando a volver a sentir la excitación de antes. Se había olvidado del hornillo. Pero ¡cómo se había podido olvidar!

—Primero colocar la cosa negra, aquí arriba. —El bloque de tamaño de un libro se deslizó en su lugar en la rejilla. El bebé suspiró en sueños—. Sí, mi collarcito de perlas —dijo ella quedamente—. Luego, poner encima cazuela con agua dentro. Ahora, solo preparo un tazón de té, para mí. Y entonces... después... es meter la cosa azul —la del tamaño de una revista— aquí... abajo. ¿Ves? Esto es lo que llamamos hornillo eslovo. Y ahora ya se calienta...

¿Qué es lo que los huzuks, esos casi compatriotas de estos viejos eslovos, qué es lo que habían querido decir en realidad con ese, «¿Está ya siquiera caliente?»? Fred se olvidó de la pregunta cuando vio alzarse los vapores; sintió calentarse el aire por encima; sintió cómo seguía sin calentarse el espacio entre las dos «piezas», el trozo más grueso de piedra negra (si es que realmente era piedra) y el trozo delgado azul pálido; vio, sorprendentemente pronto, cómo se formaban diminutas burbujas del tamaño de los ojos de un cangrejo y, finalmente, la borboteante ebullición. Todavía seguía aturdido cuando la mujer se preparó el té; no recordaba haber dejado la bolsa con fruta, pero ahora la recogió y, tras dar las gracias y desear buenas noches en voz baja, salió de la casa.

En la cocina todavía se oían gritos.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—¡Qué bien! —dijo la tita Pesha cuando Fred le entregó la fruta.

—Tita, ¿qué problema tienen los huzuks y los eslovos?

Fuera los plátanos.

—¿Los huzuks? —La mujer lavó los plátanos y los secó con papel de cocina que tiró a la basura—. Los huzuks. Son buena gente.

Fuera las naranjas.

—Vale, ¿y los eslovos?

Tita Pesha lavó las naranjas.

—¿Los eslovos? —Secó las naranjas con papel de cocina y lo tiró a la basura—. ¿Los eslovos? Son muy limpios. Podrías comer del suelo de su casa. Los sábados por la noche se emborrachan. —Fred siguió esperando algo más, pero no llegó nada: la tita Pesha estaba lavando las manzanas. Una vez terminó, fue presa de los escrúpulos y añadió—: O al menos así era antes. ¿Ahora? Desde que no vivo allí ya no sé.

¿Cuánto habían vivido ella y el tío Jake cerca del vecindario de huzuks y eslovos? La mujer empezó a secar las manzanas con papel de cocina. ¿Cuánto? Cuarenta años, dijo.

—¿Cuarenta años? ¿Cuarenta y dos? Digamos que cuarenta.

¿Y alguna vez había oído hablar de un hornillo eslovo? No..., nunca.

—Y ¿por qué...?, ¿cómo es que huzuks y eslovos no se caen nada bien?

La tita Pesha lo miró durante unos instantes.

—¿Qué no se caen bien? —se extrañó. Y dejó caer el papel de cocina en la basura. Luego colocó la fruta en un gran frutero y, tras apartarse un poco, lo contempló—. ¡Qué bien! —dijo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

A la mañana siguiente, bien temprano, Fred fue en coche hasta la ciudad, organizó su mudanza y luego condujo de vuelta a Ferry. Fue a echar un vistazo a su futuro apartamento y hete aquí que los pintores sí que estaban pintándolo. La señora Keeley dejó de barrer para asegurarle que todo estaría listo en un día o dos.

—Bueno, en un *paj* de días —se corrigió—. No va *repentir*; esta siempre ha sido una manzana muy agradable, y eso no puedo decir de otros barrios, con los elementos que están viniendo a vivir últimamente. Le pongo una nevera estupenda, señor Silberman.

—Vaya, gracias, señora Keeley. Se lo agradezco de veras. Por cierto, señora Keeley, ¿qué diferencia hay entre huzuks y eslovos?

La señora Keeley se encogió de hombros y frunció los labios.

—Bueno, la mayoría no viven en por aquí mismo. Sobre todo viven en por... esto... Tompkins... Gerry... De Witt... sobre todo en por allí.

La mujer se ajustó la redecilla del pelo.

—Pero... ¿hay alguna diferencia entre ellos? Bueno, haberla tiene que haberla, si unos se llaman huzuks y otros se llaman eslovos. Así que tiene que haber alguna...

La señora Keeley le dijo que bueno, que si le era sincera, no era ese un asunto que nunca le hubiera interesado demasiado.

—Monseñor, el de Santa Carol, esa iglesia grande de la colina, era *hozok*, ¡descanse en paz! Eso dicen a mí. Ahora, esos bosnios, como llaman a ellos, viven sobre todo en por Greenville Street, Ashby y Saint Lo. Y los lemkos, que quién demonios sabrá quiénes son, y disculpe mi lenguaje, a esos se los encuentra en por esas *callegüelas* de cerca del arroyo: Ivy, Sumac, Willow, Lily, Rose. Bueno... se los encontraba. Hoy día... hoy día la gente se mueve de aquí *p'aiá*, de aquí *p'aiá* —dijo con tono quejumbroso—. Y mejor si no lo hacían. Ojalá que la gente se quedaría quieta. Y bueno, de esos que me pregunta, los *hozoks* y los eslovos, a la mayoría los encontrará en por Tompkins... Gerry... De Witt... por esas calles de allá. ¿Qué hora es? ¿Que empieza ya mi programa?

La mujer entró en su apartamento y cerró la puerta tras de sí. Un segundo más tarde, tras oír cómo subían el volumen de una radio, Fred salió a la calle.

Las calles.

Las calles habían sido sobradamente amplias cuando su tío Jake con su carro tirado por un caballo no era ni de lejos el único comerciante que ejercía su oficio en ellas. Aunque de eso hacía mucho tiempo. Por entonces las calles estaban llenas de niños, ¡y que alegría daba verlos!, ¿verdad que sí? Para Fred Silberman, de pequeño, esto había sido territorio comanche, lleno de enemigos. ¡Qué tiempos...! Luego, durante la Depresión, gran parte de la población se había marchado. Las tiendas habían ido cerrando, y habían seguido cerradas, e incluso una de las escuelas públicas, «la número siete», también había sido clausurada. Sin embargo, uno o dos años antes de la Segunda Guerra Mundial, varias fábricas abandonadas habían sido reabiertas como plantas de producción de suministros de guerra y las calles se habían llenado de caras nuevas: negros del sur, morenos de las islas, blancos de las montañas... Entonces Fred se había marchado para incorporarse al ejército... y... la verdad... no había vuelto hasta ahora. Al salir de su ensoñación, se sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo.

Los bloques de apartamentos de cuatro pisos habían ido desapareciendo, uno tras otro, y Fred se encontraba en un barrio de casas de madera, viejas casas de madera, viejas vallas de madera, viejos

árboles de madera. Justo al otro lado de la calle había un almacén, un rectángulo combado construido con tablones. Aparentemente justo tal como él lo recordaba, incluso las letras en relieve en el escaparate de cristal: H LADOS M KO. El letrero «Mat. Grahdy. Carnes, Ultramarinos» no había sufrido recientemente los estragos de la pintura. Fred entró, sabiendo que se oiría una campanilla y, por supuesto, así fue.

La vitrina que había a un lado era lo suficientemente grande como para que se expusieran en ella montones de carnes y embutidos; pero lo que había expuesto ahora eran unos escuálidos pedazos de cerdo, un trozo de fiambre, otro de queso suizo, una bandeja de salchichas color lila y (en un charco de sangre coagulada) media cabeza de algo, cortada longitudinalmente y con un aspecto increíblemente orgánico. El almacén parecía tener un tamaño desmedido y estaba desmedidamente vacío; el olor revelaba que Coolidge era presidente[1]; el suelo estaba astillado pero limpio. Levantando la vista de algo que había en el mostrador, el señor Grahdy le dirigió una mirada de total asombro. ¿Estaba simplemente asombrado de que Fred Silberman estuviera entrando en su almacén?, ¿de que alguien clavado a Fred Silberman estuviera entrando en su almacén?, ¿o simplemente de que alguien, quienquiera que fuera, estuviera entrando en su almacén?

Y entonces sonrió. Inclinó la cabeza hacia un lado. Se estrecharon la mano. Fred pidió un artículo de nada. El señor Grahdy encogió un hombro. Fred pidió otro artículo distinto. Otro encogimiento. Fred intentó pensar en un tercer artículo, abrió la boca para decir algo, dijo, «Esto...», y no llegó a nombrar nada. El señor Grahdy se echó a reír, se acarició con el dedo sus largos bigotes: ¡derecho!, ¡izquierdo!

«¿Arroz? —preguntó—, ¿azúcar?, ¿patatas?». Fue el turno de reír de Fred. El hombre se le unió. Un trozo del fiambre de la vitrina fue su siguiente sugerencia; «¿y un pedazo de queso suizo?, ¿un bocadillo preparado al momento? La mostaza la pongo gratis». De algún modo terminaron compartiendo el bocadillo. Fred se fijó en que había un libro abierto encima de un periódico sobre el mostrador y le preguntó al señor Grahdy qué estaba leyendo.

El libro fue girado, pero para Fred fue como si estuviera en chino.

—Schiller —dijo el tendero pasando páginas—. Heine. ¿Puede leerlos en su lengua original? —Y puso los ojos como platos cuando Fred negó con la cabeza—. Se está perdiendo todo un placer. Bueno, pero... ¿Lermontov?, ¿Pushkin?, ¿qué...?, ¿tampoco...? —Una mirada de ligera sorpresa. Y de ligera reprobación. Un suspiro—. Bueno. ¡No me extraña que tenga amigos eslovos! —La parte de delante de su muy limpio y muy raído delantal se agitó a causa de la risa.

Aquí estaba. La oportunidad.

—Señor Grahdy... —el señor Grahdy le dirigió una pequeña venia: su caballo y su carruaje estaban a disposición de Fred Silberman—, señor Grahdy... ¿qué pasa... qué pasa entre... entre ustedes... ustedes, los huzuks... y los eslovos? ¿Me lo podría explicar? Me gustaría saberlo. Me gustaría saberlo de veras.

El señor Grahdy se acarició la sonrisa, bigotes, Van Dyke, todo. Se parecía (fue lo que de pronto se le pasó por la cabeza a Fred), se hubiera parecido un montón al Kaiser... si el Kaiser en algún momento hubiera dado la impresión de tener sentido del humor.

—Bien, se lo explicaré. En nuestro antiguo reino, allá en Europa, en una provincia vivían principalmente solo huzuks, en una provincia vivían principalmente solo eslovos. En nuestra provincia vivíamos ambos. ¿Cómo explicarlo?, ¿diciendo que los eslovos eran nuestros siervos? No exactamente. ¿Nuestros arrendatarios?, ¿nuestros criados? Esto... aunque... bueno... ¿nuestros esclavos? Se hace una idea, ¿no? Y los reyes, los reyes eran de origen extranjero, una dinastía. Nosotros éramos sus vasallos. Nosotros, los huzuks. Y los eslovos, los eslovos, ¡ellos eran nuestros vasallos! —Su sonrisa no se debía tanto a lo satisfecho que estaba por la posición subordinada de los eslovos como a lo satisfecho que se sentía ante su propia explicación.

Y, mientras Fred continuaba apoyado en el mostrador asimilando todo esto, el anciano tendero continuó.

Los eslovos no eran, bueno..., no eran mala gente. Eran un tanto simples. Gente muy simple. Llegaron a Europa mucho tiempo atrás siguiendo a los magiares y los ávaros. Se les había concedido permiso para asentarse en un «territorio sin ocupar» que pertenecía a los huzuks. Se habían convertido al cristianismo. Se habían civilizado. Abandonaron su idioma ancestral. Adoptaron el de los huzuks. Que hablaban mal. Muy mal. Y, en este punto, entre abundantes risitas, el señor Grahdy le proporcionó diversos ejemplos del cómico dialecto de los eslovos, ejemplos de los que Fred, por supuesto, no entendió ni palabra.

Fred aprovechó que las risas del anciano se transformaron en un ataque de tos y a continuación en un silencio risueño.

—¿Y ese hornillo suyo, señor Grahdy? ¿Qué me dice del hornillo eslovo? ¿Qué es?, ¿qué es?, ¿cómo funciona?

Momento en el que el señor Grahdy echó la cabeza hacia atrás y rió y rió y tosió y tosió y rió y tosió y rió.

Al señor Grahdy le llevó un rato recuperarse. Y después de que hubiera recibido varias palmadas en la espalda, de que se hubiera bebido un vaso de agua, de que hubiera chupado un caramelo y de que hubiera asegurado a Fred (con mucha mímica y gestos) que ya estaba bien, habló con voz débil, incomprensible; luego, con voz algo más clara aunque ronca, preguntó:

—¿Siquiera se calentó ya?

Fred se apartó sobresaltado del mostrador.

—Pero ¿a qué se refiere con eso? Ya lo dijo anoche, y también el señor Comoquieraquesellame, el de la mata espesa de cabello blanco, y entonces ustedes dos se rieron sin parar...

—Pues a la mujer de la historia. A la mujer eslova de la historia. De esa famosa anécdota. Ya sabe...

Pero finalmente Fred consiguió que el señor Grahdy comprendiera que no, que no lo sabía. Al señor Grahdy le hizo mucha gracia que no lo supiera, aunque a continuación se mostró incrédulo. Por fin, una vez convencido de que de verdad, famosa o no tan famosa, Fred Silberman desconocía por completo la anécdota («¿De verdad que nunca se la contó su bisabuelo?, ¿que no?, ¿de verdad que no?»), se mostró totalmente encantado. La de tiempo que hacía que no tenía una audiencia totalmente virgen...

Una emigrante eslova recién llegada a los Estados Unidos estaba alojada con unos familiares. Cuando llevaba poco tiempo con ellos, alguien pidió que pusieran a calentar agua para preparar té. «Ya voy yo», se ofreció la recién llegada. ¿Sabía cómo hacerlo? ¡Por supuesto!, ¡por supuesto! ¡Qué se creían! ¡Por supuesto que sabía! «¿No debería ir alguien a enseñarle?» Tonterías, ¡no hacía falta! Así que allá se fue, del salón a la cocina para preparar el agua para el té. Y ellos hablaron y esperaron y esperaron y esperaron, sin que les llegara ninguna señal de vida desde la cocina. ¿Se habría marchado por la puerta trasera? Así que alguien fue a ver. La encontraron de pie frente a la cocina, mirándola. Y ahora el señor Grahdy le mostró la mirada de perplejidad de la mujer. ¿Estaba ya caliente el agua? Y ahora el señor Grahdy hizo un gesto indicando que se acercaba el gran golpe cómico final; y ahora el señor Grahdy se puso en jarras con una expresión de fastidio y desconcierto en el rostro.

«“¿Está ya caliente el agua?”»

«“¿Caliente?, ¿caliente? ¡Si ni siquiera está templada!”»

Como tampoco lo estaba Silberman. ¿Dónde demonios estaba la gracia? Pero la anécdota no había terminado. Al golpe cómico final le siguió una explicación. (a) La recién llegada eslova no tenía ni idea de lo que era una cocina de gas. (b) La recién llegada eslova había dado por hecho que la cocina de gas era, sencillamente, un hornillo eslovo de estilo estadounidense. (c) Así que, al ver la rejilla (que para ella era, por supuesto, «la pieza negra»), al ver que esta ya estaba en su lugar, había puesto agua en la olla y la había colocado encima. (d) Apoyada contra el quemador estaba la bandeja que se acostumbraba a colocar debajo de los fuegos para recoger los jugos o grasa que pudieran gotear o salpicar; la acababan de lavar y por eso estaba donde estaba. Era una bandeja esmaltada de un tono azul pálido. (e) Así que, dando por hecho que esta era «la pieza azul», la mujer la había colocado en su lugar, debajo de los quemadores. (f) No había encendido el fuego, (g) no había encendido una cerilla, (h) se había limitado a esperar a que la cocina de gas estadounidense se comportara como un hornillo eslovo... Y aquí llegaron de nuevo pregunta y respuesta, una detrás de la otra, tan inexorables como una tragedia griega y ya casi tan familiares como el Gordo y el Flaco o Abbott y Costello:

«“¿Está ya caliente el agua?”»

«“¿Caliente?, ¿caliente? ¡Si ni siquiera está templada!”»

Este era sin lugar a dudas, y a estas alturas Fred ya había tenido montones de pruebas, el momento

cumbre del humor huzuk en toda la historia del mundo mundial: barón Munchausen, Oscar Wilde, Charlie Chaplin... dad un paso atrás. Y preparaos para algo verdaderamente desternillante: la anécdota de la mujer eslova que recién llegada a los Estados Unidos creyó que simplemente colocando la bandeja para la grasa debajo de los quemadores de una cocina de gas y sin necesidad de hacer nada más ¡podía producir calor!

¡Tachán!

¡Ratatachán!

Los motivos por los que este venerable chascarrillo racial, que bien es cierto se hubiera merecido una risita cuando estaba fresco y reciente, todavía seguía provocando carcajadas en su avance por los túneles del tiempo, requerían un estudio demasiado profundo como para que Fred pudiera entregarse a él. Sin embargo, sí que era mucho, muchísimo más fácil comprender por qué los eslovos, que llevaban oyéndolo durante... ¿cuánto tiempo?, ¿cuarenta años?, ¿ochenta años?... estaban empezando a hartarse. Y...

—Y ¿cómo funciona realmente, señor Grahdy? Me refiero a... la base científica.

El encogimiento de un hombro.

—¿Quién sabe?, mi estimado y joven caballero. Acuérdese de las propiedades eléctricas del ámbar, toda una curiosidad en el pasado; sin embargo, hoy en día, nos limitamos a darle a un interruptor.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

La biblioteca pública local no había cambiado gran cosa desde que Andrew Carnegie[2] había contribuido a dotarla de fondos; en el catálogo no había nada bajo los epígrafes «huzuk», «eslovo» ni «hornillo» que iluminara a Fred en lo más mínimo. La enciclopedia tenía información sobre la antigua dinastía y sus innumerables y mediocres soberanos; y también «La regiones huzukya se han industrializado moderadamente» y «Las regiones eslovoya siguen siendo principalmente agrícolas; entre los productos que exportan se incluyen el plumón de pato, las cerdas porcinas, y la lana y el pelo de cabra poco procesados». Pues qué bien...

En la sala de consulta, el menudo bibliotecario de grandes gafas escuchó su petición y le dijo, con la voz ultrasecreta de un profesional con larga experiencia, «Creo que hay un folleto»... y efectivamente sí que había un folleto; estaba encuadernado, y encuadernado de forma bien compacta, junto con otro montón de folletos que versaban sobre un montón de otros asuntos. El autor-editor anónimo («Publicado por el autor») había disimulado el hecho de que no tenía demasiado que decir utilizando caracteres de bastante buen tamaño para decirlo. Apoyándose sobre el volumen con ambas manos para mantenerlo abierto, Fred se enteró de que «los propios eslovoi ya no afirman saber cuál era la

ubicación, ni exacta ni siquiera aproximada, de su antigua «Morada Ancestral» u «Hogar Ancestral» cerca de «el Gran Mar». Se ha sugerido que este último podía tratarse del mar Caspio o del mar de Aral, e incluso se ha llegado a proponer con gran imaginación que pudiera ser el lago Baikal. En Parlour's Ferry abundan los huzuki de clase media dedicados al comercio, y no se equivocan quienes dicen que los eslovoi acostumbran a ser unos obreros de encomiable honestidad y dedicación». Sobre hornillos no había nada, y Fred sintió que, a menos que quisiera terminar vendiendo fotografías de sus muñecas para que fueran utilizadas en la propaganda de algún método de culturismo, más le valía soltar el volumen de los panfletos encuadernados; así lo hizo, y el tomo se cerró igual que una trampa para osos.

Lo más probable es que el texto del panfleto fuera un trabajo escrito para alguna clase de educación nocturna para adultos de antes de la Primera Guerra Mundial, cuyo autor, obnubilado ante la buena nota recibida, se había apresurado a llevarlo a una imprenta; a Fred se le pasó por la cabeza que probablemente (¿probablemente?) se tratara de un huzuk.

De vuelta en el futuro nuevo apartamento de Fred, hete aquí que ya no había pintores pintando; de hecho, ya no había pintores, aunque el apartamento tampoco estaba terminado de pintar. Ahora bien, en mitad del escurridor del fregadero de la cocina había un sándwich de sardinas de pan blanco al que le faltaba un único y simétrico bocado. Uno de esos enigmas sin resolver; salvo que el sándwich hubiera aparecido allí por un agrupamiento de átomos al azar, y ¿por qué no podía haber sido así? Así que Fred bajó y llamó al timbre de la señora Keeley. Tras unos instantes, la puerta se abrió mostrando una rendija lo suficientemente grande como para que la atravesara una respiración jadeante y el olor a ginebra y cebollas; casi de inmediato, la puerta se volvió a cerrar de nuevo y momentos después el volumen de la radio fue subido. La señora Keeley no era una de esas oyentes quisquillosas del País de la Radio que necesitan una sintonización perfecta, por lo que Fred fue incapaz de saber si la mujer estaba escuchando una vieja grabación de un tema folk tradicional de los Tasty Yeast Jesters o tal vez de una canción de amor interpretada por el presidente Harding[3]. Fred se marchó.

*A côte chez Brakk,* cuando Fred entró una de las tías dijo, «Te he guardado un poco de fruta en compota», y Wes también le sirvió algo de aspecto potente. Estaba claro que el conventículo/festín ceremonial no había terminado y la presencia de Fred seguía siendo aceptable. Sin embargo... Alguien bajó el periódico; y ese alguien que estaba detrás era... ¡Nick!

—No la pidas a la vieja que te vuelva a enseñar ese maldito hornillo —le dijo—. Está agotada.

—Vale, Nick —repuso Fred como sin darle importancia, y preguntó dirigiéndose a todos en general—: ¿Quién más tiene uno?

Unos instantes de reflexión. Y Wes le dijo que, que él supiera, nadie.

—Es el último de los mohicanos —añadió Wes.

Nick dio un golpe con el periódico.

—Mejor la valiera librarse de él, ¿me oís? Lo voy a machacar, lo voy a tirar por el puente; no quiero ni oír hablar de él... ¡así cómo no se van a burlar de nosotros todo el tiempo!

Nadie dijo ni una palabra, así que Nick aprovechó para decir una, una palabra corta y rotunda, y, como si se hubiera escandalizado a sí mismo, se marchó de la habitación dando un portazo. Un instante más tarde un coche se alejó a toda velocidad. Wes permaneció inexpresivo y aparentemente impasible.

Fred probó la fruta en compota. ¿Era lo mismo que la compota de fruta?, no, para nada. No obstante estaba buena. En cuanto su cuchara rozó el fondo, una fuente de otra cosa fue colocada a su lado. Y un plato de una tercera. «En este es puré de alubias con vinagre y crema agria. En este son croquetas de cordero con eneldo fresco». ¡Caray, qué raro sonaba todo! ¡Caray, qué bueno estaba todo!

En la esquina opuesta de la habitación, un hombre y una mujer de avanzada edad cantaban desafinando; cantaban, de un libro grande y antiguo que compartían, himnos religiosos en ese gran y ancestral idioma que es el huzuk, o en algo por el estilo.

—Dicen que beneficia al alma del difunto —explicó un hombre muy joven de rostro amplio y radiante, en tono precavidamente desafiante.

—Ya está el listillo... —le espetó Wes—. ¿Es que acaso le puede perjudicar?

Fred Silberman dejó la cuchara. Porque ¿se pueden comer croquetas con cuchara? Por supuesto. ¿Por qué no? ¿Acaso te puede perjudicar?

—Oídme, ¿dónde estaba la «Morada Ancestral junto al Gran Mar»? —preguntó.

Y el listillo se apresuró a responder:

—Gichigami[4].

Wes dijo, con un encogimiento de hombros mucho más marcado que el de Mat Grahdy:

—¿Quién coño sabe? ¿Quién lo ha sabido nunca? ¿O es que crees que en aquella época tenían mapas? Supongo que un año las cosechas fueron mal y las boñigas de cabra no alimentaban lo suficiente, así que ¡carretera y manta! ¡Rumbo al oeste! Y una vez hubieron atravesado un par de montañas y cruzado un par de ríos, no solo no sabían ni dónde estaban entonces sino que tampoco tenían ni idea de dónde habían estado antes.

—Vamos, vamos... —dijo Fred—, ni Nick ni los huzuks están ya aquí, solo quedamos nosotros, así que déjate... déjate de milongas. ¡Que me parta un rayo si me río de ti! ¿De dónde demonios han salido los hornillos?, ¿los hornillos eslovos?—preguntó todo excitado.

—¿Y quién coño sabe?

—A ver, ¿los tenían ya cuando se marcharon de... de donde quiera que se marcharan? Del lago Ontario o del mar Amarillo. ¿Los tenían ya...?

Wes se limitó a suspirar. Sin embargo su, probablemente, hermana se lanzó a responder la pregunta, y las preguntas que vinieron a continuación y, cuando no sabía la respuesta, preguntaba a sus mayores y traducía las respuestas. Según contaban las ancestrales leyendas, sí, efectivamente tenían los hornillos antes de abandonar el Hogar Ancestral. Las piezas negras provenían de la montaña, y las azules, del Gran Mar. De dentro de la montaña, de qué montaña, nadie sabe qué montaña, y del fondo del Gran Mar. ¿Cómo se les ocurrió la idea? Bueno, el padre Yockim decía que se la dieron los ángeles. ¡Bah!, el padre Yockim decía.... Eso no es lo que decían nuestros antepasados... ¿Y qué decían ellos? Ellos decían que fueron los diosecillos negros y blancos, pero al padre Yockim, a él le parecía que la gente iba a pensar que se referían a demonios o algo por el estilo, así que lo cambió y... Pero, ¡por el amor de Dios!, si los diosecillos blancos y negros no existen... Vaya, como te crees tan listo te piensas que tú...

—¿Y si vinieron del espacio exterior? —propuso Fred, sorprendiéndose a sí mismo tanto como a los demás.

Un silencio de lo más profundo. Y entonces el «listillo», probablemente o bien un sobrino o un primo, dijo con voz pausada:

—A lo mejor fue así.

Otro silencio. Tras el que todos se volvieron a lanzar a la carga.

Todos los problemas empezaron con el conde Cazmar. El conde Cazmar tenía algo así como una especie de monopolio sobre toda la leña del bosque. Se lo había dado el rey. Sí, pero el rey no se lo «dio» así sin más: el conde tenía que pagar al rey. Bien, así que, como él tenía que pagar al rey, pues todos los que quisieran leña, pues todos tenían que pagar al conde Cazmar. Y entonces el conde se picó porque los eslovos no le estaban comprando leña bastante y, pues eso, que él seguía teniendo que pagar al rey. ¿A qué rey? ¿Quién coño sabe a qué rey? ¿Y a quién coño le importa? Total, ninguno valía un pepino. ¿Qué dices?, ¿que el viejo rey Joseph no valía un pepino?, ¿el que sacó a Yashta Yushta de los calabozos? A ver, ¿queréis dejar en paz al rey Joseph y continuar con la historia?

Así que el conde Cazmar envió a todos los herreros para que fueran casa por casa con sus descomunales mazos a destrozar todos los hornillos eslovos para así obligar a los eslovos a comprar más leña y... ¿Qué...? Sí, por eso el hornillo de la abuela está como roto. Todos acabaron, pues eso, como rotos. Aunque por supuesto que se podían utilizar todavía. Pero el bobo del conde Cazmar, no lo sabía. Así que lo que al final ocurre, lo que al final ocurre, es que todo el mundo tuvo que pagar una tasa por la leña y daba igual la cantidad que utilizaran. Así que un montón de eslovos pensaron, total, ¿que tienes que pagar por ella igual?, pues ya puestos la utilizamos. ¿Lo ves? Un montón de eslovos piensan, total, ¿que tienes que pagar por ella igual?, pues ya puestos la utilizamos. Y así, un montón de eslovos dejaron de utilizar los hornillos eslovos. Pues eso.

—Ahí tenéis, vuestra civilización huzuk tan superior... —dijo Wes.

Justo entonces, el diácono y la diaconisa del rincón, o lo que quiera que fueran, alzaron sus cascadas y viejas voces y terminaron su canto; y todo el mundo dijo algo en voz bien alta mientras pataleaba.

—Oye, Fred, tómate un poco más de... tómate otro vaso de cerveza de mora —le ofreció Wes.

Y de inmediato una tía colocó dos fuentes más delante de Fred. «En este es un guiso con trocitos de bazo y trigo sarraceno. Y en otro es morro de vaca cocinado bajo cebolla. Espera. Te doy pimienta».

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Finalmente, Fred se mudó a su nuevo apartamento y, finalmente, se mudó a su nuevo trabajo; su nuevo trabajo le obligó (entre otras cosas... entre otras muchísimas cosas) a visitar a los fabricantes de tipos, a los impresores y a los proveedores, y qué bien le vino que los tres estuvieran ubicados en un nuevo o tirando a nuevo polígono industrial y comercial bastante a las afueras... Mientras iba conduciendo, los lugares conocidos por los que iba pasando, como un acueducto, un cementerio y una vieja fundición de ladrillos, le hicieron acordarse de que más o menos en donde ahora estaba el polígono industrial y comercial tiempo atrás estuvo Applebaum. Y, ¡quién lo iba a decir!, al parecer seguía estando. Decrépito, pero todavía anunciando, «M. APPLEBAUM AUTOSERVICIO MAYORISTA DE COMESTIBLES». ¿Y qué si a todos esos otros intrincados comercios e industrias probablemente no les gustaba demasiado que el viejo y cochambroso autoservicio aguantara en mitad de ellos? Mala suerte, ¡que se volvieran por donde habían venido!

Más tarde, allí, una vez liquidados el resto de asuntos:

—Freddy. ¡Ho-la!

—Hola, señor Applebaum. ¿Cómo está usted?

—¿Y cómo quieres que esté? Tengo la sensación de cada semana otro pequeño negocio de ultramarinos muerde el polvo. *Nu*[5]. Tengo una cienaguita en Florida y a lo mejor cierro el *gesheft*[6] y me voy a vivir a una casa barco con agua y cocodrilos corrientes, fríos y calientes. ¡Ja, ja! Aquí llega un viejo cliente con sus diez dólares para gastar en mi negocio, y eso si ambos estamos de suerte: Mat Grahdy.

Efectivamente. Le ganaría por la mano.

—Hola, señor Grahdy, ¿se ha calentado ya?

El señor Grahdy rió y rió, y luego me dio la réplica oficial:

—¡Si ni siquiera está templada! ¡Jo, jo, jo, jo! —Señaló a otro hombre—. Este es Petey Plazzek, es *mestiso.* Eh, Petey, ¿se ha calentado ya? ¡Jo, jo, jo, jo! ¡Mosek! —esto dirigido al viejo Applebaum—

, un poco de azúcar necesito, y un poco de sémola, un poco de harina de repostería, caramelos de regaliz, galletas rellenas.

El señor Applebaum dijo que justo ese día le podía ofrecer las galletas a buen precio, así que entraron juntos al comercio.

Petey Plazzek, un hombre de aspecto ajado con una chamarra de leñador de aspecto ajado, fue directo al grano.

—Si va a pasar por la estación de bus, podría llevarme.

—Por supuesto, suba. —Y se fueron. La mirada de Fred no apreció unos pómulos iroqueses—. Disculpe, y sin ánimo de ofender, pero ¿a qué se refería el señor Grahdy con lo de «mestizo»?

—De mestizo *na*. Medio huzuk, medio eslovo.

Una chispa de excitación.

—Bueno, esto... señor Plazzek...

—Petey, solo Petey.

—Bueno, esto, Petey, ¿cuánta gente queda que tenga uno de esos antiguos hornillos eslovos?

—Nadie. Los hornillos son ahora cosa del pasado. Cuida ese camión.

—¿Y eso, Petey? ¿Cómo se ha llegado a eso?

Petey se frotó la nariz, lanzó un muy profundo suspiro.

—Pues bueno, cuando alguien acababa de llegar a Norteamérica... como solíamos decir, «Tenía seis cabras y vendió cinco para comprar el billete del barco y le dio una al cura para que rezara por que tendría una buena travesía». Me refiero en concreto a los eslovos. Los huzuks, esa es otra historia por completo. Así que aquí está el pobre eslovo con sus botas altas, los pantalones bien remetidos, con el blusón, un abrigo de piel de borrego y un gorro de piel. Esto era antes de la isla de Ellis. Por Castle Garden se entraba por entonces. Y el eslovo en cuestión no tenía ni baúl para llevar el equipaje en el barco, ni bolsa de viaje, tan solo tenía una especie de morral; y ¿qué había en el morral? Un blusón limpio y algunos harapos para los pies, porque no utilizaban calcetines; y una olla pequeña de hierro y algunas de esas galletas duras que aguantan mucho, y las dos piezas del hornillo, la negra y la esto..., la...

—¡La azul!

—... la azul, eso. Cuida ese Chevy. Pues bueno, el eslovo conseguía un puesto haciendo el trabajo más sucio y peor pagado, y arrendaba una choza que ni le habrías pedido a un perro que viviría allí, ¿lo pillas, verdad, chaval? Luz... luz ni tenía, ni un candil siquiera, no tenía más que una lata con un poco sebo y un cachico de trapo *pa'cer* de mecha. Y cogía algún ladrillo viejo aquí y allá y se montaba su hornillo eslovo, y cocinaba el trigo sarraceno en la ollita de hierro y dormía en el suelo encima del

abrigo de borrego. Pero con el tiempo las cosas mejoraban; ¡esto era América!, la tierra de las oportunidades. Así que en cuanto empezaba a ganar un pelín de dinero, se traía la parienta y se mudaban a una habitación, una habitación de verdad, y se compraban una lámpara de queroseno y un par de zapatos para cada uno, aunque, bueno... la gente se seguía riendo de ellos, sobre todo los *zuketes* se los seguían riendo porque siguieran utilizando el hornillo eslovo. Así que acababan comprándose una cocina de leña. O una cocina de carbón. Y empezaban a usar lámparas de gas. E incluso se acordaban de no soplar para apagarlas.

—Sí, pero, Petey, la madera y el carbón ¡costaban dinero! Y el hornillo eslovo les salía gratis. Así que...

Petey volvió a suspirar.

—Bueno, a decir verdad, sí que se podía cocinar con él, claro. Aunque no es que diera demasiado lo que se dice calor. Si hervirías un montón de agua, el lugar se llenaba de vapor.

—Calefacción a vapor, ¡calefacción a vapor! —gritó Fred Silberman.

Petey pareció sobresaltarse primero y a continuación, y por primera vez, interesarse; pero su interés se esfumó al momento, y dijo con un suspiro:

—Ninguno era fontanero. Nunca se los pasó por la cabeza nada parecido, ni a ellos ni tampoco a nadie. Y el hornillo eslovo... ¿de qué acaba siendo sinónimo?..., pues acaba siendo sinónimo de pobreza, ¿lo pillas? Acaba siendo sinónimo de ridículo. Y en cuanto dejaban de ser pobres como ratas, pues eso, que si lo he visto no me acuerdo.

Y Fred preguntó, lleno de ansiedad:

—Pero ¿no quedan todavía muchos por los desvanes? Bueno... ¿unos cuantos?, ¿en los sótanos?

—Pero ¿*ande* vas? —le espetó Petey con tono de fastidio—. Para la estación de bus, ¡debieras haber girado a la izquierda! Vaya, vas a rodear la manzana. Pues no... se limitaron a eso... a tirarles. Cuida esa camioneta.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

El nuevo trabajo y las nuevas responsabilidades de Fred lo mantuvieron ocupado y preocupado la mayor parte del tiempo, pero una tarde, mientras estaba revisando una factura con el contratista encargado de instalar el sistema de calefacción en la planta, hete aquí que de pronto se acordó de la cuestión de días atrás.

—¿Se le ha ocurrido de repente algo? —le preguntó el señor McMurtry.

—Esto... ¿us... usted no habrá oído hablar alguna vez de los... hornillos eslovos?

Al momento:

—No. ¿Acaso debería?

Y si Fred se lo contaba, ¿qué pasaría? ¿Reacción *ludita* por parte de McMurtry?

—Permítame que le haga una pregunta hipotética, señor Mc...

—Soy todo oídos.

Así que... desinformado y titubeante... Fred (sin mencionar ni nombres ni grupos étnicos) le explicó el asunto lo mejor que pudo, terminando:

—Así que ¿se le ocurre alguna explicación científica de cómo un artilugio tal puede, o podría, quizás, de algún modo, llegar a funcionar?

La frente del contratista se frunció, rizando los pelos de sus cejas siamesas: un efecto de lo más extraño.

—Bueno, resulta evidente que el líquido en el recipiente actúa como algún tipo de catalizador no contiguo, lo que amplifica el vórtice del campo de fuerza creado por la yuxtaposición de la pispireta y el placebo. —Bueno, por supuesto que el señor McMurtry no dijo exactamente eso, pero así fue como le sonó a Fred. Así que como si lo hubiera dicho. Y el señor McMurtry añadió unas últimas palabras—: Si estos artilugios no fueran hipotéticos sería interesante examinarlos. Con solo un par de trocitos bastaría. Lo que se puede analizar se puede llegar a duplicar.

Una vez que las cosas se encarrilaron en el trabajo, Fred pensó que podía ir a pedirle a la señora Brakk... ir a pedirle a la señora Brakk ¿qué? ¿Le dejaría el único hornillo eslovo existente para que lo examinara un experto?, ¿para que lo analizaran en un laboratorio?, ¿para que lo rasparan para conseguir muestras que pudiera ser examinadas con un microscopio electrónico?

¿¿¿???

Podría sugerir que, si no se fiaba de él, podría llevarse a cabo mediante una Fundación Brakk... o algo así... que se creara con ese objetivo. A través de Wes... y, por ejemplo, incluso de Nick...

Podría haberlo sugerido, ¡sin duda!

Pero esperó demasiado.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Fred no sabía nada, por supuesto, ¿cómo podría haberlo sabido? Los propios habitantes de la casa se acababan de enterar. Cuando llegó temprano una noche, lo único que Fred sabía era que, según

se estaba acercando a la casa, dentro había estallado un tumulto. Montones de gente gritando. Y cuando entró en la cocina de los Brakk, Nick era el único que estaba gritando.

—Somos es-ta-dou-ni-den-ses, ¿verdad? —vociferaba—. Pues vivamos como estadounidenses; ya es bastante malo que los huzuks se rían de nosotros, estoy hasta las narices de todas esas costumbres de nuestra vieja patria. ¿Qué será lo siguiente?, ¿qué más?, ¿gorros de piel?, ¿botas?, ¿una cabra en el patio? —Y dirigiéndose a su esposa—: Cien veces la he dicho a tu vieja, «Tíralo, tira el condenado cacharro, estoy más que harto de que se rían de nosotros, madre, ¿me oye?». Pero no lo tiró. No lo tiró. Así que lo tiré yo. —Se interrumpió, con la respiración agitada—. Y listo...

Fred empezó a notar una desagradable sensación en el pecho.

La esposa de Nick:

—¿Dónde lo tiraste? ¿Dónde? ¡No era tuyo! —Nick apretó los labios. Su esposa se dio una palmada en la frente—. Siempre lo decía. «Lo tiraré por el puente. ¡Lo tiraré por el puente!». ¡Ahí fue! ¡Ay, so bruto!

Durante unos instantes, Nick la miró indignado. Luego se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y comenzó a fumar con un exagerado aire de inmensa despreocupación.

La vieja señora Brakk siguió sentada unos momentos con su leve sonrisa, y luego comenzó a hablar en su lengua natal. Su voz derivó hacia un canturreo y terminó por quebrarse, y entonces se llevó el delantal a los ojos.

—Dice, es lo único que ella tenía para acordarse de su vieja patria. Lo único que quería poder hacer era calentar a veces el biberón del bebé o prepararse a veces una taza de té en su propio cuarto si estaba cansada. Es vieja y ha trabajado duro y nunca ha querido molestar a nadie...

Nick arrojó el cigarrillo al suelo de linóleo y, sin prestar atención a los gritos, lo pisó con fuerza. Tras lo que se quedó repentinamente tranquilo.

—Muy bien. A ver, mañana la compro una pequeña cocina eléctrica un... un... ¿cómo le dicen? ¡Un hornillo eléctrico! Mañana para su propio cuarto la compro un hornillo eléctrico, ¿vale?

El revuelo fue enorme; no se sabía de ninguna ocasión en la que, de manera voluntaria, Nick hubiera comprado nada de nada, ¡para nadie!

La anciana señora Brakk exclamó, en inglés:

—¿Me lo comprarás?

Nick asintió solemnemente con la cabeza.

—Lo juro ante Dios —afirmó llevándose la mano al corazón—. Mañana. El mejor que haya en la tienda. Madre me puede acompañar —añadió.

Su mujer le besó. El mayor de sus cuñados le dio unas palmaditas en la espalda. La anciana recuperó la sonrisa.

Fred sintió que su corazón latía al doble de su velocidad habitual. No se atrevía a decir nada. Y, cuando al cabo de un rato, Nick salió al patio y encendió otro cigarrillo, Fred salió detrás de él.

—Nick.

—Sí.

—Te voy a preguntar algo, pero no te enfades.

—Adelante.

—¿De verdad que tiraste las piezas del hornillo por el puente?

—Sí. Bueno... los... pedazos.

—¿Los pedazos?

Nick bostezó. Movió la cabeza afirmativamente.

—Me fui con el maldito cacharro al taller. *Ande* trabajo. Tú ya lo conoces. —Fred lo conocía—. Y lo pasé por el triturador. Y lo que quedó... lo metí a una bolsa. Y lo tiré del puente.

Ni estaba enfadado ni tampoco arrepentido. Dejó caer el cigarrillo, lo pisó y volvió a entrar en la casa. Fred lo oyó manipular la televisión.

El taller. Con todo el disimulo del que era capaz, Fred acechó y merodeó y se asomó. La luz estaba encendida, la puerta estaba abierta. ¿Se las habría dejado así Nick? Daba igual, seguro que quedaban algunos restos azules y negros, y él entraría como un bólido, los recogería del suelo donde habrían caído en las inmediaciones del triturador y... Una larga sombra se deslizó prestamente por el suelo. El conserje, acarreando su escoba. Un auténtico eslovo de la vieja escuela, hasta con un inmenso bigote y todo, un auténtico bigote eslovo de la vieja escuela; el hombre desapareció instantes después. Fred entró como un bólido, bien que sí. Sin embargo, no recogió nada; no había nada que recoger. Nada de restos. No quedaba ni polvo siquiera. Tita Pesha no estaba físicamente presente, pero su voz resonó en los oídos de su sobrino nieto: «¿Los eslovos? Son muy limpios... podrías comer del suelo de su casa...».

Fred deambuló con el coche por las silenciosas calles. Y gritó bien fuerte: «¡Es que no me lo creo! El mayor descubrimiento en el campo de la termodinámica desde el descubrimiento... ¡del fuego! ¡Y se ha perdido!, ¡se ha perdido! ¡No puede haberse perdido! ¡No es posible...!

Durante los siguientes días, y semanas y meses, llamó a puertas, puso anuncios, ofreció recompensas. Suplicó. Rogó. Ese increíble descubrimiento, que de manera misteriosa había llegado a este planeta nadie sabía cómo ni cuántos miles de años atrás ni a cuántos miles de kilómetros de allí...

... se había perdido.

Fred se entregó en cuerpo y alma al trabajo. Empezó a tener, allí mismo en su ciudad, una activa vida social. Salía con mujeres. Se le pasó por la cabeza el casarse. Cambió por completo. También cambiaron otras cosas. Wes Brakk se mudó de improviso a Idaho. ¿Por qué precisamente a Idaho? «Porque dijo que era el lugar más alejado de los huzuks al que podía largarse donde todavía podría seguir llevando zapatos». Vaya... Y el resto de la familia Brakk junto con Nick (bueno, con Nick al frente), se mudó casi igual de improviso a Brownsville, en el estado de Texas. ¿Y por qué a Brownsville, nada más y nada menos que en Texas? «Para huir del frío». Otros se irían a Florida, a California o a Arizona para huir del frío: el resto de la familia Brakk (junto con Nick) se fue a vivir nada más y nada menos que a Brownsville, en el estado de Texas, para huir del frío.

Y en cierto modo parecía justo el tipo de cosa que se puede esperar de los eslovos.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Una vez más estaban de obras en Statesman Street y Fred tuvo que desviarse con el coche. Aunque ¿realmente tenía que ir por las calles Tompkins, Gerry y De Witt? Por el motivo que fuera, fue por ahí: ¡caramba!, ¡cómo había cambiado el barrio! Las miradas que le dirigieron los nuevos vecinos no eran ni de lejos de buena vecindad. Y allí estaba el almacén del señor Grahdy. Sin embargo, una de las antiguas cristaleras había desaparecido en su totalidad, y en su lugar había tablones clavados. Fred se detuvo. Entró. Allí estaba el señor Grahdy, con parte de la cara vendada, y el resto, amoratado y amarillento. Tenía el violín en la mano. El hombre le saludó con la cabeza con su aire desenfadado. «¿Le apetece escuchar un poco de Paganini?», le preguntó. Y empezó a tocar.

Fred sintió que estaba presenciando la que era casi la última escena de un drama antiquísimo. El viejo Mat Grahdy, con los alejandrinos de su esposa, su violín, Heine, Schiller, Lermontov, Pushkin, Paganini y los *ver*sículos de salmos en latín, ¿cuánto tiempo iba a poder aguantar? Si no se moría de hambre en su almacén prácticamente vacío, ¿cuánto tardarían en acabar matándolo?

El anciano dejó caer el violín al costado. Durante un prolongado y extraño instante miró a Fred con enorme placidez. Y entonces una repentina sonrisa apareció retorciéndose en su rostro hinchado y magullado. Encogió un hombro. Soltó una carcajada. «Ni siquiera se ha templado todavía», dijo riéndose entre dientes.

Copyright © 1985 Avram Davidson

## Notas a la traducción de *El hornillo eslovo*

[1] Coolidge fue el presidente de los Estados Unidos entre 1923 y 1929, bastantes años antes de la época en la que transcurre el relato.

[2] Empresario y filántropo estadounidense fallecido en 1919 que fue famoso porque a lo largo de su vida donó la mayor parte de su fortuna para obras de caridad y proyectos sociales.

[3] Presidente de los Estados Unidos entre 1921 y 1923.

[4] Así es como llamaban los indios objiwa al lago Superior. Significa «Gran Mar».

[5] Muletilla proveniente del *yiddish* que significa algo como «así», «pues eso».

[6] Término proveniente del *yiddish* que quiere decir «negocio».

## Aciago encuentro en Ulthar

Tim Pratt

### Presentación

Tim Pratt era casi un desconocido por aquí cuando hace ya casi tres años se publicó en **Cuentos para Algernon** su primer relato traducido al español, *Otro final del imperio*. Sin embargo, tras la aparición de su antología *Hic sunt dracones: cuentos imposibles* (ed. Fata Libelli, 2013) y de que en 2014 repitiera por aquí con otro cuento, *Resultados inesperados*, y con un poema, *Romance científico*, ahora la situación es muy distinta, y como prueba tenemos su doble nominación en los premios Ignotus de 2014. Así que voy a aprovechar estas líneas para presentar brevemente a la protagonista del relato, puesto que por fortuna Tim ya no lo necesita.

Marla Mason es tal vez el personaje más popular de toda la obra de Tim, una hechicera de nuestros días, descarada y segura de sí misma, que hasta el momento ha protagonizado ocho novelas y varios relatos de fantasía urbana, que por cuestiones de *marketing* están firmados por T. A. Pratt (y aquí podéis leer una entrevista donde el propio Tim explica los motivos). A pesar de tratarse de una serie, las novelas son autoconclusivas y se pueden leer de manera independiente. Y lo mismo sucede con los relatos, por lo que para disfrutar con *Aciago encuentro en Ulthar* os basta y sobra con lo que habéis leído hasta aquí. Eso sí, si os gusta y el inglés no os supone un obstáculo, no dejéis de pasaros por la

página que su autor tiene dedicada en exclusiva a Marla, donde además de encontrar diversa información sobre la saga y los enlaces para comprar los libros, podéis leer íntegra y gratuitamente varias de las últimas novelas de Marla.

*Aciago encuentro en Ulthar* (*Ill Met in Ulthar*) apareció publicado en 2012 dentro de la antología *Witches: Wicked, Wild & Wonderful*, editada por Paula Guran, y su versión audio fue el número 296 del podcast Podcastle. Según cuenta Tim, está inspirado directamente en el relato *Dreams are Sacred*, de Peter Phillips, (¡atención, spoiler!) en el que un reportero debe adentrarse en un mundo de fantasía creado por un escritor *pulp* llamado Marsham Craswell, que aparece mencionado a modo de homenaje en este cuento.

Espero que el que para muchos de vosotros supongo que va a ser el primer contacto con Marla Mason os guste tanto o más que los relatos anteriores de Tim, y que sirva para despertar el interés por aquí hacia esta serie. Por mi parte quiero agradecer a Tim una vez más (¡y ya van cuatro!) su enorme amabilidad al haberme autorizado a compartir con vosotros una de sus obras. *Thanks a million, Tim!*

Por cierto, Tim se ha embarcado recientemente en un nuevo proyecto al que podríamos llamar «Un cuento al mes». Todas aquellas personas que lo apoyen con una aportación de al menos un dólar mensual tendrán acceso a una página en la que podrán leer o descargar un relato inédito suyo cada mes. Así que si queréis convertiros en mecenas de Tim contribuyendo así a que pueda seguir escribiendo cuentos tan buenos como los aparecidos en **Cuentos para Algernon**, o simplemente queréis tener la posibilidad de leer un nuevo relato suyo cada mes, pasaos por aquí.

## Aciago encuentro en Ulthar

**Tim Pratt**

—Su nombre es Roderick Barrow —dijo la doctora Husch—. Es lo que llamamos un «delirante exotérmico».

Marla Mason, de veintidós años, y de acuerdo con su propia opinión la más implacable hechicera mercenaria de la costa este, apoyó los pies sobre el escritorio de la doctora.

—Pues entonces, menos mal que lo tienen encerrado en la loquería.

La doctora Husch hizo una ligera mueca de desagrado y luego apartó las botas de Marla de encima del escritorio. Parecía la escultura de una ninfa clásica que hubiera cobrado vida, con el pelo recogido en un tirante moño y toda ella ataviada con un traje gris de corte impecable, su exuberancia ceñidamente constreñida.

—¡Ay!, es ahí donde entra lo de la «exotérmico»: sus delirios se están volviendo más y más... atrevidos.

—Vale... pero es que no sé a qué te refieres.

—Te lo enseñaré.

La doctora Husch se levantó de la mesa, hizo salir a Marla del cuarto y la acompañó por un pasillo tan limpio como los de los hospitales... lo que tenía bastante sentido puesto que estaban en un hospital, o en algo parecido. El Instituto Blackwing no se ocupaba de las enfermedades del cuerpo, pero en él estaban recluidos los que padecían dolencias de la mente y, en concreto, aquellos practicantes de la magia que se habían convertido en un peligro para sí mismos, para los demás y, en ocasiones, para la realidad. El instituto había sido fundado por un grupo de destacados hechiceros conscientes de que la locura era una enfermedad profesional y de que podría llegar un día en que ellos también necesitaran ser tratados.

El pasillo estaba flanqueado por puertas de hierro, algunas de las cuales tenían runas de pacificación y confinación grabadas al ácido. La doctora Husch se detuvo más o menos a mitad del corredor y deslizó un panel metálico que tapaba una ventanilla cuadrada situada a la altura de los ojos en una de las puertas con barrotes. Brotó un fogonazo, como si alguien hubiera prendido una barra de magnesio, y sin una palabra la doctora Husch tendió a Marla unas gafas de sol. Esta soltó un par de tacos y entrecerró los ojos mientras se las ponía, y a continuación miró el interior de la habitación.

Una forma se retorcía en el aire, sinuosa y chispeante, parecida a una boa constrictora hecha de luz en lugar de carne. La serpiente flotaba en el aire abriendo y cerrando las mandíbulas, y Marla intentó contarle los colmillos, aunque lo dejó cuando llevaba una docena. La única parte de la criatura que no parecía estar hecha de pura luz blanca eran sus ojos: abismos negros de ausencia, aunque extrañamente conscientes. La serpiente se percató de su presencia y embistió contra la puerta, provocando una lluvia de chispas a su alrededor. Marla se apartó de un salto y se envolvió en su capa mágica, que en esos momentos tenía el lado blanco hacia fuera y la protegía con hechizos de sanación; pero a Marla le bastaba un solo pensamiento para darle la vuelta y que el forro interior cárdeno quedara en el exterior. Cuando iba ataviada de púrpura, los despiadados hechizos de lucha la poseían y la hacían prácticamente imparable, aunque a costa de perder parte de su autodominio. Había quienes opinaban que Marla era una aficionada y que solo era peligrosa porque tenía la capa. Aquellos lo suficientemente estúpidos como para decirlo en presencia de la propia Marla se llevaban una buena patada en el culo, pero antes se quitaba la capa para así demostrarles que estaban equivocados. Sin embargo, ahora se alegraba de llevarla puesta: el concepto de ventaja injusta no existe cuando te tienes que enfrentar a una serpiente eléctrica voladora.

La doctora Husch volvió a correr el panel que cerraba la ventanilla mientras la bestia continuaba aporreando la puerta.

—No te preocupes, no puede salir. El interior del cuarto está forrado con caucho reforzado mágicamente. Antes teníamos a un electrotaumaturgo paranoide encerrado ahí dentro. Y tampoco hay enchufes ni lámparas... Cuando encontramos la criatura en la habitación de Barrow había hecho añi-

cos las bombillas y estaba chupando las tomas de corriente igual que un hámster el bebedero del agua.

Marla se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—¿Qué es esa cosa?

—Barrow la llama electrodraco. Viven en las montañas encantadas que se conocen como los Picos Relampagueantes, al norte del Mar de la Ultimación, un inmenso lago de sufrimiento líquido.

—Suenas como el tráiler de una película mala de fantasía —señaló Marla.

—Bastante apropiado, dado que Barrow escribía obras de fantasía. Aunque tampoco es que fuera demasiado malo, sobre todo para los estándares de su época. Escribía sobre todo obras *pulp* y publicó junto a autores como Clifford Simak, Doc Smith, Sprague de Camp, Marsham Craswell... ¿Alguna vez has sido aficionada a leer libros de ciencia ficción y fantasía, Marla?

—La verdad es que no, he estado demasiado ocupada fumando y acostándome con tíos. Siempre me ha interesado más este mundo que los imaginarios.

La doctora Husch la miró desdeñosamente.

—Debería darte vergüenza siendo como eres hechicera. La magia consiste en imponer tu voluntad frente a la realidad. Ahora bien, sin imaginación, ¿de qué sirve la voluntad por férrea que sea? Porque ¿qué más da que puedas hacer lo que quieras si no eres capaz de pensar nada interesante que hacer?

—No tengo problemas para mantenerme entretenida —replicó Marla—. Aunque reconozco que ahora mismo estoy empezando a aburrirme un poco. Así que este Barrow, ¿qué?, ¿escribió sobre los electrodracos en una historia de fantasía y luego, como sea, ha hecho que uno de ellos cobre vida?

—Oh, es mucho peor que eso —dijo la doctora Husch.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—Lo hemos conseguido, Lector —murmuró Barrow, cuyos párpados eran presa de rápidos temblores—. Aunque nuestros aliados y siervos han caído, nosotros hemos alcanzado esta llanura maldita y ahora lo que único que necesitamos...

La doctora Husch apagó el interruptor del intercomunicador y la voz de Barrow se cortó repentinamente. Marla se apoyó en la ventanilla y observó lo que había al otro lado. El cuarto de Barrow era pequeño y estaba amueblado con una cama de hospital y poco más, aunque no faltaban elementos interesantes. Un montón de calaveras con extrañas protuberancias apiladas en un rincón. Algo que parecía una piel de león colocada sobre una silla. Zonas chamuscadas en una de las paredes y en

parte del techo. El propio Barrow era un anciano caballero de pelo blanco y barba montaraz, vestido con una bata del hospital, que movía los labios al murmurar y que de vez en cuando abría y cerraba los puños.

—Lleva así unos... veinte años —dijo la doctora Husch—. Sufrió una crisis nerviosa hace treinta y estuvo en coma durante diez y, de buenas a primeras, empezó a hablar. Desde entonces ni come ni bebe ni elimina residuos, y tampoco envejece; hasta donde yo sé, se sustenta a base de energía psíquica. Y fue también entonces cuando su médico de cabecera habitual hizo algunas averiguaciones y se encargó de que lo trasladaran aquí, puesto que nosotros estamos más preparados para tratar... los casos atípicos.

—¿Así que no era hechicero sino escritor sin más?

—Hasta donde sabemos, desconocía sus habilidades psíquicas latentes, aunque es posible que su descontrolado poder mental fuera la causa de la crisis nerviosa. Su alcoholismo crónico también podría haber sido un factor.

—¿Qué es lo que está farfullando?

—Es un diálogo. Al parecer habita en una historia de fantasía épica de su propia creación. Antes tan solo alcanzábamos a vislumbrarla a través de los fragmentos de diálogo que recitaba su... ¿narrador?, ¿personaje?, ¿avatar? Barrow está interpretando, viviendo más bien, el papel de un poderoso héroe embarcado en la búsqueda de un gran tesoro místico. Delirios de grandeza. Pero últimamente tiene... delirios exotérmicos. Sus alucinaciones están empezando a penetrar en este mundo. Las calaveras de *goblins* muertos, la piel de una mantícora despellejada... el interés científico de esos objetos que han viajado entre ambos mundos es innegable. Sin embargo, cuando ayer apareció un electrodraco vivito y coleando en su habitación... me preocupé más. Su diálogo indica que el objetivo de su misión es hacerse con una llave mágica que le permitirá moverse libremente entre ambos mundos.

Marla dejó escapar un silbido.

—¿Así que piensas que está en un lugar... de verdad?

—Creo que está en un lugar imaginario —dijo la doctora Husch moviendo negativamente la cabeza—, pero que con esa mente suya, tan poderosa psíquicamente, lo está haciendo realidad. Y si su misión tiene éxito y abre una brecha en la frontera entre la realidad y todo ese mundo que tiene en su imaginación... —La doctora Husch se encogió de hombros—. Gigantes. Demonios. Monstruos. Todos ellos podrían abrirse paso en tropel a través del instituto. ¿Qué pasaría si ese sol ternario de su mundo fantástico apareciera en este cielo nuestro? Solo las consecuencias gravitaciones ya serían inconmensurables.

—Lo pillo. ¿Así que quieres que lo mate?

—Soy médico —dijo la doctora con severidad—. Quiero que lo cures, que lo traigas de vuelta a la realidad.

—Lo de la terapia de diálogo no es lo mío. Se me da mejor la terapia de puñetazos.

La doctora Husch optó por pasar por alto el comentario de Marla y continuó:

—Mis ordenanzas están capacitados para controlar las constantes vitales del señor Barrow. Tal como es posible que ya sepas, no son humanos sino *homúnculos*, seres artificiales de inteligencia limitada.

—Seguro que los pobres capullos ni siquiera ganan el salario mínimo.

—El dinero que me entregan los hechiceros que financian el instituto no me alcanza para contratar empleados humanos. Así que me toca producir mi personal en el sótano, en tanques. Pero pueden comer semillas de lavanda y lombrices hasta decir basta. En cualquier caso, al carecer de mente, los ordenanzas pueden entrar en el cuarto y comprobar cómo está Barrow, pero ningún ser humano se le puede acercar, al menos no sin correr un cierto riesgo. Cualquiera que entra en esa habitación, que entra en contacto con el campo psíquico de Barrow, es arrastrado a su mundo ilusorio. Su hermano vino a visitarlo en una ocasión, y nos tocó enterrar al pobre hombre en la parte de atrás. Barrow trata de incorporar al argumento a cualquiera que entra en su mundo, y digamos simplemente que le encanta matar a los villanos en los que acaban convertidos.

Marla clavó la mirada en ella.

—¿Así que quiere que entre en ese cuarto, sea arrastrada hasta su mundo de ficción y... lo cure?, ¿que le haga percatarse de que su mundo es imaginario o algo así?

—Dudo de que pudieras convencerlo —dijo la doctora Husch negando con la cabeza—. Lleva la mar de años siendo el héroe de ese mundo, que para él es más real de lo que nunca lo fue este. No, quiero que te adentres en su mundo de fantasía y que te asegures de que fracasa en su misión. Quiero que te conviertas en una villana a la que no sea capaz de derrotar. En sus parlamentos hay un tema que aparece una y otra vez: su destino. Al parecer está destinado a conseguir la Llave de la Totalidad. Su destino está prefijado, y él es el elegido de los dioses. Cree que es invencible, imparable, y que está haciendo lo que debe. Pienso que una derrota a tus manos podría ser el *shock* que su sistema necesita: tras años de únicamente éxitos, un fracaso podría obligarle a dudar de todas esas terribles certezas suyas. Si puedes darle un empujón que lo saque de su cómoda posición en ese mundo, tal vez yo podría llegar hasta él y traerlo de vuelta a esta, nuestra realidad.

—¡Uy!, pero ¿por qué justo yo?, ¿por qué no algún médium famoso?

—Solo conozco a una persona cuyos poderes psíquicos superen los de Barrow. Y resulta que la mujer en cuestión también está en coma, con la mente traumatizada y encerrada en otra habitación del instituto. No necesito a un médium, necesito a alguien pragmático y táctico, a un luchador... a alguien que no retroceda nunca, que ni se rinda ni se detenga. Y tú te has labrado una reputación entre los hechiceros fundadores del instituto. Dicen que eres formidable como agente y que no conoces el significado de la palabra «fracaso».

—Sí, supongo que hice novillos el día que nos la enseñaron. Y probablemente tampoco venga mal que trabaje como *free lance* y que nadie se vaya a disgustar demasiado si a mí también me tienen que enterrar en la parte de atrás, ¿eh?

—Eso también ha influido —reconoció la doctora Husch—. Al igual que el que tengas una capa encantada con hechizos de lucha. Pero sobre todo es por tu tenacidad. Todo el mundo dice que eres cabezota en extremo, que la casi total carencia de aptitudes mágicas no te ha impedido convertirte en una hechicera extraordinaria porque es lo que deseabas con todas tus fuerzas. Y eso me hace tener esperanzas de que tal vez seas capaz de resistir ante la poderosa imaginación de Barrow.

—Y si no puedo... ¿qué?, ¿me quedo atrapada allí, en esa Narnia de pacotilla?

—Si no has logrado tu objetivo por la mañana o si muestras cualquier señal de estar sufriendo, haré que uno de los ordenanzas te saque a rastras de la esfera de influencia de Barrow. Pero si estás a punto de ser asesinada asegúrate de mencionarlo, ¿eh? Supongo que podré oír tu «diálogo» igual que el de Barrow.

—Vale. Trato hecho, siempre y cuando puedas pagar mi precio...

—Me dijeron que no querías dinero...

—No necesito dinero. Mi precio es que me cuentes un secreto y que me expliques un truco.

—Me parece bien.

—Vale —dijo Marla con una sonrisa—. Siempre quise hacer de villana.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Barrow de Ulthar hundió el extremo del mango de su fabulosa lanza Matafantasmas en el rocoso suelo de las llanuras de Lengue y alzó la mirada hacia las alturas imponentes de la ciudadela de la Hierba Ensangrentada. Había nacido a tan solo dos leguas de ese lugar, en el reino sin rey de Ulthar, y el periplo de su vida le había llevado al otro lado de los grandes mares del mundo, al interior de bosques encantados y bajo la pedregosa tierra, para finalmente volverlo a traerlo a este lugar, a la ciudadela que había proyectado su sombra sobre el pueblo de su infancia, a esa temible fortaleza a la que ahora, convertido ya en todo un héroe, sí que podía desafiar. La naturaleza circular de su periplo era una demostración más de que avanzaba por la senda de un sino ineludible.

—Mi destino me espera ahí dentro, Lector —bramó Barrow—. ¿Tenéis algún consejo final? ¿A qué peligros nos enfrentaremos en su interior?

Lector, el libro viviente, estaba sujeto a la espalda de Barrow con cadenas de plata, hierro y bronce. La voz con la que habló la boca labrada en la tapa de madera sonó igual que el pasar de páginas de

un libro:

—Hay tres puertas: la puerta de los Cuchillos, la puerta de la Luz y la puerta del Viento. Atravesadlas y os encontraréis frente al terrible abismo de las Moscas, que ningún ser humano vivo ha cruzado jamás. La Llave de la Totalidad os espera, pero primero deberéis veros las caras con quien custodia...

—Oye, ¿y a mí no me vas a nombrar? ¿Acaso no te parezco lo suficientemente peligrosa?

Barrow se agazapó con la lanza preparada. Una mujer apareció rodeando tranquilamente una de las rocas con forma de calavera (los restos fosilizados de los gigantes que habían caído víctimas de la fiebre de Lengue milenios atrás) y sonrió. Era joven, aunque no especialmente agraciada, y llevaba una capa de un púrpura intenso, que aleteaba a su alrededor como una sombra viviente, como si estuviera poseída por su propia y siniestra inteligencia.

—Lector, ¿es esta una de las temibles brujas del norte?

Antes de que el libro pudiera hablar, la mujer se echó a reír... no con una risa femenina, sino con un sonido desagradable y chirriante.

—No, soy de la costa este, Barrow.

En la costa este del mar de la Ultimación tan solo se halla la espantosa Ciudad Espejo, habitada por los reflejos vivientes de esos pobres desventurados que tras su muerte habían tenido la desgracia de que sus restos mortales se reflejaran en un cristal y su alma sucumbiera al mal y a la decadencia atrapada en una encarnación especular en este plano mortal.

—Bruja del azogue —le espetó Barrow levantando la lanza.

—No es un espíritu reflejado —le informó Lector—. Es mortal, pero... no la... no está en mi índice. No la encuentro en mis manifiestos. No lo entiendo...

—¿Pretendéis estorbarme en mi búsqueda, bruja? —bramó Barrow.

—Barrow, ¡has acertado a la primera, chaval! —dijo ella aplaudiendo—. Estorbar, eso es lo mío. Junto con usurpar y frustrar. Oye, reconozco que en este lado tienes un aspecto muchísimo mejor. Un tanto demasiado cachas para mi gusto; me refiero a que tus músculos tienen sus propios músculos y, personalmente, me gustan los chicos un poco más delgados... pero no eres el carapacho reseco de pelo blanco que tendrías que ser. Una magia negra estupenda, la que estás utilizando.

—Yo... he bebido de las aguas del mar de la Vitalidad —reconoció Barrow frunciendo el ceño—, pero no por vanidad, sino solo para recuperar las fuerzas. Mi búsqueda me ha llevado más de los sesenta años asignados a cada hombre, pero no fue magia abyecta... la Diosa Verde en persona bendijo mi misión...

—Me parece que me estás vendiendo la burra, lo que me molesta bastante. Así que esta llave que andamos buscando está ahí arriba, en ese castillo tan feo, ¿eh? ¿A quién se le ocurre construir una

fortaleza con cristal volcánico? Lo digo porque sí, será impresionante, pero de práctico no tiene nada. Entonces, ¿nos vemos dentro?

—Debo ser yo quien consiga la Llave, da igual que seáis una bruja del azogue, una bruja del norte o una bruja de los gusanos sepulcrales...

—Bruja sí o sí para ti, ¿verdad? A lo mejor soy una guerrera bárbara como tú.

—Yo no soy un bárbaro, aunque algunos me llamen así —afirmó Barrow con gran dignidad—. Lo único que pasa es que las costumbres de mi pueblo son distintas a las del resto del mundo...

—Cualquiera lo diría a la vista de esas botas de pelo y de los calzones de piel de serpiente... pero lo que tú digas. Hay un abismo, una llave y mogollón de cosas molonas esperándonos. Te echo una carrera.

—No. Ultimaremos esto aquí. La lanza encantada que estoy enarbolando es Matafantasmas. Es un instrumento cruel, pero si no os apartáis no me quedará más remedio que utilizar su siniestra magia en vuestra contra.

—Por mí no te cortes.

—Explicadle qué destino le espera, Lector —dijo Barrow—. No creo que alcance a entender qué es lo que empuñan mis manos.

—La punta de la lanza Matafantasmas es un colmillo de un dios de la muerte asesinado —explicó el libro, cuya voz se oía por encima de la fría calma de la llanura a pesar de su timbre susurrante—. Cuando la lanza alcanza a su víctima no perfora la carne, sino que rasga el alma, le arranca el espíritu, el cual queda libre, y deja el cuerpo convertido en un caparazón vacío y sin conciencia. El alma se disuelve como bruma bajo el sol, privada del más allá. Esta lanza trae la muerte más mortal, y esos cuerpos huecos que va dejando a su paso deben ir en pos del tenedor de la lanza, convertidos en un ejército de muertos vivientes.

—Pues por aquí no veo ninguna horda de zombis —señaló la bruja—. ¿Están escondidos detrás de una de estas calaveras? —añadió dándole una patada al cráneo de piedra gris de uno de los gigantes.

—Todos se perdieron cuando atravesamos los Picos Relampagueantes —explicó Barrow—. Y yo no lamenté tener que despedirme de ellos: ese silencioso arrastrar de pies resulta un deprimente recordatorio de las aciagos actos que incluso un héroe debe acometer para alcanzar su sino. Y por apuesto que pueda ser, preferiría no añadir vuestro cuerpo a mi séquito. Os ruego que os apartéis, o no me quedará más remedio que arremeter con mi lanza contra vos.

—¡Ajá!, pues venga, arremete. Y buena suerte arrancándome el alma, porque yo creo que todo eso del dualismo cuerpo-alma no son más que chorradas.

Barrow inclinó la cabeza un instante, apesadumbrado pero decidido, y a continuación dio un paso al frente, esgrimiendo la ávida lanza por delante de él.

La bruja se apartó a un lado... y la capa se movió hacia el otro, alzándose desde sus hombros y echándose a volar. No era en absoluto una capa, sino un criatura viva, una sombra ávida, y en el interior de su silueta de sudario parpadeaba una docena de ojos rojos. La capa se lanzó volando sobre el rostro de Barrow, que entre jadeos intentó volver su lanza contra ella. La bruja se le acercó y le asestó un cortante golpe con la mano en el brazo, un golpe de experta que alcanzó sus nervios y le dejó el brazo como muerto. La punta de la lanza cayó hacia el suelo, y la bruja...

... la bruja pisoteó el asta, partiéndola limpiamente cerca de la punta. El héroe se quedó inmóvil, aturdido, mirando la destrozada arma.

—Puede que la punta fuera el diente de un dios, pero el asta no es más que un trozo de madera —le susurró al oído la bruja—. Una chapuza.

Barrow se arrodilló para recoger la punta de la lanza, pero la capa le rodeó los brazos con sus zarcillos y le arrastró hacia atrás. Mientras forcejeaba contra la prenda que seguía tirando de él suave pero implacablemente, la bruja recogió la punta, arrancó una pluma de un saquito que llevaba colgado al cinto y en un momento ató la pluma alrededor de la punta con uno de sus propios cabellos. Murmuró un breve hechizo de algún tipo, abrió la mano y la punta empezó a ascender, más y más y más, hacia el cielo.

—Adiós, pajarito —dijo la mujer—. Eso la hará volar hasta que llegue al... bueno, hasta que llegue a uno de los nada menos que tres soles de ahí arriba. Demasiados. Y con tres soles cualquiera se hubiera esperado que hiciera más calor.

Barrow lanzó un aullido e invocó la fuerza de sus tótems: el oso, que le había proporcionado su piel para las botas; la magna serpiente, que le había entregado la suya para las calzas, y el lobo, que le había provisto del cuero para su arnés pectoral. El poderío de los animales fluyó por su cuerpo, y Barrow se quitó de encima la capa dejándola hecha jirones. La capa revoloteó alejándose de él y los desgarrones en el tejido cicatrizaron en el acto mientras descendía para volver a posarse sobre los hombros de la bruja.

—¡Ajá!, siempre me pareció que esta capa iba un tanto por libre —comentó ella.

—¡Consorte de los demonios! —la increpó a voz en grito Barrow, todavía rebosante de energía animal.

—¿Qué pasa?, ¿has oído hablar de los íncubos? Yo no lo llamaría «consorte» exactamente, fue más bien uno de esos rolletes en los que ambas partes se utilizan mutuamente...

Barrow lanzó un rugido y arremetió contra ella, que se alejó de él con un salto mortal. Acrobacias así deberían haber sido imposibles con esa larga capa que llegaba hasta el suelo, pero la demoniaca prenda se apartó de su camino mientras ella giraba. Y luego, en lugar de volverse hacia él para hacerle frente, la hechicera se echó a correr, avanzando a grandes zancadas, sin siquiera mirar atrás.

—¡Cobarde! —bramó Barrow—. ¡Enfrentaos a mí!

—Se dirige a la ciudadela —le susurró Lector desde su espalda—. Va a ser la primera en llegar allí.

—¡Mierda! —exclamó Barrow de Ulthar, tras de lo cual se lanzó a la carrera en pos de ella.

Las torres más altas de la ciudadela de la Hierba Ensangrentada eran de un rugoso ónice, y sus chapiteles se clavaban en el mullido vientre azul de la gran diosa celestial que yacía allí arriba y cuya sangre divina corría por los muros de la fortaleza y se encharcaba en el suelo, donde flores malignas brotaban de la combinación de ese terreno maldito con la esencia divina que lo regaba. Barrow avanzó estrepitosamente colina arriba camino del portón, y las largas flores de pétalos encarnados volvieron la cabeza para verle llegar. Con Lector golpeándole con fuerza contra la espalda, el héroe se resintió hasta del último dolor y sufrimiento padecidos durante su largo periplo. O la lanza Matafantasmas le había estado proporcionando fuerza mágica o es que los efectos de su última visita al mar de la Vitalidad estaban empezando a desvanecerse: se sentía agotado, en un momento en el que debería haber estado rebosante de fuerza y paladeando su triunfo.

La bruja le sacaba varias docenas de yardas, pero las flores estaban alzando sus flexibles y nudosos zarcillos para obstaculizar su avance. La mujer gritó una extraña palabra, presumiblemente una invocación de poder («Desfloración») y bolas de fuego brotaron de las palmas abiertas de sus manos, calcinando las plantas y haciéndolas aullar. El aroma tan peculiar de la sangre chamuscada de la diosa, una mezcla de olor a azúcar quemado y a entrañas abiertas, inundó el ambiente. La bruja atravesó corriendo el portón con forma de arco y se adentró en la oscuridad del interior. No había puertas ni guardias que impidieran entrar en la ciudadela, puesto que esta no solo no disuadía a los visitantes de que se acercaran, sino que los recibía con los brazos abiertos, igual que un león a su presa.

Barrow vaciló en el umbral, cuando ni siquiera sus legendariamente agudos ojos fueron capaces de atravesar la oscuridad del interior.

—Lector, aconsejadme. ¿Quién es esta nueva adversaria y cómo puedo derrotarla?

El libro viviente era la mejor arma de Barrow: conocía todos los secretos del mundo y podía desvelar cualquier misterio... siempre que Barrow fuera capaz de plantearle la pregunta adecuada.

—La mujer no aparece mencionada ni en mis códices ni en mis concordancias —respondió Lector—. No os puedo decir cómo derrotarla.

Al héroe el corazón le dio un vuelco en el pecho. Lector conocía los puntos débiles de todos los hombres, dioses y bestias que a lo largo de los tiempos habían vivido, o que habían tenido algo que se asemejara a una vida, y esa sapiencia había contribuido a la mayoría de los triunfos de Barrow.

—Pero... si conocéis todas las verdades del mundo entero... —Barrow se interrumpió un instante—. ¿Me estáis diciendo que ella... no es de este mundo? Que proviene de otro lugar, ¿de algún reino demoniaco? Eso explicaría por qué también busca la Llave de la Totalidad... Tal vez tan solo quiere

regresar a su legítimo hogar. ¡Bruja! —gritó—, ¡no hay necesidad de que luchemos! Una vez haya recuperado la llave os abriré gustosamente la puerta a vuestro mundo.

La bruja no respondió. Barrow se armó de valor para el futuro combate y pasó bajo el imponente arco.

La oscuridad tras la puerta era tan sólida que se podía palpar: una membrana pegajosa e inmunda como el verdín en un estanque; por fortuna, un instante más tarde ya la había atravesado y se estaba limpiando los residuos ectoplásmicos de los ojos y mirando a su alrededor en busca de la siguiente e inevitable amenaza. Se hallaba en un vestíbulo inmenso y sombrío lleno de irregulares columnas, no muy distinto del templo del Dios Iracundo en el lejano Paradyll, pero de dimensiones mucho más vastas. Las columnas refulgían con una luz interior rojiza.

Algo descendió revoloteando hacia él desde el techo. Barrow empuñó su hacha de mano, la cual no era un arma mágica, aunque el acero bien afilado y la comodidad de su empuñadura tenían su propia magia. El ondeante objeto era la capa de la bruja, con sus rojos ojos reluciendo, sus zarcillos púrpura llenos de sombras extendiéndose hacia él. Barrow retrocedió de un salto cuando la capa intentó golpearle, y con un rápido movimiento del hacha abrió un gran desgarrón en el cuerpo de la misma. Pero ¿dónde estaba la bruja...?

Barrow notó un tirón en la espalda y lanzó un alarido cuando las delgadas cadenas se le clavaron en la carne y se sintió aligerado del peso de Lector. Se giró, pero la capa intentó estrangularle y, para cuando consiguió liberarse de los zarcillos y lanzarla revoloteando de vuelta hacia el techo, la bruja ya estaba sentada en un saliente situado a media altura de una columna, tan cómodamente como podría haberlo estado Barrow en un tronco caído, con Lector abierto en el regazo mientras pasaba las páginas:

—¿Y qué es todo ese rollo de que sangre el cielo? —preguntó.

Antes de que Barrow pudiera lanzarle un improperio, Lector respondió, igual que hubiera respondido a cualquier pregunta que le hubiera planteado todo aquel en cuyas manos se encontrara.

—La ciudadela está hecha de cristal sobrenatural, lo suficientemente afilado como para que pueda cortar incluso lo divino, de ahí que perfore el vientre de la gran diosa celestial.

—Espera... ¿qué el cielo es el estómago de alguien? Eso es... es... pero ¿qué dices?

—Todo el mundo conoce la historia de la diosa —gritó Barrow—. ¡El triple sol son las joyas de su ombligo! ¡La lluvia es su sudor! Ella yace cerca de su amante, la diosa de la Tierra, pero nunca alcanzan a tocarse, ¡porque los pecados de los hombres las mantienen eternamente separadas!

—Lo siento, pero es que no soy de por aquí.

—Eso ya lo sé —dijo Barrow, tras lo cual alzó la mano con gesto apaciguador—. Bruja... bueno, no, guerrera... habéis demostrado estar a mi altura.

—¿A tu altura? No te engañes a ti mismo. Mis calzones se bastarían ellos solos para patearte bien el culo.

Barrow reprimió la ira que bullía en su interior.

—Aunque hayas arrojado al aire mi lanza y robado mi libro y compañero del alma, todavía estoy dispuesto a ser vuestro amigo. Juntos tenemos más posibilidades de abrirnos camino por la ciudadela...

—Ay, Barrow de Chunga, que no lo pillas —dijo ella—. Estás acabado. Tu papel en esta historia ha concluido. ¿O es que también te tengo que quitar los calzones de serpiente y dejarte desnudo y atado ahí fuera para que te devoren las flores?

—Yo tengo un destino... —empezó Barrow.

—Bueno, pues yo no, pero sí tengo que una misión que cumplir, y esa misión consiste en evitar que te hagas con la Llave. Aquí no eres el héroe. Déjame que te muestre una cosa, del abismo ese.

—¿El abismo de las Moscas? Pero antes de que lleguemos hasta él hay tres puertas...

—Ya no hay puertas —intervino Lector—. La bruja forastera las ha destruido.

—¿La puerta de los Cuchillos?, ¿la puerta del Viento?, ¿la puerta de la Luz? —dijo Barrow sacudiendo la cabeza.

—Efectivamente —dijo la bruja—. Hechizo de oxidación, encantamiento de calma, tintura de oscuridad. Tardo más tiempo en pasar el control de seguridad del aeropuerto del que necesité para acabar con esas puertas. De verdad que en este sitio la magia es débil de cojones, y lo de descalabrar cosas forma parte de mi trabajo. Aunque bueno, da igual, a ver, lo del abismo...

Se dejó caer desde la columna y Barrow, hacha en mano, arremetió contra ella con un bramido.

La bruja lo evitó, grácil como una bailarina, y la zancadilla que le puso cuando pasó por su lado lo envió al suelo, donde acabó todo despatarrado, el hacha resbalando por el pulido suelo negro.

—¿Has acabado? —le preguntó ella.

La capa bajó flotando desde el techo y se volvió a posar sobre los hombros de la bruja. Con el rostro ardiendo por la vergüenza, Barrow se incorporó. Dejó el hacha en el suelo, temiendo la reacción de la bruja si intentaba recuperarla. Si ella le atacaba, lucharía ferozmente; sin embargo, la bruja se limitó a quedarse ahí plantada, mirándole con aire un tanto impaciente e incluso ligeramente aburrido. Hasta ese momento, Barrow nunca había dudado de su destino: él era un héroe y, aunque el camino era largo y lleno de tribulaciones, conseguiría la Llave, un magno objeto mágico en un mundo rebosante de magia, un poderoso artefacto que nunca antes había sido tocado por la mano del hombre. Sus aliados lo respetaban, al igual que sus enemigos, pero esta bruja forastera estaba provocándole y jugando con él, y él no conseguía dar con la manera de doblegarla.

Así que la siguió cuando ella cruzó el vestíbulo, avanzó por una serie de serpenteantes pasillos, dejó atrás los restos hechos añicos de las tres grandes puertas y se adentró en el corazón negro rojizo de la ciudadela. «Tal vez esta es la parte de mi periplo en la que recibo una lección de humildad —reflexionó Barrow—. Acaso esta bruja me enseñe algo importante sobre mí mismo, algo que me ayude en...».

—El abismo de las Moscas —dijo la bruja, gritando para hacerse oír por encima del terrible zumbido que resonaba por toda la fortaleza y señalando hacia el inmenso vacío que se abría ante ellos. Tan ancho como la propia ciudadela y extendiéndose hasta donde le alcanzaba la vista a Barrow, el abismo era un gran y bullente foso rebosante de millones y millones de revoloteantes insectos: moscas negras, moscas de un intenso verde, e incluso moscas pálidas como la nieve que eran portadoras de la enfermedad del insomnio—. Lector, ¿de qué se alimentan esas moscas? —preguntó dando unas palmaditas al libro viviente que llevaba bajo del brazo.

—De héroes —respondió Lector, y la bruja rió con ganas.

—No tenía ni idea de que la mierda de mosca oliera así —dijo ella—. Pero cuando multiplicas una partícula de caca de bicho por alrededor de un billón, supongo que se empieza a notar. ¡Uf! Da igual, fíjate en este hechizo. Lo aprendí de una *bruja*[1] el año pasado, cuando estaba de viviendo de okupa en un sitio de lo más asqueroso con bichos por todas partes. Lo normal es utilizarlo para limpiar una habitación sin más, pero estoy casi segura de que puedo amplificarlo... —Inspiró profundamente y a continuación gritó—: ¡¡¡Largo, moscas!!!

Los insectos se alzaron por millones, una nube negra, verde y blanca, debajo de la cual quedó al descubierto... una fosa común. Un enorme revoltijo de hombres, mujeres y seres de todas las razas capaces de actos heroicos: los Dolorosos, con su piel espinosa; los Hombres Originales, con sus ojos serpentinos; los amorfos Informes... todos ellos destrozados, sanguinolentos, descomponiéndose y vaciados de su alma, convertidos en un mero festín para las moscas.

—¿Ves eso? —le preguntó la bruja—. Es lo que les sucede a los héroes. Tampoco es que sea nada personal: es lo que le sucede absolutamente a todo el mundo. Nadie vive eternamente, y resulta que hasta los dioses pueden sangrar. Sin embargo, los héroes acostumbran a morir de manera desagradable, lejos del hogar y sin sus amigos.

La mujer se deslizó más cerca de Barrow, que estaba mirando los cadáveres y preguntándose cuántos habían sido célebres, sobre cuántos de ellos los juglares habían cantado a voz en grito, tan fuerte como él mismo había oído entonar su propio nombre... y, lo que era peor, cuántos de ellos ya no eran recordados ni en canciones ni en leyendas.

—Pero ¿a que tú creías que eras especial? —continuó ella—. Que en tu caso las cosas iban a ser muy diferentes... En lo más profundo de tu corazón pensabas que tú sí ibas a vivir eternamente, ¿verdad? Y estabas todo entusiasmado con lo de tener un destino. Menuda cosa. También lo tenían todos ellos. Ahí abajo hay suficientes armas mágicas para llenar el arsenal de un dios de la guerra, y suficientes

historias heroicas para llenar incluso este extraño libro parlante infinito que te he robado. No digo que nunca haya un buen motivo para hacer grandes cosas, Barrow, pero hacerlas solo para así ser un héroe es una gilipollez. Aunque bueno, te quiero hacer una pregunta...

El zumbido de las moscas se interrumpió bruscamente, a pesar de que los insectos continuaban revoloteando en el aire, y una voz habló:

—Soy yo quien hace las preguntas aquí.

Era una hermosa voz, tranquila y serena, igual que su dueña, la cual atravesó el abismo caminando sobre la nube flotante de moscas como si esos cuerpos que se cernían en el aire fueran losas del pavimento; una belleza rubia perfecta ataviada con poco más que tres racimos de diamantes que hacían el mínimo necesario para proteger su modestia, y con una diadema de oro blanco en la frente.

Barrow sintió como si a su corazón le quitaran un peso de encima cuando vio que la bruja entrecerraba los ojos mientras su capa demoniaca se contorsionaba alrededor de su cuerpo. A ella no le gustaba el aspecto de esta mujer y, por lo tanto, a él sí.

—Soy la guardiana de la Llave —dijo la hechicera rubia, de pie sobre una plataforma de moscas blancas a tan solo unos pasos de ellos—. Habéis franqueado las Puertas y alcanzado el borde del Abismo, y ahora tenéis la oportunidad de conseguir la Llave —bajó la mirada hacia la tumba abierta que tenía bajo sus pies—, o de uniros a aquellos otros que lo intentaron en el pasado.

Barrow clavó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza respetuosamente.

—Guardiana —dijo—, estoy ansioso por enfrentarme a cualquier prueba que deseéis proponerme.

—Oye, guardiana —intervino la bruja—. Te pareces un montón a una mujer que conozco. ¿No te apellidarás por casualidad Husch? Podrías ser su hermana gemela.

—Yo no nací de mujer —replicó la hechicera, su voz clara como el cristal—. No tengo ni hermana ni madre ni padre ni hijas. ¿Vos también venís para intentar ganar la llave?

—Claro —respondió la bruja—. Así que ¿cuál es la prueba?, ¿un combate mortal con Barrow el Bárbaro?, ¿una competición de a ver quién aguanta más sin parpadear ni reírse?, ¿o simplemente debo adivinar qué tienes en los bolsillos?

—Tan solo necesitáis responder a una pregunta. Y si vuestra respuesta me satisface, la Llave será vuestra.

La bruja resopló.

—Dejemos que Barrow sea el primero. Lleva mucho tiempo esperando este momento.

La guardiana de la Llave volvió el rostro hacia Barrow y le pidió que se incorporara. Este se puso en pie y se irguió. Había cenado con reyes y seducido a reinas, y entre sus amigos íntimos y sus terribles

enemigos se contaban varios dioses... pero la guardiana de la Llave parecía totalmente distinta, más poderosa que los dioses, o tal vez simplemente alguien ajena a ellos.

—Barrow de Ulthar —dijo la hechicera—, decidme, ¿por qué deseáis la Llave?

Barrow parpadeó. Quería la Llave porque era la razón de ser de su peregrinaje; porque a la bruja de la ciénaga del pueblo de su niñez le había sido revelado en una visión que él llegaría a hacerse con ella un día; porque el adivino supremo del Rey de Piedra de las montañas Invertidas había afirmado que Barrow estaba destinado a empuñarla; porque sus propios sueños ya prácticamente solo consistían en vagabundeos interminables por oscuros pasillos llenos de puertas cerradas que él no podía abrir. Se le pasó por la cabeza pensar una respuesta más artificiosa, algo sobre romper los grilletes de los tiranos o abrir nuevos caminos llenos de oportunidades, pero tuvo miedo de que la guardiana de la Llave notara el fingimiento o la exageración. La verdad siempre le había servido de mucho, así que continuaría al servicio de la verdad.

—Porque es mi sino —dijo—. Porque yo soy quien está predestinado a conseguir la Llave, en este lugar en el que todos los demás han fracaso en su intento.

La guardiana inclinó la cabeza.

—Y vos, Marla Mason de Felport, ¿por qué deseáis la llave?

—En el lugar del que vengo tenemos un dicho —respondió Marla—, «Todo aquel que desee ser presidente debería ser descartado». —Y señaló con la cabeza a Barrow—. A todo aquel que piense que se merece poseer el objeto mágico más poderoso del mundo solo porque ese es su destino nunca se le debería permitir ponerle las manos encima. Quiero mantener la llave fuera de su alcance y del de los que, al igual que él, anhelan el poder por el poder.

Barrow se apartó un paso del borde del abismo al sentir una repentina sensación de mareo.

—Pero yo no... yo no la quiero para nada malo, solo es que...

—No es más que tu *macguffin* —dijo Marla en tono no carente por completo de amabilidad—. No lo has pensando detenidamente, eso es todo. No es culpa tuya. Llevas décadas con esta historia, así que no es de extrañar que esté empezando a perder algo de fuerza. Ese es siempre un problema con las series que se prolongan.

—Has respondido con acierto, Marla Mason —dijo la guardiana de la Llave—. Puedes quedártela.

—¿Qué quieres decir con que puedo...?

La guardiana de la Llave se alzó desde las moscas y flotó hacia ellos. Empezó a brillar, al principio débilmente y luego tan brillantemente como el más brillante sol del trío, y entonces...

... se desvaneció y una llave de refulgente diamante cayó al suelo. Marla Mason se agachó y la recogió.

—No ha sido tan difícil —dijo—. Aunque también es cierto que yo he podido pasar directamente al último capítulo, lo que no es demasiado justo para ti.

Barrow se pasó la lengua por los labios, con los ojos clavados en la llave.

—¿Qué vais a hacer con ella?

—Abrir una puerta —respondió Marla con un encogimiento de hombros.

La bruja entrecerró los ojos, luego clavó la llave en el aire y la giró. Allí apareció un rectángulo esbozado con luz blanca, y ella tiró y abrió la puerta. Barrow se esperaba ver algo asombroso: un universo celestial, tal vez, o ese siniestro foso de donde procedía su capa demoniaca.

En lugar de eso, la puerta abierta solo le mostró un cuarto en el que un anciano de cabello blanco dormía en una cama. Una mujer con un aire a la bruja Marla Mason estaba tendida en el suelo en un rincón, y otra estaba vigilando a través de una ventanilla... una mujer que, aunque llevaba gafas y un tirante moño rubio, era la viva imagen de la guardiana de la Llave, era la mismísima...

—¿Quieres pasar? —le preguntó Marla—, ¿ver el mundo?

Barrow retrocedió. ¿Qué artimaña era esta? La bruja le había robado nada menos que su destino y ahora le ofrecía un cuarto sucio, un camastro, una ventanilla manchada, una criatura mágica transformada en enfermera...

—¡Jamás! —gritó, y saltó al abismo para reunirse con el resto de los que habían fracasado. Tal vez muriera, pero moriría como un héroe, lo cual era mejor que vivir como un hombre vulgar.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Marla entró por la puerta e inmediatamente se giró para quedar tumbada de costado y vomitar, lo que era un tanto raro, porque ella no había estado tumbada, sino que estaba entrando por una puerta, pero ahora estaba en el suelo y...

—Vaya —dijo con voz ronca—, me he despertado en mi propio cuerpo, ¿eh?

La doctora Husch abrió la puerta y un pálido ordenanza se apresuró a entrar para ayudar a Marla a ponerse de pie, luego la sacó de allí y la llevó hasta la seguridad de la sala de observación.

—¿Qué es eso que tienes en la mano? —le preguntó la doctora Husch.

Marla bajó la vista hacia la llave de cristal que tenía en la mano.

—Oh, esto... es... A ti, creo, a ti debe de haberte visto en algún momento, porque no hay ni la más remota duda de que fantasea contigo, o... espera... —Marla sacudió la cabeza. Sabía que acababa de hacer algo, que se había adentrado en un extraño mundo de fantasía y le había dicho alguna insensible

estupidez al bárbaro que era el avatar mental de un loco, pero los detalles se estaban desvaneciendo a toda velocidad—. ¿Por qué no consigo recordarlo?

—Si recordar los sueños puede ser difícil —dijo la doctora Husch cogiendo la llave de la mano de Marla—, ¿cómo no va a ser mucho más difícil recordar los sueños de otra persona? Pero hiciste aquello para lo que fuiste enviada. Le demostraste a Barrow que no es un héroe marcado por un destino. Destrozaste la columna vertebral de su historia y te llevaste esta llave que creo que es un objeto mágico bastante poderoso, con una magia que o bien él mismo tuvo que desarrollar o bien consiguió procurarse gracias a sus habilidades psíquicas.

—¿Ah sí?, ¿un objeto mágico? —dijo Marla tirando de su capa que también lo era: un objeto de edad incognoscible y poderosa magia, y con sus propias motivaciones, por inescrutables que pudieran resultar para quien la llevara. Y, por algún motivo, ese día el hormigueo que le recorría la piel cuando iba enfundada en ella era incluso más fuerte de lo habitual. Su maligna inteligencia, que siempre era una presencia en lo más profundo de la mente de Marla, parecía estar más activa y agitada, como un gato que llevara horas vigilando a un grupo ardillas que retozaba tras la seguridad de un cristal—. ¿Crees que la podemos vender?

—Creo que me la voy a quedar. Exactamente por los motivos que tan bien explicaste mientras estabas inconsciente.

—No necesito saber lo que dije en sueños —dijo Marla moviendo la mano negativamente—. Estoy segura de que será algo embarazoso. Pero... ¿por qué no se despierta Barrow? ¿No se suponía que si pulverizaba sus delirios se curaría?

—No lo sé. Por supuesto que confiaba en que recuperara la lucidez cuando le demostraras que sus delirios de grandeza estaban equivocados. No es que esperara que estuviera curado, por así decirlo, pero, si pudiera oírme, entonces la terapia podría ser factible. Aunque como ahora no está hablando, no sé en qué andará embarcado en estos momentos...

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Barrow no murió en el foso. Tras yacer un rato entre los despojos empezó a registrar los cadáveres. Tal como había dicho la bruja, efectivamente había objetos mágicos, innumerables, y eligió para quedarse algunos de los más mortíferos. Salió del foso trepando, arrastrándose cargado con sus instrumentos de guerra hasta alcanzar el suelo de la ciudadela. Lector, el libro viviente, yacía sobre la superficie de piedra, abandonado por la bruja al marcharse.

—Lector —dijo Barrow con voz ronca—, mi viejo amigo, decidme, ¿conocéis hechizos para hacer que los muertos se levanten y lanzar a la batalla este foso lleno de cadáveres?

—Sí —respondió Lector.

—Esta ciudadela... ¿ha habido algún mortal que haya sido su señor alguna vez? —preguntó Barrow relamiéndose.

—Ninguno, solo lo han sido dioses.

—Vaya —dijo Barrow mientras abría y cerraba los dedos de la mano—, entonces me tendré que convertir en dios.

Aunque Lector rara vez hablaba sin que se le hubiera dado pie y lo normal era que se limitara a responder preguntas, ahora intervino:

—Barrow de Ulthar... ¿cuáles son vuestros planes?

—Si no soy un héroe, entonces debo ser... otra cosa. Si no tengo un destino, entonces debo forjarme mi propio destino. Si no puedo abrir todas las puertas en todos los mundos... entonces debo derribar los muros. Si no puedo salvar el mundo...

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—... entonces debo... ¡conquistarlo! —gritó el anciano escritor al otro lado del cristal, y Marla se estremeció—. ¡Me cobraré mi venganza!

—Ahora se nos ha puesto en plan Señor Oscuro, ¿verdad? —preguntó Marla.

—Eso parece —dijo la doctora Husch con un suspiro—. Su historia está volviéndose más siniestra. Se está convirtiendo en un antihéroe.

—Me sorprendería mucho que las historias con protagonistas así tengan luego demasiado mercado —comentó Marla—. Así que... ¿hemos empeorado las cosas? ¿Va a empezar ahora a intentar en serio llegar a este mundo? ¿Nos vamos a encontrar con que, no sé... nos aparecen de pronto por aquí y por allá hordas de orcos y dragones negros echando napalm y nubes de esporas de carbunco? ¿No te preocupa que pueda encontrar otra manera de llegar hasta aquí, y que la próxima vez pueda venir acompañado de un ejército?

—Puede ser. Por mucho que me reviente admitir la derrota, creo que ha llegado el momento de tomar medidas drásticas. Cuando la terapia no funciona, a veces la única solución... es el aislamiento. Por suerte, me has traído una llave, y las llaves no solo se utilizan para abrir puertas, también se utilizan para... digamos que cerrarlas. —Ladeó la cabeza, observó con atención la puerta que tenía frente a ella y luego deslizó la llave de cristal en la cerradura, lo que tuvo su mérito, ya que la llave era demasiado grande. A pesar de lo cual entró, y la doctora la giró, momento en el que se oyó un clic fuerte como

un trueno. La puerta empezó a cambiar, el desvencijado metal transformándose en negro cristal volcánico. La transformación se fue extendió lentamente por la pared y la ventanilla, hasta que toda la habitación quedó convertida en un muro de piedra sin fisura alguna—. Ya está. Encerrado —dijo. Y se metió la llave en el bolsillo del traje.

Marla dejó escapar un silbido.

—¡Joder!, cuando incomunicas a alguien no te anda con chiquitas.

—Tengo que pagarte. Dijiste que un truco y un secreto, ¿verdad?

Marla, que se había quedado ensimismada mirando su reflejo en el negro cristal, dio un respingo.

—Ah, sí, a ver. El truco... quería saber cómo has conseguido mantener sometidos a algunos de los hechiceros más poderosos que tienes aquí: Agnes Nilsson, Elsie Jarrow... los de ese calibre. De acuerdo a mis indagaciones, debería ser imposible dominarlos. Aunque bueno, eso lo pensaba antes de que te viera hacer esto...

—No suele ser habitual que un paciente nos proporcione la llave que nos permita mantenerlo a buen recaudo. Barrow es un caso especial. Los amarres de Jarrow y Nilsson son un tanto enrevesados y hoy he tenido un día agotador, pero vuelve la próxima semana y te explicaré los conjuros y símbolos mágicos.

—Me parece bien. En cuanto al secreto... tengo entendido que llevas décadas y décadas al frente de este lugar y nadie te echaría más de veinticinco años, por mucho que intentes aparentar más vistiéndote y peinándote sin gracia alguna, y con ese moño que cualquiera diría que eres masoquista de lo tirante que está. Incluso aunque utilices uno de esos hechizos que hacen que no se envejezca cuando se está durmiendo, solo eso no sería suficiente para justificar una juventud así. Así que ¿cómo lo haces?

—Bueno, Marla, tu error está en que das por hecho que soy humana —dijo la doctora Husch dándole unas palmaditas en el hombro.

—¿No me dirás que eres... un objeto mágico con forma humana? —preguntó Marla frunciendo el ceño.

—Por supuesto que no. Soy un homúnculo, igual que los ordenanzas. Lo único es que mi creador (que ya nos dejó) me hizo mucho más inteligente que a ellos, y a mí me gustan otras cosas además de las semillas de lavanda y las lombrices. Si fuera humana, yo misma hubiera podido adentrarme en los sueños de Barrow para encargarme directamente de su terapia. Por supuesto que no soy humana. ¿Por qué si no te hubiera contratado a ti, cielo?

Marla torció el gesto. Le vino a la memoria una imagen de la doctora Husch diciéndole esto mismo en una ocasión anterior («Yo no nací de mujer»), pero no, no había sido realmente ella sino la versión de Barrow de ella. El anciano escritor tenía unas facultades psíquicas extraordinarias, así que a lo mejor

le había leído la mente, había descubierto su secreto y había incorporado su verdadera naturaleza de criatura mágica no humana a su mundo de fantasía. Y si podía leer la mente de la doctora, eso quería decir que...

—La próxima vez, contrata a otro —dijo Marla—. Barrow es malo para mi salud mental.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Esa noche, Marla entró en una librería de segunda mano y escarbó en una caja con viejas revistas amarillentas. Tras media hora de búsqueda, por fin encontró una con un cuento escrito por Roderick Barrow llamado *¡La sombra del Conquistador!*, así, entre signos de admiración. La pagó con algo de suelto.

Marla leyó la revista en su diminuto estudio al sur del río. Barrow escribía bastante parecido a como hablaba. Las dos últimas páginas estaban arrancadas, pero estaba bastante claro lo que iba a suceder: el héroe desbarataría los planes del villano, liberaría a los esclavos y se quedaría con la chica, que iba ataviada con grilletes de oro y poco más. No hubo nada en la historia que le sonara realmente a conocido, y los recuerdos de su experiencia en la mente de Barrow siguieron igual de confusos que antes, con los detalles convirtiéndose en neblina en cuanto intentaba concentrarse en ellos. Bueno, pues que les dieran... Arrojó la revista a un rincón. ¿Quién necesita fantasías cuando se tienen tantos culos que patear y secretos por aprender?

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Esa noche, Marla soñó con una casa de negros pasillos interminables. Cada corredor estaba flanqueado por docenas de puertas, algunas identificadas con números, otras con letras, y otras con runas o símbolos místicos. Probó todas las manillas, pero ninguna se abrió (de hecho, ninguna llegó siquiera a girar) y, aunque fue apoyando la oreja en las puertas, no oyó nada. Continuó caminando, hasta que llegó a una puerta de negro cristal volcánico, sin ningún tipo de manilla, pero con algo al otro lado embistiendo contra ella, embistiendo una y otra vez, como si intentara derribarla...

Marla se despertó sudando y se levantó a toda prisa para ir hasta el armario encantado donde guardaba la capa púrpura y blanca. Descolgó la prenda, se envolvió con ella y se arrastró de nuevo hasta la cama. No le gustaba llevarla puesta mientras dormía (sentía como si la capa intentara comunicarse con ella en sueños), pero incluso los siniestros susurros del objeto mágico eran preferibles al peligro de caer en las garras psíquicas de Barrow. No le costaba nada imaginar su cuerpo respirando y abandonado en la cama, mientras su mente, arrancada del mismo, se debatía en el extremo de una lanza,

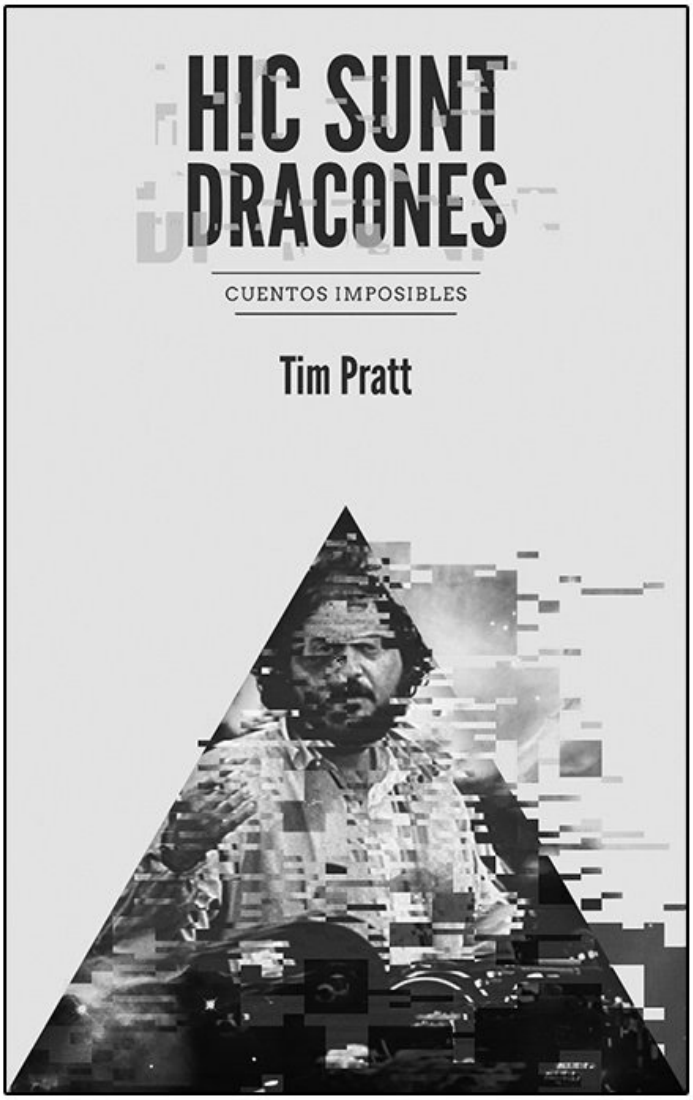
atrapada en el reino de un Señor Oscuro...

Esa noche, sus sueños fueron terribles, pero fueron los suyos.

Copyright © 2012 T. A. Pratt

## Notas a la traducción de *Aciago encuentro en Ulthar*

[1] En español en el original.




Sigue leyendo en fatalibelli.com

fata
libelli

# Cthulhu explicado a la yaya

Alex Shvartsman

## Presentación

Alex Shvartsman es un escritor, editor y diseñador de juegos estadounidense que reside en Nueva York, aunque su infancia la pasó en su Ucrania natal. Y no solo eso, sino que también ha sido jugador profesional de primerísima fila de *Magic: The Gathering*. En su faceta como editor, destaca su serie anual de antologías *Unidentified Funny Objects*, financiadas vía Kickstarter, en las que recopila relatos de ciencia ficción y fantasía de tono humorístico, en una línea similar a los de este Especial Humor. De hecho, *De* mat *y mates* (incluido en *Cuentos para Algernon: Año II*) se publicó en la primera de estas antologías. Como escritor ha publicado más de sesenta cuentos en diversas revistas y antologías, y una colección, *Explaining Cthulhu to Grandma and Other Stories,* prologada por Ken Liu y también financiada vía Kickstarter, en la que recoge gran parte de su ficción breve, de la que podéis leer una reseña en el blog Fantástica Ficción (donde también podéis leer una entrevista a Alex).

*Cthulhu explicado a la yaya* (*Explaining Cthulhu to Grandma*, que podéis leer aquí o escuchar aquí), el relato que da título a dicha colección, se publicó por primera vez en 2013 en la revista *InterGalactic Medicine Show*, y fue el ganador del WSFA Small Press Award del año 2014 (premio que se concede a la mejor obra de ficción breve de literatura especulativa publicada durante el año anterior por una editorial pequeña). Y, dado su título y el hecho de que forme parte de nuestro Especial Humor, ya os imaginaréis que tal vez a Lovecraft este cuento no le habría acabado de convencer. En cualquier caso, si a vosotros sí que os gusta, existe una secuela, *High-Tech Fairies and the Pandora Perplexity*, que también está incluida en *Explaining Cthulhu to Grandma and Other Stories*.

Y, como de costumbre, quiero cerrar esta presentación dándole las gracias a Alex por su amable colaboración, ya que no solo me dio todo tipo de facilidades a la hora de leer sus cuentos y elegir cuál quería publicar, sino que también me ayudó a contactar con algún otro autor de este Especial Humor. *Thanks a million, Alex!*

## Cthulhu explicado a la yaya

**Alex Shvartsman**

Acababa de cerrar la transacción del año y estaba deseando contárselo a mi abuela.

En cuanto el cliente se marchó, eché el cerrojo de la puerta principal, puse el letrero de cartón por el lado de «Cerrado» y me dirigí a la parte de atrás. Con mi última adquisición abrazada contra la blusa, entré en el abarrotado almacén y rodeé el cañón naval de bronce y, tras evitar por los pelos que el dobladillo de la falda se me enganchara en una armadura oxidada, seguí abriéndome camino por entre una plétora de artículos demasiado grandes o demasiado pesados para las estanterías, la mayoría de los cuales estaban ahí desde antes de que yo naciera y probablemente seguirán en el mismo lugar mucho después de que mis hipotéticos futuros hijos se hagan cargo del local. Nunca se sabe cuándo puede aparecer el comprador adecuado, y nuestra familia tiene intención de seguir con este negocio una buena temporada.

Mi abuela Heide estaba en el despacho, sentada detrás de la mesa. Había apartado el teclado para tener espacio para el solitario que estaba haciendo con un tarot egipcio del siglo XIII, y apenas levantó la vista cuando entré.

—Yaya, sabes que puedes jugar a eso en el ordenador, ¿verdad?

Mi abuela colocó una carta en una de las columnas tras unos instantes de reflexión.

—¿Acaso puede ese cacharro tuyo moderno imitar lo que se siente al barajar unos viejos naipes bien sobados?, ¿o simular el placer de colocar una carta justo en el lugar exacto para conseguir la jugada perfecta? No lo creo. —Me miró por encima de las gafas—. Hacer las cosas a la vieja usanza casi siempre suele ser mejor.

—Sí, vale, no he venido para volver a discutir sobre eso. Adivina lo que acaban de empeñar.

Me acerqué y coloqué delante de ella una dimensión de bolsillo. Parecía una bola de nieve de forma piramidal, alta como una lata de refresco. Estaba llena de agua de océano. En el centro flotaba una criatura con escamas y tentáculos, y perfiles tan antinaturales que si la mirabas fijamente te empezaba a doler la cabeza. Cuando no se guardaba fuera de nuestro continuo espacio-tiempo era del tamaño de un crucero y debía de pesar tanto como una montaña pequeña, motivo por el cual una dimensión de bolsillo resultaba la mar de útil.

Mi abuela cogió la pirámide, empujó las gafas que se le habían deslizado por la nariz y observó el interior de la dimensión.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¡Cthulhu! —respondí rebosante de orgullo y satisfacción.

—¡Jesús! —dijo mi abuela.

No estaba segura de si lo había dicho en broma o no, aunque lo más probable era que no.

—No he estornudado —señalé—. Se llama Cthulhu. Es un dios ancestral del horror y la angustia, que sigue soñando a pesar de estar muerto.

Mi abuela no parecía estar impresionada.

—¿Qué es lo que hace?, aparte de soñar —preguntó mientras giraba lentamente la dimensión para examinar su contenido.

—¿Hacer? Es un símbolo de los misterios incognoscibles del universo que eclipsan la importancia de la humanidad. Y además es un dios. ¿Desde cuándo no tenías uno de estos?

—Desde 1982 —me respondió al momento—. El gobierno argentino empeñó unos cuantos dioses de la naturaleza guaraníes para ayudar a sufragar los gastos del conflicto de las Malvinas. Aunque no le sirvió de mucho.

Yo no me acordaba, aunque allá por 1982 todavía llevaba pañales.

—Las deidades menores precolombinas apenas cuentan. Este —dije señalando la pirámide— sí que es un señor dios.

Tras terminar de examinar a Cthulhu, mi abuela dejó la dimensión de bolsillo encima del ordenador, junto a una taza llena de bolígrafos, y volvió a dedicarme toda su atención.

—¿Y cuánto has pagado por este artículo tan único y excepcional?

Se lo dije.

Mi abuela apretó los labios y me lanzó una mirada reprobatoria. Desde que de pequeña había roto el ala del fénix disecado, esa ha sido la expresión de severidad que la yaya Heide reserva para cuando meto la pata hasta el fondo.

—Quienquiera que lo haya empeñado, seguro que ha cogido el dinero y se ha largado corriendo —declaró—. Y no volverá. Disfrútalo durante el próximo mes y confiemos en que este pulpo gigante entusiasme a algún mendrugo tanto como a ti. Y si no, a lo mejor lo podemos vender por kilos a las cadenas de restaurantes de sushi.

—Nunca tienes fe alguna en las transacciones que cierro yo —dije cruzando los brazos—. Ya no soy una niñita, y me he pasado la vida entera metida en el negocio. ¿Cuándo empezarás a confiar en mi criterio? Te aseguro que esto ha sido un chollo y te lo demostraré.

—Este establecimiento está lleno de errores de jóvenes excesivamente entusiastas —dijo señalando hacia el almacén, rebosante de objetos—. Yo también cometí unos cuantos a tu edad. El negocio de los empeños es sencillo. Hay que ceñirse a artículos corrientes y de calidad que tengan una salida fácil, y conseguirlos baratos. Cuanto antes lo aceptes, antes estarás preparada para hacerte cargo del negocio familiar. —Y cogió la siguiente carta del mazo para indicarme que la conversación había terminado.

Cuando tu familia regenta la casa de empeños más antigua del mundo, la responsabilidad que vas a tener que asumir es muy grande. Me pregunté si mi abuela se habría encontrado con un problema sim-

ilar cuando tuvo la edad suficiente para trabajar en el negocio, antes de que mi bisabuelo Hannelore se jubilara.

De acuerdo con las condiciones de la operación, el cliente tenía treinta días para volver a recuperar su artículo. Así que yo contaba con un plazo más que suficiente para buscar posibles compradores. Ante mí se abrían varias posibilidades, pero empecé por la obvia.

Descorrí el cerrojo de la puerta principal y puse el letrero por el lado de «Abierto», y luego encendí mi portátil y me conecté a Craiglist.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

No hubo que esperar un mes. El primer colectivo interesado se presentó unos días después.

—Soy Keldmo, el Gran Profeta de los Profundos —anunció el gordísimo hombre, que iba ataviado con una especie de toga o de albornoz, probablemente porque nadie fabricaba pantalones de su talla—. Tengo entendido que el gran Cthulhu ha llegado recientemente a vuestro poder...

—Así es. O así será si su anterior dueño no paga el préstamo antes de tres semanas. ¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—¿No es suficiente la eterna gratitud de miles de adoradores?

—Ni de cerca.

—No tengo demasiado dinero. —Keldmo se secó el sudor de sus varias y amplias papadas con un pañuelo—. Durante estos últimos años, la congregación no se ha mostrado demasiado devota, y en el cepillo apenas recojo lo suficiente para no pasar hambre.

Me mordí la lengua para no soltar la réplica obvia. Porque además Keldmo no hubiera pillado la pulla: si alguna vez había tenido sentido del humor, lo más probable es que se lo hubiera comido mucho tiempo atrás.

—Estoy seguro de que exhibir al auténtico Cthulhu en los servicios haría cambiar las cosas —continuó—. Reavivaría el interés de los fieles, resultaría de ayuda en las campañas para captar seguidores... todo ese tipo de cosas.

—No estará pensando en despertarlo y soltarlo por el mundo, ¿verdad?

—¡No, por Dios! Un dios vivo puede ser peligroso e impredecible. ¿Qué pasaría si sus ideas y planes respecto a sus fieles no concuerdan con los míos? No, es mejor no perturbar el sueño de esas terribles criaturas durmientes.

—Bien, y ahora ya en serio, ¿cuánto está dispuesto a pagar?

Keldmo hizo su oferta. Era considerablemente inferior a la cantidad que yo había invertido, pero por algo hay que empezar. Le dije al líder del culto que tendría noticias mías y se fue tan campante.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Una semana después se presentó en el local un grupo de criaturas de un universo paralelo. Se hubieran parecido un montón a esos extraterrestres grises que salen en la tele de haber tenido estos aletas y branquias. Me los quedé mirando de hito en hito, tal vez más de lo que marca la buena educación. Los visitantes de universos paralelos no son algo que se vea todos los días, ni siquiera en un establecimiento como el nuestro.

—Estamos interesados en los servicios de vuestro dios submarino —dijo el líder del grupo.

—¿En qué tipo de servicios? —Tenía que saberlo.

—Somos criaturas acuáticas —respondió el líder, al que mentalmente apodé Nemo—. Recientemente, nuestras aguas se han visto infestadas de serpientes marinas. Como somos pacifistas, no podemos hacer frente a esta calamidad por nosotros mismos. Pero es bien sabido que los Profundos son los depredadores naturales del océano. Deseamos despertar a Cthulhu y liberarlo para que pueda devorar todas las serpientes marinas.

Tenía mis reservas sobre este plan y sobre lo que Cthulhu podría hacer a los congéneres de Nemo una vez que se hubiera quedado sin serpientes marinas, pero al menos no estaban planeando despertarlo en este, nuestro universo. Un punto muy importante a su favor.

—¿Cuánto podéis pagar?

Los alienígenas se apiñaron nerviosos.

—Además de ser pacifistas, somos una sociedad sin dinero —explicó Nemo—. No explotamos las minas, no pescamos, no producimos obras de arte... Vivimos en armonía con la naturaleza y nos alimentamos de algas. Me temo que no poseemos nada que podáis considerar de valor. Sin embargo —añadió animadamente—, no queremos comprar vuestro dios, tan solo queremos alquilarlo. Os lo devolveremos encantados, y en perfectas condiciones, una vez se haya alimentado.

Fruncí el entrecejo. La idea de recuperar a Cthulhu despierto y bien alimentado no era nada atrayente.

—Contribuiríais a salvar toda una civilización —continuó Nemo—. Y seguro que en este universo también existe el concepto de compasión, ¿verdad?

Me daban pena estos cándidos pacifistas, pero también estaba bastante segura de que no les iba a hacer un favor liberando a Cthulhu en medio de una sociedad que ni siquiera era capaz de hacer frente

a unas cuantas serpientes marinas. Y además estaba al frente de un negocio, no de la Sociedad Interdimensional para la Conservación de los Pantanos.

Le dije a Nemo que me lo pensaría y le acompañé a él y a sus amigos hasta la puerta.

—Nadie te va a dar ni un duro por él —dijo mi abuela desde el almacén una vez la puerta se hubo cerrado tras ellos—, pero estoy segura de que puedes encontrar montones de tipos que estarían dispuestos a quedárselo gratis.

Apreté los dientes y continué organizando y etiquetando el estante de las pociones de amor. La número 9 siempre la teníamos agotada por culpa de esa canción, *Love Potion Number 9*. A pesar de que, según me habían contado, sabía a vómito de trol.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Cuando ya habían pasado casi dos semanas y estaba empezando a preocuparme, se presentaron otros interesados en comprar a Cthulhu, en esta ocasión representados por un hombre alto y enjuto que llevaba por los hombros una capa adornada con una melena de león. La cálida temperatura de agosto del exterior no parecía molestarle. Su ancho pecho estaba engalanado con varias hileras de dientes que colgaban de bramantes alrededor de su cuello. Hubiera jurado que algunos de los dientes eran humanos, aunque, bueno, yo no soy dentista. Una larga espada le pendía de su cinto.

—Soy *sir* Barnabas, gran caballero de la Orden de San Jorge —anunció, en voz más alta de lo que era absolutamente necesario.

—Bienvenido —dijo mi abuela. Los marcados músculos y la profunda voz de barítono de *sir* Barnabas la habían impelido a abandonar la parte de atrás del local como por arte de magia—. Yo soy Heide. Y esta es mi nieta, Sylvia. Está soltera.

—Mi señora... —*Sir* Barnabas se inclinó para besar la mano de mi abuela—. Dama mía... —dijo dedicándome una gentil reverencia. Hubiera jurado que oí desmayarse a mi abuela—. En nombre de la Orden de San Jorge vengo buscando al monstruoso Cthulhu que se dice está en vuestro poder. ¿Me ayudaréis en mi causa?

—¿Está vuestra causa dedicada a alguna dama? —preguntó mi abuela.

—¿Para qué lo queréis? —le pregunté yo antes de que mi abuela se lanzara a hacer de celestina.

—Siendo como somos la Orden de San Jorge, ¿no está claro?

—Respondedme no obstante.

—Cazamos y matamos dragones.

—Los dragones se han extinguido —intervino mi abuela.

—¡Vos lo habéis dicho! También cazaremos y mataremos a este Cthulhu. Será algo glorioso. Se compondrán canciones sobre...

—Cthulhu no es un dragón —le interrumpí.

—Estrictamente hablando, tenéis razón —reconoció Barnabas—, pero tiene escamas y alas, y es una bestia inmunda. Eso es lo más parecido a lo que podemos aspirar hoy en día.

—Ya. —La idea de una panda de caballeros intentando derrotar a un antiguo dios clavándole lanzas me resultó graciosa, pero solo hasta que me acordé de que compartía planeta con ellos. Porque lo más probable es que esas lanzas consiguieran cabrear a Cthulhu... todavía más—. ¿Cuánto está vuestra orden preparada a pagar por este honor?

—Los caballeros de San Jorge hacen voto de pobreza. Sin embargo, vuestra contribución a esta causa será inmortalizada en los anales de nuestra orden. Lo que es mejor que el mero dinero.

—El de pobreza es el voto más estúpido que un caballero puede hacer—señaló mi abuela mirándolo con mala cara—. ¿Cómo se supone entonces que va a reunir lo necesario para una dote en condiciones?

Durante quince insoportables minutos, *sir* Barnabas siguió intentado convencernos de que le entregáramos a Cthulhu, gratis. Le prometí que me lo pensaría, pero solo para conseguir que saliera por la puerta.

—Ya te dije que nadie va a pagar dinero por este bicho —dijo mi abuela, sin quitarle ojo al trasero del caballero mientras este avanzaba calle abajo.

Se equivocaba.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Dos días antes de que Cthulhu pasara a ser oficialmente de nuestra propiedad llegó el siguiente y último candidato a comprador. Era un anodino hombre de mediana edad y estatura media vestido con un traje azul oscuro, el tipo de persona a la que no se mira dos veces en mitad de una multitud. Su única característica destacable era un maletín de aluminio, que plantificó encima del mostrador delante de mí.

—Quisiera un Cthulhu, por favor —dijo mientras abría el maletín, que resultó estar lleno de dinero.

Mi abuela volvió a aparecer de la nada. Lo único capaz de hacerla acudir más rápidamente que unos pectorales perfectos era un maletín lleno de dinero.

—Hecho —dijo—, pero tendrá que regresar el miércoles. El dueño original tiene hasta entonces para recuperar su propiedad. Hay normas y regulaciones, ya sabe...

—Soy del gobierno, señora. Le aseguro que no se va a meter en ningún lío por entregarme la criatura unos pocos días antes.

—¿Para qué lo quiere? —No me fío del gobierno, aunque ¿quién sí?—. ¿No será por ese rollo del «¿por qué elegir un mal menor?»? Pero si las elecciones no son hasta dentro de dos años...

—Muy graciosa —dijo, aunque su tono y sus ojos decían algo muy distinto—. Mi departamento está encargado de destruir artículos y seres peligrosos antes de que tengan la oportunidad de escapar y de que nos acabe saliendo a todos el tiro por la culata. Su transacción lleva tiempo en nuestro punto de mira. —Se volvió hacia mi abuela y añadió—: Debería no complicarse la vida y aceptar el dinero. Lo mismo me costaría clasificar a Cthulhu como arma de destrucción masiva y confiscárselo sin pagarles compensación alguna.

Mi abuela se irguió y clavó la mirada en el agente gubernamental, echando fuego por los ojos.

—No, no le costaría lo mismo. Este es un centro ancestral de poder, con capas de protección y salvaguarda establecidas a su alrededor por un centenar de generaciones de mis antepasados. Es un hueso demasiado duro de roer para los de su calaña. Lárguese —le ordenó mi abuela señalando la puerta—. No me gusta que me amenacen en mi propio establecimiento. Vuelva dentro de dos días y ya nos pensaremos si aceptamos su oferta.

Y se fue sin decir ni mu.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

El miércoles bastante antes de la hora a la que acostumbran a abrir los negocios, a mi abuela y a mí nos despertaron unos fuertes ruidos provenientes de la calle. Las dos nos vestimos y bajamos a investigar. En el exterior de nuestro establecimiento reinaba el caos.

Cientos de fieles de los Profundos se estaban enfrentando a una compañía de soldados igualmente impresionante que contaba con un par de helicópteros y un tanque. Una docena de caballeros se habían plantado hombro con hombro en mitad de la calle, y miraban desdeñosamente a todo aquel que osaba acercárseles demasiado. Y por todas partes pululaban grupitos de alienígenas grises y con agallas estorbando a todo el mundo.

—Esto es una locura —dije—. En cualquier momento van a empezar a matarse entre ellos.

—Sabía que este Cthulhu lo único que nos iba a traer era problemas —señaló mi abuela—. Casi estoy por dejar que se peguen por él. —Pero yo sabía que no lo decía en serio.

En el interior estábamos totalmente a salvo. El local está protegido por una serie de hechizos, conjuros y encantamientos laboriosamente ensamblados por la familia a lo largo de los siglos. A un intruso le costaría menos colarse en el palacio de Buckingham o en la Casa Blanca.

Sin embargo, nada de eso les impedía pelearse en la calle. Y, a pesar del extemporáneo comentario de mi abuela, no podíamos permitir que eso sucediera.

—Sé que te gusta hacer las cosas a la vieja usanza —le dije—, pero yo soy la culpable de que se haya organizado este follón y tengo que arreglarlo. La situación en estos momentos requiere un enfoque innovador y poco ortodoxo. ¿Me harás el favor de dejar que sea yo quien se encargue de solucionarlo?

Mi abuela vaciló durante un brevísimo instante, luego me sonrió y asintió con la cabeza. Abrí la puerta principal y salí fuera.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Unos minutos más tarde ya había conseguido reunir al líder de cada uno de los grupos dentro de nuestro establecimiento. Keldmo, *sir* Barnabas, Nemo y el agente cuyo nombre, tal como cabía esperar, resultó ser Smith se miraban con mala cara. Había tanta tensión en el ambiente que probablemente ni la espada de *sir* Barnabas hubiera podido cortarla.

—Puedo solucionar este asunto a satisfacción de todos —dije, y los cuatro me dedicaron toda su atención—. *Sir* Barnabas, me gustaría presentaros a este alienígena de otra dimensión. Su mundo sufre una terrible plaga de serpientes marinas.

—Vaya... —Al caballero se le empezó a hacer la boca agua solo de pensar en cazar serpientes marinas.

—Estaréis de acuerdo en que filogenéticamente las serpientes marinas se encuentran mucho más próximas a los dragones que un dios ancestral muerto, ¿verdad?

—Sin duda alguna, dama mía.

—¿Aceptáis la noble causa de cazarlas y, a cambio, abandonar cualquier futura pretensión de hostigar a Cthulhu?

—De buen agrado, dama mía —dijo mientras se golpeaba con un puño descomunal el peto a la altura del corazón.

A continuación me dirigí a Nemo:

—¿Y vosotros aceptáis la ayuda de los caballeros y renunciáis a la descabellada idea de liberar un depredador incluso más peligroso en vuestro ecosistema?

—Tienen aspecto de ser lo suficientemente sanguinarios, pero también parecen honorables —dijo Nemo—. Parece una solución magnífica.

Cuando los dos salieron por la puerta para comunicar las noticias a los suyos ya iban hablando de municiones, cuestiones de logística y de las canciones que se compondrían en honor de los caballeros.

—Bueno, esa era la parte fácil —dije volviendo a centrar mi atención en los representantes de los grupos que seguían allí.

—No permitiré que una criatura peligrosa acabe en manos de una secta —advirtió el agente Smith.

—No permitiré que asesinen a mi dios —replicó Keldmo.

—No podrás impedírmelo. Tengo a mi disposición el ejército al completo.

—Mis discípulos están por todas partes. Si os atrevéis a tocar un solo tentáculo de la cabeza de nuestro dios se cobrarán una venganza sangrienta. Los míos están dispuestos a matar y a morir por mí. —Y añadió con un suspiro—: Algunos, al menos.

—Nada de morir y nada de matar. Ya les he dicho que tengo una solución. Espérenme aquí —les conminé antes de dirigirme a toda prisa al almacén de donde regresé con una bandeja bajo el brazo—. Keldmo, me dijo que no quería despertar a Cthulhu, que con una imagen del mismo le bastaría para recuperar a sus seguidores.

Keldmo me miró, esperando a ver a dónde quería ir a parar, pero no puso ninguna objeción.

—Esta es una bandeja encantada, parte de un juego de dos. La imagen de cualquier objeto que se coloque en la otra bandeja se replicará exactamente sobre esta mientras el objeto siga allí. —Golpeé con suavidad el borde de la bandeja y la dimensión piramidal de bolsillo apareció sobre la misma. Le alargué la bandeja a Keldmo, que la agarró ansiosamente—. Podéis verlo, tocarlo y verificar que está sano y salvo en la otra bandeja, que está en la parte de atrás de nuestro local. Lo único es que no se puede quitar la réplica de encima de la bandeja porque el hechizo se rompería.

—Y en cuanto a usted —dije volviéndome hacia el agente Smith—, nada de matar a Cthulhu. No les conviene buscarse problemas con los fieles de Keldmo y, en cualquier caso, tengo serias dudas de que fueran a poder matarlo. Así que en lugar de eso les ofreceré nuestros servicios para que lo guarden aquí de forma permanente. —El agente parecía tener reservas, pero yo continué hablando—: Existen pocos lugares en el mundo que sean más seguros que nuestro local. Eso es algo que usted ya sabe, porque de lo contrario hubiera irrumpido con las armas por delante para intentar apoderarse de Cthulhu por la fuerza. Nadie podrá ponerle la mano encima mientras esté aquí y, de todas maneras, cualquiera que pudiera querer intentarlo se pensará que está en poder de Keldmo. Porque Keldmo ya se asegurará de ello, ¿verdad?

Keldmo movió la cabeza afirmativamente, con una inmensa sonrisa en su rechoncho rostro. El agente Smith se lo pensó y acabó por asentir también.

—Aunque, por supuesto, requerimos un pago por nuestros servicios. El maletín ese del dinero los cubrirá durante los primeros cien años. Y nuestros descendientes pueden renegociar más adelante.

Esta vez se lo pensó un poco más, pero no consiguió encontrar ningún fallo de bulto a mi plan.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Horas más tarde se redactaron y firmaron los contratos (por triplicado, como hace las cosas el gobierno), y por fin todo el mundo se marchó. El maletín lleno de dinero se quedó en el despacho junto a la bandeja de plata en la que se encontraba Cthulhu. El agente Smith había pedido que se lo devolviéramos, pero mi abuela se mosqueó en el último momento e insistió en que el maletín también estaba incluido en el trato: debía de estar castigándolo todavía por su anterior prepotencia.

—¿Qué te ha parecido cómo he conseguido contentar a todo el mundo y encima vender una bandeja de plata por un fajo enorme de billetes? —Lo había hecho bien y me merecía aprovechar la oportunidad de poder jactarme—. E incluso nos hemos quedado con Cthulhu. Los gobiernos y los cultos cambian, así que cualquiera sabe lo que puede valer dentro de unas generaciones. ¿Te has convencido ya de que estoy preparada para hacerme cargo del negocio?

—Todavía no —replicó mi abuela—. Para empezar, no deberías haber aceptado ese bicho, y así habríamos podido evitarnos todas estas tonterías.

La miré con mala cara, pero no le llevé la contraria. Entre las prerrogativas de la familia se cuentan el esperar demasiado y el quejarse independientemente de cómo hayan acabado las cosas.

—Todavía no —repitió—, pero ya te falta menos.

Me acerqué y la abracé. Mi abuela torció el morro, pero en sus ojos vislumbré la chispa de una sonrisa.

Copyright © 2013 Alex Shvartsman

## Tres vistas sobre la existencia de culebras en el torrente sanguíneo humano

James Alan Gardner

## Presentación

James Alan Gardner es un veterano escritor canadiense de ciencia ficción y fantasía que, a pesar de su dilatada carrera, por desgracia no es demasiado conocido por aquí. Su primer relato apareció en 1990, y desde entonces ha publicado alrededor de media docena de novelas y cerca de una treintena de cuentos, con los que ha conseguido nominaciones a los Hugo, Nebula y Locus, entre otros premios, además de ganar en una ocasión el Writers of the Future y el Theodore Sturgeon Memorial, y en dos el Prix Aurora Award (algo así como los Ignotus canadienses). Por desgracia, su única obra traducida hasta el momento al español es la novela *El hombre de bronce* (ed. La Factoría de las Ideas, 2004), perteneciente a la franquicia de Tomb Raider, a pesar de que tiene un puñado de relatos excelentes, tal como se puede comprobar en *Gravity Wells*, que recoge su ficción breve más destacada.

*Tres vistas sobre la existencia de culebras en el torrente sanguíneo humano* (*Three Hearings on the Existence of Snakes in the Human Bloodstream*) fue publicado en febrero de 1997 en la revista *Asimov's Science Fiction*, y posteriormente ha sido incluido en diversas antologías, entre ellas la ya citada *Gravity Wells*. Este cuento fue nominado a los premios Hugo y Nebula, quedó segundo en la encuesta anual de la propia revista *Asimov's*, y ganó el Prix Aurora Award de 1998 en la categoría de mejor relato escrito en inglés. Se trata de una ucronía que, no solo no ha envejecido durante los casi veinte años transcurridos desde su publicación, sino más bien todo lo contrario.

Y ya por último, vaya mi agradecimiento para el propio James, que tan amablemente me ha cedido este cuento para que hoy lo podáis disfrutar todos vosotros. *Thanks a million, Jim!*

## Tres vistas sobre la existencia de culebras en el torrente sanguíneo humano

**James Alan Gardner**

### 1. En relación con un montaje de lentes, dispuestas de modo tal que amplifican la visión de diversos animálculos demasiado menudos para ser observados a simple vista.

Su Santidad, el supremo patriarca Septo XXIV, era un experto en cadenas.

De acuerdo a la ley sagrada, las cadenas son obligatorias para todos los acusados que sean llevados ante la Corte Inmaculada. Sin embargo, el señor alcaide disfrutaba de gran libertad a la hora de elegir qué cadenas acompañaban a cada prisionero. Un hombre poseedor de abundante peculio podía pagar para así conseguir que únicamente un holgado collar de eslabones de oro le colgara del cuello; una beldad podía hacer una visita privada al carcelero en sus aposentos y salir con unos finos y centelleantes brazaletes de plata… cadenas, sí, pero delicadas como la seda. Si, por el contrario, el acusado no podía ofrecer ni riquezas ni posición ni generosos encantos físicos… bueno, para esos

casos la prisión contaba con abundantes grilletes, esposas y demás hierros destinados a mostrar a tales malnacidos el implacable peso de la justicia divina.

El hombre que en aquellos momentos se encontraba frente al patriarca Septo ocupaba una posición intermedia raramente vista en cuanto a cantidad de instrumentos de constricción: dos sólidas manillas unidas por una cadena de hierro de un calibre razonable, lo suficientemente fuertes para que el prisionero no tuviera oportunidad alguna de liberarse, pero no tan pesadas como para tirar de sus hombros hasta el punto de causarle dolor. No había duda de que el señor alcaide había optado por la cautela en este caso concreto, y Septo se preguntaba por el significado de este hecho. Era posible que el imputado no fuera una persona con peso específico propio, pero que estuviera lo suficientemente bien relacionado como para que las indignidades injustificadas quedaran descartadas… por ejemplo, un escultor o un músico que se hubiera ganado el favor de algunas familias notables de la ciudad. Y ciertamente tenía un cierto aire de artista: ojos intensos en un rostro impracticable, y la clase de temperamento excitable que podía expresar la pasión pero no sabía sacarle partido.

«Se participa al tribunal —anunció el primer alguacil— que ante él se presenta un tal Anton Leeuwenhoek, filósofo de la naturaleza acusado de herejía contra Dios y Nuestra Señora, la Virgen Insepulta. Arrodillaos y orad con Su Santidad para implorar que en este día se haga justicia.»

Septo esperó a ver qué es lo que hacía Leeuwenhoek. Los ladrones y asesinos que eran traídos ante el tribunal de inmediato se dejaban caer de rodillas y ofrecían un chabacano espectáculo rogándole a Dios que demostrara su inocencia. Sin embargo, un hereje podía escupir desafiante o lanzar maldiciones al trono patriarcal, lo que no era la manera más adecuada de conseguir el perdón, si bien era cierto que muchos herejes llegaban a la sala resueltos a convertirse en mártires. Leeuwenhoek tenía los ojos de esos fanáticos, pero al parecer no las convicciones; sin hacer ni una mueca, se arrodilló e inclinó la cabeza. El Patriarca cerró rápidamente sus propios ojos y recitó las palabras que ya había dicho cinco veces antes esa misma mañana: «Señor, concédeme sabiduría para que pueda reconocer la verdad. Virgen Santísima, concédeme discernimiento para que pueda administrar justicia. Que todas nuestras acciones en el día de hoy sean a la mayor gloria de Vuestra Divina Unión. Amén».

Se oyeron «amenes» por toda la sala: alguaciles y letrados ciñéndose al ritual. Septo miró de refilón al celador de Satán, un inquietante título para un jovial muchacho pecoso, la única persona presente que estaba eximida del deber de cerrar los ojos durante la oración. El celador asintió con la cabeza dos veces, para indicar que Leeuwenhoek había mantenido una correcta actitud de oración y que había dicho «amén» junto a todos los demás. Bien, el proceso se acababa de convertir en un juicio válido, y cualquier cosa que sucediera a partir de ese momento estaba respaldada por la autoridad celestial.

—Señor fiscal, vuecencia puede presentar los cargos —dijo Septo.

El fiscal hizo una reverencia tan pronunciada como se lo permitió su bastante redondeado contorno, con su frente empolvada perlada ya de sudor. No era un día caluroso, principios de primavera, no

más… sin embargo, el fiscal ben Jacob era un hombre famoso por su abundante sudor, una característica que por lo general molestaba a sus adversarios legales más que a sí mismo. Bastantes abogados defensores a los que se había enfrentado se habían visto distraídos por la copiosa corriente que le corría rostro abajo, y debido a ello se les había pasado por alto algún error en sus razonamientos. Que siempre era posible encontrar errores en los razonamientos de ben Jacob era algo que Septo sabía bien: el viejo Abraham no es que fuera demasiado avispado. No obstante, era probo y ni se le pasaría por la cabeza la posibilidad de obtener algún beneficio personal a expensas de aquellos a los que procesaba; motivo por el que el Patriarca en ningún momento lo había destituido de su puesto.

—Su Santidad —dijo ben Jacob—, el objeto del caso de autos son determinadas aseveraciones en contra de la doctrina de la, esto… de las culebras durmientes.

—¡Vaya! —Septo miró a Leeuwenhoek—. Hijo mío, ¿realmente negáis la doctrina divina?

—He probado su falsedad —dijo el hombre con un encogimiento de hombros—, por consiguiente, a malas penas puede ser divina.

Varios alguaciles dejaron escapar una exclamación de asombro, al considerar parte de su trabajo mostrarse horrorizados ante cualquier sacrilegio; los mismos alguaciles que solían susurrar y hacer comentarios jocosos durante las descripciones de los horrores auténticos: asesinatos, violaciones, mutilaciones…

—Los presentes guardarán silencio —dijo Septo cansinamente; era la quinta vez que pronunciaba esas mismas palabras en lo que llevaba de mañana—. Señor fiscal, si os pluguiese leernos el susodicho pasaje…

—Esto… el pasaje, sí, el pasaje.

Septo mantuvo la compostura mientras ben Jacob revolvía entre los papeles y pergaminos buscando lo que necesitaba. La lectura de cualquier pasaje de las escrituras que hubiera sido negado por el hereje formaba parte del procedimiento habitual, por supuesto, para garantizar que no se había producido un malentendido. Y el que a ben Jacob se le perdiera su copia del texto pertinente entre una pila de documentos varios también formaba parte del procedimiento habitual. Con cualquier otro fiscal, podría haberse tratado de algún tipo de fullería; en el caso de ben Jacob, era mera desorganización.

—Helo aquí, sí, helo aquí —dijo por fin sacando una hoja con las esquinas dobladas y una mancha de grasa claramente visible a lo largo de uno de los bordes—. Evangelio de Susana, capítulo veintitrés, versículo primero.

Ben Jacob hizo una pausa mientras los dos secretarios verificadores localizaban el pasaje en su propio ejemplar de las escrituras. Lo irían siguiendo en silencio mientras él leía el texto en voz alta, atentos a cualquier lapsus que se apartara de la palabra sagrada. Cuando ambos estuvieron preparados, ben Jacob se aclaró la garganta y leyó:

> Una vez finalizada la procesión, se retiraron a un huerto más allá de los muros de Jerusalén. Y esa noche sucedió que Matías vislumbró una culebra, oculta por la maleza, por lo que aferró una piedra para así poder aplastar la alimaña; pero María le detuvo la mano diciendo:
>
> —No hay peligro, porque mirad, la bestia duerme.
>
> —Maestra —replicó Matías—, no dormirá eternamente.
>
> —Cierto es —admitió María—, pero os prometo que dormirá hasta el amanecer y, cuando llegue el amanecer, abandonaremos este lugar y a todas las culebras que en él moran.
>
> No obstante lo cual, Matías mantuvo la piedra en la mano y siguió mirando la culebra con miedo.
>
> —Hombre de poca fe —le dijo María a Matías—, ¿por qué te preocupas por la criatura que duerme ante ti cuando estás ciego a las culebras de tu propio corazón? Porque yo os digo, cada una de las gotas de vuestra sangre fluye con una legión de culebras en su interior, y eso mismo es así para todos los hijos de la tierra. Todos estáis envenenados por la negra ponzoña, envenenados mortalmente. Pero si creéis en mí, yo las arrullaré y entonces dormirán en paz hasta que dejéis atrás estos cuerpos mortales y os adentréis en el amanecer del nuevo día de Dios.

Ben Jacob bajó la hoja y miró a los verificadores en busca de ratificación. El Patriarca también se volvió hacia ellos, pero no necesitaba sus asentimientos para saber que las Escrituras habían sido leídas correctamente. Se sabía el pasaje de memoria; era uno de los textos fundamentales de la Madre Iglesia: la promesa de salvación de la Virgen. También era uno de los pasajes más populares entre los herejes para ser puesto en entredicho. La presunción del pecado original, de que la condenación es algo inherente a la carne humana… era un anatema para muchas jóvenes almas encendidas. «¿Qué clase de Dios —se preguntaban— condenaría a un niño al averno por el mero hecho de haber nacido?». Era una buena pregunta, y su respuesta seguía siendo objeto de sutiles y frecuentes debates; sin embargo, las palabras de la Virgen eran inequívocas, independientemente de que los teólogos alcanzaran o no a entender todas sus implicaciones.

—Anton Leeuwenhoek —dijo Septo—, habéis oído el pasaje verificado de las escrituras. ¿Negáis su verdad?

—Debo hacerlo —respondió Leeuwenhoek manteniéndole la mirada—. He examinado la sangre humana prolijamente y no contiene culebras.

Los gazmoños de la sala tenían la boca abierta, preparados para dejar escapar otro grito ahogado ante cualquier sacrilegio; pero incluso ellos se percataron de que el hombre no estaba blasfemando de manera deliberada, sino que parecía estar exponiendo… un hecho.

¡Qué curioso!

Septo se enderezó ligeramente en el trono patriarcal. Todo apuntaba a que este proceso iba a ser más

interesante que los juicios habituales por herejía.

—Supongo que comprenderéis que este pasaje versa sobre el pecado original —le dijo a Leeuwenhoek—. La Santísima Virgen asevera que todos los seres humanos están emponzoñados por el pecado y que únicamente pueden redimirse a través de ella.

—No es así, Su Santidad. —La voz de Leeuwenhoek era áspera—. Lo que afirma el pasaje es que hay culebras en la sangre humana. Y yo sé que no las hay.

—Las culebras son meramente…

Septo se interrumpió a tiempo. Había estado a punto de decir que las culebras eran meramente una metáfora; pero se encontraban en un juicio público y cualquier pronunciamiento que hiciera tendría fuerza de ley. Declarar que un pasaje de las escrituras, cualquiera, no era literalmente verdad… ningún patriarca lo había hecho jamás en un foro público, y Septo no tenía intención alguna de ser el primero.

—Dilucidemos este punto —dijo Septo a Leeuwenhoek—. ¿Negáis la doctrina del pecado original?

—No. Yo nunca he alcanzado a comprender las cuestiones teológicas. De la sangre es de lo que entiendo, y no hay culebras en ella.

Uno de los gazmoños se atrevió a lanzar un pequeño gemido de horror, pero hasta un sordo hubiera notado que era forzado.

—Debéis tener presente que las culebras pudieran ser muy, pero que muy pequeñas —intervino el fiscal ben Jacob intentado ser de ayuda.

—De eso se trata justamente —respondió Leeuwenhoek con repentino entusiasmo—. He fabricado un instrumento que permite ver las cosas minúsculas igual que si fueran mucho mayores. —Se giró bruscamente hacia Septo—. ¿Su Santidad está familiarizado con el telescopio? El aparato para ver objetos a gran distancia…

El Patriarca asintió con la cabeza a pesar de sí mismo.

—Mi instrumento —continuó Leeuwenhoek— se basa en un principio similar: una disposición de lentes que amplifica la visión y revela cosas demasiado pequeñas para que puedan ser vistas a simple vista. He examinado la sangre con todo detalle y, aunque contiene numerosos animálculos minúsculos que no puedo identificar, juro ante el tribunal que no hay culebras. No las hay dormidas ni las hay despiertas.

—Hum… —Septo se tomó unos instantes para cruzar las manos sobre la mesa que tenía delante y, cuando habló, evitó que su mirada se cruzara con la del prisionero—. Es un hecho palmario que las culebras son muy duchas a la hora de esconderse, ¿verdad? Seguro que pudiera ocurrir que una culebra se ocultara detrás de… detrás de estos otros animálculos minúsculos que habéis mencionado.

—«Una legión de culebras» —citó Leeuwenhoek con cabezonería—, eso es lo que dice el texto. Una legión de culebras en cada gota de sangre. Es inverosímil que todas puedan encontrar donde esconderse; he pasado cientos de horas buscando, Su Santidad. Días, semanas y meses.

—Hum…

Problemático de admitir, pero Septo no dudaba del hombre. El Patriarca había observado los cielos con un excelente telescopio y había visto un universo de inesperadas maravillas: montañas en la Luna, cabellos en el Sol, anillos alrededor del planeta Cronos… No le costaba demasiado creer que el aparato de Leeuwenhoek pudiera revelar sorpresas similares… incluso aunque no mostrara culebras en el torrente sanguíneo. Después de todo, estas no eran más que una parábola, ¿acaso alguien podía dudarlo? La Virgen Santísima acostumbraba a utilizar un lenguaje poético que cualquier persona culta admitía que era más simbólico que literal.

Por desgracia, la Iglesia no estaba constituida por eruditos. Daba igual lo sofisticado que pudiera ser el clero: los feligreses provenían de los estratos más humildes. ¿Culebras en la sangre? Si eso es lo que decía la Virgen, pues tenía que ser verdad; y el patriarca que adoptara una postura menos dogmática las iba a pasar canutas. La Iglesia se cimentaba sobre la Autoridad: la autoridad eclesiástica, la autoridad de las Escrituras. Si Septo reconocía en público que determinados puntos de la doctrina podían interpretarse como mero simbolismo, que una enseñanza clave era una metáfora y no un hecho literal… Bueno, un solo agujero en un odre basta para que se quede vacío.

Por otra parte, la verdad era la verdad. Si no había culebras, pues no había culebras. Dios había creado el mundo y a todos los que en él moraban; si el Creador había elegido que esa sangre vital fuera de una determinada manera, la obligación de la Madre Iglesia era aceptarlo y alabarlo por ello. Aferrarse a una falacia con objeto de preservar la propia autoridad era peor que la mera cobardía: era una blasfemia más condenatoria que cualquier otra.

Septo miró a Leeuwenhoek, que estaba esposado de pie delante del banquillo de los acusados. Un ser humano vivo con un alma viva, y Septo podía hacer con solo una palabra que fuera ejecutado por propagar falsedades.

Pero ¿dónde residía verdaderamente la falsedad?

—Esta causa no puede fallarse hoy —anunció Septo—. La Madre Iglesia investigará las aseveraciones del acusado hasta donde le resulte posible. Construiremos nuestros propios instrumentos ópticos de aumento, debidamente bendecidos para ampararlos de las injerencias de Satán —continuó Septo reprimiendo una sonrisa: todavía quedaban algunos inquisidores retrógrados que creían que el demonio distorsionaba lo que se veía por cualquier lente—. Veremos qué es lo que hay y no hay en la sangre.

Los alguaciles que había en la sala mostraron su acuerdo asintiendo con la cabeza, igual que lo hubieran hecho si la sentencia hubiera sido de muerte o de absolución inmediata. Sin embargo, ben

Jacob dijo:

—Su Santidad… tal vez fuera oportuno que el tribunal procediera a… a dictar instrucciones para que nadie construya uno de estos artilugios hasta que la Iglesia haya dictaminado sobre este asunto.

—Al contrario —replicó Septo—, considero que la Iglesia debería poner estos aparatos a disposición de todos aquellos que los soliciten, para que ellos mismos puedan verlo con sus propios ojos.

El Patriarca sonrió, preguntándose si ben Jacob lo entendía. Un decreto prohibiéndolos solo serviría para animar a los disidentes a construirlos en secreto; por el contrario, proporcionar libre acceso a tales artilugios atraería a los curiosos a la Iglesia, en lugar de alejarlos de ella. En cualquier caso, el asunto solo resultaría de interés para las clases acomodadas, que eran las que disponían de tiempo y de energía para especular sobre cuestiones esotéricas. El grueso de los legos (granjeros, mineros y palafreneros) nunca llegarían a enterarse del ofrecimiento. E incluso en caso contrario, difícilmente les importaría. Los diminutos animálculos podían ser una curiosidad chocante, pero no tenían relación alguna con la vida de un campesino.

Una nueva pausa para la oración antes de que se llevaran a Leeuwenhoek para que enseñara a los eruditos de la Iglesia cómo construir su aparato amplificador. El hombre parecía contento con el resultado: no solo había escapado a una sentencia de muerte, sino que ahora tendría la oportunidad de enseñar a otros lo que había visto. Septo había conocido a muchos hombres como él: adultos que se comportaban como niños, buscando conchas coloridas en la playa y enternecedoramente agradecidos cuando alguien mostraba interés por los objetos llenos de arena reunidos en su pequeña colección.

Y en cuanto al aparato original de Leeuwenhoek, Septo se lo hizo llevar a sus dependencias cuando el tribunal hizo un receso a mediodía. Conseguir sangre fue fácil: un pequeño pinchazo con un alfiler y el Patriarca tuvo su muestra para examinar. Miró ansiosamente por la lente, ajustando el foco igual que en un telescopio.

Animálculos. ¡Asombroso!

Animálculos extraordinariamente minúsculos… innumerables cardúmenes de ellos, nadando en su propia sangre. ¡La de maravillas que Dios ha creado…! Criaturas de distintas formas y tamaños, tal vez depredadores y presas, igual que los peces que nadan en el océano.

Y ¿dónde estaban las culebras? La pregunta era casi irrelevante. Y, sin embargo… apenas perceptible, tan cercano a lo invisible que habría podido tratarse de una ilusión óptica, algo tan fino como un cabello pareció pasar fugazmente por su campo de visión.

Y desapareció.

**2. El origen de los análogos culebrinos en la sangre de los papistas.**

A su majestad británica Ana VI le agradaba la Cámara Estrellada. Es cierto que a lo largo de los cinco siglos anteriores en ocasiones se había abusado escandalosamente de su poder (juicios subrepticios que terminaban con la ejecución en secreto de personas que probablemente eran mucho más inocentes que los monarcas encargados de administrar justicia), pero incluso en el glorioso Imperio había lugar para las audiencias privadas. La reina a este lado de la mesa, uno de sus súbditos al otro… como si fuera una charla íntima entre amigos, una ocasión para, de una manera u otra, solucionar las diferencias.

—Bueno, señor Darwin —dijo una vez estuvo servido el té—, al parecer habéis armado bastante revuelo, ¿no es así?

El hombre de montaraz barba sentado al otro lado de la mesa no respondió al momento. Colocó un dedo en el asa de su taza como si la de beber o no beber fuera una decisión de capital importancia, y a continuación habló:

—Me he limitado a decir la verdad, señora… tal como yo la veo.

—Sí, pero distintas personas ven verdades distintas, ¿no es cierto? Y las cosas que vos afirmáis que son verdad han molestado a bastantes de mis fieles súbditos. Supongo que sois consciente de que reina un cierto… malestar.

—Estoy al tanto de los disturbios. En varias ocasiones han llegado a estar alarmantemente cerca de mi persona. Y, por supuesto, mi vida ha recibido amenazas.

—Entiendo. —Ana cogió una diminuta rebanada de pan untada con mantequilla y mordió lo que confiaba pareciera un bocado comedido. Por algún motivo, siempre le apetecía comer cuando estaba en la Cámara Estrellada frente a los acusados; mientras que ellos nunca parecían tener ni pizca de apetito—. Las amenazas son uno de los motivos por los que os hemos invitado hoy a este lugar. Scotland Yard se está cansando de tener que protegeros, y sir Oswald lleva tiempo planteándose si vuestra vida realmente lo merece.

Su comentario provocó la reacción esperada: los dedos del hombre se quedaron paralizados sobre el asa de la taza y el color abandonó su rostro.

—No me había percatado… —Y, tras entrecerrar los ojos, Darwin añadió—: Tengo la sensación, señora, de que alguien va a tomar pronto una decisión sobre este asunto.

—Exacto. Sir Oswald ha recurrido en busca de consejo a la corona, que ahora recurre a vos. —Le dio otro bocadito a la rebanada de pan—. ¿Seríais tan amable de explicar vuestras teorías?, ¿de exponer la línea de razonamiento que os ha llevado hasta esas… perturbadoras declaraciones públicas?

—Todo está explicado en mi libro, señora.

—Pero vuestro libro es para científicos, no para reinas. —Ana dejó el pan y se dio el gusto de beber un sorbito de té tomándose su tiempo, pero Darwin continuó en silencio—. Por favor —dijo por fin—, deseamos tomar una decisión bien informada.

Darwin lanzó un gruñido… o tal vez fue una apagada risita cínica. Una muestra de mala educación, en cualquier caso.

—Muy bien, Majestad —dijo asintiendo con la cabeza—. Todo se reduce a una simple cuestión histórica.

—La historia rara vez es simple, señor Darwin, pero continúe.

—En… 1430 y pico, he olvidado el año exacto, Anton Leeuwenhoek fue llevado ante el supremo patriarca Septo para tratar el asunto de la ausencia de culebras en el flujo sanguíneo. ¿Le resulta familiar esa historia, señora?

—Por supuesto. Se trata del suceso desencadenante del cisma entre nuestra iglesia y los papistas.

—Exacto.

Ana notó que Darwin se estaba conteniendo para no levantarse de la silla y empezar a pasear por la sala, igual que un profesor impartiendo una clase a un grupo de alumnos adormilados. Su excesiva impetuosidad le hizo gracia, aunque confiaba en que consiguiera mantener sus impulsos controlados.

—Os ruego continuéis, señor Darwin.

—Todo el mundo sabe que la decisión del Patriarca desembocó en… una avalancha, por decirlo así, de gente examinando su propia sangre con un microscopio. Al principio solo las clases altas, pero la moda no tardó demasiado en extenderse también a los estratos más bajos de la sociedad. Como la iglesia permitía que todo el mundo mirara por un microscopio sin pagar, supongo que para los campesinos se convirtió en una diversión gratuita.

—El opio del pueblo —sugirió Ana, a quien le agradaba la frase: el señor Marx la había empleado cuando también a él le había tocado visitar la Cámara Estrellada.

—Supongo que así será —concedió Darwin—. En cualquier caso, el fenómeno sobrepasó de lejos todo lo que Septo pudiera haber previsto; y lo que fue peor para el Patriarca, muy pronto dividió a la iglesia en dos bandos: aquellos que aseguraban ver culebras en su sangre y aquellos que no las veían.

—Señor Darwin, conocemos perfectamente la diferencia fundamental entre papistas y redimidos.

—Os pido perdón, señora, pero creo que la habitual interpretación histórica está… errada. Confunde causa y efecto.

—¿Cómo va haber una confusión? Los papistas tienen culebras en la sangre; eso es algo que le resulta evidente a cualquier niño que mire por un microscopio. Nosotros, los redimidos, no estamos así con-

taminados; lo que también es un hecho fácilmente observable. La conclusión obvia, señor Darwin, es que la propia Hija de Dios marcó a los papistas con Su maldición, para que todos y cada uno de ellos fueran conscientes de lo equivocado de su proceder.

—Según los papistas —le recordó Darwin—, las culebras son un signo de la bendición de Dios: una culebra dormida simboliza un pecado amansado.

—¿Es eso lo que vos creéis, señor Darwin?

—Lo que yo creo es que resulta más práctico examinar los hechos antes de emitir cualquier juicio.

—Por eso estamos hoy aquí —dijo Ana con una significativa mirada—. Hechos… y juicio. Si pudierais ir al quid del asunto, señor Darwin…

—El quid del asunto —repitió él—. Faltaría más. Estoy de acuerdo en que hoy en día cualquier microscopio mostrará que los papistas tienen culebras en su torrente sanguíneo… o, tal como los científicos prefieren llamarlas, análogos culebrinos, puesto que es altamente improbable que el fenómeno observado corresponda a verdaderos reptiles…

—No entremos a discutir la nomenclatura —lo interrumpió Ana—. Aceptamos que las entidades en la sangre de los papistas no guardan relación alguna con las cobras ni con las víboras, pero llevamos siglos llamándolas culebras y el nombre resulta aceptable. Continúe con su explicación, señor Darwin.

—Vos misma os lo acabáis de explicar, señora. Han transcurrido varios siglos desde que surgió la controversia original. Lo que vemos hoy en día puede no ser lo que se veía entonces. —Inspiró profundamente—. Al leer los textos de aquella época pretérita se descubre que había grandes dudas en relación con las culebras, incluso entre los papistas. Los análogos culebrinos eran extremadamente raros y difíciles de distinguir… a diferencia de las manifiestas entidades que se observan hoy en día.

—Seguro que es por los aparatos. Los microscopios de entonces eran artilugios rudimentarios comparados con nuestros excelentes instrumentos modernos.

—Ese es el argumento habitual —admitió Darwin asintiendo con la cabeza—, pero yo creo que hay una explicación distinta.

—¿Ah, sí?

—Mi explicación se basa en mis observaciones de las palomas, señora.

Ana parpadeó por la sorpresa.

—¿De las palomas, señor Darwin? —preguntó volviendo a parpadear—. ¿De los pájaros? —Se mordió el labio y añadió—: ¿De esos bichos repugnantes que se posan en las estatuas?

—No de las palomas que están sueltas por ahí, Majestad, sino de las domésticas. De las que se crían para exhibiciones. Por ejemplo, varios siglos atrás, a un terrateniente de Sussex se le metió en la cabeza conseguir una paloma negra a partir de sus ejemplares de raza gris.

—¿Y por qué iba a querer una paloma negra?

—Eso también continúa siendo un misterio para mí; pero los documentos históricos no dejan lugar a duda. Se lanzó a la tarea, seleccionando las palomas del gris más oscuro que pudo conseguir y cruzándolas entre ellas. Con el transcurso de muchas generaciones, su color se fue volviendo más y más oscuro, y así hasta hoy, cuando sus descendientes presumen de tener palomas negras como el carbón.

—¿Que presumen de eso?

—Sin cesar.

Darwin agarró un trozo de pan y prácticamente se lo embutió en la boca. Al parecer estaba tan absorto en la conversación que había olvidado quién se sentaba al otro lado de la mesa. «Bien —pensó Ana—, así bajará la guardia».

—Comprendemos los principios de la cría de animales —señaló Ana—. No obstante, no vemos de qué modo atañen a los papistas.

—Durante los últimos cinco siglos, Majestad, los papistas han pasado justo por ese mismo proceso… y, en realidad, también los redimidos. Pensadlo. En cualquier población, el azar provoca que existan numerosas diferencias entre los individuos; por ejemplo, las palomas del terrateniente, eran de distintas tonalidades de gris. Si un proceso de selección elige enfatizar un rasgo concreto al resultar deseable, mientras que los demás quedan excluidos por no serlo (por ejemplo, si únicamente se cruzan los pájaros más oscuros entre ellos y se impide que los más claros contribuyan a esa línea de sangre), la característica seleccionada tenderá a hacerse más pronunciada con cada generación.

—Seguís hablando de palomas, señor Darwin.

—No, Majestad —dijo él triunfalmente—, estoy hablando de los papistas y de los redimidos. Supongamos que en los tiempos del patriarca Septo algunos individuos tenían unos casi imperceptibles análogos culebrinos en el flujo sanguíneo… por mera casualidad, igual que algunas personas tienen el cabello rizado y otras no.

Ana abrió la boca para decir que con frecuencia los rizos no eran en absoluto una mera casualidad, pero decidió callarse.

—Ahora bien —continuó Darwin—, ¿con qué se encontró aquella gente? Con que algunos vieron esas diminutas y casi invisibles culebrillas, mientras que otros no las vieron. Los que las vieron declararon: «Esta es la demostración de la solidez de la palabra de la Madre Iglesia». Mientras que los que no vieron nada dijeron: «Las Escrituras no pueden ser interpretadas de manera literal; los fieles deben

encontrar la verdad en su propio corazón». Y de este modo el Cisma dividió el mundo, enfrentando un bando contra otro.

—Sí, señor Darwin, todo eso lo sabemos.

—Entonces, señora, también debéis saber lo que sucedió durante las siguientes generaciones. El distanciamiento en la fe creó un distanciamiento similar en la población. Los papistas solo se casaban con papistas. Los redimidos solo se casaban con redimidos.

—Por supuesto.

—En consecuencia —prosiguió Darwin haciendo hincapié en esta palabra—, aquellos que veían en su sangre las así llamadas culebras solo se casaban con otros de condición similar. Y los que no veían nada se casaban con otros que no veían nada. Así que ¿cómo puede sorprendernos el que, generación tras generación, las culebras cada vez fueran más visibles en la sangre de los papistas? Y que cada vez hubiera menos y menos probabilidades de vislumbrarlas en la de los redimidos… Es simple y llanamente una cuestión de crianza selectiva, señora. Los papistas no se diferencian de nosotros porque la Virgen los señalara con su mácula; son diferentes porque ellos optaron por diferenciarse, por enfatizar la diferencia, por así decirlo. Y el que los redimidos no tengan culebras en la sangre se debe a ese mismo motivo: se trata de un simple efecto colateral de los prejuicios conyugales de nuestros antepasados.

—¡Señor Darwin! —exclamó horrorizada la reina—. ¡Qué afirmaciones son esas! No me sorprende que hayáis conseguido enojar a los papistas tanto como a vuestros propios compatriotas. Sugerir que una señal sagrada divina no es más que un mero accidente obsceno… —Y, tras contener la respiración unos instantes le espetó—: Caballero, ¿dónde está vuestra decencia?

—Tengo algo mejor que decencia —respondió él con voz tranquila—. Tengo pruebas.

—¿Pruebas? ¿Cómo podríais probar tal cosa?

—Hace algunos años, embarqué en un barco que navegó por los Mares del Sur y, durante esa travesía, vi cosas que me abrieron por completo los ojos.

—¿Más palomas, señor Darwin?

—Las aves de las islas del Pacífico no son demasiado apropiadas para los estudios científicos —respondió él con un gesto desdeñoso de la mano—. Lo que observé fue la labor que realizaban los misioneros, tanto papistas como redimidos, predicando a los nativos que habitaban en aquellas islas. ¿Habéis oído hablar de estas misiones?

—Nosotros hemos sufragado varias de tales misiones, señor Darwin.

—¿Y qué tal los resultados, señora?

—Una de cal y una de arena —confesó Ana—. Algunas tribus están abiertas a la Redención, mientras que otras… —Se encogió de hombros—. A los papistas tampoco es que les vaya mejor.

—Exactamente, Majestad. Por ejemplo, yo visité una isla en la que los papistas llevaban ya establecidos treinta años, a pesar de lo cual el sacerdote del lugar aseguraba no haber conseguido ninguna conversión verdadera. Y quiero hacer hincapié en esa palabra, «verdadera». Muchos de los nativos habían abrazado la doctrina papista, participaban en sus actos de culto y todo eso, a pesar de lo cual el sacerdote no era capaz de encontrar culebras en su sangre, así que su explicación era que no habían abrazado verdaderamente a la Madre Iglesia.

—¿Y vos disentís de tal conclusión?

—Por supuesto. Para mí, la tribu de la isla no era más que una población cerrada que, por mera casualidad, nunca había desarrollado análogos culebrinos en la sangre. Si solo se cruzan palomas blancas, nunca se conseguirá una negra.

—Pero… —empezó a decir Ana antes de interrumpirse bruscamente al venirle a la memoria las palabras de un reciente informe de una misión, «Nuestro trabajo en esta isla nos hace sentir una continua frustración: aunque sus habitantes se inclinan ante el altar del Señor, su sangre sigue mancillada por las culebras de los Impuros…»—. Señor Darwin —musitó Ana—, ¿podría ser posible que hubiera islas en las que todos sus habitantes tuvieran culebras en la sangre independientemente de cuáles fueran sus creencias?

—Por supuesto que las hay —respondió Darwin asintiendo con la cabeza—. La mayoría de las islas cuentan con una población aislada y homogénea. Encontré algunas tribus con culebras y otras sin ellas; y era un hecho independiente del misionero que se ocupara de ellas. Cuando los papistas van a parar a una isla cuyos habitantes ya tienen análogos en su flujo sanguíneo, enseguida aseguran haberlos convertido y lo celebran a lo grande. Por el contrario, cuando se encuentran con una tribu cuya sangre está limpia… bueno, ya pueden predicar todo lo que quieran, pero no van a conseguir cambiar las consecuencias de generaciones y generaciones cruzándose entre sí. Así que por lo general renuncian y se trasladan a otra isla en la que la población sea más receptiva… o lo que es lo mismo, en la que, para empezar, tengan el tipo de sangre correcto.

—Ah.

Ana bajó la mirada. Darwin había estado hablando de los papistas, pero ella sabía que eso mismo era verdad para los misioneros redimidos. Acostumbraban a quedarse un año en un lugar, hacer unos cuantos análisis de sangre y, a continuación, trasladarse a otro si no podían demostrar que conseguían resultados… porque esos resultados se medían exclusivamente por la sangre en lugar de por la fe profesada por los habitantes. Si los misioneros, sus propios misioneros, habían estado abandonando a fieles sinceros porque no creían que las conversiones fueran «verdaderas»… no quería ni pensar qué le parecería a Dios todo este asunto.

Sin embargo, Darwin no había terminado de hablar:

—En nuestra travesía visitamos numerosas islas, Majestad, y unas pocas nunca habían sido pisadas

por misioneros. Algunas de estas tribus tenían análogos culebrinos en la sangre, mientras que otras no los tenían… y la población de cada una de las islas era homogénea. Mi hipótesis es que las posibilidades de desarrollar análogos podrían haberse distribuido de manera uniforme por toda la humanidad hace milenios; sin embargo, cuando una población se iba quedando aislada, ya fuera geográfica o socialmente…

—Sí, señor Darwin. Ya veo lo que queréis decir. —Ana se percató de que estaba tamborileando con un dedo sobre el borde de la mesa. Se controló y se puso en pie—. Este asunto merece ser estudiado más en profundidad. Daremos instrucciones a la policía para que busque un lugar donde podáis continuar con vuestro trabajo sin tener que sufrir molestias del exterior.

Darwin puso mala cara.

—Y ese lugar, ¿no será una cárcel, señora?

—Un refugio cómodo. Se os proporcionará todo lo que necesitéis: libros, papel, de todo.

—¿Se me permitirá publicar?

—Contaréis al menos con una ávida lectora de todo lo que escribáis —respondió ella dedicándole una leve inclinación de la cabeza—. Me habéis dado mucho sobre lo que pensar.

—Entonces permitidme que os dé todavía otra cosa más sobre la que pensar, Majestad. —Darwin respiró profundamente, como si estuviera intentando decidir si sus siguientes palabras resultarían intolerablemente ofensivas. Y tras decidir que no tenía nada que perder, supuso Ana, continuó—: Papistas y redimidos llevan cientos de años cruzándose de manera selectiva dentro de su propia población. Podría llegar un momento en que se hubieran alejado tanto entre ellos que su… cruzamiento ya no fuera viable. Ya corren rumores sobre una tasa inusualmente alta de mortalidad entre los niños con un progenitor papista y otro redimido. Si continuamos con esta segregación, creo que llegará un momento (tal vez dentro de milenios, pero llegará) en que las dos poblaciones puedan llegar a escindirse en dos especies distintas.

—¿Especies distintas?, ¿de seres humanos?

—Podría suceder, Majestad. Es posible que en estos momentos estemos presenciando el origen de dos nuevas especies.

—¿El origen de las especies, señor Darwin? —dijo la reina Ana torciendo el morro con desagrado—. Si se trata de un chiste sepa que no nos hace gracia.

**3. La eficacia de la trisulfozimasa en la prevención de las reacciones por incompatibilidad AC en los partos con progenitores con distinto tipo de sangre.**

La vista se iba a celebrar a puerta cerrada: una mala señal. Julia Grant había preguntado a varios de sus compañeros qué es lo que debía esperarse, y todos le habían dicho, «un juicio espectáculo, un juicio espectáculo». Al senador McCarthy le encantaba que su nombre saliera en los periódicos. A pesar de lo cual, los periodistas no podían entrar ese día, en el que los únicos presentes eran Julia y el comité.

Una muy mala señal.

—Buenas tardes, señora Grant —dijo McCarthy una vez ella hubo jurado decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. La voz del hombre tenía una cierta melosidad, el resultado del intento de un hombre desagradable por resultar amable—, supongo que sabe el motivo por el que está aquí.

—No, senador.

—Venga ya, doctora —la reprendió él como si estuviera hablando con un niño de cinco años—, seguro que conoce el propósito de este comité… Del que como es lógico se sigue que su trabajo nos resulte de sumo interés.

—Mi ámbito de trabajo es la investigación médica —replicó ella escuetamente y, obligándose a mirar a McCarthy a los ojos, añadió—: La política no me interesa lo más mínimo. Yo curo a los enfermos.

—Hay enfermedades y enfermedades —señaló el senador con un encogimiento de hombros—. Todos podemos entender que los médicos se ocupen de la congestión nasal, los estornudos y los ataques al corazón… pero ese no es su campo, ¿verdad?

—No, soy hematóloga, especializada en problemas de compatibilidad AC.

—¿Sería tan amable de explicar al comité qué es eso?

La doctora sospechaba que todos los miembros del comité (todos ellos hombres) ya habían sido puestos al tanto de su investigación. Y, en cualquier caso, seguro que leían los periódicos. Pero bueno, tampoco le costaba nada seguirles la corriente.

—La sangre humana —empezó— o bien es AC-positiva o bien es AC-negativa…

—¿AC quiere decir «análogo culebrino»? —la interrumpió McCarthy.

—Sí, el nombre se deriva de la antigua creencia…

—De que algunos individuos tenían culebras en su flujo sanguíneo —la interrumpió McCarthy de nuevo.

—Correcto.

—¿Y hay individuos que tienen culebras en su flujo sanguíneo? —preguntó McCarthy.

—Entidades que parecen culebras —corrigió otro senador… probablemente un demócrata.

—Los análogos culebrinos no están presentes en el flujo sanguíneo de ningún individuo —respondió Julia—. No aparecen hasta que la sangre queda expuesta al aire. Es un mecanismo especializado de coagulación, desencadenado por una enzima que provoca que se formen filamentos microscópicos en la zona donde existe una herida…

—En otras palabras —dijo McCarthy—, la sangre AC-positiva funciona de manera distinta a la AC-negativa, ¿es correcto?

—En este aspecto en concreto, sí —contestó Julia asintiendo con la cabeza.

—¿Considera que la sangre AC-positiva es, por así decirlo, mejor que la AC-negativa?

—Proporciona una coagulación ligeramente más eficaz cuando se produce una herida…

—¿Le parece que la sangre AC-positiva es… admirable, doctora?

Julia se lo quedó mirando de hito en hito mientras contaba mentalmente hasta diez.

—Todos los tipos de sangre me resultan fascinantes —respondió por fin—. La AC-positiva se coagula más deprisa… lo que resulta útil para detener una hemorragia, pero también aumenta ligeramente el riesgo de sufrir una apoplejía. Mi impresión general es que las ventajas y los inconvenientes se compensan entre ellos. De no ser así, la evolución rápidamente hubiera inclinado la población hacia uno de los dos lados.

—Así que cree en la evolución, doctora Grant… —dijo McCarthy cruzando las manos en la mesa frente a él.

—Soy científica. También creo en la gravedad, en la termodinámica y en la ley de los gases ideales.

Ni uno de los miembros del comité se dignó sonreír siquiera.

—Doctora —dijo McCarthy con voz queda—, ¿cuál es su tipo de sangre?

Julia apretó los dientes antes de responder.

—El Tribunal Supremo resolvió que nadie está obligado a responder esa pregunta.

McCarthy golpeó la mesa con el puño presa de un súbito ataque de ira.

—¿Acaso ve que tengamos aquí con nosotros al Tribunal Supremo? ¿Lo ve? Porque de ser así, dígame dónde están esos maricones con su togas negras para que los haga salir volando por la ventana con una patada en su culo de papistas chupacirios. —Y volviéndose a recostar en la silla añadió—: No me parece que se percate de la gravedad de su situación, doctora Grant.

—¿De qué situación? Soy investigadora médica…

—Y ha desarrollado un nuevo fármaco, ¿verdad? —le espetó McCarthy—. Una nueva droga, que quiere que sea de libre acceso para cualquier ciudadano. Me pregunto si la persona que inventó la heroína también se consideraba un investigador médico.

—Señor McCarthy, la trisulfozimasa no es un narcótico. Se trata de un fármaco cuidadosamente desarrollado…

—Que fomenta el mestizaje entre papistas y redimidos —terminó McCarthy—. Para eso sirve, ¿no es así, doctora?

—¡No! —Julia respiró profundamente antes de proseguir—: La trisulfozimasa sirve para combatir determinadas complicaciones clínicas que se producen cuando un padre AC-positivo y una madre AC-negativa…

—Cuando un papista engendra su nauseabundo retoño en una redimida —interrumpió McCarthy—. Cuando un papista se folla a una redimida. ¿Es eso lo que quiere fomentar, doctora? ¿Es así como va a hacer que este mundo sea un lugar mejor?

Julia se mantuvo en silencio. Sintió cómo le ardían las mejillas, igual que un niño al que han pillado con las manos en la masa; y se indignó al ver que su reacción ante las palabras de McCarthy era más de culpabilidad que de indignación.

«Sí —quería decir—, dejar de dividir a la humanidad en dos bandos hostiles hará que el mundo sea un lugar mejor». La mayor parte de la población del planeta no comprendía ni la teología papista ni la redimida: pero, de alguna manera, la ponzoñosa idea de la discriminación sanguínea se había extendido por todos los países del globo, independientemente de su fe religiosa. ¡Una locura! Y millones de personas eran de su misma opinión. Sin embargo, a los McCarthy del mundo les resultaba un peldaño cómodo para alcanzar el poder, y ¿quién podía detenerlos? Solo había que pensar en Alemania. Y en Irlanda. Y en la India y Paquistán.

Ridículo… y mortal, repitiéndose una y otra vez a lo largo de la historia. Tal vez debería dejar de lado la compatibilidad AC y trabajar en una cura para el impulso de demonizar a los que son distintos.

—El terreno de la medicina es la vida, no el estilo de vida —dijo con frialdad—. Si me encontrara con un paciente cuyo corazón ha dejado de latir, intentaría reanimarlo, independientemente de que la víctima sea un niño inocente, un asesino convicto o incluso un senador. —E inclinándose hacia delante añadió—: ¿Alguno de ustedes ha sido testigo alguna vez de una reacción por incompatibilidad AC?, ¿de cómo muere el recién nacido?, ¿de cómo la madre empieza a sufrir espasmos y por lo general también muere? Son personas auténticas, caballeros, y gritos de dolor auténticos. Solo un monstruo podría presenciar algo así y seguir con sus monsergas ideológicas.

Algunos de los miembros del comité tuvieron el decoro de aparentar sentirse incómodos y apartar la mirada, pero McCarthy no fue uno de ellos.

—Usted cree que estamos aquí por un problema meramente ideológico, ¿verdad, doctora?, que esto no es más que un elevado debate sobre doctrina filosófica. —McCarthy sacudió la cabeza en una muestra de pesar nada convincente—. Ojalá fuera así… De verdad que ojalá fuera así. Ojalá los papistas no estuvieran intentado destruir todo aquello que simboliza este país, obedeciendo las órdenes

de sus cabecillas foráneos para corromper el espíritu de la misma libertad. ¿Por qué debería preocuparme por los gritos de una mujer cuando ella se ha prostituido con uno de esos tipos? Ella tomó su decisión y ahora tiene que enfrentarse a las consecuencias. Ninguno de los aquí presentes inventó la incompatibilidad AC, doctora. Fue Dios… y creo que no deberíamos pasar por alto su indirecta, ¿no le parece?

Julia notó un repentino reflujo de bilis en la garganta. Durante un instante no consiguió reunir las fuerzas necesarias para controlarlo, pero no podía vomitar, no delante de estos hombres. Se esforzó por tragar y respirar regularmente hasta que logró superarlo.

—Senadores —dijo por fin—, ¿realmente pretenden prohibir la trisulfozimasa?, ¿negarles un tratamiento que puede salvarles la vida a quienes lo necesitan?

—Hay quien dice que resulta muy significativo —respondió McCarthy— que un redimido pueda tener un hijo con una papista sin mayores complicaciones, pero que al revés no ocurra así. ¿No le parece también a usted significativo?

—Senadores —insistió ella pasando por alto las palabras de McCarthy—, ¿pretende este comité prohibir la trisulfozimasa?

Silencio.

Y entonces McCarthy le preguntó con una ligera sonrisa:

—¿Cómo funciona la trisulfozimasa, doctora?

Julia lo miró fijamente, preguntándose adónde quería ir a parar con esta nueva pregunta.

—La trisulfozimasa descompone la enzima del factor AC en aminoácidos básicos —dijo cautelosamente—, lo que evita una respuesta de riesgo del sistema inmunológico de la madre, que en otro caso podría producir anticuerpos que atacaran la enzima. El verdadero problema son los anticuerpos, porque pueden atacar al bebé…

—Así que lo que está diciendo —la interrumpió McCarthy— es que este fármaco puede acabar con las culebras de la sangre de un papista…

—Ya lo he dicho antes, no hay culebras. La trisulfozimasa elimina de forma temporal esa enzima de coagulación extra que está presente en la sangre AC-positiva.

—¿Solo de manera temporal?

—Con eso es suficiente. Una inyección poco antes del momento del parto…

—Pero ¿y si se suministraran varias dosis? —la interrumpió McCarthy—, ¿o una enorme?, ¿podría eliminarse de manera permanente el factor AC de la sangre de una persona?

—La trisulfozimasa no se le administra a una persona AC-positiva. Se le da a una madre AC-negativa para evitar…

—Pero suponga que sí que se le administrara a un papista. Una dosis grande. Un montón de dosis. ¿Podría eliminar el factor AC definitivamente? —Se inclinó hacia ella ansiosamente—. ¿Los podría hacer como nosotros?

Y fue en ese momento cuando Julia cayó en la cuenta, cuando entendió el motivo de esa vista. Porque el comité en realidad no podía escamotear el tratamiento. Los resultados de sus investigaciones ya eran conocidos en la comunidad científica. Incluso si en su país se prohibía, otros países lo utilizarían, y finalmente la presión pública sería tal que se verían obligados a reevaluarlo. Aquí el problema no eran las vidas de los bebés y de las madres; de lo que se trataba era de cortarle los cuernos al diablo.

—Administrar este o cualquier otro fármaco a una persona cuya salud no lo necesita es algo inaceptable. Dosis grandes o un uso prolongado de la trisulfozimasa tendrían efectos secundarios que ni me atrevo a imaginar. —Los rostros frente a ella seguían impertérritos, así que lo volvió a intentar—: Caballeros, en una persona AC-positiva, la enzima es algo natural. Es un componente natural de la sangre. Interferir en el funcionamiento natural del cuerpo sin que exista una justificación médica… No hacer daño, caballeros —dijo alzando las manos—. La base del juramento hipocrático. Ante todo, un médico debe evitar hacer daño.

—¿Quiere eso decir que se negaría a estar al frente de un proyecto de investigación sobre este asunto? —preguntó McCarthy.

—¿Yo?

—Usted es la mayor experta en su campo —respondió McCarthy con un encogimiento de hombros—. Si hay alguien que puede conseguir acabar con las culebras de una vez por todas y para siempre, es usted.

—Senador, ¿es que no tiene vergüenza? ¿Acaso no tiene la más mínima vergüenza? ¿Quiere que ponga en peligro vidas humanas por esta… trivialidad? Una diferencia irrelevante que solo puede detectarse con un microscopio…

—¡Lo que les permite vivir entre nosotros, doctora! Los papistas pueden vivir entre nosotros. Con su sangre especial, sus culebras, su maldita endogamia… son ellos los que subrayan lo que usted llama una trivialidad. Son ellos los que nos la restriegan por la cara. Dicen que son los Elegidos del Señor, que llevan la marca de su bendición. Pues bien, mi intención es borrar esa marca, con o sin su ayuda.

—Sin ella. Definitivamente sin ella.

McCarthy tenía la mirada clavada en ella. No parecía un hombre que acabara de recibir una negativa rotunda.

—Permítame contarle un secreto, doctora —dijo con un excesivo aire de superioridad—, que conocemos gracias a nuestros agentes en campo enemigo. En este mismo momento, los papistas es-

tán planeando contaminar nuestros suministros de agua con su condenada enzima AC. Para envenenarnos o hacernos como ellos… lo uno o lo otro. Necesitamos sin falta su fármaco para luchar contra esa corrupción, para eliminar la enzima de nuestra sangre antes de que pueda destruirnos. ¿Qué le parece eso, doctora Grant? Esa ética médica suya que en tanto aprecio tiene ¿le permitirá trabajar en un tratamiento que nos proteja de las malditas toxinas papistas?

—Usted no tiene ni idea del metabolismo humano —respondió Julia con una mueca—. El factor AC no se *contagia* a través del agua que bebemos; la enzima simplemente se descompondría en el ácido del estómago. Supongo que sería posible fabricar una versión metilada que consiguiera acabar abriéndose camino hasta el flujo sanguíneo… —Hizo una breve pausa antes de continuar—: En cualquier caso, me resulta imposible creer que los papistas estén tan locos como para…

—Ahora mismo —la cortó McCarthy— en algún escondrijo papista hay reunido un comité de hombres qué están tan locos como nosotros. Créame, doctora. Lo que nosotros estamos dispuestos a hacerles a ellos, ellos están dispuestos a hacérnoslo a nosotros; lo único que está en el aire es quién va a actuar primero. —McCarthy se recostó y cruzó las manos sobre el estómago—. Las culebras están por todas partes, doctora Grant. En sus manos está quién vaya a resultar mordido.

Es posible que esa fuera la única verdad que McCarthy había dicho desde que había empezado a hablar. Julia se esforzó por ponerla en duda, sin conseguirlo. El que se fuera AC-positivo o negativo no influía a la hora de ser un despiadado hijo de puta.

No dijo nada.

McCarthy mantuvo su mirada sobre ella unos instantes más, y luego se volvió hacia los hombres que lo flanqueaban.

—Levantemos la sesión, ¿les parece? Démosle a la doctora Grant un poco de tiempo para reflexionar. —Volvió a mirarla de hito en hito—. Nada más que un poco de tiempo. Nos pondremos en contacto con usted dentro de unos días… para averiguar quién le asusta más, nosotros o ellos.

Y tuvo el descaro de guiñarle un ojo antes de volverse hacia otro lado.

El resto de senadores abandonó la sala, prácticamente chocando unos contra otros en su apresuramiento por marcharse. Cómplices… hombres débiles, a pesar de todo su poder. Julia no se movió de la incómoda silla de los testigos, dándoles tiempo de sobra para que se largaran a toda prisa; no tenía ninguna gana de verlos otra vez cuando por fin saliera al pasillo.

Administrar trisulfozimasa a una persona AC-positiva… ¿cuál sería el efecto? En bioquímica, las predicciones casi nunca servían para nada: la ciencia médica era un vasto océano de ignorancia salpicado de investigadores intentando mantenerse a flote sobre improvisadas canoas. La única predicción que se podía hacer con seguridad era que con una dosis lo suficientemente grande de cualquier medicina matarías al paciente.

Ahora bien, era mejor inyectar trisulfozimasa a una persona AC-positiva que a una AC-negativa. Las reacciones químicas que descomponían la enzima AC también descomponían la trisulfozimasa: destrucción mutua garantizada. Si no se tenía la enzima AC en la sangre, la trisulfozimasa alcanzaría niveles letales mucho más rápidamente ya que no existiría nada que pudiera frenarla. Estaba claro que los individuos AC-positivos podrían tolerar dosis que serían mortales para…

Julia sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Había desarrollado un fármaco que envenenaría a los AC-negativos pero no a los AC-positivos… que podría masacrar de manera selectiva a los redimidos sin tocar a los papistas. Y su investigación era de conocimiento público. ¿Cuánto faltaba para que alguien del bando de los papistas llegara a esta misma conclusión? Uno de esos hombres que McCarthy había mencionado, tan implacable y loco como el propio senador.

¿Cuánto tardarían los papistas en utilizar su fármaco para masacrar a la mitad del mundo?

Solo había una salida: acabar con todas las culebras. Si con un simple gesto de la mano pudiera conseguir que todos los individuos AC-positivos se convirtieran en AC-negativos, entonces los dos bandos volverían a estar en igualdad de condiciones sobre el campo de juego. No, sobre el campo de juego no: sobre el campo de batalla.

Era una locura… ¿pero qué otra opción tenía? Alistarse con McCarthy, eliminar las culebras antes de que empezaran a morder y rezar para que los efectos secundarios pudieran ser tratados. A lo mejor, si los más cuerdos terminaban por imponerse, el procedimiento nunca se llegaría a utilizar. Tal vez la amenaza fuera suficiente para forzar algún tipo de desarme enzimático bilateral.

Sintiéndose veinte años más vieja, la doctora Julia Grant abandonó la sala de audiencias. El pasillo estaba desierto; al otro lado de la gran cristalera de la entrada principal del edificio alcanzó a ver los rayos del sol vespertino incidiendo oblicuamente sobre los escalones de mármol. En la acera había un solitario manifestante que sujetaba una pancarta en silencio, sin duda el tipo de individuo al que McCarthy consideraría un simpatizante papista por oponerse como un traidor a un comité del congreso legalmente constituido.

La pancarta decía: «¿Por qué te preocupas por la criatura que duerme ante ti cuando estás ciego a las culebras de tu propio corazón?».

Julia se dio media vuelta, confiando en que el edificio tuviera una segunda puerta en la parte de atrás.

Copyright © 1997 James Alan Gardner

## Re: Re: Re: Re: Re: El microondas de la sala-comedor está haciéndole cosas raras al tejido del espacio-tiempo

Charles Yu

## Presentación

Charles Yu es un escritor nacido en EEUU que hasta el momento ha publicado una novela, *How to Live Safely in a Science Fictional Universe*, elegida por la revista *Time* como una de las mejores del año, y un par de colecciones de relatos, *Third Class Superhero* (que le valió ser elegido por la National Book Foundation como uno de sus "5 Under 35", es decir, uno de los cinco escritores menores de 35 años que consideran especialmente prometedores e interesantes) y *Sorry Please Thank You*. Sus relatos han aparecido tanto en publicaciones dedicadas al género fantástico como en otras generalistas, entre las que destacan *The New York Times* y *Playboy*. Y ya en nuestro país, aunque creo que ninguna de sus obras se ha publicado por aquí hasta ahora, Charles Yu fue uno de los 20 autores de relatos de ciencia ficción que según el blog Sense of Wonder ya deberíais estar leyendo.

*Re: Re: Re: Re: Re: El microondas de la sala-comedor está haciéndole cosas raras al tejido del espacio-tiempo* (*Re: Re: Re: Re: Re: Microwave in the Break Room Doing Weird Things to Fabric of Space-Time*) está incluido en la antología *Gigantic Worlds,* publicada en 2014 por la editorial Gigantic Books, que recoge 51 relatos de ciencia ficción encuadrados en la categoría de la *flash fiction*, es decir, cuentos muy breves. Sin embargo, su escasa extensión no le impide ser francamente divertido, así que espero que os alegre los escasos cinco minutos que vais a tener que dedicarle y que muy pronto tengamos ocasión de leer más de los estupendos relatos de Charles Yu en nuestro idioma.

Ya por último, me gustaría dar las gracias a Lincoln, de Gigantic Books, y sobre todo a Charles Yu, que tan amablemente me ha autorizado a compartir este cuento hoy con todos vosotros. *Thanks a million, Charlie!*

## Re: Re: Re: Re: Re: El microondas de la sala-comedor está haciéndole cosas raras al tejido del espacio-tiempo

**Charles Yu**

De: Jasper (Gestión de instalaciones) martes 12/08/2013 12:17

Para: Personal-Todo-Nueva York

Re: El microondas de la sala-comedor

Hola a todos. Disculpad que envíe este correo a todo el mundo, pero por favor dejad de utilizar el microondas de abajo en la cocina. Alguien lo utilizó para calentar un burrito a potencia alta me da que como poco 20+ minutos porque apenas se reconoce que sea un burrito, y los frijoles tienen una pinta de lo más estrambótica tras haber sido calentados tanto rato. De hecho, casi no parece que se trate de ninguna forma conocida de materia… y continúa desintegrándose. O algo peor.

Estamos intentando ver si es posible limpiarlo, pero por lo visto hasta ahora igual hace falta frotar el interior del microondas a nivel subatómico, lo que es probable que no compense económicamente. Sé que a muchos de vosotros os encanta ese microondas porque tiene mucha potencia, pero para que estéis sobre aviso, es probable que lo más sensato sea tirarlo y comprar uno nuevo. Os mantendremos informados.

Gracias por vuestra colaboración en este asunto y por favor utilizad el microondas de arriba hasta nuevo aviso. Y por favor BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA utilicéis el de abajo.

Un saludo.

Jasper

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

De: Jasper (Gestión de Instalaciones) martes 12/08/2013 12:24

Para: Personal-Todo-Nueva York

Re: Re: El microondas de la sala-comedor

Bueno, siento comunicar que ha habido alguien al que o se le pasó por alto mi primer correo o se pensó que estaba bromeando, porque si no no puedo creer que alguien lo haya hecho, pero alguien metió el envase de sus tallarines chinos instantáneos en el microondas de abajo, encima de la costra de frijoles, lo puso a funcionar y sí, creo que todos sabéis qué es lo que voy a decir a continuación: el poliestireno y la costra deben de haber interaccionado de tal modo que han desestabilizado la microestructura local de la realidad en ese punto.

Antes de que alguien piense que estoy utilizando pruebas circunstanciales para lanzar una grave acusación, me gustaría señalar que en el interior del microondas ahora hay un hueco circular de no realidad, que resulta que coincide exactamente con la circunferencia de la parte de abajo del envase típico de tallarines Nissin. No estoy totalmente seguro de qué es lo que va a pasar ahora, pero hemos avisado a mantenimiento de inmuebles y van a enviar a alguien para que eche un vistazo.

Creo que no hace falta que insista en ello, pero POR FAVOR UTILIZAD SOLO el microondas de arriba hasta que averigüemos qué pasa con el averiado. Y no es que quiera señalar a nadie en concreto, pero si os vais a preparar unos tallarines (Brett, Allison, y todos los demás que ya sabéis vosotros mismos quiénes sois) utilizad el chisme del agua caliente de la máquina del café. Pensaba que eso ya había quedado claro hace semanas. Porque además los tallarines quedan mejor así.

Un saludo.

Jasper

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

De: Jasper (Gestión de Instalaciones) martes 12/08/2013 12:44

Para: Personal-Todo-Nueva York

Re: Re: Re: El microondas de la sala-comedor

Desde mi anterior correo con las últimas novedades las cosas se han puesto un poco chungas. El círculo de la variedad rota o lo que sea ha continuado haciendo cosas que probablemente le resulten de interés a un cosmólogo, pero que para aquellos de nosotros que intentamos hacer nuestro trabajo van a resultar una molestia, posiblemente hasta el final de la jornada. Quizás me esté haciendo un poco de lío con todo esto, así que si me equivoco no os cortéis y corregidme, pero me han explicado que el círculo de frijoles-poliestireno sufrió una deformación topológica continua, lo que no suponía mayor problema hasta que dejó de ser continua. Parte del círculo se rasgó y se quedó pegado en algún otro punto del universo, así que además de con todo lo demás, también tenemos que lidiar con eso. Bueno, os seguiré informando. El piscolabis de las 15:30 ha quedado cancelado por motivos obvios.

Un saludo.

Jasper

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

De: Jasper (Gestión de Instalaciones) martes 12/08/2013 14:30

Para: Personal-Todo-Nueva York; Personal-Todo-Hartford

Re: Re: Re: Re: El microondas de la sala-comedor

¡Uf!, todos esos golpes que habéis estado oyendo éramos yo mismo y el equipo de mantenimiento de inmuebles de aquí de Nueva York, y también algunos viejos amigos nuestros a los que desde hace unos noventa minutos tenemos mucho más cerca. Cuando os envié el último correo nos acabábamos de enterar de lo de la rotura del anillo de frijoles-envase de tallarines y de cómo se había vuelto a pegar en algún otro lugar de esta nuestra pequeña realidad. Pues bueno, como es posible que ya hayáis oído, ese otro lugar ha resultado ser el tercer cubículo del servicio de hombres de la quinta planta de nuestras oficinas en Hartford. Se trata de una coincidencia casi inverosímilmente improbable, y nos vendría guay para asombrarnos, darle vueltas y discutir sobre ella, de no ser porque está provocando algunos problemas nada triviales en los sistemas de climatización de ambos edificios, y algunos inquilinos (¡y en ambas ciudades!) se están quejando. Si no lo solucionamos pronto, igual tenemos que dar explicaciones al dueño del inmueble, y a los bomberos de Nueva York y de Hartford, y según me dicen, también hay un 30 % de probabilidades de que debido a esta reconfiguración espacial hayamos desencadenado una serie de sucesos que desemboquen de manera inminente en un colapso total del cosmos. El lado positivo es que estoy utilizando «cosmos» en el sentido más estricto de la palabra, es decir, solo nuestro universo pero ninguno más, y también es guay que ahora mismo dispongamos de un sistema de correo entre las oficinas de Hartford y Nueva York que sea realmente tan, tan, tan, pero que tan bueno.

En cualquier caso, los golpes que habéis oído éramos nosotros intentando colocar un andamiaje para estabilizar la estructura del portal entre las regiones anteriormente separadas y ahora conectadas… pero al parecer no teníamos las herramientas o los materiales adecuados para ello, porque no ha funcionado. Nuestro siguiente paso es enviar a alguien muy pequeño al interior del portal (probablemente a mí) para ver si podemos averiguar algo sobre el mismo. Se supone que eso va a suceder durante los próximos 20 minutos, y haré todo lo que pueda para manteneros informados, pero sinceramente no estoy seguro de que la expresión «20 minutos» siga teniendo demasiado sentido, dada la anteriormente mencionada desintegración completa del espacio y tiempo conocidos.

Un saludo.

Jasper

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

De: Jasper (Gestión de Instalaciones) martes 14/08/2013 14:30

Para: Personal-Todo-Nueva York; Personal-Todo-Hartford

Re: Re: Re: Re: Re: El microondas de la sala-comedor

Bueno, no ha funcionado.

Al parecer hemos saltado 2 días hacia el futuro.

Ahora estoy intentando volver.

Un saludo.

Jasper

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

De: Jasper (Gestión de Instalaciones) martes 12/08/2013 12:10

Para: Personal-Todo-Nueva York

Re: El microondas de la sala-comedor

Al parecer, lo único que hemos conseguido es que regresara al punto original del espacio-tiempo en el que empezó todo. Nadie salvo yo mismo (puesto que estaba en el portal) tiene la más remota idea de de qué estoy hablando, así que no os preocupéis, pero aún así estoy escribiendo esto para dejar lo que espero sea un registro, en algún servidor informático o si no entonces al menos en algún espacio de información abstracto, de una transmisión que documente lo que acaba de suceder (sobre todo por si resulta que estamos en un bucle). Si hay alguien por aquí al que por algún motivo le queda algún conocimiento residual, a lo mejor podríamos vernos en el dispensador de agua y charlar un rato sobre lo que acaba de pasar, me vendría genial para confirmar que no me estoy volviendo loco.

En cuanto al resto de vosotros, por favor, si veis a alguien con un burrito camino de la sala-comedor, quitádselo. Ya sé que suena de lo más raro, pero en esto os vais a tener que fiar de mí. Coged el burrito y haced lo que sea… coméoslo, despedazadlo, me trae sin cuidado. Pero NO lo calentéis en el microondas de abajo.

Por cierto, piscolabis a las 15:30.

Un saludo.

Jasper

Copyright © 2014 Charles Yu

# Puente Silencioso, Cascada Pálida

Benjanun Sriduangkaew

## Presentación

Benjanun Sriduangkaew es una autora tailandesa de ciencia ficción y fantasía cuyo nombre empezó a sonar fuertemente cuando tras publicar un puñado de excelentes relatos en diversas revistas y antologías fue nominada al Campbell Award en 2014. Fue también ese mismo año cuando apareció su primera novela corta, *Scale Bright*, una obra de fantasía contemporánea con numerosas referencias a la cultura y mitología oriental que fue nominada al premio British SF Awards. Sin embargo, gran parte de sus cuentos pertenecen claramente al género de la ciencia ficción y transcurren en un universo *space opera* al que la autora ha denominado «La Hegemonía». Todas esas historias pueden leerse de manera independiente entre sí, aunque se puedan encontrar vínculos entre algunas de ellas y personajes que aparecen en más de una. Si queréis saber un poco más sobre Benjanun, podéis leer la entrevista en español publicada en Sense of Wonder, que además la incluyó en su lista de 20 autores de relatos de ciencia ficción que todo el mundo debería estar leyendo.

*Puente Silencioso, Cascada Pálida* (*Silent Bridge, Pale Cascade*) fue publicado por primera vez en el número de diciembre de 2013 de la revista *Clarkesworld*, y posteriormente se incluyó en la antología *Space Opera*, editada por Richard Horton (Prime Books, 2014). Se trata de un relato de ciencia ficción perteneciente al ciclo de La Hegemonía, y es el primero de esta autora que se traduce al español.

Y ya por último, tan solo me queda agradecerle a Benjanun su amabilidad por haberme cedido este estupendo cuento y por la paciencia que ha tenido conmigo a la hora de aclararme todas mis dudas relacionadas con la traducción del mismo, que os aseguro que han sido bastantes. *Thanks a million, Benjanun!*

## Puente Silencioso, Cascada Pálida

**Benjanun Sriduangkaew**

El cuchillo de su conciencia despojándola de la muerte capa a capa: así es como se despierta.

Ella es la general Lunha de Puente Silencioso, que como hombre luchó en una guerra que acabó en tablas, y ganó cinco más como mujer contra adversarios que capitaneaban soles en miniatura.

El conocimiento se reorganiza pieza a pieza en los músculos de su memoria que se van recuperando, en el fiador del arma que dispara sus pensamientos mientras abre los ojos a un mundo de arriates de lirios araña que pugnan, a un cielo de fractales de cristal. Está armada: un acero orquídea en una cadera, una pistola de ráfagas en la otra. Está blindada: un yelmo de escarabajos negros en la cabeza, un revestimiento de quitina ambarina en extremidades y torso. No tiene una cama ni un ataúd que la encierre. Recobra la conciencia de pie, relajada pero alerta. Que es como siempre estuvo.

La hierba crepita y sisea. Lunha desenfunda el acero, sus pétalos desplegando bocas con filo, y reconoce el arma como propia. Todos los generales las tienen: un bestiario de aceros y un cúmulo de armas de fuego, afiladas por el uso y lubricadas hasta refulgir. Ella mantenía una colección más reducida que la mayoría; esta era un arma que siempre llevaba consigo.

La hierba es apaciguada; fragmentos de circuitos, músculos y colmillos, marcas de petróleo en la espada de Lunha, que dispara una vez al centro neurálgico para asegurarse. Una detonación de luz muda.

Su esfera de datos se conecta con un chasquido. Los augmens enfocan nítidamente uno de los muros, un panel de salida de datos. Por el momento, solo audio.

—Teníamos que asegurarnos de que se encontraba en buenas condiciones físicas. —Una voz ajustada a un registro de neutralidad, en entonación y demás; Lunha no es capaz de reconocer el acento, la apariencia preferida ni ninguna otra cosa—. Es un placer tenerla de vuelta, general Lunha.

—Mi conexión está restringida. ¿A qué se debe?

—Se han producido ciertos cambios relativos a la gestión de la información en su nivel jerárquico. Le enviaremos los nuevos protocolos en breve. Mera rutina. Supongo que desea explicaciones.

—Sí.

Lunha intenta entrar usando la fuerza bruta, descubre que carece de los permisos de acceso que le correspondía haber tenido.

—Vuestra lealtad a la Hegemonía nunca ha sido cuestionada.

—Bien la he demostrado —dijo Lunha, que en vida sirvió a la Hegemonía durante sesenta años, de cadete a general.

—No la cuestionaremos ahora. —El panel titila y da paso a un mapa táctico—. Este mundo está dispuesto a ofrecer sus riquezas y poder a nuestros enemigos. Neutralizadlo a él y a la mujer que lo

empuja a apartarse de la paz hegemonista. Examinad su *dossier* tranquilamente.

El planeta traidor es Tiansong, el Lago de los Puentes, donde en vida Lunha tuvo su hogar.

Su líder es Xinjia de Cascada Pálida, que en vida Lunha tuvo por esposa.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Como es natural, se cuestiona si ella es Lunha reconstruida a partir de fragmentos de piel y tejidos o un clon al que le han cargado los datos de Lunha. La diferencia es teórica más allá de los altares de los clanes; en la práctica ambas cosas son casi la misma. Un fantasma familiar que es una copia de ella flota por la red local de Tiansong, pero también se trata de una reconstrucción a partir de fuentes de segunda y tercera mano, no más su alma o su ser que los archivos con su historial profesional.

La red la anega como una inundación, aunque como todo el personal hegemonista por encima de cierto rango Lunha esté particionada para conservar una conciencia autónoma. Por si acaso ejecuta los programas de autodiagnóstico, que le informan de que no lleva implantados dispositivos de regulación ni de vigilancia remota. Tal vez sea una muestra de confianza; tal vez la reconstrucción sea experimental y los biotécnicos no han querido interferir con sus implantes. Contempla la posibilidad de no haber muerto: heridas graves, una prolongada reconstrucción y su memoria retocada para borrar el suceso. El informe es secreto en cualquier caso.

Le han proporcionado un hábitat hecho a medida para ella: una sección para el descanso, otra para la reflexión y otra para la actividad física. Por su profesión tiene pocos efectos personales, y recupera la mayoría. No solamente el equipo, sino también los recuerdos de las conquistas. Aquí los esqueletos veteados de oro de los lobos de Grenshal, allí la telaraña de capullos plateados de las auténticas arañas de Mahing. Un altar de Puente Silencioso en recuerdo de sus antepasados, imágenes sintetizando sus logros, proverbios y sabiduría. Lunha no acostumbraba a consultarlos, no los consulta ahora, y examina el altar solo para asegurarse de que su fantasma familiar no se cuenta entre ellos.

Su acceso a la red continúa restringido. Si lo desea puede escuchar las transmisiones militares de todos los niveles, pero no puede comunicarse. La memoria pública es el primer paso a dar y la consulta para conocer la percepción de Tiansong que tienen los ciudadanos. Hasta donde estos alcanzan a saber, Tiansong se vio inmersa en una guerra civil durante la que apareció una nueva religión, Xinjia su líder. Se va a enviar un despacho para que Tiansong retorne a la paz.

La información en los canales restringidos es un tanto distinta.

Por la fuerza de la costumbre evalúa las fuerzas, posiciones y equipamiento de las tropas: se trata de algo impersonal, así es como funciona su cabeza. Calcula que con las defensas de Tiansong se necesitaría menos de un mes para domeñar su planeta natal con mínimos daños. En un escenario en

el que esto último no sea una prioridad, llevaría menos de una semana. Un ofensiva rápida más que una campaña, y totalmente indigna de ella.

Durante tres días la mantienen aislada: nadie más comparte su hábitat y carece de todo contacto social. El campo de vacío que rodea el complejo le impide ir mucho más allá del jardín. El cuarto día es arrancada de sus pensamientos por el zumbido de unos motores polilla, por la música de los escudos fluctuando para permitir la llegada. No acude a saludar ni hace ademán de armarse; no parece venir al caso.

Su responsable es puro linaje costeya: neutroide escultural con los ojos del color de la escarcha lunar. No lleva uniforme y se presenta simplemente como operativo Isren.

—¿De qué división?

Lunha intenta sobrescribir a Isren, el derecho de cualquier general a alterar los pensamientos y memoria de los oficiales inferiores. No puede.

—Operativo —dice Isren, y nada más. Muestra su respeto a la manera de Tiansong, una mano envolviendo el puño antes del saludo oficial—. Vuestra situación es única.

—¿Por qué se me necesita? Aplastar Tiansong no supone problema alguno.

Isren se ha arrodillado para quedar a su altura; tiene la costumbre de ajustar la postura y extremidades para que la diferencia de estatura no intimide.

—Se desea una solución sin derramamiento de sangre.

—Hay más personal tiasoniano en el servicio activo.

Cuando Isren sonríe, un leve flirteo asoma en la curva de su boca.

—Nadie tan brillante. Xinjia de Cascada Pálida es una oponente laberíntica. Ha conseguido que su mundo recele de la sincro pública y ha tenido oportunidad de difundir esta percepción antes de que impusiéramos el embargo. Preconiza… la desconexión. En esencia, se ha convertido en una infección.

—¿Lo ha conseguido?, ¿desconectar?

Un fragmento de silencio atrapado entre la circunspección profesional de Isren y la necesidad de franqueza requerida por la situación. Cuando habla lo hace con delicadeza, alrededor del filo de este equilibrio.

—No por los métodos convencionales. Su sistema conlleva la extirpación de los nodos de la red y una ingeniería inversa. Cincuenta por ciento de probabilidad de daños cerebrales. Entre cinco y ocho mil han quedado incapacitados, de acuerdo a las últimas cifras.

Lunha echa un vistazo a los informes disponibles. Podrá haber riesgo de daños cerebrales, pero Xinjia ha conseguido afianzarse hasta tal punto que ha sido nombrada Primera de Tiansong. No es unánime:

casi la mitad de los clanes disintieron. Sin embargo, casi la mitad no es la mitad, y Puente Silencioso inclinó la balanza. Sus planes se han propagado por veinte mundos independientes.

—Destituirla no será suficiente.

—No. Vuestra encomienda es mantener Tiansong indemne y a Xinjia con vida, y por eso os hemos traído de vuelta.

—Permitidme ir allí. Evaluaré la situación sobre el terreno.

—Eso estaba previsto —dice Isren—. Estamos en Tiansong.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

La última vez que Lunha visitó su mundo natal era un hombre. En su familia solo es ensalzada como hija y sobrina, a pesar de pasar de un género a otro igual que el agua por entre las piedras. Da igual cuál sea, el rostro de Lunha (general y el orgullo de varios clanes) es demasiado conocido, por lo que se coloca una malla que le hunda las mejillas, le ensanche la nariz, proporcione una mayor prominencia a su frente.

Viaja ligera, casi ascéticamente. Un arma de fuego, un acero. Dinero de Tiansong, pero no demasiado. Su única concesión al lujo es un inhibidor que le impide ser rastreada y la protege de escaneos profundos. Isren no la acompaña en persona; en el prístino mar de los fenotipos de Tiansong, su rostro de costeya sería una mancha de petróleo. Isren no pone objeciones cuando se trata de no llamar la atención, pero a tan corto plazo ajustar la musculatura, la complexión y los delatores rasgos faciales queda fuera del alcance incluso de Isren.

Lunha evita el transporte aéreo y sus controles neurales, circunscribiéndose a los trenes y a sus vías serpiente. Se toma su tiempo. Está de permiso… la idea la divierte y se sorprende sonriéndole a la escamosa ventana, su reflejo interrumpiendo momentáneamente los anuncios culturales. Uno de ellos la exhorta a ver la versión de *La diosa de las perlas y la tortuga* que representan actores auténticos en un auditorio sin conexión a la red. Nada de grabaciones, nada de interrupciones.

En el bastión de un clan dice ser una hija de Jardín de Filos; en el de otro, con un atavío distinto y la voz alterada para hacerla más grave, Lunha se presenta como una novia a punto de unirse a Acueducto de Peonías por vínculo matrimonial. En ambos, Lunha es recibida con cortesía e invitada a meriendas vespertinas, cenas nupciales, fiestas otoñales. A pesar de la tensión del embargo son hospitalarios, pero el nombre de Xinjia no llega ni a susurrarse.

El gran avance tiene lugar mientras está sentada en una cocina bebiendo una infusión de ciruela, las piernas estiradas, escuchando a un anciano cocinero que piensa que Lunha se parece a su hijo mediano, perdido tiempo atrás por su adicción al juego.

—Si quieres destruir a tu enemigo, enseña a apostar a sus hijos —dice el cocinero mientras reparte por los *dumplings* el relleno de cebollino y cebolla.

—Así dicen nuestros antepasados. —Los enemigos de Lunha suelen escoger estrategias más directas. Ella se enorgullece de haber sobrevivido a más de doscientas tentativas de asesinato, aunque no se le escapa que podría no haber conseguido evitar la última—. En nuestros días existen sistemas más expeditivos.

La risa del cocinero es como arcilla seca resquebrajándose.

—Hoy en día remites al joven e impresionable hijo a Cascada Pálida.

—¡Ah!, pero así te medio condenas al fracaso. Creía que ya no aceptaban huéspedes, que últimamente se habían vuelto reacios a ofrecer hospitalidad. Puesto que no podemos salir del planeta, confiaba al menos en visitar todos los bastiones antes de quedar vinculada por mi matrimonio…

Él se encoge de hombros, sella el último *dumpling* y comienza a colocarlos en la vaporera. En Tiansong nadie confía en un replicante si quiere una buena comida.

—Si conoces a alguien que conozca a alguien en Puente Silencioso…

—¿Ah, sí? Muchas gracias, tío.

Lunha coge el siguiente tren, con sus plumas y alerones, que parte rumbo a su hogar ancestral.

La sincro pública, la gran memoria compartida, es un instrumento para mantener la paz. Incluso tras saber lo que era y lo que hacía, Lunha continuó pensándolo, igual que continúa pensándolo ahora. No es que favorezca demasiado la libertad de pensamiento: viene acompañada por todos los inconvenientes de la información regulada por el puño cerrado del estado, y la red usurpa la percepción de la realidad. Pero funciona, estabiliza. La Hegemonía Costeya se ha mantenido en equilibrio durante siglos.

Ahora le resulta útil para añadirse a sí misma en las ramificaciones secundarias de Puente Silencioso en lugar de en las ramas principales, tal como prescribe su verdadera cuna. Los detalles la hacen vacilar. Opta por mujer, por comodidad más que por cualquier otro motivo, y elige a su tía novena, que no tiene hijos, como madre. Nada de hermanos, menos disonancia que el tener una repentina hermana donde antes no había ninguna. Esas reacciones no pueden ser sojuzgadas. Las emociones no pueden ser moldeadas.

Cuando llega al puente de entrada suspendido entre las fauces de dragones empuñando perlas, su tía novena acude a recibirla.

—Hija mía —le dice con incertidumbre—, ¿qué te ha retenido tanto tiempo en Jardín de Filos?

—Unos esponsales grandiosos; me gané el sustento ayudando.

Una venia, como corresponde. Un abrazo, forzado. Tener una hija no es más que un hecho; los gestos de su tía novena, una mera obligación.

De acuerdo a los cambios que ha introducido en la red, ha estado tres meses fuera; en realidad no ha estado en su hogar desde hace… su mente tropieza en la grieta de su muerte. Pero sin contar eso han sido cinco años. Puente Silencioso no ha cambiado. Una pagoda central para el culto común. Arcos de zafiro y puertas de granate hermanados en conversación delimitan la urbe. Las ciudades de Tiansong siempre han estado menos atestadas que la mayoría, y la densidad de almas en las torres hábitat de este planeta nunca ha alcanzado la de los mundos de Costeya. Abundancia de espacio, libertad estética. Apenas un susurro de la Hegemonía.

Una situación mucho más confortable que la de innumerables súbditos de Costeya, Lunha lo sabe a ciencia cierta; hay planetas fronterizos anexionados que aún hoy continúan en ruinas. No entiende a Xinjia.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Cuando se conocieron, Xinjia llevaba máscaras y brazos prostéticos; bailaba entre sombras envolventes de dragones y garzas, con únicamente fragmentos de ella visibles en infrarrojo. Como todos los tespianos de su categoría, Xinjia nunca aparecía en las emisiones al exterior. Tiansong gana una fortuna gracias a su insularidad: los extranjeros que desean disfrutar de sus artes deben acudir a la fuente y pagar generosamente, aunque siempre hay pícaros e imitadores.

Lunha entre el público, sin resuello por los aplausos. Un amigo que conocía a un amigo medió para que se la presentaran. Fuera del escenario, Xinjia se quitó la máscara pero conservó el traje, el peto de papel y los cintos de aceros. De acuerdo a la tradición de los tespianos de sombras, tenía el rostro limpio, desnudo, sin alteraciones, lo que empujó a Lunha a tocarse el suyo, avergonzada de los revestimientos ópticos, del matiz bicromo de su mandíbula al estilo de los replicantes.

Hablaron apresuradamente, entre el bullicio del público que se marchaba; volvieron a hablar más tarde, en el silencio de la salita para el personal en la que el mobiliario, retrógrado, no se ajustaba al contorno de sus cuerpos.

—Hablas de arte dramático como una profana —señaló Xinjia, entre sorbos de oro líquido y bocados de medusa con guarnición de dados de marfil.

—Carezco de formación.

—¿En las escuelas de oficiales no se estudian las bellas artes? —La artista pasó un dedo por los nudillos de Lunha—. Una soldado con pasión por el teatro…

—No hasta esta noche. —Lunha se controló, consiguió no ruborizarse.

—Los soldados me fascinan —añadió Xinjia, con aire ausente—. La yuxtaposición de disciplina y peligro. Violencia y control.

Los matrimonios en Tiansong duran cinco años, al término de los cuales los cónyuges y los miembros de las familias se evalúan unos a otros: lo bien que conectan, lo bien que encajan. Un proyecto colaborativo.

Se casaron en una gabarra, con la familia a su alrededor y la bendición de los avatares de los procelosos dioses de guerra con sus brazos cuádruples, lanzas y ruedas de combate. Dado que Puente Silencioso y Cascada Pálida eran rivales ancestrales, ni Xinjia ni Lunha confiaban en que durara, y fue una sorpresa para todos los implicados que el matrimonio se prolongara pasado el primer quinquenio a un segundo, y luego a un tercero.

El divorcio llegó después de que Lunha ascendiera a teniente coronel. Para entonces habían sido cónyuges durante diecinueve años.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

El zumbido de los rastreadores en las baldosas de marfil y las paredes de secoya de la casa señorial. Lunha programa su inhibidor para que anule aquellos que detectarían su afinidad genética.

Puente Silencioso siempre ha sido uno de los más… paranoicos, supone que dirían el resto de clanes, pero nunca lo ha sido tanto. La ciudad aislada por cuestiones de seguridad. Todo aquel que no era de la familia había sido expulsado; los visitantes de fuera del planeta hace mucho que se marcharon, ahuyentados por una inexistente epidemia justo antes de que se estableciera el embargo.

Xinjia se anticipó a esa sanción. Lunha no descarta la posibilidad de que hubiera encontrado una manera de manipular la sincro, lo que la perturba.

Charla desganadamente con su tía novena, con primos que vacilantemente aseguran haberla echado de menos. Que es lo que se le dice a un familiar tras meses sin verlo. Lo hacen con precaución, inseguros de sus palabras, de considerarla de la familia.

Fingir ser una desconocida que finge ser de Puente Silencioso. Lunha soterrada por completo, como la aparición que es, el fantasma que debería ser.

—¿Es esto todo lo que tienes? —dice su tía novena, intentando ser una madre—, ¿lo que llevas puesto y poco más?

—Siempre he viajado ligera. —Lunha asiente—. Eso ya lo sabes, madre.

—Nunca te has cuidado, más bien.

Lunha siempre se sorprende ante lo que se imagina la gente para rellenar los huecos, para parchear las fisuras de la memoria provocadas por el impacto directo de sus cambios en la red. Un mecanismo de defensa, les gustaba explicar a un ejército de psicólogos, para protegerse de la disolución mental. Existen instalaciones hegemonistas dedicadas a investigar esto, los efectos de la sincro. Lo que puede hacer. Lo que no.

Isren le ha proporcionado un programa espía; Lunha lo activa visualizando renacuajos que nadan en aguas profundas. Evita relacionarse. En Puente Silencioso hay personas desconectadas. Sabrían que su tía novena nunca ha tenido hijos.

Tras días del arresto domiciliario que se ha impuesto a sí misma, se lanza sigilosamente a las calles.

En la hora de la reflexión y de los antepasados, las vías son de oro bruñido. El susurro quedo de los vehículos en lo alto igual que el de los recuerdos, el brillo nacarado de las estaciones atmosféricas que parecen lunas. Lo que ella inhala no es el aire sino la tranquilidad.

Lunha vaga, al principio sin rumbo, luego en una dirección concreta mientras verifica la información escamoteada por el programa espía. Por las medidas de seguridad había supuesto que sería la casa señorial, los salones en los que los notables de Puente Silencioso gobiernan y dictan leyes. Dos de ellos sus madres, orgullosas de Lunha, aunque siempre contaron con su ascenso en la jerarquía, con sus conquistas de quince mundos en nombre de Costeya, y de haber sido ella o sus logros menos, eso se habría convertido en una mancha en un linaje de prodigios.

Un altar ancestral, caparazones de tortuga a modo de tejas y baldosas, monjes de piedra circundando un jardín de helechos y lavanda. El *scriptorium* custodiado por drones avispa. Teclea un código de desbloqueo: una secuencia de imágenes de una garza azul ensartando con el pico peces plateados. Un murmullo de reconocimiento y los drones le franquean el paso; son de fabricación hegemonista y ella ha sido restituida como general. Han pasado por una reingeniería inversa, pero no lo suficientemente profunda para impedirle entrar. No es algo que pueda echar en cara a los técnicos de Tiansong: menos de un millar en la Hegemonía disfrutan de su nivel de acceso.

Entre las estanterías que muestran imágenes augmens de libros de papel, Lunha espera. Pasa el tiempo leyendo poesía, sumergiéndose en las estrofas de heptasílabos y decasílabos entrelazados de Huasing, la escultura de prosa intersticial de Gweilin que narra la historia de la arquera solar y su esposa en la Luna. Se arrastran por su conciencia, reconfortantes: el bálsamo de la familiaridad.

Xinjia llega, finalmente. Es a donde acude para pensar cuando necesita soledad, y por lo que Lunha sabe, la soledad es algo valioso para ella hoy en día, algo demasiado escaso.

El *scriptorium* es amplio, y si algo ha aprendido Lunha en sus sesenta años en el ejército ha sido a ser sigilosa. Encuentra un lugar donde colocarse, un punto ciego al que Xinjia no mirará, y durante un tiempo simplemente observa.

Xinjia parece tranquila, mientras avanza resueltamente hacia la esterilla y la barra. Se quita las zapatillas, la mayor parte de la ropa, hasta quedar tan solo cubierta por la sobrepiel de tonos pastel, lavanda mudando a gris cuando se mueve. Con las manos en la barra se arquea hacia atrás, estirándose hasta que los tendones del cuello se le marcan, los músculos del torso despuntan en un bajo relieve.

Lunha desconecta sus alteraciones vocales y dice, con su propia voz:

—Xinjia.

La que fue su esposa se endereza rápidamente, flexible… serpenteante. Tenían un rebuscado apodo para cada una. Bai Suzhen para Xinjia, por la legendaria serpiente blanca.

Un instante al borde del abismo, pero Xinjia no cae.

—General Lunha murió. ¿Qué eres?

—Un fantasma. —Lunha entra en la red de Tiansong. Por supuesto, hay una copia de ella en el archivo de notables, su conocimiento y sus victorias transformados en sabiduría del clan—. Pero eso no sería una novedad para ti.

—¿Deseas tomar un té?

—No —dice Lunha, aunque sigue a Xinjia cuando esta la lleva hasta una mesa baja, hasta unos cojines—. ¿Qué tal estás?

—Ya estarás al tanto de las novedades sobre mí.

—Primera de Tiansong.

—Era necesario conseguir ese título para hacer lo que necesita ser hecho. —Xinjia invoca al fantasma: el rostro de Lunha, sereno. Femenino. A Xinjia no le gustaba demasiado cuando, en ocasiones contadas, Lunha era un hombre—. Gran parte de tu manera de planear, de tu manera de lidiar con tus enemigos está contenida ahí dentro.

—De los datos que enviaran aquí se habría borrado la información clasificada. —Una urna de cenizas, en cierta manera.

—Me interesaba más tu manera de pensar. Extraño, pero no creo haberte conocido nunca tan bien como póstumamente. —La sobrepiel ha absorbido el sudor, dejando tan solo un rastro de aroma salino y limpio. Xinjia nunca ha utilizado perfume. Fuera del escenario se mueve por el mundo ni más ni menos que tal como es ella misma—. Hubo votos a favor de cargar tus datos en un replicante. Me opuse.

—No hemos sido cónyuges desde hace largo tiempo.

—Volví a casarme dentro de Puente Silencioso —dice Xinjia—. Así que somos familia, lo que me otorga ciertos derechos para poder controlar tu imagen. Tus madres estuvieron de acuerdo en que la idea del replicante era… abominable. ¿Puedo tocarte?

Lunha asiente y observa cómo el pulgar de Xinjia sigue el perfil de su mandíbula, de su nariz, de su boca. Xinjia se detiene, bajo el peso de una reflexión, de la presión de un recuerdo compartido.

—¿Es cirugía o llevas algo sobre el rostro?

—Lo segundo —dice ella entorpecida por el dedo de Xinjia, mientras se acuerda de su primera vez juntas, dándose rodajas de caqui, lamiendo la dulzura en la mano de la otra. Suaves tejidos que se caldean en su presencia, sábanas revueltas deslizándose sobre sus caderas, muslos y tobillos. Para el sexo, a Xinjia nunca le gustó una cama en calma—. ¿Por qué te has lanzado a esto?

—Un fallo técnico —responde Xinjia con esa indiferencia suya. Su mano ha terminado por descansar, como por casualidad, en la rodilla de Lunha—. Un fallo que dejó a algunos sin sincro, a mí entre ellos. ¿Qué fue? Algo que pasó en Yodsana, una explosión en un centro turístico. Una pequeña noticia, insignificante, sin nada que ver con nosotros. Creo que yo andaba buscando algo sobre el teatro de títeres de Yodsana, porque de no ser así ni me hubiera dado cuenta. Para mí allí todo seguía igual que siempre. Para todos los demás, el centro turístico estaba envuelto en llamas, con cincuenta turistas muertos. Tomé nota. Lo único es que pocos días después ya no era capaz de recordar por qué lo había hecho ni de qué iba aquello. Aunque ¿qué más me daba?

—Eso pasa a veces. —Pocas veces. Menos que pocas.

Xinjia sonríe, levemente.

—Seguí algunas pistas, descubrí algunas cosas, conseguí contactos. No soy solo yo, Lunha. Mientras hablamos hay personas que se están desconectando en más mundos de los que crees, de una en una o de dos en dos. Yo me he limitado a trasladarlo a una escala mayor.

—Vas a llevarte contigo a Tiansong al completo.

—Es lo que quería un número suficiente de tiasonianos si me eligieron Primera. ¿Te imaginas cómo me sentí cuando…? —Xinjia parpadea, se aparta. Un comando hace surgir un compartimento desde el suelo: un juego de tazas, un dispensador—. ¿Cuándo se te explicó…?

—General. Tras tres campañas triunfantes. —Llegado este punto no parece tener sentido no contarlo—. Me sometieron a un condicionamiento preparatorio para minimizar la discordancia, aunque por aquel entonces no me percaté de cuál era el objetivo.

—Debe de haber personal hegemonista que lo haya filtrado. A amigos, a seres queridos.

—Rara vez. Es fácilmente sobrescribible. —Es fácilmente detectable. Los castigos, desproporcionados.

—¿Tú estás de acuerdo con eso? —Xinjia sirve. Vapor de crisantemo, el té lleno de diminutas perlas negras recolectadas de los huertos de Jardín de Filos—. Sesenta años de servicio, una carrera gloriosa. ¿Te resulta imposible entender por qué estoy haciendo esto?, ¿por qué hay otros que quieren que lo haga?

—En principio puedo imaginármelo. En la práctica… esto no es inteligente.

Una taza es empujada hacia ella.

—Pueden arrebatarnos todo lo que somos. Pueden despojarnos de nuestros idiomas, nuestras ciudades, nuestros nombres; pueden convertirnos en extraños para nosotros mismos y para nuestros fantasmas, hasta que no quede nadie para ocuparse de los altares, para cumplir con la hora de reflexión, para barrer las tumbas.

Lunha bebe un sorbo. Añora el tacto humano, no cualquiera, sino en concreto el de Xinjia.

—La Hegemonía no tiene motivo alguno para hacer eso. La cantidad de rescritura requerida sería colosal.

—Les costaría menos reducir Tiansong a restos chamuscados que un procesamiento tan ingente. Sí. Aunque si encuentran un motivo, mi estimada militar, lo harán. Cambiándonos cada vez un poco. A lo mejor un día dejaremos de quemar incienso, al siguiente tendremos replicantes costeyas cocinando para nosotros. Un mes después, ya nadie bailará como bailo yo. En lugar de eso, obras costeyas, escenarios cromados e intérpretes replicantes, como en Imral y en Salhune. Tienen ese poder sobre nuestros… sobre todo. Y no lo puedo tolerar. —La que fue su esposa, y ahora lo es de otra persona, levanta la mirada—. Creía que tú tampoco podrías.

—Xinjia. Bai Suzhen. —Lunha sigue sin alargar la mano, no será ella quien muestre ternura. Hace mucho que dejaron de ser cónyuges—. Ochenta años atrás hubo un conflicto entre Portal de Hierro y Cataratas Carmesíes que fue agravándose. Iba camino de destrozar Tiansong, convirtiéndolo en un campo de ruinas y despojos, hasta que intervino la Hegemonía. Una rescritura a conciencia. Ahora nadie lo recuerda; ahora Portal de Hierro y Cataratas Carmesíes están en paz. Puedes no creerlo, pero para eso luchan los soldados: para preservar el equilibrio, para traer la estabilidad.

—Para imponer la definición hegemonista de esos conceptos.

—Es la que funciona.

—¿Y las masacres de las emperatrices de Tiansong cuando Costeya se hizo con el poder?, ¿qué me dices de eso? ¿Es eso estabilidad?, ¿es eso paz? ¿O se debe olvidar el pasado simplemente porque ya han transcurrido tres siglos? No, no me respondas.

—Hay planetas hoy en día que tienen que pasar por cosas mucho peores. He estado en ellos; he ordenado su destrucción y la ejecución de sus habitantes.

Lunha sabe que ha fracasado, lo sabe ya. Que de ninguna manera iba a poder ganar. No aquí.

—No eres tú misma —dice Xinjia con voz queda.

—Lo soy. Siempre lo he sido.

—Entonces no tenemos nada en común. A lo mejor nunca lo hemos tenido.

Lunha bebe hasta que no queda nada en su taza, ni té ni perlas.

—Encontraré la manera de mantener a salvo Tiansong —dice.

Al final ninguna de las dos se rinde. No se tocan; no se besan. La cortesía de dos extrañas en la despedida.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—Isren.

Es lo único que necesita, en su frecuencia restringida, para convocar a Isren. Una conexión, con imágenes para que Lunha sepa que permanece en el hábitat.

—Sí, general.

—No he podido disuadir a la Primera de Tiansong.

—En ese caso, por favor, diríjase a Portal de Hierro. Habrá una lanzadera programada para trasladarla a una de nuestras naves en órbita.

—No. —Lunha mira por la ventana redonda, la agranda hasta que ocupa toda la pared. Puente Silencioso a mediodía es de platino—. Traedme blindaje. Lo espero antes de setenta y dos horas. ¿Tenéis autorización para oficiar un duelo?

La expresión de su responsable no cambia, salvo por un fugaz parpadeo.

—No es eso lo que teníamos en mente, general.

—Un duelo minimiza los daños colaterales. El representante de Tiansong gana, nosotros mantenemos el embargo, para limitar la influencia de los desconectados. Si Xinjia es asesinada, apresada o frenada como sea utilizando la fuerza, habrá otros, y no solo en este mundo. Será casi imposible seguir la pista de los desincronizados. —No es una certeza, pero es como Xinjia habría aprendido a maquinar a partir de la imagen de Lunha—. Gano yo y Tiansong renuncia a sus planes, acepta la reintegración. Yo no pierdo, operativo Isren.

—Invocáis un estatuto arcaico.

—Lo invoco con propiedad, y no es la primera vez que he forzado desenlaces mediante un único combate. Esta es una situación en la que la destrucción militar es indefendible; la solución diplomática, imposible.

—Si perdéis, general, invalidaré el resultado. —Isren se queda en silencio un momento—. Un duelo a muerte.

—Así es.

Lunha manda razón a Xinjia de que elija un representante para un combate único, exponiendo las condiciones ajustadamente. Xinjia las acepta de inmediato. Son las mejores que pueden ser, dadas las circunstancias.

Lunha revoca los retoques que ha realizado en la red y se quita la malla facial. Dedica tiempo a lavarse, agua caliente que casi escalda, bálsamo y pigmentos para alisar las marcas dejadas por la malla. Los comandantes de Tiansong lo hacían antaño, purificar mente y cuerpo antes de entablar batalla, y Lunha siempre ha seguido su ejemplo. No dispone de demasiado tiempo para dedicar a la mente, pero pocos combates le han permitido ese lujo.

Isren no llega de manera clandestina, y Puente Silencioso está preparado. Lunha observa las imágenes transmitidas por los ojos de Isren cuando los notables reciben al neutroide, fríamente formales; los datos que Isren transmite la informan de quién está desconectado: las madres de Lunha, otros dos notables, primos lejanos a los que Lunha no conoce… demasiado jóvenes.

Escoltan a Isren, con cortesía. Lunha no les permite entrar en su habitación. Sus madres vislumbran su rostro (el suyo propio, el rostro con el que nació y creció), y los ojos de su madre Yinliang se abren como platos, consternada.

Isren saca la armadura, el uniforme de gala, más armas.

—Di por hecho que desearíais ser ceremoniosa. He obtenido la autorización para vuestra… decisión táctica.

Tal vez debiera haber encontrado tiempo para hablar con sus madres, piensa Lunha, pero es demasiado tarde, se ha movido demasiado deprisa. Resulta raro. En la batalla nunca cabe un «demasiado deprisa».

—Lo agradezco.

—¿Deseáis hablar de ello? —Isren ladea la cabeza, lo justo para resaltar una pálida garganta con un implante joya engastado.

—No tengo intención de que confraternicemos, operativo.

La risa del neutroide es ambigua.

—Tengo cónyuge, y soy bastante feliz en mi matrimonio. Una soldado profesional como vos, aunque ni la mitad de festejada. Los emparejamientos entre miembros de la tropa tienen una ventaja: menos secretos que guardar. Y, a propósito, ¿la Primera de Tiansong se ha desconectado por completo eliminando físicamente los implantes neurales? ¿Puede todavía conectarse a la red?

—Ha conservado los implantes.

Isren inclina la cabeza.

—Os he enviado un programa. Experimental. La reintegrará a la sincro. El método de infiltración es el mejor que tenemos; lo único que necesitáis es establecer una conexión con ella y el programa se instalará.

—¿Efectos secundarios? —Lunha coge el yelmo en las manos y lo descarta. Mostrará su rostro.

—Hasta donde se ha podido probar, ninguno. Lo peor que podría suceder es que no funcionara.

Sin efectos secundarios. Un programa que obliga al interfaz neural a volverse a conectar a la red, e Isren pretende hacerla creer que no hay efectos secundarios. Isren no lleva ninguna protección obvia a primera vista, pero no carece de ellas. Lunha calcula sus probabilidades de evitar las toxinas nerviosas y de dejar fuera de combate a Isren antes de que los nanos del neutroide se activen. En voz alta se limita a decir:

—Lo tendré en cuenta, operativo Isren. Lo agradezco.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Por la noche, Puente Silencioso es de zafiros. De todos los colores de los que pueden ser los zafiros, los más brillantes y exquisitos.

Bajo la armadura, la comodidad del uniforme de gala; en la cadera descansa el acero orquídea tan en su lugar como sus propias extremidades. Los vientos cortan lo suficiente como para resultar hirientes; el altozano de la casa señorial es empinado; las losas bajo sus pies, lisas.

Su madre Yinliang ha perdido toda expresión; su madre Fangxiu nunca la tuvo. Xinjia solamente parece distante, su mirada apática salvo cuando la fija en su representante. Una mujer grande, estilosa y musculada como un zorro, veterana campeona de las arenas de Portal de Hierro. Un insulto, a fin de cuentas, aunque Lunha no la subestima.

Todos los pares de ojos graban y transmiten. El uniforme, la armadura. Ella es una general hegemonista. Salvo por Isren y Lunha no hay rastro de Costeya en todo Puente Silencioso.

«Todavía está a tiempo de ejecutar ese programa, general», la voz de Isren por la banda privada.

Lunha se adelanta para presentar sus respetos a sus madres. Doblando una rodilla, la cabeza inclinada, la sumisión de una buena hija. Ninguna reacciona; ninguna le toca la cabeza. Lo acepta y se levanta para enfrentarse a la luchadora de las arenas.

La primera gota de adrenalina. Sus reflejos se tensan y su mente se sitúa en ese espacio de claridad y facetas, el interior de su cráneo frígido y luminoso.

Desenfunda el acero orquídea, sus bocas desnudando los dientes al viento, dientes que chasquean ansiosos bajo el frío.

Empiezan.

Copyright © 2013 Benjanun Sriduangkaew

## ¡Menudas cosas hace la gente!

Robert Sheckley

### Presentación

Robert Sheckley es uno de los grandes del género fantástico y de la literatura breve humorística en general. Empezó a publicar de manera profesional a principios de los años cincuenta y siguió haciéndolo hasta su fallecimiento en 2005. Fue un escritor prolífico, autor de varias novelas y de multitud de relatos que aparecieron tanto en publicaciones especializadas como generalistas. Y, en mi opinión, si ha conseguido situarse entre los maestros del género ha sido gracias a estos últimos, gracias esos cuentos originales, irónicos e inteligentes, que afortunadamente para nosotros se cuentan por docenas. Así que este Especial Humor, que considero mi particular homenaje a Robert Sheckley y Fredric Brown, difícilmente podría tener un broche de oro mejor que esta octava entrega con la que se cierra: nada más y nada menos que un relato del propio Sheckley.

*¡Menudas cosas hace la gente!* (*Is* that *what people do?*) se publicó por primera vez en 1978, dentro de la antología *Anticipations*, editada por Christopher Priest. Posteriormente ha sido reeditado en numerosas ocasiones, la última en 2012, en *Store of the Worlds: The Stories of Robert Sheckley*, una antología que recoge los que son sus mejores cuentos a juicio de Jonathan Lethem y Alex Abramovich. También ha sido traducido a varios idiomas, pero hasta ahora estaba inédito en español.

No quiero terminar esta breve introducción sin el habitual apartado de agradecimientos. En primer lugar, a las agencias Donald Maass Literary Agency e International Editors' Co. En segundo, a Mike Resnick, porque de no haber sido por su amabilidad y por su ayuda creo que este cuento de su amigo Bob no estaría aquí. Y, en último, pero muy especialmente, a Gail Sheckley, sin cuya autorización no podría compartir con todos vosotros este estupendo relato. *Thanks, Mike! And thanks a million, Gail! It's such an honor to have this story here…*

Espero que lo disfrutéis y ojalá muy pronto alguien se anime a traducir y publicar todos esos excelentes relatos de este gran maestro que nunca han visto la luz por aquí. Así que (redoble de tambores)… con todos vosotros, *¡Menudas cosas hace la gente!*, de Robert Sheckley.

## ¡Menudas cosas hace la gente!

**Robert Sheckley**

Eddie Quintero había comprado los prismáticos en Hammerman, la tienda de excedentes del ejército que había en el centro comercial All Nations Outlet («Productos de primerísima calidad, pago solo en efectivo, no se admiten devoluciones»). Hacía tiempo que quería tener un buen par de prismáticos, porque con ellos confiaba en ver cosas que de otro modo nunca podría ver. Y, en concreto, confiaba en ver cómo se desnudaban las chicas del Chauvin Arms, el edificio situado enfrente de la habitación de alquiler amueblada donde vivía.

Sin embargo, esa no era la única razón. Aunque ni él mismo fuera consciente de ello, Eddie iba a la caza de ese momento de iluminación, de atención plena, que acompaña al instante en que un minúsculo fragmento del mundo queda repentinamente encuadrado y expuesto permitiendo que ese ojo de mirada amplificada y extendida encuentre la novedad y el dramatismo en lo que antes era el tedioso mundo de todos los días.

El momento de clarividencia nunca dura demasiado; la perspectiva habitual nos vuelve a atrapar enseguida. Sin embargo, no perdemos la esperanza de que por fin algo (un artilugio, un libro, una persona) cambie nuestra vida concluyente y definitivamente, de que nos arranque de nuestra atroz tristeza silenciosa y nos permita finalmente contemplar las maravillas que siempre hemos sabido que estaban ahí, aunque fuera del alcance de nuestra visión.

Los prismáticos estaban embalados dentro de una robusta caja de madera que llevaba estampado, «Sección XXII, Cuerpo de Marines, Quantico (Virginia)». Y debajo, «No abrir salvo personal autorizado». Así que solo el poder abrir una caja como esa ya valía los 15,99 $ que Eddie había pagado.

En el interior de la misma había unas planchas de corcho blanco de embalar, unas bolsitas de gel de sílice y, por fin, los propios prismáticos. No se parecían a ningunos otros que Eddie hubiera visto antes. Los tubos eran cuadrados en lugar de redondos y tenían grabadas varias escalas incomprensibles. Llevaban una etiqueta que decía, «Experimentales. No sacar del laboratorio de pruebas.».

Eddie los sacó de la caja. Eran bastante pesados, y oyó un ruidito de algo que se movía en su interior. Quitó las tapas protectoras de plástico y apuntó hacia la ventana.

No se veía nada. Los sacudió y volvió a oír el ruidito, pero justo en ese momento el prisma o lente o lo que quiera que fuera que andaba suelto debió de volver a encajar en su lugar porque de pronto se vio.

Eddie estaba mirando hacia el otro lado de la calle, hacia la mole del Chauvin Arms. La imagen era excepcionalmente diáfana y nítida; era como estar plantado a tres metros del exterior del edificio. Se apresuró a escudriñar las ventanas del apartamento más cercano, pero en él no había nada que ver. Era una calurosa tarde de sábado de julio y se imaginó que todas las chicas se habrían ido a la playa.

Giró la rueda de enfoque y tuvo la sensación de estar moviéndose, de ser un ojo incorpóreo montado al frente de una lente que hacía zoom, cada vez más cerca de la pared del apartamento, a metro y medio, luego a un palmo, desde donde se veían las pequeñas imperfecciones en la fachada blanca de hormigón y los agujeritos en los marcos de aluminio anodizado de las ventanas. Hizo una pausa para admirar la inusual vista, y a continuación volvió a girar la rueda con mucho cuidado. El muro surgió imponente frente a él y, un instante después, lo había atravesado y se encontraba en el interior del apartamento.

El sobresalto lo obligó a bajar los prismáticos unos momentos para orientarse.

Cuando miró de nuevo por las lentes todo seguía igual que antes: tenía la sensación de estar dentro del apartamento. Vislumbró algo moviéndose a un lado y, al intentar localizarlo, volvió a oír el ruidito de la pieza y dejó de ver.

Les dio la vuelta y los sacudió, y la pieza sonó al moverse arriba y abajo, pero siguió sin verse. Cuando los dejó en la mesa del comedor oyó un ruidito sordo y se inclinó para mirar una vez más. Estaba claro que la lente o el prisma había vuelto a encajar en su lugar, porque se veía.

Decidió no arriesgarse a que la pieza pudiera volverse a descolocar. Dejó las gafas sobre la mesa, se arrodilló detrás de los prismáticos y miró por los oculares.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Estaba viendo el interior de un apartamento iluminado tenuemente, que tenía las cortinas corridas y las luces encendidas. En el suelo había sentado un indio o, más probablemente, un hombre disfrazado de indio. Era un tipo rubio y flacucho, ataviado con una cinta de pelo con plumas, mocasines adornados con cuentas, pantalones con rebordes de ante, camisa de cuero y un rifle que tenía sujeto en posición de disparo, apuntando a algo situado en un rincón de la habitación.

Cerca del indio había una mujer gorda con una combinación rosa, sentada en un sillón y conversando animadamente por teléfono.

Eddie reparó en que el rifle del indio era de juguete, más o menos la mitad de largo que uno de verdad.

El indio continuó disparando al rincón de la habitación y la mujer siguió hablando y riéndose por teléfono. Tras unos instantes, el indio dejó de disparar, se volvió hacia la mujer y le alargó el rifle. Ella dejó el teléfono, cogió otro rifle de juguete que estaba apoyado en el sillón y se lo entregó. Luego cogió la primera de las armas y empezó a recargarla, un cartucho imaginario tras otro.

El indio continuó con sus perentorios y rápidos disparos. Su rostro estaba tenso y demacrado, era el rostro de un hombre que sin ayuda de nadie tiene que cubrir la retirada de su tribu hacia Canadá.

De pronto, pareció oír algo. Miró por encima del hombro. El pánico se reflejó en su rostro. Se giró rápidamente y colocó el rifle en posición de disparo. La mujer también miró y se quedó boquiabierta por el asombro. Eddie intentó apuntar hacia lo que estaban mirando, pero la mesa del comedor se tambaleó y, con un ruidito seco, la imagen fundió a negro.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Eddie se incorporó y paseó arriba y abajo por la habitación. Había disfrutado de un atisbo de lo que hace la gente cuando está a solas y sin nadie que la vea. Resultaba emocionante, aunque le hubiera dejado un tanto desconcertado porque no entendía el significado de lo que había visto. ¿Acaso el indio era un lunático y la mujer su cuidadora? ¿O eran personas más o menos corrientes embarcadas en algún tipo de juego inofensivo? ¿Acaso habría estado observando a un psicópata asesino mientras se preparaba?, ¿a un francotirador que dentro de una semana, un mes o un año compraría un rifle de verdad y dispararía a gente de verdad hasta que él mismo fuera abatido? Y ¿qué es lo que había sucedido al final? ¿Se trataba de parte de la farsa o había ocurrido algo que no tenía nada que ver, algo imprevisto?

Todas esas preguntas carecían de respuesta. Lo único que podía hacer era ver qué más le mostraban los binoculares.

Planeó su siguiente movimiento con gran cuidado. Era crucial que los prismáticos estuvieran apoyados en un sitio firme. La mesa del comedor era demasiado inestable como para arriesgarse a colocarlos ahí de nuevo, así que en su lugar decidió utilizar la mesita baja de café.

Sin embargo, seguían sin funcionar. Los sacudió, pero no oyó el ruidito de la pieza suelta. Era como uno de esos juegos en los que tienes que conseguir meter una bolita metálica en un determinado agujero, aunque en esta ocasión tenía que hacerlo sin ver ni la bola ni el agujero.

Media hora más tarde todavía no había logrado nada, así que los dejó, se fumó un cigarrillo y se bebió una cerveza, y luego los volvió a menear. Oyó cómo la pieza encajaba firmemente en su lugar y los dejó con todo cuidado encima de una silla.

Estaba sudando por el esfuerzo, así que se desnudó de cintura para arriba y a continuación se agachó para mirar por los oculares. Ajustó la rueda de enfoque con exquisita delicadeza y su visión hizo zoom a través de la calle y del muro exterior del Chauvin Arms.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Estaba viendo el interior de un gran salón formal decorado con tonalidades blancas, azules y doradas. Dos atractivos jóvenes estaban sentados en un delicado sofá, un hombre y una mujer, ambos con trajes de época. La mujer lucía un vestido voluminoso con un generoso escote sobre sus menudos y torneados pechos. El pelo lo llevaba recogido en una masa de tirabuzones. El hombre iba ataviado con una levita negra, pantalones por la rodilla de un *beige* grisáceo, unas finas medias blancas y una camisa también blanca con puntillas bordadas. Y llevaba el pelo empolvado.

La muchacha estaba riéndose de algo que él había dicho. Él se inclinó hacia ella y la besó. Ella se quedó turbada unos instantes y luego le rodeó el cuello con los brazos.

El abrazo se vio interrumpido repentinamente porque tres hombres irrumpieron en la sala. Iban totalmente vestidos de negro, llevaban la cabeza embutida en medias también negras y esgrimían espadas. Detrás de ellos había un cuarto hombre, pero Eddie no alcanzaba a distinguirlo con claridad.

El joven se levantó como movido por un resorte y cogió una espada de la pared. Entabló combate con los tres hombres, dando vueltas alrededor del sofá en el que la muchacha permanecía sentada, paralizada por el terror.

Un cuarto hombre se adentró en su campo de visión. Era alto e iba vestido chabacanamente. En los dedos lucía aparatosas sortijas con piedras y, en el cuello, un colgante con un diamante. Llevaba una peluca blanca. Al verlo, la muchacha dejó escapar un grito ahogado.

El joven dejó a uno de sus contrincantes fuera de combate de una estocada en el hombro y a continuación saltó ágilmente por encima del sofá para evitar que otro de los hombres se colocara a su espalda. Mantuvo a sus dos rivales a raya con aparente facilidad, y el cuarto sujeto les observó unos instantes antes de lanzar una daga que había sacado del chaleco, que golpeó al joven en la frente por el lado del mango.

El muchacho retrocedió tambaleándose y uno de los dos hombres se abalanzó sobre él. Le clavó el acero en el pecho; la hoja se dobló, pero luego volvió a enderezarse cuando se deslizó por entre las costillas. El joven la contempló unos instantes antes de desplomarse, con la sangre empapando su camisa blanca.

La chica se desmayó. El cuarto individuo dijo algo, y uno de los personajes con medias en la cabeza la cogió en brazos mientras el otro ayudaba a su compañero herido. Entonces se marcharon, dejando al joven despatarrado y desangrándose sobre el pulido suelo de parqué.

Eddie giró los prismáticos para intentar seguirlos. La pieza suelta sonó y los binoculares dejaron de funcionar.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Eddie contempló pensativamente la lata de sopa que estaba calentando, reflexionando sobre lo que había visto. Tenía que tratarse del ensayo de una escena de alguna obra de teatro… Sin embargo, la estocada había parecido real, y el joven del suelo daba la impresión de estar malherido, tal vez incluso muerto.

Fuera lo que fuera, había tenido el privilegio de ser testigo de una de esas rarezas privadas de la vida de la gente. Había contemplado otra de esas cosas incomprensibles que hacen las personas.

Esto, el saber que podía ver cosas que nadie más podía ver, le hizo sentir una embriagadora sensación de endiosamiento.

Lo único que le hizo mantener la sobriedad fue lo extremadamente incierto del futuro de esas visiones. Los prismáticos estaban rotos, una pieza fundamental estaba suelta y en cualquier momento todas esas maravillas podrían acabarse para siempre.

Se le pasó por la cabeza la posibilidad de llevarlos a arreglar a algún sitio, pero sabía que lo más probable es que lo único que consiguiera fuese que le devolvieran un par de prismáticos negros de lo más vulgar, que le permitirían ver estupendamente las cosas vulgares, pero con los que no podría esperar ver episodios extraños y ocultos al otro lado de muros sólidos.

Volvió a mirar sin ver nada, así que empezó a sacudirlos y a toquetearlos. Oía cómo la pieza suelta rodaba y se movía de aquí para allá, pero seguía sin verse. Continuó manipulándolos, ansioso por contemplar la siguiente maravilla.

Y entonces la pieza encajó de pronto en su sitio. Para ir sobre seguro, los colocó en el suelo alfombrado. Se tumbó detrás, ladeó la cabeza e intentó mirar por uno de los oculares, pero no tenía el ángulo adecuado y no veía nada.

Empezó a levantarlos con cuidado, pero la pieza se movió ligeramente así que los volvió a dejar con suavidad sobre el suelo. La luz todavía atravesaba las lentes, pero por mucho que giró y torció la cabeza no consiguió alinearse con el ocular.

Reflexionó unos instantes y solo se le ocurrió una forma de salir del paso. Se incorporó, se colocó a horcajadas sobre los binoculares y se agachó con la cabeza hacia abajo. Ahora sí que veía por los oculares, pero era incapaz de mantener la postura. Se enderezó y le dio una nueva pensada al asunto.

Entonces cayó en la cuenta de lo que tenía que hacer. Se quitó los zapatos, volvió a colocarse a horcajadas sobre los prismáticos e hizo el pino. Tras varios intentos consiguió que su cabeza quedara alineada correctamente delante de los oculares. Apoyó los pies en la pared y se las apañó para mantener una posición estable.

Estaba viendo un amplio despacho interior en algún lugar del Chauvin Arms. Se trataba de una moderna pieza amueblada sin reparar en gastos, con iluminación indirecta y sin ventanas.

Tan solo había un hombre en el cuarto: un corpulento individuo bien vestido de cincuenta y pico

años, sentado detrás de un escritorio de madera clara. Estaba inmóvil, a todas luces perdido en sus pensamientos.

Eddie alcanzaba a distinguir hasta el último detalle del cuarto, incluso la pequeña placa de caoba que había sobre la mesa y que decía: «Despacho del director. Yo cargo con la responsabilidad».

El director se levantó y se dirigió hacia una caja fuerte empotrada oculta detrás de un cuadro. La abrió y de su interior sacó un contenedor metálico algo más grande que una caja de zapatos. Lo llevó hasta su escritorio, cogió una llave que tenía en el bolsillo y lo abrió.

Levantó la tapa de la caja y sacó un objeto envuelto en un trozo de sedosa tela roja. Retiró la tela y colocó el objeto sobre el escritorio. Eddie vio que se trataba de una estatuilla que representaba un mono, tallada en lo que parecía una oscura piedra volcánica.

Sin embargo, era un mono de lo más extraño, ya que tenía cuatro brazos y seis piernas.

Entonces el director sacó una larga varita de un cajón de la mesa, la colocó en el regazo de la figura y la prendió con un mechero.

El humo empezó a ascender formando unas untuosas volutas negras, y el director se lanzó a danzar alrededor del simio. Movía la boca, por lo que Eddie se imaginó que estaría cantando o entonando algo.

Continuó así durante unos cinco minutos, y después el humo empezó a arremolinarse y a adoptar una forma que no tardó en corresponder a una réplica del mono, aunque aumentada hasta el tamaño de un hombre, una figura ominosa hecha a base de humo y hechizos.

El demonio de humo (tal como Eddie lo había bautizado) tenía un paquete en una de sus cuatro manos. Se lo alargó al director, el cual lo cogió y, tras hacer una profunda reverencia, se apresuró a volver a su escritorio. Rasgó el envoltorio y un montón de papeles se derramaron sobre la mesa. Eddie entrevió fajos de billetes y una pila de papeles impresos que parecían títulos de acciones.

El director se apartó de los papeles, volvió a dedicar otra gran reverencia al demonio de humo y luego le habló. La boca de la humeante figura se movió y el director le respondió. Daban la impresión de estar discutiendo.

Entonces el director se encogió de hombros y, tras otra reverencia, se acercó al interfono y apretó un botón.

Una atractiva joven entró en el despacho con una libreta de taquigrafía y un lápiz. Vio al demonio de humo y su boca se abrió para dejar escapar un grito. Luego corrió hacia la puerta pero no pudo abrirla.

Se giró y vio al demonio de humo flotando hacia ella, envolviéndola.

Mientras tanto, el director estaba contando los montones de dinero, haciendo caso omiso a lo que sucedía, aunque en un momento dado tuvo que levantar la vista cuando de la cabeza del demonio de

humo brotó una brillante luz, y los cuatro hirsutos brazos atrajeron hacia sí a la mujer que seguía debatiéndose débilmente… En ese momento, los músculos del cuello de Eddie fueron incapaces de continuar sosteniéndole durante más tiempo: Eddie se derrumbó y empujó los prismáticos en su caída.

Oyó el traqueteo de la pieza suelta y luego un fuerte clic, como si hubiera encajado en su posición definitiva.

Eddie se levantó y se masajeó el cuello con ambas manos. ¿Había sufrido una alucinación o había presenciado algo mágico y secreto posiblemente solo conocido por unos pocos que lo utilizaban para mantener su posición financiera? ¿Era otra más de esas cosas increíbles que la gente hace a escondidas…?

No conocía la respuesta, pero sabía que tenía que ser testigo de al menos una más de esas visiones. Volvió a hacer el pino y miró por los prismáticos.

¡Sí!, ¡se veía! Estaba viendo una habitación sórdidamente amueblada. En el interior había un hombre en la treintena, delgado aunque con barriga, y desnudo de cintura para arriba, que estaba haciendo el pino con los pies sin zapatos apoyados en un tabique, y que miraba cabeza abajo por un par de binoculares colocados en el suelo y enfocados hacia una pared.

Tardó unos instantes en percatarse de que los prismáticos le estaban mostrando su propia imagen.

Se sentó en el suelo sintiéndose repentinamente asustado: se acababa de dar cuenta de que él no era sino otro comediante más en el gran circo de la humanidad, que acababa de representar uno de sus números, exactamente igual que los otros. Pero ¿quién estaba mirando?, ¿quién era el verdadero observador?

Le dio la vuelta a los prismáticos y miró por las lentes frontales. Vio un par de ojos y pensó que eran los suyos… hasta que uno de ellos le dirigió un parsimonioso guiño.

Copyright © 1978 Robert Sheckley

## La llave del gabinete de la noche

Jeff Noon

### Presentación

Jeff Noon espero que tampoco necesite presentación, ya que en *Cuentos para Algernon: Año II* ya se incluyó uno de sus relatos, *Destino cero*. Sin embargo, como se trataba de un cuento bastante corto y además la obra de Jeff es muy variada, he considerado que podía resultar interesante ofrecer otra muestra de su ficción breve, como demostración de que estamos ante un escritor francamente versátil, a pesar de que entre nosotros sea conocido casi exclusivamente por dos de sus novelas del ciclo de Vurt.

*La llave del gabinete de la noche* (*The Cabinet of Night Unlocked*) está incluido en *Pixel Juice*, antología publicada en 1998 que incluye la mayor parte de la obra breve de este autor. Tal como Jeff explica aquí, se trata de uno de los cuentos de los que más satisfecho se siente, un cuento al que decidió dotar de un estilo descaradamente borgiano y que prácticamente escribió sin esfuerzo en un día.

Y poco más, tan solo agradecer de nuevo a Jeff su generosidad y amabilidad, ya que desde un principio se mostró totalmente receptivo ante mi petición de que fueran más de uno los cuentos que pudiera cederme para publicar aquí, y además me dio total libertad para elegir aquellos que más me habían gustado. Así que, *thanks again, Jeff!*

## La llave del gabinete de la noche

**Jeff Noon**

Ahora que la existencia del método Olmstaff es de dominio público, puede que ya sea el momento de ofrecer una breve historia del mismo. El hecho de que la ejecución del propio método sea en estos momentos ilegal, y que incluso una descripción del ritual en sí sea una infracción punible, solo debería servir para reafirmarnos en nuestra convicción de que debemos reflexionar sobre los problemas morales que ha puesto en evidencia.

Del hermano August Olmstaff no es necesario decir gran cosa aparte de lo que se cuenta en la biografía estándar que el profesor T. P. Lechner incluyó en su hoy en día célebre, aunque prácticamente inencontrable, *La herida sagrada* (Cargo Press, 1967), en la que se esbozan brevemente los siguientes hechos: Olmstaff nació en el seno de una familia de campesinos humildes de Lancashire (Inglaterra), en 1455, el último y más débil de nueve hermanos; mudo de nacimiento, su padre lo obligó a la temprana edad de siete años a unirse a la Orden de los Nazarenos, una cofradía local que profesaba el voto de silencio. Igual que sucedió con otros muchos de los que se incorporaron a la vida monástica en aquella época, la ulterior historia de Olmstaff se perdió en esas cámaras secretas invadidas por el polvo y el pausado repicar de las campanas. El profesor Lechner sitúa su muerte en el año 1487, lo que no concuerda con otros trabajos más recientes, según los cuales hay pruebas de que Olmstaff habría vivido al menos incluso hasta 1524. A modo de inciso, invito a todo aquel que pueda estar interesado en este asunto a que lea «El reloj de sol cegado», escrito por mí e incluido en *Artículos sobre Filosofía Moral* (abril 1995), donde se ofrece un análisis detallado del «problema biográfico». Aquí nos

limitaremos a señalar que a Lechner le convenía adjudicar a Olmstaff una muerte temprana y poner de relieve el (supuesto) extraño estado en que se encontraba el cadáver.

De los tres manuscritos que existen atribuidos al puño y letra del hermano Olmstaff, los dos primeros se pueden pasar por alto, al tratarse tan solo de una sencilla copia de la *República,* de Platón, y de otra, bellamente iluminada, del *Compendio cronólogo de la vida de ciertos insectos,* de Egberg. Que resulte evidente que la filosofía de Platón le interesaba al monje menos que el ciclo de vida del tábano es un hecho que les ha resultado de interés a algunos estudiosos.

Sin embargo, el mundo no empezó a prestar verdadera atención al misterioso «monje mudo de Barnstrop» hasta el descubrimiento en 1959 del tercer manuscrito. Todavía no se conoce con todo detalle la ruta que siguió este texto en latín en su camino desde un minúsculo pueblecillo de Lancashire hasta una olvidada biblioteca en una casa de Dusseldorf, donde fue encontrado por el anticuario *sir* John Bosley, que publicó su traducción al inglés en 1962, año de su muerte. La coincidencia de las fechas del fallecimiento y de la traducción no es algo que haya sido pasado por alto.

John Bosley tituló su traducción *La llave del gabinete de la noche*, una versión bastante poética del original en latín de Olmstaff. A pesar de lo cual, y dada la naturaleza extremadamente académica del mismo, su trabajo tan solo atrajo el interés de otros eruditos como él. El público general no dio rienda suelta a su imaginación hasta que más adelante Lechner puso el manuscrito en el candelero.

A pesar de que en los ambientes académicos nos desagrade la frívola popularización del profesor Lechner, a lo que se suma la desconfianza producto de su decadente estilo de vida (es bien sabido que consumía drogas, se relacionaba con Timothy Leary y era un defensor de las fiestas lisérgicas de este), hay que reconocer que, de no haber sido por su muerte, el método Olmstaff (tal como pasó a ser conocido) continuaría sumido en la oscuridad.

Son muchos los que aseguran haber sido testigos de la aparición de Lechner en público en 1974 durante la que ejecutó el ritual Olmstaff; aunque solo pueden ser unos pocos los que realmente estuvieron allí. Y lo que vieron afectó profundamente a todos los presentes.

Decir que tuve la «suerte» de estar entre ese público es forzar en exceso el significado de esta palabra. Por aquel entonces, yo estaba embarcado en un breve *tour* por las universidades estadounidenses promocionando mi segundo libro, *Moralidad y muerte en la edad de la destrucción masiva,* y me encontré compartiendo estrado con el carismático profesor. No conocía su trabajo, pero enseguida nos vimos en el mismo bando y enfrentados al resto del panel. La postura que compartíamos era que ante la invención y proliferación de las armas nucleares había que hacer del suicidio una opción legítima. Uno de nuestros oponentes era un obispo de la Iglesia Católica Romana, así que pueden imaginarse la ferocidad de la polémica. El obispo (cuyo nombre me abstendré de mencionar) había leído *La herida sagrada*, y se estaba burlando de las heréticas afirmaciones que Lechner realizaba en su libro. Y que este dijera que la obra era un texto religioso «escrito por un hermano de vuestra mismísima iglesia» lógicamente tocó la fibra sensible del obispo, el cual le exigió (seguro que para su eterna vergüenza)

que hiciera una demostración de «¡el sacramento del Diablo!».

Lechner se quedó entonces en silencio durante unos instantes, como si estuviera reuniendo fuerzas, y luego le dijo al obispo que se tardaba aproximadamente quince minutos en consumar el ritual, y que no quería aburrir al público tanto tiempo. Sin embargo, el obispo insistió y sondeó la opinión de los presentes. El resultado fue ajustado, y perfectamente podría haber ocurrido que mi propia mano alzada hubiera sido la que inclinó la balanza. Quién sabe…

«Entonces, de acuerdo», accedió el profesor Lechner bastante tranquilo.

Lechner cerró los ojos y empezó a farfullar frases en latín para sí mismo. Me separaban de él dos personas, tan solo alcanzaba a pillar palabras sueltas y mi latín de por aquel entonces no tenía nada que ver con el de ahora. De tanto en tanto, levantaba los brazos y dibujaba unos complicados trazos en el aire. En un momento dado, tal vez transcurridos unos cinco minutos, se llevó la mano izquierda al corazón; poco después golpeó el suelo con el pie derecho. Todos estos ademanes estuvieron acompañados en todo momento por el texto susurrado en latín. Al principio, el público se rió, pero pronto empezó a aburrirse. Y al único al que se oía era al obispo resoplando.

Yo había mirado de reojo mi reloj de bolsillo cuando el profesor había comenzado el ritual, y cuando hubieron transcurrido trece minutos empecé a notarme bastante tenso. Incluso el obispo se sumió en el silencio durante el último minuto. A alguien entre el público se le cayó un cuaderno, y el ruido reverberó por la sala haciéndome pegar un bote en mi asiento. Pero pasaron quince minutos y Lechner continuaba con sus recitaciones para sí mismo, así que empecé a respirar de nuevo e incluso me permití esbozar una ligera sonrisa, sobre todo cuando Lechner por fin abrió los ojos y me sonrió a su vez.

El obispo soltó la que iba a ser su última carcajada e hizo un comentario despectivo.

Lechner cerró los ojos y dejó caer la cabeza suavemente hacia un hombro y luego hacia el pecho. Se lo veía bastante relajado, y las personas del público ya habían empezado a hablar entre ellas en voz alta. Algunos de los estudiantes más alborotadores incluso estaban lanzando abucheos y exigiendo que se les devolviera el dinero.

El obispo se había levantado de su asiento y estaba dando palmaditas a Lechner en la espalda, llamándolo mentiroso e incluso falso profeta. El profesor se fue venciendo hacia delante bajo la fuerza de los golpes, y su cabeza terminó apoyada sobre el atril. El vaso de agua que empujó con la frente rodó hasta caer al suelo, donde se hizo añicos.

En el auditorio volvió a reinar el silencio, incluso más profundo que el de momentos antes.

Alguien rió, pero se calló cuando el obispo levantó la cabeza de Lechner de la mesa. Tenía los ojos cerrados, los labios todavía agarrotados en esa beatífica sonrisa. Por supuesto que yo, al igual que el obispo, sospeché que se trataba de alguna broma que no conducía a nada, o que tal vez se había sumido en un letargo inducido por drogas. Me acerqué a él para echarle en cara que desacreditara

nuestra posición, pero mis palabras no consiguieron despertarlo. Empecé a sacudirlo enérgicamente, aunque todo fue en vano.

Pedí que llamaran a una ambulancia de inmediato, y mis palabras provocaron cierta conmoción entre los presentes. Un puñado de estudiantes se dirigieron hacia el estrado, otros se apresuraron a abandonar la sala; la inmensa mayoría no se movió de su asiento, como reproduciendo el destino de Lechner.

Para entonces, el obispo ya se había apartado ligeramente y se estaba santiguando, como temeroso ante lo que se avecinaba.

A lo mejor ya estaba pensando en su propia culpabilidad.

Los medios de comunicación tardaron en hacerse eco de la historia, y esa tregua me permitió localizar un ejemplar de la obra de Lechner, *La herida sagrada*, en una librería alternativa en Haight-Ashbury, el céntrico distrito de San Francisco. Y cuando la noticia finalmente se publicó en la prensa local tres días más tarde, yo todavía seguía bajo los efectos de la tremenda impresión que me había causado la muerte del profesor. Camino de vuelta a casa, pasé unos minutos de tensión en la aduana: me sentía como si estuviera introduciendo el libro en Gran Bretaña de manera ilegal.

La obra nunca se había publicado en mi país, ni nunca llegaría a publicarse. Aunque ni que decir tiene que un grupito de emprendedores sacó corriendo una edición pirata, que al parecer alcanzó un elevado precio en el mercado negro. Mi ejemplar era uno de los pocos editados legalmente.

Yo estaba decidido a enfrentarme a sus contenidos con la mente abierta, pero por algún motivo oculté el delgado volumen dentro mi muy querida primera edición de *De Humanis Corporis Fabrica*, de Vesalio. Allí estuvo durante otro par de semanas, sin ser leído, mientras la extraña historia del profesor estadounidense que se había «suicidado con palabras» era brevemente noticia. Los escasos detalles que se hicieron públicos se referían únicamente a la perplejidad manifestada por cierto doctor en relación con la causa concreta de la muerte de Lechner.

Tan solo cuando la historia fue cayendo en el olvido me atreví a examinar por mí mismo el ejemplar de *La herida sagrada*.

Era un libro breve, de noventa y nueve páginas, poco más que un panfleto autoeditado. Estaba dividido en cuatro secciones, siendo la más larga la introducción escrita por Lechner, que constaba de la anteriormente mencionada biografía del hermano Olmstaff, una concisa historia del método, una explicación pseudocientífica de la eficacia del mismo seguida de unas palabras exhortando a que fuera aceptado y, finalmente, un conjunto de directrices para la correcta ejecución del ritual.

Lechner había ido siguiendo la pista del método hasta sus orígenes: unos misteriosos textos prohibidos que se creía se habían perdido en el incendio que había destruido la biblioteca de Alejandría. Lo que no había conseguido explicar era cómo esos manuscritos originales habían llegado a manos de Olmstaff.

Las dos siguientes secciones del libro describían el método de Olmstaff propiamente: en primer lugar, las frases que se debían pronunciar; en segundo, los movimientos a realizar. Lechner había separado prudentemente ambos elementos para evitar que algún lector casual pudiera ejecutar el ritual íntegro de manera accidental. El profesor dejaba claro en sus directrices que ambos elementos, palabras y movimientos, resultaban totalmente seguros por separado; solo cuando se combinaban se activaban los procesos naturales del cuerpo.

No obstante lo cual, y tal como se podrán imaginar, leí ambas secciones con no poca inquietud.

La última parte del libro era una explicación de Lechner sobre el significado espiritual del método, que estaba profundamente en deuda con la interpretación de *El libro tibetano de los muertos* a la que había llegado Leary gracias al LSD. Posiblemente esta sea la sección menos interesante.

El terminar el libro «con vida», por así decirlo, incluso hizo nacer en mí un sentimiento de anticlímax.

Y, aunque decidí que lo que había presenciado aquella noche en San Francisco no había sido más que una de esas tristísimas coincidencias que tiene la vida, nada habría podido hacerme ejecutar el ritual de acuerdo a las instrucciones.

Durante unos cuantos años no se volvió a oír hablar del método Olmstaff, hasta que la doctora Elizabeth Cunningham publicó su artículo, «Sobre la autodestrucción del cuerpo», en *Revista de Alternativas* (septiembre 1985). En el mismo se ofrecía por primera vez una explicación médica validada del mismo.

El posterior arresto de la doctora Cunningham no debería suponer un impedimento para que sea admirada por su innovador y osado trabajo. En lenguaje de profanos: la doctora había descubierto en el bajo abdomen una pequeña glándula (que ahora lleva su nombre), cuya existencia ya se conocía previamente, aunque no se había conseguido averiguar cuál era su función. Ella la relacionó directamente con el método: la articulación de las frases combinada con los movimientos rituales activaba la glándula, que entonces, y solo entonces, secretaba una pequeña cantidad de veneno al flujo sanguíneo. Este veneno (el fluido de Lechner) vencía vertiginosa y bastante indoloramente las defensas del cuerpo. La muerte se producía durante los veinte segundos posteriores a la finalización de la ejecución del método Olmstaff.

Naturalmente, el trabajo de la doctora Cunningham resultó muy controvertido, y a ello contribuyó en gran medida el que hubiera utilizado cobayas humanos para sus experimentos, dos de los cuales habían fallecido durante el proceso. Ambos eran enfermos de cáncer terminales, víctimas voluntarias, y la doctora tenía documentos firmados que lo demostraban. Sin embargo, esto no impidió su arresto y posterior juicio acusada de cooperación al suicidio, de lo que fue declarada culpable. Recibió una sentencia de un mínimo de veinte años de prisión.

La causa de la doctora Cunningham fue apoyada por los grupos proeutanasia, que llevaron a cabo una vigorosa campaña a su favor, aunque con escasos resultados. La doctora fue hallada sin vida en

su celda el 1 de agosto de 1989, sin que se encontrara ninguna explicación para su fallecimiento. Su juicio y muerte volvieron a poner el método Olmstaff en la palestra de la opinión pública.

Este hecho no debería sorprendernos. El suicidio ha sido un fiel compañero de la humanidad en su lucha por el progreso. Antes de que el método saliera a la luz, se creía que en la psique humana existía un dispositivo de seguridad contra la autodestrucción: basta ver los patéticos intentos de cualquier individuo por contener la respiración el tiempo suficiente para ahogarse, o las violentas convulsiones que empujan de vuelta hacia la superficie del lago más tenebroso incluso al más desesperado.

El método Olmstaff nos permitía imponernos a las defensas de nuestro cuerpo, con la característica añadida de garantizar una muerte totalmente indolora. Está claro que este último hecho no puede ser demostrado de manera empírica, pero todos aquellos que han presenciado el ritual (incluido yo mismo) destacan la sonrisa beatífica y la postura relajada que acompañan los últimos momentos. Por citar la frase más famosa de Lechner: «Dios nos ha proporcionado un interruptor de apagado».

A pesar de que diecinueve estudios independientes han demostrado que el método es un proceso legítimo de la psicología humana, no se ha conseguido persuadir a ningún gobierno en todo el mundo de que sea legalizado o de que se permita la publicación de libros con sus instrucciones. El episodio de Dinamarca selló su destino, además de ser la prueba más aplastante hasta el momento de su efectividad universal.

Con anterioridad a este suceso, y salvo por algunos rumores sobre las supuestas «prácticas sexuales de adoración» del culto, nadie había prestado demasiada atención a los llamados Vástagos de la Iluminación Divina. Y cuando una gélida mañana de octubre de 1992 los doscientos siete miembros fueron hallados sin vida, incluso a los habitantes de Copenhague les pilló por sorpresa la radicalidad de las creencias del grupo.

Los cadáveres fueron analizados por las autoridades danesas en busca de drogas o de cualquier otro medio de autoinmolación. No me sorprendió lo más mínimo que no encontraran nada, y que el último y exultante comunicado del grupo hablara de «la otra vida que esperaba a todos los auténticos fieles al otro lado del portal de la Sagrada Herida».

Es de destacar que el método se puso en práctica en danés, un hecho que podemos analizar brevemente llegados a este punto. No debemos olvidar que el propio Lechner había oficiado el sacramento en latín, a pesar de que su propio libro proporcionaba las fórmulas en inglés ordinario. En la introducción de *La herida sagrada* señala que el ritual se puede llevar a cabo tanto en latín como en inglés, aunque él cree que las expresiones latinas son más puras, «más cercanas a la propia herida», utilizando sus propia palabras.

Por esa misma época, cayó en mis manos una edición de *La llave del gabinete de la noche,* de *sir* John Bosley. Aunque parezca mentira, y a pesar de llevar largo tiempo agotado, su publicación nunca ha estado prohibida ni en Gran Bretaña ni en ningún otro país, si bien es cierto que la obra de Bosley es

un estudio académico y que su traducción del latín abunda en dobles y triples sentidos, por lo que resulta de muy poca utilidad salvo para las mentes más retorcidas o desesperadas.

Es interesante comparar la versión de Bosley con la de Lechner, especialmente porque este último ha simplificado los pasajes más complicados, llegando a eliminar frases completas en su búsqueda de la forma más pura. Ambas versiones son eficaces, lo que nos lleva a pensar que la naturaleza exacta del texto es secundaria frente a la «autenticidad» del sacramento en su conjunto. Un margen de libertad similar sería admisible en los movimientos que lo acompañan, dándose el caso de que distintas culturas han llegado a variaciones propias ligeramente diferentes.

A lo largo de los años se han realizado cientos de traducciones ilegales, y todas ellas activan con éxito la glándula de Cunningham. Una curiosa excepción la constituye el lenguaje pictográfico de las islas K'dhall de Nueva Guinea, donde el método no funciona. Las investigaciones sobre los posibles motivos continúan en la actualidad.

Que el método se popularizara hasta tal extremo no es algo que deba extrañarnos. A medida que se fue haciendo más conocido, el índice de suicidios se incrementó de forma considerable, y los corredores de la muerte de todo el mundo no fueron una excepción. A los que padecen dolorosas enfermedades incurables les resulta bastante sencillo encontrar un médico que les enseñe las palabras y movimientos correctos, ya sea por un precio o por motivos de conciencia. También abundan otros rumores extraños. Por ejemplo, que Lechner había asegurado que el Vaticano guardaba otros manuscritos similares en sus sótanos, y que ese hecho se había ocultado durante siglos con objeto de preservar el modo de morir cristiano. Que algunas sectas guerreras conocían el método ya por el siglo X y lo utilizaban para garantizar que los soldados capturados se pudieran suicidar y evitar morir torturados. Se rumorea que el ejército estadounidense lo empleó en la guerra de Vietnam. También podría haber algo de cierto en que hubo quien se valió de él para en cierta manera escapar de los campos de concentración nazis. Y un famoso texto herético, tal vez inexistente, podría contener la prueba de que Jesús, el Hijo de Dios, recurrió a él en sus últimos momentos antes de morir en la cruz.

Mi propia obsesión por el método Olmstaff está espoleada por mi interés profesional por la moralidad del suicidio y por el hecho de que estuve presente durante la primera ejecución conocida del ritual. Gracias a estas dos no del todo despreciables armas, y tras una larga batalla burocrática, se me autorizó a examinar brevemente el ejemplar original de *La llave del gabinete de la noche*.

En su última voluntad y testamento, *sir* John Bosley había legado el manuscrito de Olmstaff al Museo Británico, donde según sus instrucciones debía ser guardado bajo llave en la cámara de volúmenes raros, a la que fui acompañado una lúgubre tarde de diciembre del año pasado. Tan solo se me iba a permitir pasar una hora con el texto y el vigilante iba a estar conmigo en todo momento, aunque no sabría decir si su misión era proteger el manuscrito o proteger al lector.

Aquella fue una hora de lo más extraña… El manuscrito se guardaba en una vitrina de cristal y estaba abierto por la página donde comenzaba el texto del sacramento. La caligrafía y la iluminación eran de

altísima calidad, mucho mejores que las de los otros trabajos de Olmstaff. Los colores eran tan vivos que casi sentí como si se despegaran del pergamino y se alzaran hacia mí. Era, literalmente, un placer para la vista.

Yo había aprendido algo más de latín desde mi primer (y último) encuentro con el profesor Lechner e hice todo lo que pude por descifrar el significado de la obra. No me refiero al mensaje textual descubierto por *sir* John Bosley, ni a las alocadas extrapolaciones engendradas por Lechner; lo que estaba buscando más bien era el mensaje verdaderamente oculto. El mecanismo —la magia, si lo prefieren— que permitía que un puñado de palabras, que unos signos sobre el papel, afectaran al cuerpo humano de manera tan drástica. Y como no podía ser de otro modo, mientras leía era en todo momento consciente de que Bosley, Lechner, Cunningham, y es posible que también Olmstaff, habían utilizado el método. Todos habían muerto ateniéndose al libro.

Abandoné el museo temprano, doce minutos antes de que transcurriera el tiempo que me habían asignado, y la contaminada lluvia de Londres mojándome la cara nunca me había resultado tan agradable como en aquel momento…

Como colofón a esta breve crónica voy a describir mis propios experimentos con el método. Mi principal preocupación es establecer los límites exactos de la eficacia del ritual. Por ejemplo, mediante el sencillo sistema de ejecutarlos yo mismo, he llegado a idéntica conclusión que Lechner en cuanto a que palabras y movimientos son del todo inocuos si se emplean por separado. Todos estos ensayos los he realizado siguiendo sus instrucciones de manera precisa.

Durante estos últimos meses me he dedicado a ejecutar los movimientos al mismo tiempo que decía las frases, pero ajustándolos a distintas combinaciones; por ejemplo, articulando las palabras en orden inverso, o trazando la imagen especular de los movimientos. Ninguna de estas variaciones ha tenido efecto alguno sobre mi cuerpo.

En estos momentos estoy en pleno proceso de poner en práctica el método en el orden correcto, pero deteniéndome en distintos puntos para determinar los efectos acumulativos. De mis experimentos puedo concluir que los diez primeros minutos del sacramento no provocan ni el más mínimo efecto. Solo en el minuto undécimo empieza a notarse una cierta sensación de aturdimiento, que no resulta desagradable. En el minuto decimotercero dicha sensación es reemplazada por un miedo momentáneo, que o bien puede tratarse de un síntoma físico del método o bien de una emoción legítima provocada por la proximidad de la muerte. El minuto decimocuarto pasa sin casi darse uno cuenta.

Cuando se abordan los últimos pasajes del método Olmstaff, una honda sensación de expectación y anhelo se apodera de todo el cuerpo, como si este estuviera ansioso por completar de inmediato el ritual para así poder adentrarse jubilosamente en los dominios de la oscuridad.

He necesitado de todo mi autocontrol para conseguir posponer la ejecución del último paso. Nunca creí que se pudiera sentir una desesperación como la que provoca la brusca caída desde tales alturas.

Solo me queda una única palabra por decir, un único movimiento por realizar.

La palabra es «circunferencia». El movimiento, juntar suavemente el pulgar y el dedo corazón derechos para formar un pequeño círculo de carne.

Así.

Copyright © 1998 Jeff Noon

# Ulder

Vajra Chandrasekera

## Presentación

Vajra Chandrasekera es un escritor de Colombo (Sri Lanka), cuyo primer relato apareció en 2013 en la revista *Clarkesworld*. Desde entonces ha publicado alrededor de una docena de cuentos y un puñado de poemas en destacadas antologías y revistas del género y, aunque esta es su primera traducción al español, varias de sus obras ya se han traducido al italiano, francés y holandés.

*Ulder* (*Ulder*) es un relato muy breve que se publicó por primera vez en la revista *Daily Science Fiction*, y que posteriormente se incluyó en formato *podcast* en *Glittership*. Un cuento que me resultó impactante porque con menos de mil palabras consigue crear una poderosa sensación de inquietud, y contar y sugerir mucho más que otras obras bastante más extensas. Así que no dejéis escapar esta oportunidad, porque en solo unos minutos podéis descubrir a un prometedor escritor y además averiguar qué es eso de «ulder».

Y ya por último, vaya mi agradecimiento para Vajra, por darme la oportunidad de compartir con todos vosotros su fascinante relato, y también por todas sus aclaraciones, gracias a las que espero que esta traducción haya conseguido reflejar todos los matices y la intensidad del texto original. *Thanks a million, Vajra!*

## Ulder

### Vajra Chandrasekera

—Ulder —dijo el hombre del sombrero, inclinándose hacia mí, sin apenas mover los labios.

Su mirada saltaba de un pasajero a otro, como si alguien más en el tren fuera a oírle a través de los tapones profilácticos. Nosotros dos éramos los únicos con los oídos expeditos.

—¿Cómo? —dije en voz demasiado alta.

El hombre del sombrero se apartó, los labios apretados, la barba erizándosele. No volvió a mirarme.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

En la estación, los soldados se llevaron al hombre del sombrero. Observé por el rabillo del ojo cómo se alejaban; el sombrero se le había caído cuando lo habían derribado, y su cabello estaba despeinado por la escaramuza. No vi el sombrero por ninguna parte, aunque claro, el andén estaba atestado de gente. Me lo imaginé aplastado y pisoteado en medio de la aglomeración.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Esa noche en la cama le mencioné la palabra a Kirill, que se puso tenso y quiso saber dónde la había oído.

—¿No te explicó su significado? —me preguntó él cuando le conté la historia.

—¿Cuál es? ¿Tú lo sabes?

Kirill se lo pensó tanto que le di un codazo para comprobar si se había quedado dormido.

—Ya sabes cómo detesto que me ocultes cosas —dije.

—Déjate de dramatismos.

Y entonces me explicó el significado de la palabra.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Hasta varios días después no se me ocurrió preguntarle cómo se había enterado de lo de la palabra. Esos días me sentí ofuscado, inerme, renacido. El viento parecía más frío. Empecé a dejarme crecer la barba. Sentía frágiles los largos huesos de las espinillas, como si estuviera febril. Y la palabra, la palabra resonaba en mi interior, haciendo brotar ecos como hongos en la oscuridad.

«Ulder», me decía sentado en mi mesa, mientras trabajaba y escribía; pero solo en mi cabeza, para que los demás en la oficina no me oyeran. Aunque mi preocupación era superflua, puesto que todos llevaban profilácticos.

«Ulder», me decía cuando veía uniformes en la calle, soldados arrestando a alguien.

(«Desapareciéndolos —había dicho Kirill en una ocasión al poco de conocernos—. Arrestándolos, no, desapareciéndolos». Y yo solo había pensado, «Un hombre libre y hermoso…». Pero si por aquel entonces hubiera conocido la palabra, tampoco hubiese pensado «ulder», porque Kirill nunca lo fue.)

«Ulder», susurraba cuando por la tarde, camino de la estación, oía los himnos religiosos que emitían los altavoces de sonido metálico. Yo, que antes solía ir siguiendo las oraciones, recitándolas entre dientes, por la costumbre, sin fijarme en mi camino.

«Ulder, ulder, ulder.»

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

La dije en voz bien alta la siguiente vez que Kirill y yo nos acostamos juntos. La primera vez en casi una semana, porque no podíamos permitirnos que nos vieran juntos con demasiada frecuencia. Fue decirla y Kirill se apartó de mí. Se levantó de la cama y encendió uno de sus cigarrillos de contrabando.

—Y ahora ¿quién es el que está siendo melodramático? —dije.

Lo de los cigarrillos le encajaba perfectamente. En eso consistía tanto el alcance como la naturaleza de su rebelión: elegante, superficial, traviesa, fragante, carcinógena.

—Me temía que ibas a reaccionar así —replicó—. Hay gente que es inmune a las enfermedades de transmisión memética, pero tú…

—Las ETM no existen —aseguré—. Ya te lo he dicho, no son más que propaganda del estado para desacreditar las ideologías que reprueba. Ulder…

—A mí no me la digas —me espetó él, presa de la tos y de su risa amarga y alquitranada—. ¿Qué sabrás tú de esto? Si fui yo quien te lo conté…

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

No quiero hablar de la pelea. No es así como quiero recordarlo. Pero gritamos mucho y supongo que alguien debió de oírnos.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Unos días después quise hacer las paces, así que acudí a la tetería donde acostumbrábamos a reunirnos después del trabajo, aunque, cuando estaba llegando, por el jaleo ya supe que pasaba algo. Al principio no reconocí los andares de Kirill, aprisionado entre los soldados que lo sacaban del edificio para meterlo en la camioneta que estaba esperándolos. Solo me di cuenta de que era él cuando oí su risa, amarga como el alquitrán.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Sin saber qué hacer, cogí el tren para volver a casa. Estaba abarrotado, como siempre, y me aferré al asidero igual que un hombre ahogándose. Y cuando me fijé en la joven, la única persona en el vagón aparte de mí que no llevaba tapones, fui incapaz de contenerme.

Sabía lo que sucedería, que no pasaría inadvertido, que me estaríais esperando en el andén con las porras.

Pero durante un instante vislumbré esa receptividad, ese algo frágil y quebrantado que siempre había visto en el espejo, pero que nunca había reconocido hasta oír la palabra, y, aunque sabía que ni ella lo entendería ni yo se lo podría explicar, me incliné y dije, «Ulder», la palabra desnuda y brillante, febril en mi boca.

Copyright © 2014 Vajra Chandrasekera

## Las abejas

Dan Chaon

### Presentación

Dan Chaon es un autor al que muchos de vosotros conoceréis, puesto que su impactante *Pequeña América* se publicó en **Cuentos para Algernon** durante el segundo año de vida del blog. Y vaya nuestra

enhorabuena para Dan, ya que este cuento fue el ganador de nuestra segunda encuesta anual en la categoría de "Relato favorito", algo que resulta especialmente meritorio dado que no estaba incluido en la antología anual.

*Las abejas* (*The bees*) se publicó por primera vez en 2003 en *McSweeney's Mammoth Treasury of Thrilling Tales*, antología editada por Michael Chabon, que contaba con relatos de escritores de primera categoría (desde Dave Eggers o Jim Shepard hasta Stephen King o Harlan Ellison, pasando por Kelly Link o el propio Chabon), y en la que cabían todos los géneros (aventuras, ciencia ficción, *thriller*…) siempre que fueran obras emocionantes, que consiguieran que al lector se le acelerara el pulso o que le recorriera un escalofrío. Meses después, *Las abejas* fue incluido en dos antologías de la mejor ficción breve del año: *The Best American Short Stories 2003* (editada por Walter Mosley y Katrina Kennison, con los mejores relatos de literatura generalista de 2003) y *The Year's Best Fantasy & Horror 2004* (esta sí centrada en cuentos de fantasía y terror, y editada por Ellen Datlow, Gavin J. Grant y Kelly Link). Posteriormente también ha aparecido en *Poe's Children: The New Horror*, antología editada por Peter Straub, que incluye relatos que siguen la estela de la obra de Poe, y en *Stay Awake*, la última colección de cuentos de Dan publicada en 2012. Como podéis comprobar, todo un currículum el de esta obra.

Y, para finalizar, en esta ocasión quiero dar las gracias en primer lugar a la editorial Random House Mondadori, que ha sido quien me ha autorizado a publicar este relato aquí. Y, también, por supuesto, al propio autor, por lo receptivo que se ha mostrado en todo momento ante mis propuestas, por el apoyo que me ha prestado para las gestiones que he tenido que realizar en este caso, y por la amabilidad de la que siempre ha hecho gala. Así que, *once again, thanks a million, Dan!*

## Las abejas

### Dan Chaon

El hijo de Gene, Frankie, se despierta gritando. Un hecho que se ha convertido en algo habitual; dos o tres veces por semana, cada vez a una hora distinta: a medianoche, a las tres de la madrugada, a las cinco… Un aullido agudo y vacío que arranca a Gene de la inconsciencia igual que unos dientes afilados. Es el sonido más horrible que alcanza a imaginar, el sonido de un niño pequeño muriendo de manera violenta: cayendo desde un edificio, atrapado por una máquina que le está cercenando un brazo, o siendo destrozado por una fiera. Da igual cuántas veces lo oiga: siempre se despierta sobresaltado y con todas esas imágenes rondándole por la cabeza, y siempre corre, y al irrumpir en la habitación de Frankie se lo encuentra sentado en la cama, los ojos cerrados, la boca abierta formando un óvalo como si estuviera cantando un villancico. Si le hicieran una fotografía, parecería estar inmerso en una especie de tranquilo trance, como si estuviese esperando que le dieran una cucharada de helado en lugar de estar emitiendo ese espantoso sonido.

«¡Frankie!», grita Gene, y da una fuerte palmada delante de la cara del niño. Lo de la palmada funciona. Siempre consigue que el alarido se interrumpa bruscamente y que Frankie abra los ojos y mire parpadeando a Gene, con una vaga consciencia, para a continuación recostarse de nuevo en la almohada y, tras acurrucarse unos instantes, quedarse inmóvil. Está profundamente dormido, siempre está profundamente dormido, no obstante lo cual, e incluso tras todos estos meses, Gene no puede evitar continuar inclinándose para apoyar la oreja en el pecho del niño y asegurarse de que todavía respira, de que su corazón sigue latiendo. Como siempre ocurre.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

No consiguen dar con ninguna explicación. Por la mañana, Frankie no recuerda nada, y en las escasas ocasiones en las que han conseguido despertarlo en mitad de uno de sus ataques de gritos, simplemente se muestra somnoliento e irritable. Una noche, la esposa de Gene, Karen, lo sacudió sin parar hasta que finalmente abrió los ojos adormilado.

—Cielo —le dijo Karen—. Cielo, ¿tenías una pesadilla?

—No —respondió él tras gemir brevemente, desconcertado y molesto porque lo habían despertado; eso fue todo.

No logran identificar unas características comunes. Puede suceder cualquier día de la semana, en cualquier momento de la noche. No parece tener relación con la dieta ni con sus actividades diurnas y, que ellos sepan, tampoco tiene su origen en algún tipo de desasosiego, puesto que durante el día se le ve de lo más normal y feliz.

Lo han llevado varias veces a la pediatra, pero la doctora no parece tener gran cosa que aportar. La doctora Banerjee les asegura que físicamente no le pasa nada, y les explica que estos episodios no son infrecuentes en niños de la edad de Frankie —que tiene cinco años— y que en la mayoría de los casos se trata de un problema pasajero.

—No ha sufrido trauma emocional alguno, ¿verdad? —pregunta la doctora—. ¿Algo fuera de lo corriente en casa?

—No, no —murmuran ambos al alimón mientras niegan con la cabeza.

—Ay, estos padres… —dice ella con un encogimiento de hombros—. Lo más probable es que carezca de importancia. —Y tras dirigirles una breve sonrisa añade—: Y ya sé que es difícil, pero me temo que tendrán que sobrellevarlo como puedan hasta que se le pase.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Pero es que, claro, la doctora nunca ha oído esos gritos. Las mañanas después de las «pesadillas», tal como Karen las llama, Gene se siente inquieto, tenso. Trabaja como conductor para United Parcel Service, una empresa de mensajería, y durante el transcurso del día siguiente a uno de esos ataques nota un murmullo apenas perceptible, en su umbral auditivo, un ruido de fondo persistente y firme, que lo acompaña en su interminable deambular por las calles en la camioneta. Se detiene al borde de la calzada y escucha. Las sombras de las hojas estivales tiemblan susurrantes sobre el parabrisas, y los coches aceleran en una carretera cercana. De la copa de un árbol llega el silbido como de olla a presión de una cigarra.

Gene cree que algo malo anda tras de él desde hace mucho tiempo, y que ahora, finalmente, se está acercando.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Cuando llega a su hogar por la noche reina la normalidad. Viven en una zona residencial en las afueras de Cleveland, en una casa antigua, y a veces después de cenar trabajan juntos en el pequeño huerto que tienen en la parte de atrás —tomates, calabacines, judías verdes, pepinos— mientras Frankie juega con el Lego sobre la tierra. O pasean por el barrio, con Frankie precediéndoles montando en su bicicleta acompañado por los chirridos de los ruedines laterales. Se sientan en el sofá y miran juntos los dibujos animados, o se entretienen con juegos de mesa, o pintando con ceras. Una vez que Frankie se ha dormido, Karen se pone a estudiar en la mesa de la cocina (está matriculada en enfermería) y Gene se sienta fuera, en el porche, hojeando algún semanario o novela, fumando los cigarrillos que le ha prometido a Karen dejar cuando cumpla los treinta y cinco. Ahora tiene treinta y cuatro, y Karen veintisiete, y es consciente, cada vez con más frecuencia, de que esta no es la vida que se merece. Ha tenido una suerte increíble, piensa. Ha sido bendecido, como la cajera favorita de Gene siempre dice. «Que Dios le bendiga», le desea cuando le entrega el ticket tras recibir el dinero, y él siente como si la mujer lo hubiera rociado con su beatitud amable y de persona de a pie. Le hace acordarse de cuando mucho tiempo atrás una enfermera mayor le cogía la mano en el hospital y le aseguraba que rezaba por él.

Sentado en la silla de jardín y mientras inhala el humo del cigarrillo no puede evitar acordarse, muy a su pesar, de aquella enfermera. Se acuerda de cómo se inclinaba sobre él, de cómo le cepillaba el cabello y lo miraba, encerrado en una escayola de cuerpo entero, luchando entre sudores contra el síndrome de abstinencia y el delírium trémens.

Por aquel entonces, él era otra persona. Un borracho, un monstruo. A los dieciocho años se había casado con la muchacha a la que había dejado embarazada, y a partir de ese momento se había ded-

icado lenta pero inexorablemente a arruinar sus vidas. Cuando los abandonó, a su esposa y a su hijo allá en Nebraska, tenía veinticuatro años y se había convertido en un peligro tanto para sí mismo como para los demás. Creía haberles hecho un favor marchándose, aunque todavía se sentía culpable cuando volvía la vista atrás. Años después, cuando ya no bebía, incluso había intentado localizarlos. Quería reconocer lo impropio de su comportamiento, pagar la manutención del niño, pedir perdón. Sin embargo, no consiguió dar con ellos. Mandy ya no vivía en la pequeña ciudad de Nebraska donde se habían conocido y casado, y no había dejado su nueva dirección. Sus padres habían muerto y nadie parecía saber adónde se había marchado.

Karen no conocía toda la historia. Para alivio de Gene no había demostrado demasiada curiosidad sobre su vida anterior, aunque estaba al tanto de que le había pegado a la bebida, de que había pasado por alguna mala racha. También sabía que había estado casado anteriormente, aunque no estaba al corriente de todos los detalles; no sabía que tenía otro hijo, por ejemplo, no sabía que había abandonado a su familia una noche, sin equipaje alguno, que simplemente había cogido el coche y se había largado, con una petaca sujeta entre las piernas, conduciendo en dirección este tan lejos como fue capaz de llegar. No sabía que se había estrellado, que había tenido un accidente en el que debería haber muerto. No sabía lo malvado que había sido.

Era una buena chica, Karen, aunque es posible que su familia la hubiera protegido en exceso. Y a decir verdad, Gene se sentía avergonzado (e incluso asustado) con solo imaginarse cómo reaccionaría ante la verdad de su pasado. No sabía si Karen hubiera confiado plenamente en él de haber estado enterada de toda la historia y, a medida que había pasado el tiempo y se habían ido conociendo mejor, cada vez se había sentido menos inclinado a revelársela. Gene creía haber escapado a su antiguo yo, y cuando Karen se había quedado embarazada, poco antes de que se casaran, se dijo que esa era su oportunidad de hacer las cosas de otra manera, de hacerlas mejor. Habían comprado la casa juntos, Karen y él, y ahora Frankie empezaría a ir a preescolar en otoño. Había cerrado el círculo, había llegado al punto exacto en el que su antigua vida con Mandy y su hijo, DJ, se había desmoronado. Levanta la vista y ve a Karen que se ha acercado a la puerta trasera y le está hablando a través de la contrapuerta de malla. «Creo que es hora de acostarse, cariño», le dice ella y, con un estremecimiento, Gene aparta a un lado esos pensamientos, esos recuerdos. Y sonríe.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Últimamente está un tanto alterado. Los meses de continuos sobresaltos nocturnos están empezando a pasarle factura, porque cada vez que Frankie sufre uno de esos episodios a él luego le resulta difícil volver a conciliar el sueño. Cuando Karen lo despierta por la mañana, con frecuencia se nota espeso y amodorrado, como si tuviera resaca. No oye el despertador y, cuando a duras penas consigue salir de la cama, le cuesta trabajo mantener a raya su mal humor y siente cómo la irritación

se va acumulando en su interior.

Él ya no es ese tipo de persona, ya no lo es desde hace mucho tiempo. No obstante lo cual no puede evitar sentirse preocupado. Dicen que tras varios años de navegar por aguas tranquilas llega una segunda racha de sentir mono; transcurridos unos cinco o siete años, este regresa sin previo aviso. Ha estado dándole vueltas a la idea de volver a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, aunque lleva una buena temporada sin acudir, desde que conoció a Karen.

Tampoco es que cada vez que pase por una tienda de bebidas alcohólicas le dé un tembleque, ni siquiera que le suponga un problema beber refrescos y cerveza sin alcohol cuando sale por ahí con sus amigos. No. El problema llega por las noches, cuando está dormido.

Gene ha empezado a soñar con su primer hijo, con DJ. Tal vez tenga que ver con que esté preocupado por Frankie, pero lleva ya varias noches seguidas en las que se le ha aparecido la imagen de DJ a los cinco años. En el sueño, Gene está borracho, jugando al escondite con su hijo en el jardín de detrás de la casa de Cleveland en la que vive actualmente. En el jardín hay un grueso sauce llorón, y Gene ve al niño salir de detrás del árbol y correr por el césped feliz, sin miedo, tal como lo haría Frankie. DJ mira por encima del hombro y se ríe, y Gene lo persigue entre trompicones, con el buen humor producto de al menos media docena de cervezas, un padre borracho, ridículo. Es todo tan real que cuando se despierta todavía se siente ebrio. Y tarda varios minutos en conseguir quitarse de encima esa sensación.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Una mañana, después de que Gene haya tenido uno de estos sueños, uno especialmente vívido, Frankie se despierta y se queja de que nota algo raro, «justo aquí», dice señalándose la frente. No es dolor de cabeza, añade.

—¡Es como abejas! —explica—. ¡Abejas zumbando! —Se frota la frente con la mano—. Dentro de mi cabeza. —Y añade tras pensar un momento—: Como cuando las abejas se chocan contra la ventana cuando se han metido en casa y quieren salir. —La descripción le gusta y se da golpecitos con los dedos en la frente mientras susurra, «Zzzzzz», a modo de demostración.

—¿Te duele? —pregunta Karen.

—No, me hace cosquillas.

Karen dirige a Gene una mirada de preocupación. Hace tumbarse a Frankie en el sofá y le dice que cierre los ojos un rato. Tras unos minutos, Frankie levanta la cabeza, sonriendo, y dice que se le ha pasado.

—Cielo, ¿estás seguro? —pregunta Karen. Le aparta el pelo y le pone la mano en la frente—. No tiene fiebre —dice, y Frankie se incorpora impacientemente, de pronto más interesado en lo que está pasando en el programa que están poniendo en la televisión que tienen en la sala de estar.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Karen coge uno de sus libros de enfermería, y Gene ve cómo la preocupación hace que su rostro se tense a medida que va pasando lentamente las páginas. Está mirando el tercer capítulo, «Sistema neurológico», y Gene la observa detenerse aquí y allá mientras repasa una lista de sinónimos.

—Deberíamos volverlo a llevar a la doctora Banerjee —sugiere Karen.

Gene asiente con la cabeza, acordándose de lo que la doctora había dicho sobre un «trauma emocional».

—¿Te dan miedo las abejas? —le pregunta a Frankie—. ¿Estás preocupado por eso?

—No, no demasiado.

Cuando Frankie tenía tres años le había picado una abeja encima de la ceja izquierda. Habían salido de excursión al campo juntos, cuando todavía no sabían que Frankie era «moderadamente alérgico» a las picaduras de abeja. Pocos minutos después del picotazo, la cara de Frankie ya había empezado a hincharse, a desfigurarse; los ojos inflamados ya estaban medio cerrados; parecía como deforme. Gene no creía haber tenido más miedo en toda su vida, mientras corría por el sendero con la cabeza de su hijo apoyada contra el corazón, intentando llegar al coche y llevarlo al médico, aterrorizado ante la idea de que el niño estuviera muriéndose, a diferencia del propio Frankie, que estaba tranquilo.

Gene se aclara la garganta. Conoce la sensación de la que habla Frankie; él mismo la ha sentido, esa extraña y leve vibración en el interior de la cabeza. Y, de hecho, justo ahora mismo la está volviendo a notar. Se presiona la frente con la yema de los dedos. «Trauma emocional», musita mentalmente, pero está pensando en DJ, no en Frankie.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunta Gene a Frankie tras unos instantes—, ¿de qué?

—¿Sabes qué es lo que más miedo me da? —dice Frankie abriendo los ojos como platos, imitando lo que sería una mirada de terror—. La mujer sin cabeza, que anda por el bosque buscándola. «Devolvedme… mi… cabeza…».

—¡¿Dónde demonios has oído esa historia?! —exclama Karen.

—Me la contó papá, cuando estuvimos de acampada.

Gene se sonroja incluso antes de que Karen le lance una mirada de irritación.

—Pues genial —dice ella—. Estupendo.

—Es que estábamos contando historias de fantasmas —explica Gene en voz baja evitando su mirada—. Creí que la historia le haría gracia.

—¡Santo cielo, Gene! ¿Con las pesadillas que tiene? Pero ¿en qué estabas pensando?

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Es uno de esos recuerdos desagradables, de esos que generalmente es capaz de evitar. De pronto se acuerda de Mandy, de su anterior esposa. Ve en el rostro de Karen la misma mirada que Mandy le dirigía cuando él la cagaba. «¿Es que eres idiota o qué? —solía espetarle Mandy—. ¿O es que estás mal de la cabeza?». Al parecer, por aquel entonces Gene no era capaz de hacer nada a derechas y, cuando Mandy le gritaba, la vergüenza y la cólera reprimida hacían que se le encogiera el estómago. «Lo intenté —pensaba él—. ¡Joder!, de veras que lo intenté», pero era como si, hiciera lo que hiciera, nada le saliese bien. Y esa sensación se instaló pesadamente en su pecho, hasta que un día, cuando las cosas se habían puesto peor, incluso llegó a pegar a Mandy. «¿Por qué quieres que me sienta como un mierda? —le había dicho por entre los dientes apretados—. Yo no soy un gilipollas». Y cuando ella lo miró con cara de fastidio, la golpeó con tanta fuerza que la tiró de la silla.

Eso ocurrió la vez en que había llevado a DJ a la feria. Era un sábado y había estado bebiendo un poco, así que a Mandy no le hizo demasiada gracia; pero, después de todo, pensó él, DJ también era su hijo y tenía derecho a pasar un rato con su propio hijo; y Mandy no era su jefa aunque ella pensara que sí lo era. A ella le gustaba hacer que Gene se odiara a sí mismo.

Mandy estaba enfadada con Gene por haber montado a DJ en el Torbellino. Un error, él mismo se había dado cuenta después, pero el propio DJ había insistido. Tenía cuatro años recién cumplidos y Gene acababa de cumplir los veintitrés, lo que lo hacía inexplicablemente viejo; así que le apetecía divertirse un rato.

Además, nadie le advirtió que no debía montar a DJ en el cacharro. Cuando DJ y él pasaron por la verja, el encargado de recoger los tickets incluso les dedicó una sonrisa, como diciendo, «Aquí tenemos a un joven enseñándole a su hijo cómo pasar un buen rato». Gene guiñó el ojo a DJ y le sonrió mientras le daba un trago a una petaca con licor de menta. Se sentía como un buen padre. Y deseó que su propio padre le hubiera llevado a la feria y se hubiera montado con él en las atracciones.

La puerta que daba paso al Torbellino se abrió como la escotilla de un gran platillo volante plateado. En la misma entrada ya se oía una atronadora música discotequera, todavía más fuerte en el interior, que consistía en una habitación circular con paredes blandas y acolchadas. Uno de los empleados hizo que Gene y DJ se colocaran de pie con la espalda apoyada en la pared y los sujetó con unas

correas, el uno al lado del otro. Gene se sentía cariñoso y expansivo por efecto del licor. Cogió a DJ de la mano, prácticamente rebosando amor. «Prepárate, chavalote —le susurró—. Va a ser una pasada».

La escotilla del Torbellino se selló con un suspiro presurizado. Y entonces, lentamente, las paredes a las que estaban sujetos empezaron a girar. Gene apretó con más fuerza la mano de DJ mientras comenzaban a rotar, cogiendo velocidad. Tras unos instantes, el acolchado de las paredes al que estaban sujetos se deslizó hacia arriba, y la fuerza producto de la rotación los empujó hacia atrás, manteniéndolos pegados a la superficie de la pared rotatoria igual que el hierro a un imán. A Gene le pareció como si alguien estuviera tirando de sus mejillas y labios, y la sensación de impotencia le hizo reír.

En ese momento, DJ comenzó a gritar:

—¡No! ¡No! ¡Que pare! ¡Paradlo!

Eran unos alaridos terribles y Gene agarró con más fuerza la mano del niño.

—Tranquilo —le gritó jovialmente por encima del estruendo de la música—. No pasa nada. ¡Estoy aquí!

Sin embargo, lo único que consiguió fue que DJ vociferara todavía con más fuerza. Los chillidos parecían moverse en círculos, pasando a toda velocidad junto a Gene, dando más y más vueltas por la circunferencia de la atracción, dejando una estela de ecos fantasmales a su paso. Cuando el aparato se detuvo finalmente, DJ sollozaba entre jadeos, y el hombre en la cabina de control los miró con cara de pocos amigos. Gene notó sobre él las circunspectas miradas de censura del resto de los ocupantes de la atracción.

Gene se sintió fatal. Un rato antes estaba sentido exultante al pensar que por fin iban a poder disfrutar de uno de esos momentos memorables de camaradería entre padre e hijo… mientras que ahora notaba cómo su corazón se iba sumiendo en la oscuridad. DJ siguió gimoteando incluso cuando ya habían salido de la atracción y estaban caminando por el paseo central de la feria, incluso cuando Gene intentó distraerlo prometiéndole un algodón de azúcar y muñecos de peluche.

—Quiero irme a casa —le pidió DJ sin dejar de lloriquear—. ¡Quiero irme con mamá! ¡Quiero irme con mamá!

Gene se sintió dolido al oírlo y apretó los dientes.

—¡De acuerdo, llorica! —le espetó entre dientes—. Vámonos a casa con tu mamaíta. Te juro por lo más sagrado que nunca más te voy a llevar a ninguna parte. —Lo zarandeó suavemente—: ¡Leches!, ¿qué demonios te pasa? Fíjate, todos se están riendo de ti, ¿los ves? Están diciendo, «Mira ese chaval, tan mayor y berreando como una niñita».

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

El recuerdo le ha venido de sopetón. Había olvidado por completo ese episodio, pero ahora no consigue quitárselo de la cabeza. Esos gritos, bastante parecidos a los de Frankie en mitad de la noche, atraviesan una y otra vez la membrana de sus pensamientos, sin previo aviso. Al día siguiente se encuentra rememorando el episodio de nuevo, con el recuerdo de los gritos afectándole tan profundamente que incluso se ve obligado a echarse a un lado de carretera y parar la camioneta, y entonces se lleva las manos a la cara y piensa, «¡Qué horror!, ¡qué horror!». A DJ le debió de parecer que su padre era un monstruo.

Sentado en la camioneta, desea poder encontrar una manera de localizarlos, a Mandy y a DJ. Desea poder decirles cuánto lo siente y enviarles dinero. Apoya las yemas de los dedos en la frente mientras los coches pasan a su lado en la calle, mientras un anciano abre las cortinas y mira por la ventana de la casa frente a la que Gene está aparcado, con la esperanza de que le traiga un paquete.

*«¿Dónde están?», se pregunta Gene. Intenta imaginarse una ciudad, una casa, pero no consigue visualizar nada. Con lo que era Mandy, a estas alturas seguro que ya habría dado con él para exigirle la manutención del niño. Habría disfrutado tratándole como a un padre cicatero, habría contratado a alguien para que consiguiera que le embargaran el sueldo.*

Y ahora, parado al borde de la calzada, se le ocurre de pronto que están muertos. Se acuerda de su accidente de coche en las afueras de Des Moines, y piensa que si él hubiera muerto ellos nunca habrían llegado a enterarse. Se acuerda de cuando al despertar en el hospital aquella enfermera mayor le había dicho, «Ha tenido mucha suerte, joven. Debería estar muerto».

Piensa que a lo mejor están muertos. Mandy y DJ. La idea le deja aturdido como un puñetazo, aunque entonces todo cuadraría. Claro, eso explicaría que nunca se hubieran puesto en contacto con él.

No sabe qué hacer con estas ansiedades. Son ridículas, son paranoicas, son un reflejo de su autocompasión; sin embargo, y especialmente ahora que está preocupado por Frankie, se siente a merced de sus miedos. Llega a casa del trabajo y Karen lo observa con atención.

—¿Qué pasa? —le pregunta su mujer, y Gene se encoge de hombros—. Tienes muy mala cara.

—Nada —responde él.

Pero ella continúa mirándolo con escepticismo y luego sacude la cabeza.

—He llevado a Frankie otra vez al médico —le dice tras unos instantes, y Gene se sienta con ella en la mesa, que su mujer tiene ocupada con sus libros de texto y apuntes—. Supongo que pensarás que me estoy comportando como una madre neurótica. Creo que estoy demasiado inmersa en el mundo de las enfermedades… ese es el problema.

—No, no. —Gene niega con la cabeza, notándose la garganta reseca—. Haces bien. Más vale prevenir que curar.

—Uf… —dice ella pensativamente—, creo que la doctora Banerjee está empezando a odiarme.

—No, a ti nadie podría odiarte. —Gene se esfuerza por dirigirle una sonrisa dulce. Le besa la palma de la mano, la muñeca, como un buen marido—. Intenta no preocuparte —le dice, aunque él mismo tiene los nervios a flor de piel. Le llega la voz de Frankie, que está en el patio trasero, gritándole órdenes a alguien—. ¿Con quién está hablando?

—Ah, con Bubba seguramente —responde ella sin levantar la mirada. Bubba es el amigo imaginario de Frankie.

Gene asiente. Se acerca a la ventana y mira por ella. Frankie finge estar disparando a algo, con el pulgar e índice formando una pistola. «¡Atrápalo! ¡Atrápalo!», grita, y Gene lo mira ponerse a cubierto detrás de un árbol. Frankie no se parece en nada a DJ, pero, cuando asoma la cabeza por entre el follaje que cuelga del sauce, Gene siente un ligero estremecimiento, un temblor, un algo, y aprieta los dientes.

—Esta asignatura me está poniendo de los nervios —comenta Karen—. Cada vez que leo algo sobre el peor escenario posible, empiezo a preocuparme. Es curioso. Cuanto más sabes, menos seguro estás de nada.

—¿Qué ha dicho la doctora esta vez? —pregunta Gene. Se remueve en el sitio, inquieto, sin dejar de mirar a Frankie por la ventana, y cree vislumbrar unas motas oscuras balanceándose y revoloteando por el aire en el extremo del patio—. ¿No le pasa nada, verdad?

—Hasta donde ellos pueden ver, parece estar sano —dice Karen con un encogimiento de hombros.

Gene le apoya cariñosamente la mano en la nuca y Karen mueve la cabeza atrás y adelante, contra sus dedos. «Yo nunca he creído que a mí me pudiera suceder algo verdaderamente terrible», le había dicho ella una vez al principio de su matrimonio. El comentario había asustado a Gene, que le había susurrado, «No digas eso». Ella se había echado a reír. «Eres supersticioso. ¡Qué gracia!», había dicho.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Gene no consigue dormir. El extraño presentimiento de que Mandy y DJ están muertos se ha instalado firmemente en su mente; se frota los pies bajo la sábana, intentado encontrar una postura cómoda. Hasta él llegan los débiles golpecitos de la vieja máquina de escribir eléctrica con la que Karen está terminando los trabajos para la universidad, y el repiqueteo de las palabras que brotan a ráfagas le hace pensar en el lenguaje de alguna especie de insectos. Cuando Karen finalmente se acuesta, Gene

cierra los ojos y finge dormir, pero por su cabeza corretean pequeñas imágenes: su primera esposa y su primer hijo; estampas fugaces de fotografías que no tiene, que no ha conservado… «Están muertos —afirma en su cabeza una voz rotunda y clara—. Hubo un incendio. Y murieron quemados». La que le habla no es exactamente su voz, y de pronto puede ver la casa en llamas. Se trata de una caravana, en las afueras de una ciudad pequeña, con una enorme humareda negra saliendo por la puerta abierta. Las ventanas de plástico se han combado y han empezado a derretirse, y el humo que se alza desde la caravana hacia el cielo le recuerda al de una vieja locomotora. No alcanza a ver el interior, salvo por las chisporroteantes llamaradas de un naranja intenso, pero sabe que están ahí dentro. Durante un segundo alcanza a vislumbrar el fluctuante rostro de DJ, mirando fijamente por la ventana de la caravana en llamas, con la boca abierta formando un círculo forzado, como si estuviera cantando.

Abre los ojos. La respiración de Karen se ha regularizado, está profundamente dormida, y Gene sale con cuidado de la cama y pasea inquieto por la casa, en pijama, sin hacer ruido. No están muertos, trata de convencerse a sí mismo, y de pie frente a la nevera le da un trago al envase de leche. Es una vieja y reconfortante costumbre, de la época en la que estaba dejando la bebida, cuando el fuerte sabor de la leche calmaba ligeramente sus ansias de beber. Sin embargo, ahora no le ayuda. El sueño, la visión, le ha aterrorizado, y se sienta en el sofá con una manta sobre los hombros, mirando en la televisión un programa sobre ciencia en el que una científica está examinando una momia, de un niño. La momia está calva, reducida prácticamente a una calavera, aunque no del todo. Una membrana de tirante piel ancestral cubre las cuencas de los ojos. Tras los labios abiertos hay unos pequeños dientes desportillados, como de roedor. Al ver el cuerpo, Gene no puede evitar volver a pensar en DJ y mira fugazmente por encima del hombro, como hacía antes.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Durante el último año de su vida en común con Mandy, DJ a veces conseguía ponerle la carne de gallina, sobresaltarle. DJ siempre había sido un niño anormalmente flaco, con una cabeza que parecía la de un pajarito recién nacido, y unos pies alargados y huesudos, con unos dedos extraños, demasiado largos, como si estuvieran hechos para agarrar cosas. Gene no ha olvidado la manera que tenía el niño de deslizarse descalzo por las habitaciones, sigilosamente, a escondidas, acechante… vigilándole en todo momento, le había parecido a Gene por aquel entonces.

Es un recuerdo que casi ha conseguido borrar, un recuerdo que odia y del que desconfía. Aquella era la época en la que bebía mucho, y sabe que el alcohol distorsiona grotescamente sus percepciones. Sin embargo, ahora que el recuerdo ha aflorado, aquella antigua sensación se expande por su interior igual que una bocanada de humo. Por aquel entonces, Gene tenía la impresión de que Mandy había vuelto a DJ en su contra, de que de algún extraño modo DJ casi se había transformado físicamente en algo que no era su verdadero hijo. Gene se acuerda de cómo algunas veces notaba una sensación

extraña cuando estaba sentado en el sofá viendo la televisión. Volvía la cabeza y ahí estaba DJ, al fondo del cuarto, con su huesuda espalda encorvada y el largo cuello estirado, mirando con esos ojos anormalmente grandes. Otras veces, DJ se colaba de buenas a primeras en la habitación cuando Gene y Mandy estaban discutiendo, y se acercaba sigilosamente a Mandy para apoyar la cabeza en su pecho, justo cuando estaban con algún asunto importante. «Tengo sed», decía imitando la vocecita de un niño muy pequeño, hablando como si tuviera menos de sus cinco años. «Mamá, teno ce», decía. Y durante unos instantes, su mirada se posaba sobre Gene, fría y cargada de un odio calculador.

Por supuesto que Gene sabe ahora que en realidad las cosas no eran así. Sabe que él estaba borracho y que DJ no era más que una criatura asustada y triste que intentaba lidiar con una situación terrible. Más tarde, cuando ya estaba rehabilitándose, estos recuerdos de su hijo le habían provocado auténticos estremecimientos de vergüenza, y no había conseguido obligarse a hablar de ellos ni siquiera cuando ya estaba en los últimos de los doce pasos del programa. ¿Cómo iba a poder explicar la repulsión que le provocaba el niño, lo asustado que le hacía sentir? ¡Dios mío!, pero si no era más que un desgraciado crío de cinco años… No obstante, en la memoria de Gene, el comportamiento de DJ seguía teniendo algo de perverso en ocasiones, como cuando apoyaba enfurruñado la cabeza en el pecho de su madre y hablaba con esa voz cantarina y ceceante, y luego miraba a Gene, fijamente y sin parpadear, con una sonrisita. Gene se acuerda de haber agarrado a DJ por la nuca una vez. «Si vas hablar, habla normal —le había susurrado entre dientes, apretando los dedos cada vez con más fuerza—. Ya no eres un bebé. No engañas a nadie». Y entonces DJ le había enseñado los dientes y había dejado escapar un apagado y sibilante gemido.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Se despierta con una sensación de asfixia. Le parece que está siendo observado, vigilado por alguien que lo odia, una sensación agobiante y vertiginosa, y jadea, intentando respirar. Una mujer se inclina sobre él y, durante un instante, Gene piensa que le va a decir, « Ha tenido mucha suerte, joven. Debería estar muerto».

Pero se trata de Karen.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta ella.

Es por la mañana, y Gene se esfuerza por orientarse: está en suelo del salón con la televisión todavía encendida.

—¡Por Dios! —exclama Gene, y luego tose—. Uf, ¡por Dios! —Está sudando, se nota la cara caliente, pero intenta tranquilizarse ante la mirada de espanto de Karen—. Una pesadilla —dice mientras intenta controlar su respiración jadeante—. ¡Por Dios! —repite, y sacude la cabeza, intentando dirigirle

una sonrisa tranquilizadora—. Anoche me levanté porque no conseguía dormir. Debo de haberme quedado traspuesto mientras veía la tele.

No obstante lo cual Karen lo sigue mirando de hito en hito, con expresión asustada e insegura, como si en él algo se estuviera transformando.

—Gene, ¿te encuentras bien?

—Por supuesto —responde él con voz ronca, y un estremecimiento involuntario le recorre el cuerpo—. Claro que sí.

Y entonces se percata de que está desnudo. Se incorpora, cubriéndose tímidamente la entrepierna con las manos, y mira a su alrededor. Ni su ropa interior ni el pantalón del pijama están a la vista. Ni siquiera ve la manta que se había echado por encima cuando estaba en el sofá viendo las momias en la televisión. Empieza a ponerse de pie, con torpeza, y entonces se percata de que Frankie está ahí, en el pasillo abovedado que comunica cocina y salón, observándolo con los brazos en los costados igual que un cowboy listo para desenfundar las pistolas.

—Mamá… —dice Frankie—, tengo sed.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Gene conduce distraídamente mientras realiza los repartos. Las abejas, piensa. Se acuerda de lo que Frankie dijo por la mañana unos días atrás, sobre abejas en su cabeza, zumbando y chocando contra el interior de su frente, como si esta fuera una ventana contra la que se estuvieran estrellando. Es eso mismo lo que él siente ahora. Con todas las cosas que no termina de recordar volando en círculo, posándose, con sus alas de celofán vibrando de manera insistente. Se ve a sí mismo derribando a Mandy de la silla de una bofetada en la cara; se ve apretando cada vez más la delgada nuca del DJ de cinco años, sacudiéndolo mientras el niño hace pucheros y llora; y es consciente de que, si lo pensara lo suficiente, habría más cosas, tal vez incluso peores. Todas esas cosas que pedía en sus oraciones que Karen nunca llegara a descubrir.

El día que los abandonó estaba muy borracho, tan borracho que a duras penas consigue acordarse. Cuesta creer que condujo hasta Des Moines por la carretera interestatal antes de salirse de la calzada y dar vueltas y vueltas de campana adentrándose en la oscuridad. Se había reído, le parece recordar, mientras el coche se deformaba a su alrededor, y ahora tiene que echarse a un lado y detener la camioneta, asustado, mientras el cosquilleo en su cabeza se intensifica. Y le viene a la memoria una imagen de Mandy sentada en el sofá con DJ entre los brazos mientras él abandona la habitación hecho una furia, uno de los ojos del niño cerrado por la hinchazón. Y una imagen de él mismo en la cocina, arrojando vasos y botellines de cerveza al suelo y escuchándolos hacerse añicos.

Y estén o no muertos, sabe que le desean lo peor. No les gustaría saber que es feliz, con una esposa y un hijo a los que quiere. Con una vida normal que no se merece.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Cuando esa noche llega a casa se siente agotado. No quiere continuar dándole vueltas a la cabeza, y durante unos instantes parece que va a tener un breve respiro. Frankie está en el patio, jugando tranquilamente. Karen está en la cocina, preparando hamburguesas y mazorcas de maíz, y todo parece estar bien. Sin embargo, cuando se sienta para quitarse las botas, su mujer le dirige una mirada de irritación.

—No te las quites en la cocina, por favor —le dice con extrema frialdad—. Ya te lo he dicho otras veces.

Gene baja la vista hacia sus pies: una bota desatada y a medio quitar.

—Vaya, lo siento —se disculpa.

Sin embargo, cuando se repliega hacia la sala de estar, camino de su sillón, ella lo sigue y se queda apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, y lo mira con cara de pocos amigos mientras él libera sus cansados pies de las botas y se frota con las manos la planta de los calcetines.

—¿Qué? —dice Gene, y prueba a dirigirle una sonrisa de incertidumbre.

—Tenemos que hablar de lo de anoche —responde ella con un suspiro—. Tengo que saber qué es lo que está pasando.

—Nada —dice Gene, pero la severa mirada con la que ella lo está examinando dispara una vez más todas sus ansiedades—. Como no podía dormir me vine al salón para ver la tele. Nada más.

—Gene —insiste ella tras mirarle de hito en hito durante unos instantes—, la gente no se suele despertar desnuda en el suelo del salón sin saber cómo ha llegado ahí. Es bastante raro, ¿no crees?

*«No, por favor», piensa él. Y levanta las manos encogiéndose de hombros, en un gesto de inocencia y exasperación, a pesar de que siente un nudo en el estómago.*

—Lo sé —reconoce—. Para mí también fue de lo más raro. Estaba teniendo pesadillas. De veras que no sé qué es lo que me pasó.

Karen lo observa largamente, los ojos entrecerrados.

—Ya —dice, y Gene siente las olas de decepción que emanan de ella como si fueran oleadas de calor—. Gene. Lo único que te estoy pidiendo es que seas sincero conmigo. Si tienes algún problema, si has

vuelto a beber o estás dándole vueltas a la idea… quiero ayudarte. Podemos arreglar las cosas, pero tienes que ser sincero conmigo.

—No estoy bebiendo —asegura Gene con firmeza manteniéndole la mirada—. Ni estoy dándole vueltas a la idea. Ya te lo dije cuando nos conocimos: he pasado página. De verdad. —Pero vuelve a notar una presencia hostil que lo está observando subrepticiamente, moviéndose por los márgenes de la habitación—. No lo entiendo. ¿Qué pasa? ¿Cómo se te ocurre pensar que te mentiría?

Ella cambia de postura, nerviosa, todavía intentando leer algo en su rostro; todavía, Gene se lo nota, dudando de él.

—Escúchame —dice Karen por fin, y salta a la vista que está intentando no llorar—. Hoy ha llamado un tipo, un borracho. Y me ha pedido que te dijera que anoche se lo pasó en grande contigo, y que a ver si volvíais a quedar otra vez pronto.

Karen lo mira con el ceño muy fruncido, como si con esta última información condenatoria quedara demostrado lo mentiroso que es. Una lágrima le brota del extremo del ojo y le resbala por el puente de la nariz. Gene siente una opresión en el pecho.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —afirma intentando sonar indignado, aunque en realidad lo que siente es un repentino y terrible pavor—. ¿Quién era?

—No lo sé —dice ella negando tristemente con la cabeza—. Era un nombre con una be, pero arrastraba tanto las palabras que casi ni le entendía. BB o BJ o…

Gene nota cómo un escalofrío le recorre la espalda.

—¿No sería DJ? —sugiere.

Y Karen se encoge de hombros y levanta el rostro, que ahora bañan las lágrimas.

—¡No lo sé! —dice con voz quebrada—. No lo sé. Puede.

Gene se lleva las manos a la cara. Nota el extraño zumbido, el cosquilleo detrás de la frente.

—¿Quién es DJ? —pregunta Karen—. Gene, tienes que contarme lo que está pasando.

Pero no puede. No puede contárselo, ni siquiera ahora. Especialmente no ahora, piensa, cuando reconocer que le había estado mintiendo desde que se conocieron confirmaría todos los miedos y sospechas que ella ha estado albergando durante… ¿cuánto tiempo?… ¿días?, ¿semanas?

—Es un viejo conocido al que llevo mucho tiempo sin ver —dice Gene—. No es un buen tipo. Es la clase de persona que podría… divertirse haciendo llamadas para inquietar a la gente.

Se sientan en la mesa de la cocina, observando en silencio a Frankie, que se está comiendo la hamburguesa y el maíz. Gene no consigue entenderlo. DJ, piensa mientras aprieta con un dedo el panecillo de la hamburguesa sin llegar a cogerlo. DJ. Ahora tendría quince años. ¿Será que los ha localizado? ¿Los estará acosando?, ¿estará vigilando la casa? Intenta pensar cómo podría estar provocando los

ataques de gritos de Frankie, cómo podría estar detrás de lo que había sucedido la noche anterior… ¿Se le habría acercado sigilosamente mientras estaba viendo la televisión y lo habría drogado o algo así? Parecía un tanto traído por los pelos.

—Puede que no fuera más que un borracho —le sugiere finalmente a Karen—, que llamara a nuestra casa por casualidad. No preguntó por mí por mi nombre, ¿verdad?

—No me acuerdo. Gene…

Y él ya no puede soportar la duda, la falta de confianza en su expresión. Da un fuerte puñetazo en la mesa y su plato baila provocando un eco circular.

—¡Anoche no salí con nadie! ¡Ni tampoco me emborraché! Puedes creerme o puedes…

Karen y Frankie lo están mirando. Frankie, con los ojos abiertos como platos, deja la mazorca a la que estaba a punto de darle un mordisco, como si ya no quisiera más. Karen está apretando los labios.

—¿O puedo qué? —le dice.

—Nada —responde Gene quedamente.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

No llegan a pelearse, pero la frialdad invade la casa, el silencio. Ella sabe que no le está diciendo la verdad. Sabe que le está ocultando algo. Pero, ¿qué es lo que podría decirle? De pie delante del fregadero, Gene lava los platos mientras Karen baña a Frankie y lo acuesta. Gene espera, atento a los pequeños ruidos nocturnos de la casa. Ahí fuera, en el patio, está el columpio, y el sauce, gris metálico y perfectamente delineado bajo la luz del foco de seguridad que tienen encima del garaje. Espera un poco más, observando, casi esperando ver a DJ salir de detrás del árbol, tal como había hecho en su sueño, sigilosamente, con la huesuda espalda encorvada, la piel tirante sobre el cráneo de la cabeza demasiado grande. Nota esa sensación agobiante y opresiva de estar siendo observado, y las manos le tiemblan mientras aclara un plato bajo el grifo.

Cuando por fin sube al piso de arriba, su mujer ya se ha puesto el camisón y está en la cama, leyendo un libro.

—Karen —dice, y ella pasa una página justo en ese momento, con toda intención.

—No quiero hablar contigo hasta que estés dispuesto a contarme la verdad —le dice sin mirarle—. Si no te importa, puedes dormir en el sofá.

—Solo dime una cosa, ¿dejó un número para que le devolviera la llamada?

—No —responde Karen sin levantar la vista—. Solo dijo que te vería pronto.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Gene decide quedarse levantado toda la noche. Ni siquiera se lava ni se cepilla los dientes, ni tampoco se pone el pijama. Se limita a quedarse sentado en el sofá, sin quitarse el uniforme ni los calcetines, y mira la televisión con el volumen bajo, a la escucha. Las doce de la noche. La una.

Gene sube al piso de arriba para asegurarse de que Frankie está bien, como así es. Está dormido con la boca abierta, destapado. Se queda en la puerta, atento por si oye moverse algo, pero todo parece estar en orden. La tortuga del niño está inmóvil sobre la roca, los libros alineados en ordenadas hileras, los juguetes recogidos. El rostro de Frankie se tensa y relaja en sueños.

Las dos de la madrugada. De vuelta en el sofá, Gene se sobresalta, medio dormido, cuando una ambulancia pasa en la lejanía, y luego ya solo se oye el sonido de los grillos y las cigarras. Durante los instantes en los que permanece despierto, parpadea pesadamente frente a una reposición de *Embrujada*, y luego va cambiando de canal. En uno anuncian joyas. En otro están realizando una autopsia.

En el sueño, DJ es mayor. Tendrá unos diecinueve o veinte años, y entra en un bar en el que Gene está sentado encorvado en un taburete dándole sorbos a un vaso de cerveza. Gene lo reconoce de inmediato: la postura, los hombros estrechos, los ojos enormes… Aunque ahora los brazos de DJ son largos y musculosos, y están tatuados. Con los párpados entrecerrados y la mirada arisca, DJ se acerca pausadamente a la barra y se hace un hueco al lado de Gene. Pide un chupito de Jim Beam, el *bourbon* favorito de Gene.

—Durante todo este tiempo que llevo muerto he pensado mucho en ti —murmura DJ sin mirarle, pero Gene sabe con quién está hablando, y las manos le tiemblan cuando toma otro trago de cerveza—. Llevo mucho tiempo buscándote.

Hace calor y el ambiente está enrarecido. Gene se lleva un tembloroso cigarrillo a la boca e inhala, paladeando el humo y ahogándose con él. Quiere decir, «Lo siento. Perdóname», pero le cuesta respirar. DJ deja al descubierto sus dientes pequeños y torcidos mientras observa a Gene esforzándose por tomar aire.

—Sé cómo hacerte daño —le susurra.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Gene abre los ojos y el cuarto está lleno de humo. Se incorpora, desorientado. Durante un instante sigue estando en el bar con DJ, antes de darse cuenta de que está en su propia casa.

Hay fuego en algún sitio. Lo oye. La gente dice que el fuego «crepita», pero en realidad se parece más al sonido amplificado de un montón de diminutas criaturas comiendo, pequeñas mandíbulas babeantes, miles y miles de ellas, y de pronto un fuerte susurro, un «guuuf» cuando el fuego encuentra otra bolsa de aire. Lo oye incluso mientras lucha a ciegas por respirar rodeado por el humo. El salón está cubierto por una vaporosa neblina, como si se estuviera atomizando, desvaneciendo, y cuando intenta ponerse de pie la habitación desaparece por completo. Por encima de él flota una espesa membrana de humo, así que se deja caer de nuevo sobre manos y rodillas, entre toses y arcadas, con un hilo de vómito goteando sobre la alfombra delante de la televisión, que continúa parloteando.

Tiene la presencia de ánimo necesaria para mantenerse agachado y arrastrarse sobre rodillas y codos por debajo de las espesas nubes de gases. «¡Karen! —grita—. ¡Frankie!», pero el ruido blanco de las voraces llamas se traga su voz. «¡Aj!», dice medio asfixiado, aunque su intención había sido proferir sus nombres.

Cuando alcanza el pie de las escaleras, por encima de él tan solo ve llamas y oscuridad. Apoya manos y rodillas en los escalones inferiores, pero el calor le hace retroceder. Bajo la palma nota una de las figuritas de acción de Frankie, el plástico derretido adhiriéndose a su piel, pero sacude la mano y consigue despegárselo justo cuando otro brillante estallido de llamas brota del cuarto de Frankie durante unos instantes. En lo alto de las escaleras, por entre las volutas de humo, vislumbra la figura de un niño, que lo observa con expresión adusta, la postura encorvada, el rostro iluminado y titilante. Gene grita, se abalanza hacia el calor arrastrándose escaleras arriba, hacia los dormitorios. Intenta llamarles de nuevo, pero en lugar de eso vomita.

Una nueva llamarada oculta la figura de lo que cree que es un niño. Nota cómo el cabello y las cejas se le encogen y chisporrotean contra su piel mientras del piso de arriba emana una violenta descarga de chispas. Es consciente de que en el aire flotan candentes partículas de materia al rojo vivo, que se apagan con un parpadeo, convertidas en ceniza. Por algún motivo se acuerda de las abejas. El aire está cargado de un zumbido airado, lo único que oye mientras rueda escaleras abajo, el zumbido y su propia voz, el eco de una larga vocal que lo envuelve mientras la casa da tumbos a su alrededor hasta desdibujarse.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Y de pronto se encuentra tumbado sobre la hierba. Unas luces rojas parpadean con ritmo circular y firme frente a sus ojos abiertos, y una mujer, una paramédico, despega sus labios de los suyos. Gene inhala una larga y desesperada bocanada de aire.

—Chiiist —le dice ella en voz baja, y luego le pasa la mano por los ojos—. No mire.

Pero Gene mira. Y a un lado ve el alargado saco de dormir de plástico negro, con un mechón del

cabello rubio de Karen sobresaliendo del extremo superior. Ve el cuerpo negruzco y reseco de un niño, encogido en posición fetal. Y cuando lo colocan encima de la bolsa de plástico para cadáveres extendida en el suelo con la cremallera abierta, ve la boca, congelada, calcificada en un óvalo. En un grito.

Copyright © 2003 Dan Chaon

## Aquí andamos, cayendo en las sombras

Jason Sanford

### Presentación

Jason Sanford es un escritor estadounidense autor de un buen puñado de cuentos, ensayos y artículos. Gran parte de los más de treinta relatos que ha publicado hasta el momento han aparecido en la revista británica Interzone, que incluso ha llegado a dedicar un número a su ficción breve. Y no solo eso, sino que tres de sus relatos han ganado el Readers' Poll de esta publicación (la encuesta en la que los lectores eligen su relato favorito de los aparecidos en la revista durante el año anterior). Una de estas tres obras, su novela corta *Sublimation Angels*, también consiguió en 2010 una nominación a los premios Nebula. Catorce de estos relatos están recogidos en su muy interesante antología *Never Never Stories*, lectura francamente recomendable.

Jason fue asimismo uno de los fundadores de la revista literaria *online storySouth*, dedicada a apoyar y dar a conocer a los nuevos autores del sur de Estados Unidos. *storySouth* también convoca anualmente el Million Writers Award, que premia las mejores obras de cualquier género que hayan aparecido en publicaciones *online*, y Jason ha sido el editor de dos antologías en las que se recoge una selección de los más interesantes cuentos ganadores y finalistas de este premio. Es de destacar que una de ellas, *Million Writers Award: The Best Online Science Fiction and Fantasy,* está centrada exclusivamente en relatos de fantasía y ciencia ficción, y cuenta con obras de autores tan conocidos entre nosotros como Aliette de Bodard, Rachel Swirsky, Hannu Rajaniemi, Adam-Troy Castro o Lavie Tidhar.

*Aquí andamos, cayendo en las sombras* (*Here We Are, Falling Through Shadows*) se publicó por primera vez en 2009 en el número 225 de la ya mencionada Interzone. Posteriormente se ha traducido al checo y al francés, y es la primera obra de este escritor que ve la luz en español, con lo que nuestro idioma se

suma así a la larga lista de aquellos a los que ya han sido traducidos sus cuentos, lista que, además de los ya citados francés y checo, incluye el chino, ruso, polaco, húngaro e italiano. Se trata de un relato de ciencia ficción con algún toque de terror, que espero que os deje con ganas de seguir descubriendo la obra de este interesante autor.

Y, para terminar, vaya también en esta ocasión mi agradecimiento a Jason, que me dio todo tipo de facilidades para que pudiera disfrutar de sus cuentos y elegir de entre todos ellos aquel que más me apetecía traducir. *Thanks a million, Jason!*

## Aquí andamos, cayendo en las sombras

**Jason Sanford**

Miker conducía el camión de bomberos por el barrio sumido en las tinieblas, las luces rojas de emergencia rutilando de manera sincronizada con el bajo profundo de la sirena. Coches aparcados, buzones y jardines con flores destellaban a nuestro paso, iluminados durante unos segundos antes de volverse a deslizar en la noche. Antaño, acostumbrábamos a apagar la sirena en las calles tranquilas como esta, para evitar turbar el apacible sueño de los contribuyentes. Pero ya no. Ahora queríamos que todo el mundo supiera que todavía había quien se atrevía a enfrentarse a la oscuridad.

No obstante, valentía no era sinónimo de necedad. Mientras Miker conducía, el resto de nosotros apuntábamos con los reflectores por doquier, haciendo brotar sombras profundamente quemadas allá por donde pasábamos. Cuando llegamos a una intersección, Karl, el novato salido cuatro meses atrás de la academia de bomberos, gritó:

—¡Desgarrador!

Durante un instante lo vimos: un perfil negro que intentaba alcanzarnos con unos brazos que parecían palos. Pero entonces el desgarrador se transformó y nos percatamos de que no era más que la sombra de un árbol proyectada por el foco del porche delantero de una casa.

—Me he columpiado —murmuró Karl.

—Novato —rezongó Miker desde el asiento de delante a pesar de que todos habíamos cometido ese mismo error en algún momento, y nos echamos a reír.

Las risas se interrumpieron cuando llegamos al incendio.

—Está en pleno apogeo —señaló Miker.

Miramos por las amplias ventanas del camión. Tan solo tres meses atrás, era raro que nos encontráramos incendios urbanos de grandes proporciones, puesto que siempre había alguien que llamaba al teléfono de emergencias en cuanto el humo o el fuego se dejaban ver. Ahora nadie salía por las noches y, con excesiva frecuencia, los incendios alcanzaban una gran aparatosidad antes de que la gente reparara en ellos.

—Hay un tipo asomado a la ventana de la segunda planta —dijo Karl—. Con un niño en brazos.

Yo solté un taco y Karl alargó la mano hacia el tirador para abrir la puerta.

—¡No abras esa puerta! —le ordenó la jefa de nuestra brigada, la oficial Helen Stivers.

Karl parecía estar con ganas de plantarle cara (como todos, ¡joder!), pero sabíamos que tenía razón. La actitud de Helen consistía en esa extraña mezcla de empatía y chulería típica de todos los grandes líderes. Durante sus tres décadas en el cuerpo, unos cuantos gallitos machistas habían desafiado sus órdenes, pero nunca dos veces. En una ocasión había golpeado en el rostro con una llave para neumáticos a un bombero que la había desobedecido. Ninguno de nosotros pensábamos desafiarla.

—Cuarenta y cinco segundos, chicos —anunció Helen sin perder la calma: el tiempo que tardaban las pértigas y los focos remotos de nuestro camión en estar desplegados y funcionando como era debido. Llegado ese momento, las luces dificultaban la presencia de sombras en nuestro campo de operaciones—. Mantened los ojos bien abiertos —ordenó.

Así que nos dedicamos a buscar desgarradores. Nuestros proyectores alumbraron los alrededores con tal fulgor que el incendio quedó reducido a un mero brillo apagado, como si se hubiera achantado ante nuestro poderío. Las luces también brillaban en las viviendas de la zona, revelando a los vecinos que miraban desde detrás del manto de seguridad de las cortinas y persianas. En la casa que había al otro lado de la calle, un ventanal enmarcaba a una mujer con una bata rosa que estaba arrodillada rezando.

—Ese tío está gritando —susurró Karl, señalando lo obvio como siempre hacían todos los novatos.

Miré al hombre que estaba al borde de la muerte, las nauseas atenazándome la garganta. Helen fue contando los segundos en voz alta (quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho) para atemperar nuestros nervios y los suyos, mientras el tórrido aire que brotaba de la ventana abrasaba vivo al hombre.

Dicho sea en su honor: no soltó a la pequeña y la sostuvo lejos del alcance del humo y el fuego. Tras dirigirnos una última mirada de súplica, su rostro asfixiado desapareció por completo tragado por la humareda. Tan solo sus brazos colgaban desde la nube de humo que salía por la ventana, como si fuera un dios desconocido considerando la posibilidad de perdonar la vida de la criatura.

—Veintinueve, treinta, ¡maldita sea!, no podemos esperar —gritó Helen—. ¡Vamos!

Karl abrió la puerta y esprintamos hacia la casa. El hombre estaba quedándose sin fuerzas y ya apenas era capaz de sujetar a la niña, que no dejaba de berrear. Era de muy corta edad, dos años como mucho, y Karl y yo alargamos los brazos para cogerla. Pero cuando estaba cayendo, la imponente negrura de un desgarrador se alzó del suelo junto a nosotros, protegida de nuestros focos por un minúsculo vestigio de la sombra de un árbol. El jodido había estado esperando, confiando en que el hombre dejara caer a la niña a través de su lóbrega desgarradura en el espacio.

Contando con que Karl cogiera a la niña, encendí mi foco portátil y lo iluminé. Durante una fracción de segundo, vi otro mundo a través de su cuerpo, una escena surrealista de oscuridad sobre oscuridad, con criaturas de sombra deslizándose de aquí para allá, gritando obscenidades incomprensibles y clamando por mi alma. Y entonces, el fulgor combinado de mi foco y de los proyectores del camión lo arrolló y lo redujo a la nada.

Cuando me giré, Karl tenía a la lloriqueante niña entre sus brazos. La pequeña se apartó de su rostro, más asustada de su equipo de bombero que del incendio y del desgarrador. Levanté la vista, el cuerpo del hombre colgaba de la ventana, y Helen y Miker estaban cogiendo una escalera para intentar salvarlo.

Para cuando llegaron hasta él, ya estaba muerto.

Una vez el incendio estuvo sofocado y la niña camino del hospital, Helen le dijo a Karl que se había portado muy bien. El novato no dejaba de mirar el cadáver del hombre cubierto por una sábana, y Helen le dio un puñetazo en el brazo intentando distraerlo.

—Al menos no fue tragado por el infierno de ese bicho —murmuró Karl—. Eso tiene que ser peor que morir abrasado.

En ese momento, el viento cambió y empezó a soplar desde donde estaba el cadáver, arrastrando un tufillo grasiento a carne quemada, y yo rogué por que Karl tuviera razón.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Cuando después de mi turno llegué a casa, me encontré a Sammy, mi hija de dieciséis años, repanchigada en el sofá mirando las noticias en su lector. Me incliné para darle un abrazo, pero la mirada de malas pulgas que me lanzó hizo que me detuviera cuando ya tenía los brazos medio extendidos.

Levantó el lector con un desdeñoso movimiento de muñeca, para enseñarme el vídeo del incendio y el desgarrador. Al parecer, uno los vecinos nos había grabado la noche anterior.

—El hombre se llamaba Aaron Wills —dijo Sammy con la voz carente de entonación que había adoptado desde que nos habían arrebatado a su madre—. Su mujer estaba en la otra punta de la ciudad echando una mano a un familiar enfermo. Su hija está en el Hospital Infantil. Confían en que se recupere.

—Un hombre valiente —señalé—. Un coraje así es digno de encomio.

Sammy resopló, como de costumbre cuando yo mencionaba cualquier emoción o ideal que no se basara en el cinismo puro. Durante un instante la miré fijamente sin ver ni su pelo rapado, que ella misma se afeitaba en el cuarto de baño, ni el tatuaje negro del desgarrador de su mejilla que se extendía hacia el ojo derecho como si quisiera arrastrar su mirada hacia otra dimensión. En lugar de eso,

vi a Sammy tal como era a los nueve años, la niña de larga y ondulante cabellera pelirroja a la que yo hacía cosquillas hasta que se le saltaban las lágrimas de la risa. La niña que me abrazaba con la fuerza de una serpiente pitón antes de cada turno, y que siempre me besaba en la mejilla y me susurraba que tuviera cuidado.

Ahora tales muestras de cariño parecían quedar fuera de su alcance. Como si quisiera provocarme, murmuró que debería haber dejado que el desgarrador atrapara a la niña.

No podía creer que ella hubiera dicho eso.

—¿Por qué?

—Habría terminado haciendo algo útil con su vida.

—Y… ¿tú cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho un amigo.

Dejé escapar un gruñido. Si Sammy se había pasado la noche hablando con el desgarrador, mi suegra me iba a echar un buen rapapolvo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Me cayó un buen rapapolvo.

Resultó que mi suegra había pillado a Sammy hablando con un desgarrador por la ventana del dormitorio. A Arlene casi le dio algo cuando vio a ese monstruo en el jardín trasero y a Sammy en la ventana con una sonrisa alelada de pirómana.

Intenté decirle a Arlene que no se preocupara. El desgarrador llevaba dos semanas presentándose en nuestro jardín, pero yo había instalado focos en el exterior de las ventanas de la habitación de Sammy que mantenían al jodido bicho a varios metros de la casa. Sin embargo, Arlene no tuvo paciencia para que le explicara mis medidas de seguridad. «Nunca es culpa tuya, ¿verdad? —me espetó, haciendo jirones mis palabras con sus agotados ojos que cortaban como cuchillas—. ¿Cuál es tu plan?, ¿permitir que esas malditas cosas te arrebaten a toda tu familia?».

Me puse tenso, mientras la parte de mí que estaba exhausta me gritaba que le partiera la cara. Sin embargo, en lugar de rendirme ante la ira, respiré hondo y la miré, y en su rostro cansado vi a mi esposa. Bueno, vi el aspecto que hubiera tenido Carie dentro de veinte años si se nos hubiera permitido envejecer juntos. El cabello pelirrojo canoso. Los finos huesos y los músculos pulidos a base de determinación y esfuerzo.

Tanto Arlene como yo sabíamos que la mórbida fascinación de Sammy por los desgarradores era consecuencia del hecho de que su madre hubiera sido asesinada por uno de ellos. Bueno, asesinada no.

Arrebatada. Transformada. Como se quiera llamar a todas esas cosas tan dolorosas que esas criaturas hacían a los que atrapaban.

La primera vez que Sammy había hablado por la ventana con el desgarrador, me había temido que lo dejara entrar. Por algún motivo, los desgarradores solo aparecían cuando no había luz, y no atravesaban ni la más sencilla barrera, ya fuera una puerta o una ventana de cristal cerradas, o incluso la tela de una tienda de campaña. No se adentraban por los conductos de ventilación, ni tampoco doblaban esquinas ni curvas en el interior de los edificios, casi como si fueran auténticas sombras que no pudieran salirse del camino marcado por lo que fuera que estuviera bloqueando su luz invisible.

Había quien decía que no entraban en las casas por un cierto respeto hacia los humanos. Otros buscaban explicaciones científicas. Pero, a fin de cuentas, lo único que importaba es que si te dejabas una puerta abierta por la noche, o tenías en una ventana una fisura más gruesa que un cabello, un desgarrador podría entrar por ahí y llevársete.

Con monstruos así en el exterior de nuestras casas, lo raro era que fuéramos capaces de pegar ojo. Todo el mundo parecía apático y asustado, incluso durante el día. Eran muy pocos los que continuaban acudiendo al trabajo. En lugar de eso, la gente se apresuraba a salir en busca de comida y suministros durante el día, y se apresuraba a regresar a su hogar antes de que cayera la noche.

Le di las gracias a Arlene por haberse quedado cuidando a Sammy. Mi suegra sorbió por la nariz y se disculpó por haberse enfadado tanto.

—Es el cansancio lo que me hace hablar así —dijo, y se encaminó hacia su coche.

—Culpa mía —dijo la voz monótona de Sammy una vez el automóvil de Arlene se hubo alejado—. Me dijiste que dejara de hacer cosas raras cuando la abuela estuviera en casa. «Que dejara de hacer cosas raras», fueron tus palabras textuales.

El rostro se me crispó ante su malicioso comentario; pero en lugar de caer en la trampa le dije que no se preocupara por su abuela.

—Lo que pasa es que echa de menos a mamá —le aseguré.

Esperar que Sammy dijera que ella también echaba de menos a su madre era esperar demasiado de mi hija adolescente y emocionalmente desconectada. Me miró con el rostro carente de toda expresión y luego volvió a concentrarse en su lector.

Sintiéndome incapaz de enfrentarme a más dramas, me fui a mi cuarto y, tras cerrar la puerta y tirarme sobre la cama, me puse a llorar.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Había conocido a mi esposa dos décadas atrás. Carie era una artista de éxito que pintaba hermosas ilustraciones para libros infantiles. Los fines de semana también colaboraba como bombero rural. Su minúscula brigada era la encargada de personarse cuando se producía un accidente de coche o se incendiaban algunos matorrales en un radio de treinta minutos de la ciudad.

Una noche habían llamado a mi brigada para que acudiera en apoyo de la de Carie. Cuando llegamos nos encontramos con un almacén envuelto en llamas y a Carie arrastrando a un compañero que había sucumbido bajo el calor. Nunca olvidaré la imagen de esa mujer llena de determinación, con el cabello pelirrojo aglomerándose en su máscara, que arrastraba hacia la ambulancia a un hombre que la doblaba en tamaño.

Una vez hubimos sofocado el incendio, Carie y yo charlamos un rato. Me contó que cuando no colaboraba como voluntaria con la brigada, trabaja como ilustradora *free lance*. «Mi último libro fue *Bu Bu tiene un chuchú*», me dijo mientras se limpiaba el negro hollín y el sudor de la cara.

¿Cómo no te vas a enamorar de alguien así?

Gracias a su propia experiencia, Carie comprendía los peligros y la tensión de mi trabajo. En las ocasiones en las que otra esposa podría haber estado preocupándose por mi seguridad, ella restaba importancia al asunto. De hecho, más me quitaba a mí el sueño su trabajo como voluntaria de lo que jamás se lo quitó a ella el mío.

Los desgarradores la atraparon la noche en la que aparecieron por primera vez. Cuando en una salida de rutina para prestar asistencia médica Carie caminaba hacia la casa en la que un niño se había roto un brazo, surgió un desgarrador. Mi mujer se desvaneció antes de que su brigada pudiera reaccionar. Lo único que alcanzaron a oír fue el eco de sus gritos, que llegaban desde la nada mientras la criatura retorcía y rasgaba el cuerpo y el alma de Carie para convertirlos en algo contra natura.

Todavía sigo dándole vueltas a cómo será ese infierno al que se la llevaron.

Y rezo para que sea un lugar agradable.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Lloré hasta quedarme dormido y desperté a media tarde. Me sorprendió que Sammy no estuviera ni en su cuarto ni el jardín de atrás. En lugar de eso la encontré en el estudio del sótano, pintando en el lienzo inteligente de mi mujer. A punto estuve de gritarle que se apartara, pero me contuve. Carie ya no necesitaba el equipo electrónico de pintura, y si Sammy seguía estando interesada en pintar, debía animarla.

Me acerqué para ver qué estaba haciendo, pero ella levantó la mano indicándome que me detuviera. Durante toda su infancia, Carie había dedicado unas horas todas las semanas a pintar con nuestra

hija. Sammy nunca había mostrado sus cuadros hasta que estaban terminados, momento en que enseñaba su obra con una teatral floritura de las manos. El recuerdo me hizo sonreír, y di por hecho que eso es lo que se disponía a hacer también ahora.

En lugar de eso, oí un clic electrónico, seguido por el acostumbrado suspiro de la papelera del lienzo al ser vaciada. Sammy arrancó el cartucho de memoria del panel de control y lo tiró al suelo, y luego machacó la vítrea pieza bajo su bota derecha.

Di un grito y la aparté del lienzo de un empujón. Una parte de mí oyó a Sammy golpear la pared del sótano, pero me dio igual. Toqué el lienzo inteligente y accedí a la memoria. Donde antes había habido cientos de cuadros creados por Carie y mi hija ahora no quedaba ninguno.

—¿Qué has hecho? —le pregunté con el cuerpo tembloroso.

Fue entonces cuando me percaté de que le sangraba la nariz por el golpe que se había dado contra la pared. Siendo ella como era, se incorporó como si no le doliera y se enfrentó a mi ira con una sonrisa de suficiencia.

—Esto se acabará pronto —dijo con tono despreocupado mientras se limpiaba la sanguinolenta nariz con el dorso de la mano. Su sangre salpicó de brillantes estrellas el azul claro del lienzo.

—¿El qué?, ¿tu cuadro?

—Lo de los desgarradores. Solo van a estar aquí unas cuantas semanas más.

Me acordé de las charlas de mi hija por la ventana con el desgarrador y solté una risita nerviosa.

Sammy se fue escaleras arriba y yo me quedé con el lienzo en blanco. Toquiteé los controles para acceder al programa de recuperación de archivos que Carie había instalado después de perder uno de sus dibujos por culpa de un fallo informático. Mientras el lienzo empezaba a reconstruir lo que quedaba en la memoria restante, yo subí las escaleras para decirle a Sammy que la cena estaría lista en media hora.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Nuestra brigada no funcionaba basándose en los habituales turnos de veinticuatro horas, sino que yo trabajaba de un tirón cuarenta y ocho y luego libraba cuatro días. Aunque en el ruidoso parque de bomberos siempre dormía profundamente, en mi propio hogar no conseguía descansar. Cada pocas horas recorría obsesivamente la casa, para asegurarme de que ventanas y puertas estuvieran perfectamente cerradas.

Bien pasada la medianoche, oí susurrar a Sammy al pasar junto a su puerta. Quería respetar su intimidad, pero también necesitaba disculparme por lo que había sucedido en el sótano.

Llamé a la puerta, que se abrió una rendija. «Sammy, quería…», pero me interrumpí cuando el pánico me dejó sin palabras. Los focos que había colocado en el exterior del dormitorio de Sammy estaban apagados; la ventana, abierta de par en par, y un desgarrador ocupaba la mitad del cuarto. Su cuerpo plano se cernía como una sombra henchida de dolor.

Agarré a Sammy, confiando en poder empujarla al pasillo antes de que la atrapara. Pero, en lugar de coger a mi hija, el desgarrador inhaló profundamente (a falta de una mejor palabra) y aspiró su sombra por la ventana, de vuelta al exterior. Durante un fugaz momento vi su portal. Vi su mundo carente de luz en el que aullaban fluctuantes sombras de pesadilla, criaturas que mi cuerpo sentía más que veía. Y un instante después, desapareció.

Cerré la ventana de golpe y eché el cerrojo. Sammy encendió las luces de la habitación mientras yo era presa de violentos temblores, los peores desde el terrible golpe de la abducción de Carie.

La ira se había apoderado del rostro de Sammy.

—¡Tonto del culo! —gritó dándome una fuerte patada—. Era mamá.

—¿Carie? —tartamudeé—. ¿Qué coño dices?

Sammy me miró como si fuera lerdo, y a lo mejor es que lo era.

—Ese desgarrador era mamá. O lo que queda de mamá, después de que los desgarradores la transformaran.

—Sammy, está intentando engañarte. Quiere atraparte y llevársete.

Sammy dio otra patada a la pared del cuarto, que dejó una marca en el yeso. Respiró hondo intentando calmarse.

—¿Sabes por qué se llevan a la gente?

Esperé a que Sammy me contara lo que sabía. Después de todo, el motivo por el que los desgarradores secuestraban a la gente era la única pregunta digna de ser planteada en el mundo de hoy en día.

—¿Y bien? —pregunté por fin.

—Y bien, ¿qué?

—¿Por qué se llevan a la gente?

Sammy dejó escapar una risita y me dijo:

—Pues te va a tocar averiguarlo.

Un sinsentido, como tantas otras de mis conversaciones con Sammy desde la desaparición de su madre. Lloré, grité y me reí para mí. Quería darle un abrazo de oso y no soltarla hasta que le entrara un poco de sentido común en la cabeza, quería decirle que el que su madre ya no estuviera con

nosotros no era culpa de ninguno de los dos. Aunque también sabía que todo lo que mi hija decía tenía todo el sentido del mundo para ella, lo que solo servía para hacerme sentir más frustrado.

Miré por la ventana. La criatura se había vuelto a perder entre las sombras. También me fijé en que los dos focos exteriores yacían en el suelo: Sammy debía de haberlos derribado tras abrir la ventana.

Le dije que dejara encendida la luz de su cuarto hasta que se hiciera de día, para que el desgarrador no volviera. Ella se mordió el labio inferior y me dijo:

—Supongo que estás enfadado.

—¿Lo supones?

Sammy dejó escapar un suspiro.

—Mamá no me haría daño. Lo único que pasa es que me echa de menos.

La abracé dulcemente y le dije que se acostara. Cuando iba por el pasillo hacia mi habitación, la oí decir en voz baja, «Yo no voy a poder estar siempre aquí, lo sabes».

No sabía si todavía me estaba hablando a mí o si lo que farfullaba volvía a estar dirigido al desgarrador. Pero no me detuve a averiguarlo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Para cuando me tocó empezar mi siguiente turno, Arlene ya había disfrutado de varias noches de sueño reparador y estaba de mejor humor. «Lo que me saca de quicio no es la falta de sueño —me dijo—, sino el estrés que me produce saber que esas cosas están ahí fuera y que Sammy no se da cuenta de lo peligrosas que son».

Le agradecí todo lo que había hecho por mi hija y por mí, y le enseñé las cerraduras que había instalado en todas las ventanas para que Sammy no pudiera abrirlas. Arlene pareció quedarse satisfecha y se despidió diciéndome que ya nos veríamos cuando acabara mi turno.

En el parque de bomberos, Miker, Karl y Helen estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina bebiendo café. Les conté cómo Sammy le había abierto la ventana al desgarrador. Lo único que me callé fue que mi hija creía que se trataba de Carie.

—Sammy ha tenido suerte —dijo Helen—. La mayoría de ellos, como tengan la más mínima oportunidad de pillar a alguien, la aprovechan.

—Lo sé, pero no me quito de la cabeza lo que dijo Sammy, lo de que no le iba a hacer daño. ¿Alguna vez habéis oído hablar de que uno de estos bichos sienta un interés especial por alguien? Porque Sammy lleva semanas hablando con el jodido.

—Una amiga mía está en el FBI bastante arriba —dijo Helen bajando la voz—. Me contó que ya van unos cuantos casos de desgarradores que hablan con personas. El problema es que esas personas terminan saltando al interior del desgarrador. Así que, aunque la mayoría se conforma con secuestrar a la gente, hay unos pocos que quieren persuadirte de que lo hagas tú.

Miker y Karl asintieron como si no les pillara por sorpresa, como si ese par de mendrugos hubiera estado al tanto de algo que yo no sabía. Gracias a las escasas interacciones que habían tenido lugar entre científicos y desgarradores, sabíamos que eran inteligentes, pero que mantener una conversación con ellos resultaba complicado. La mayoría no hablaba, y era raro que los pocos que sí que lo hacían dijeran algo con sentido: a veces aseguraban ser amigos o familiares, otras soltaban mentiras y verdades con idéntica facilidad. Parecido a cuando Sammy y yo hablábamos sobre cualquier asunto que fuera más allá de lo que estaba preparando para cenar. La mitad de las veces no entendíamos lo que en realidad el otro estaba diciendo.

Karl, deseoso de convertirse en el centro de atención como el típico novato en período de prueba, nos contó que a un vecino suyo se lo habían llevado unos días antes.

—Sus alaridos se oyeron por toda la manzana. ¿Qué es lo que le hace a alguien gritar así?

Todos nos encogimos de hombros. Lo que le hacían a la gente, fuera lo que fuera, dolía como mil demonios.

—Yo creo que ya han estado aquí antes —intervino Helen—, y que por eso en nuestras religiones abundan tanto las descripciones de infiernos y demonios.

—Eso es una tontería —dijo Miker—. El infierno está lleno de fuego, no de oscuridad.

Todo esto me sobrepasaba.

—A lo mejor debería instalar más focos en el jardín —sugerí.

—Falsa seguridad —terció Helen—. Siempre van a quedar sombras donde se puedan camuflar.

—Pero ¿por qué lo hacen? —preguntó Karl.

Helen musitó que otros más capaces que nosotros no habían conseguido averiguar sus motivos. Y antes de que pudiera añadir nada más, el sonido de la alarma nos obligó a centrar nuestros pensamientos exclusivamente en el trabajo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Durante el día, las salidas eran como en los viejos tiempos. Accidentes de tráfico. Infartos. Falsas alarmas en los escasos colegios que todavía continuaban abiertos. Sin embargo, con la puesta de sol, los civiles se apresuraban a regresar a su hogar, y el parque de bomberos perdía su intemporalidad y se

convertía en un enorme y humeante cúmulo de ahora. Cerrábamos la puerta principal. Encendíamos los focos. La estación brillaba como el corazón del sol, bañando varias manzanas de la ciudad con nuestra falsa garantía de esperanza.

Creo que si fuera posible, iluminaríamos el mundo al completo para que la noche ya no existiera. Pero la luz no puede acabar con todas las sombras.

Durante las siguientes horas no tuvimos ninguna llamada. Sintiéndome osado, abrí la puerta lateral de la estación y salí al exterior. A medida que mis ojos se fueron acostumbrando a los focos, fui percibiendo una fina raya de sombra entre dos coches que había aparcados en la calle. Me cubrí los ojos con la mano a modo de escudo y caminé hacia allí. Y, efectivamente, la sombra se retorció y tembló cuando un desgarrador trató de alcanzarme en vano. Olía a almizcle y sándalo, igual que el incienso que mi mujer acostumbraba a quemar mientras pintaba.

—¿Carie? —dije.

El desgarrador flotaba por su rectángulo de sombra cuando la palabra «sí» acarició mi mente, una palabra que se mezcló con la sensación de Carie abrazándome con fuerza. Deseé con todas mis fuerzas alargar los brazos y tocarlo, descubrir si realmente era ella, pero sabía que solo estaba intentando engañarme.

—¿Por qué no os gusta la luz? —pregunté, inclinándome para verlo de más cerca—. ¿Por qué no entráis en las casas?

La criatura tan solo me miró fijamente (si es que una sombra carente de rostro puede mirar) y a continuación abrió el portal a su mundo. Como siempre, ese mundo era pura oscuridad, pero, aunque mis ojos no vislumbraron nada, mi mente lo vio todo con excesiva claridad. Presencié impotente la caída de una mujer por la brecha de oscuridad, el cabello pelirrojo, sus gritos cada vez más y más fuertes a medida que un millar de sombras afiladas se hundían una y otra vez en su piel, hurgaban, la hacían pedazos. Noté un regusto a vómito en la boca cuando me percaté de que se trataba de Carie. Eso era lo que le había pasado a la mujer a la que amaba cuando los desgarradores se habían apoderado de ella.

Pero Carie no estaba muerta. Mientras la criatura acariciaba mi mente, sentí los labios de mi esposa en los míos. «¿Por qué no venís conmigo Sammy y tú? —preguntó dulcemente, sus pensamientos entremezclándose con los míos—. Os echo tantísimo de menos…».

Retrocedí a trompicones y caí sobre la acera cuando el desgarrador se retorció intentando escapar de su prisión de sombras. Mis piernas se negaban a moverse salvo para correr hacia Carie y unirme a ella en la oscuridad. Desoyendo las inquietantes pretensiones de mi esposa, me alejé arrastrándome, cada centímetro, cada palmo, una batalla mientras Carie me suplicaba que fuera con ella… con el imaginario aroma y tacto de su cuerpo junto al mío ahogando hasta el último de mis pensamientos racionales. Cuando por fin alcancé la puerta de la estación entré gateando, y sin dejar de temblar y

maldecir la cerré de un portazo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Por desgracia, Helen se topó conmigo instantes más tarde y al momento supo que había estado en un tris de ser atrapado. Esperó a que se me pasaran los temblores y entonces me echó una buena bronca, diciéndome a voz en grito que más me valía que me olvidara de cualquier aventura suicida que pudiera tener en mente.

—No pondrás a esta brigada en peligro —me advirtió.

—Por supuesto que no. Es que esos cabrones despiertan mi curiosidad, nada más.

—¿Y has averiguado algo? —me preguntó con sarcasmo.

Me acordé de lo que Helen había dicho sobre que otros más capaces que nosotros ignoraban qué es lo que querían los desgarradores. Al ver que no respondía (ya que no me atrevía a mencionar que mi esposa podría ser ahora uno de ellos), se alejó sacudiendo la cabeza, a todas luces irritada.

Una vez a solas llamé a Arlene para preguntarle por Sammy. Mi suegra me dijo que mi hija ya se había acostado, aunque apenas eran las diez. Le di las gracias y le dije que me pasaría por casa por la mañana. Aunque me lo callé, lo que en realidad quería era hablar con Sammy sobre ese desgarrador, sobre si podría tratarse realmente de Carie.

Esa noche, la brigada al completo estaba un tanto alterada, así que alrededor de las doce nos montamos en el camión y nos dedicamos a vagar por las calles sin tráfico, cruzándonos únicamente y muy de vez en cuando con algún coche de la policía y alguna ambulancia. Acudimos a un aviso de ataque al corazón poco después de las dos de la madrugada, pero por lo demás fue una noche tranquila.

Estábamos regresando al parque de bomberos cuando Sammy me llamó al móvil. Era bastante raro que me llamara en plena noche, y todavía más que se quedara callada. Escuché por el teléfono mudo y oí el chirrido de los grillos y el sonido del viento. Y entonces mi suegra gritó, «¡Apártate de ella!».

Estaban en el exterior. Sentí cómo un escalofrío me recorría el cuerpo y entonces supe que Sammy había salido a hablar con el maldito bicho.

Helen me preguntó qué pasaba. Yo me había quedado sin palabras, me resultaba imposible contar lo que sabía.

—Mi casa —conseguí proferir a duras penas.

Helen indicó a Miker que encendiera las luces y la sirena, y aceleramos camino de mi barrio.

—No te enfades, papá —susurró Sammy por el aparato.

Su teléfono golpeó el suelo. Oí gritar a mi niña presa de terribles dolores, un sonido cuyo eco resonó mucho más tiempo del que ningún padre debería ser obligado a oír jamás.

—Tranquila —murmuré, aunque Sammy ya no me estaba escuchando—. Voy de camino.

Al llegar encontramos a mi suegra llorando en el jardín de delante, ajena a todos los peligros que la amenazaban. Iluminamos la zona y le pregunté dónde estaba Sammy. Arlene señaló el césped bajo mis botas.

Allí estaba tirado el móvil de mi hija, todavía con la línea de la llamada a mi propio teléfono.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

¿Cómo se llora a quienes podrían estar muertos o podrían estar vivos?, ¿que podrían regresar o podrían haber desaparecido para siempre?

Helen me dijo que me tomara el tiempo de permiso por motivos personales que necesitase, pero lo único que me esperaba en casa era el llanto por una hija y una esposa que rogaba siguieran con vida en el sombrío mundo infernal de los desgarradores.

Arlene me contó que a medianoche había ido a ver cómo estaba Sammy y se la había encontrado dormida. Luego había ido al cuarto de baño, momento que Sammy había aprovechado para escapar al exterior para hablar con el desgarrador. Arlene había ido tras ella, pero la criatura solo quería a Sammy.

Le dije a Arlene que no había sido culpa suya, pero no se quedó convencida. Cuando se marchó me dediqué a vagar por la casa vacía, sintiendo la persistente presencia de Sammy. Su cama deshecha. La ligera marca de su cabeza en la almohada.

En el estudio del sótano, el lienzo inteligente brillaba con su acostumbrada luz azul. Un mensaje decía que el sistema había recuperado el último cuadro que se había visualizado, probablemente el que Sammy había estado mirando antes de borrar y arruinar todo lo demás.

Mi dedo se cernió sobre el botón de visualización, pero en esos momentos no me sentí capaz de enfrentarme con el pasado. Le dije al lienzo que guardara el cuadro y subí las escaleras.

Cuando comenzó el siguiente turno volví al parque de bomberos, dando gracias por poder estar en compañía de la única familia que me quedaba.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Las dos semanas siguientes pasaron a una velocidad anestésica. Helen no me quitó ojo de encima, temiéndose algún impulso suicida por mi parte y, para mi sorpresa, fue algo que se me pasó por la cabeza. En las salidas nocturnas, yo me dedicaba a escrutar de manera obsesiva a los desgarradores que fluctuaban justo donde ya no alcanzaban a iluminar nuestros reflectores. Me descubrí avanzando hacia los cabrones, preguntándome si tendría las agallas para seguir las huellas de mi familia. Preguntándome si Carie y Sammy estarían entre los que merodeaban a nuestro alrededor.

Para mantenerme a salvo, Helen me asignaba tareas rutinarias, como encargarme de manejar los aparatos. Y tanto ella como el resto de la brigada se negaban a dejarme solo ni siquiera unos minutos.

Y entonces tuvo lugar el incendio del refugio.

El fuego se originó en una macrotienda abandonada reconvertida en albergue para personas que no tenían donde refugiarse de los desgarradores. Como era de noche, sus ocupantes tuvieron miedo de abandonar el edificio, incluso con el incendio abatiéndose sobre ellos, así que se dirigieron en estampida hacia las piezas que todavía no estaban invadidas por el humo y las llamas y se quedaron esperando a que los rescatáramos.

Nuestro camión fue el segundo en llegar. Tras desplegar nuestros reflectores, Helen ordenó a Miker y a Karl que entraran por una puerta de emergencia para echar un vistazo rápido. Menos de un minuto más tarde ya estaban arrastrando al exterior a un par de hombres jóvenes.

—Hemos oído gritar a más gente —dijo Karl mientras los técnicos en emergencias sanitarias empezaban a atender a las víctimas.

Helen clavó la mirada en mí, intentando decidir si estaba lo suficientemente entero como para jugármela adentrándome en el edificio.

—Vale, entramos los cuatro, localizamos a tantos como podamos y los sacamos.

Karl y Miker asintieron con la cabeza y volvieron a entrar. Helen comprobó mi máscara y el suministro de aire y me susurró:

—No vayas a jodernos.

Inhalé una bocanada del limpio aire embotellado y la seguí al interior.

Las nubes de humo eran tan espesas que ni se veía. Oía mi propia respiración, constante, y el fragor del fuego, un áspero «Sammy, Sammy», que retumbaba cada vez con más fuerza a medida que nos íbamos adentrando en el edificio. Justo cuando ya creía que no íbamos a encontrar a nadie, me llegó el débil eco de un grito. Agarré a Helen y la arrastré hacia el lugar de donde había llegado el sonido. Entramos en otra estancia en la que encontramos a cinco personas acurrucadas junto a una salida de emergencia. Estaban medio tumbadas sobre las baldosas del suelo, respirando los escasos restos de aire limpio.

Helen hizo ademán de ir a abrir la puerta de emergencia, pero una de las mujeres se lo impidió.

—Desgarradores —nos dijo a voz en grito—. Justo al otro lado. Ya han cogido a uno de nuestros compañeros.

Helen me hizo un gesto para que me acercara mientras informaba por radio de nuestra posición exacta y situación. Cada vez había más humo y hacía más calor. El lugar no iba a resultar seguro durante mucho más tiempo.

—No podemos sacarlos desandando el camino a través de toda esa humareda —me dijo a gritos.

Empujé la barra de apertura de la puerta para probarla, la abrí ligeramente y luego la volví a cerrar.

—Vamos a esperar —vociferé a mi vez—. Que traigan los proyectores a este lado del edificio.

Pero la espera resulta dura cuando tienes el infierno aullándote por encima del hombro. Fuimos pasando las mascarillas, para que los refugiados pudieran respirar aire limpio por turnos, pero cada vez había más humo y el fuego estaba más cerca. Los proyectores todavía no habían llegado a nuestra puerta cuando nos derribó una explosión. Una llamarada nos envolvió y el humo inundó la estancia.

—¡Salimos ya! —bramó Helen mientras agarraba a la mujer que tenía a su lado.

Uno de los hombres respondió también a gritos que él prefería arriesgarse y quedarse allí, pero yo lo obligué a incorporarse y dirigí mi foco hacia la puerta. Helen la abrió de una patada, y entre los dos empujamos a los otros cinco al exterior sin dejar de iluminar a nuestro alrededor con nuestros focos, en busca de desgarradores.

—No se separen —grité, mientras todos tosíamos al respirar el aire frío del exterior.

Cada árbol, matorral y hoja de hierba proyectaba una temblorosa franja de sombra. Desde una de las esquinas del edificio, apenas a treinta metros, la luz de los proyectores de uno de los camiones atravesó el humo.

—¡Vamos! —gritó Helen.

Corrimos hacia la luz, con Helen a la cabeza y conmigo en retaguardia empujando a los despavoridos refugiados. Una mujer alta corría a la vera de Helen y, cuando estuvimos más cerca de los proyectores, me percaté de que tenía el cabello pelirrojo; aunque justo cuando ese detalle tan nimio se estaba registrando en mi cabeza, la mujer se esfumó, y la casi imperceptible palpitación de un desgarrador ocupó su lugar. El eco de sus gritos atravesó el oscuro vacío en todas las direcciones.

—¡Lárgate! —aulló uno de los hombres que, presa del pánico, me lanzó de un empujón contra el lateral del edificio.

Mi casco golpeó con fuerza la pared de hormigón y me desplomé, aturdido, mientras el hombre se lanzaba a la carrera hacia las sombras de la noche y caía dentro de otro desgarrador. Una vez más

vislumbré ese mundo de oscuridad mientras el desgraciado suplicaba clemencia. Entonces Helen se plantó frente a mí y me ayudó a incorporarme.

Los dos hombres y la mujer que quedaban de las cinco personas que habíamos intentado rescatar habían permanecido a nuestro lado. Helen los colocó entre nosotros y los proyectores de los camiones, y no dejó de hablarles intentando sofocar su pánico, «No se detengan, los tenemos cubiertos», hasta que su luz se estrelló contra el suelo, y un desgarrador se desvaneció del lugar que había ocupado. Tal como era de esperar en ella, no gritó cuando la criatura le hizo lo que fuera que le hiciera. Tan solo un único gemido de dolor flotó por el aire, seguido por el silencio.

Arrojé mi foco al desgarrador antes de que desapareciera por completo.

—Venga, llévame a mí —le grité.

Una oscuridad más profunda se alzó frente a mi rostro, desgarrando el espacio y tiempo en susurros y sabores: el rugido del fuego convirtiéndose en el cuerpo de Carie junto al mío, los tranquilizadores destellos de luz de los camiones transformándose en el grito final de Sammy cuando el desgarrador se la había llevado. Mientras mi mundo desaparecía en la oscuridad de la criatura, mis brazos y piernas se desgajaron y quedaron reducidos a las fibras musculares más básicas. Mi garganta fue presa de un espasmo antes de que me fuera arrancada por la boca, que incluso entonces se negó a dejar de lanzar alaridos. El desgarrador soltó una risa burlona y supe de sopetón que lo peor todavía estaba por llegar. Nuestras almas se fundirían. La mía en la suya, y la suya en la mía. Y lo que era peor, el hijo de puta nunca dejaría de reírse por lo que me había hecho.

Y entonces, de pronto, el dolor desapareció.

Yo seguía parcialmente dentro del él y él dentro de mí, pero ese regocijo inmoral que había sentido unos momentos antes había desaparecido, sustituido por la monótona voz de mi hija que me susurró, «Tranquilo, papá».

La interrupción pareció molestar al desgarrador, que intentó deshacerse de Sammy. Sin embargo, esta se limitó a desvanecerse de donde quiera que estuviera para aparecer junto a mí dentro de la criatura, cuya conciencia lanzó un fugaz grito antes de que Sammy lo absorbiera, exactamente lo mismo que él había estado intentado hacer conmigo.

Caí de rodillas, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Estaba dividido entre dos mundos. A lo lejos seguía sintiendo la presencia de las tres personas a las que había estado intentando salvar, que en la realidad terrenal estaban apiñadas alrededor de mi cuerpo; pero también estaba flotando en un mundo que no era capaz ni de empezar a comprender, envuelto en la oscuridad. Mis ojos ya no me servían para nada, aunque estaba viendo millones de sombras que giraban, reían y se destrozaban las unas a las otras con total desenfreno.

—Soy una de ellos —dijo Sammy, que compartía conmigo el cuerpo del desgarrador—. Mamá me prometió que si venía estaría con ella.

Y, de improviso, la conciencia de mi esposa afloró en el interior del desgarrador en el que estábamos Sammy y yo. Diría que Carie me abrazó, si pudiera decir que todavía tenía brazos con los que tocar; pero, en lugar de eso, ella y Sammy eran fantasmas, que habitaban el extraño vacío que era el cuerpo del desgarrador.

Al ver que no comprendía, se abrieron a mí.

Vi a los desgarradores: ancestrales, poderosos, su forma de vida totalmente ajena a la humana. El intercambio de consciencias entre ellos era algo similar a nuestra comunicación con palabras. Esas sombras que eran sus cuerpos eran meros contenedores para un eterno desfile de almas, almas que continuamente se combinaban y alteraban con cada interacción que se producía entre ellos. Una consciencia fuerte podría absorber a una más débil, para tan solo momentos después ser engullida por otra todavía más poderosa, y dividirse en dos nuevos entes un segundo más tarde. Pero nada se perdía realmente, puesto que los desgarradores se mezclaban y se dividían y se mezclaban una y otra vez.

—No lo entiendo —dije.

—Imagínate que estamos hablando —me explicó Sammy—. Imagínate las almas humanas como palabras. Cada vez que hablaras, tu conciencia te abandonaría y se mezclaría con todas las personas que te han escuchado. Y a medida que la gente fuera repitiendo lo que habías dicho, te irías transformando sin cesar en algo nuevo. Pero tú también permanecerías. Cambiado. Distinto. Aunque todavía en parte tú mismo.

Sacudí la cabeza, mi mente presa del vértigo mientras sentía cómo esa imagen de Carie y Sammy abrazándome se transformaba; porque estas no eran la Carie y la Sammy que yo recordaba. Sentí los cientos de desgarradores que ya se habían combinado con ellas. Y, aunque todavía me querían, también eran capaces de hacer trizas mi alma para satisfacer sus propias necesidades.

—Haces que suene fatal —susurró Carie con su esa voz que era como un sueño para mí—, pero es muy sencillo: los desgarradores necesitan puntualmente una inyección de nuevas consciencias, y en esta ocasión han elegido la Tierra. Todo un honor para la humanidad.

—¿Un honor? —dije, horrorizado ante estas criaturas que ya no eran ni mi esposa ni mi hija—. Roban a la gente. La despedazan. ¿Y a eso lo llamas honor? ¡Lo que hacen está mal! No tiene vuelta de hoja. ¡Está mal!

Sammy soltó una risita y dijo:

—El mal es una creación humana. Ellos no entienden el concepto.

Grité cuando Carie y Sammy hurgaron en mi alma, cada una lamiendo distintos fragmentos de mi ser, cada una saboreando y decidiendo qué partes asimilar. Sabía que simplemente tenía que ceder. Que eso me permitiría vivir con ellas para siempre. No obstante lo cual sentí crecer en mí una ira familiar.

Pataleé y mordí y golpeé y aullé, un fantasma luchando contra fantasmas. Incapaz de saber si este era realmente mi cuerpo o si no era más que una ilusión, pero a pesar de ello negándome a rendirme.

Carie y Sammy se detuvieron.

—¿No quieres estar con nosotras? —me preguntó Carie, dolida por mi decisión.

La angustia inundó de lágrimas mis ojos, pero sabía que no se trataba de mi propia emoción. Era la de ella. La de ellas.

—No —dije—. Me niego a vivir así.

Pensé que Carie se enfadaría conmigo, pero solo se rió. Su mente bailoteó por el aire igual que sus dedos solían revolotear sobre sus mágicos lienzos. Aunque, en lugar de crear colores e imágenes, en esta ocasión fueron los desgarradores los que giraron al compás de sus movimientos, ajenos a los cambios que los humanos que nos habían robado estaban introduciendo en su mundo. Carie se sumergió en un desgarrador que pasaba. Un eco de su alma se instaló en la criatura, que se disponía a atrapar a la aterrada mujer que allá en la realidad terrenal seguía aferrándose a mi cuerpo. El desgarrador la soltó y se alejó flotando, sin estar seguro de por qué se sentía avergonzado de lo que había estado a punto de hacer.

—Esto es arte —dijo Carie—. El arte más profundo.

Me acordé de Carie sentada frente al lienzo en su estudio, con Sammy trabajando a su lado, y me sentí tentado de quedarme con ellas. Terriblemente tentado. Pero la Carie a la que yo amaba nunca se hubiera llevado a nuestra hija a un mundo así. La Carie que yo conocía había desaparecido, y no me gustaba el camino tomado por lo que quedaba de ella y de Sammy.

—No —repetí.

Durante un fugaz momento, sus almas se enlazaron, nadando, entrando y saliendo la una en la otra, intercambiando retazos de conciencia mientras decidían mi destino. Y entonces Sammy, y Carie, me besaron en la mejilla.

—Te echaremos de menos —dijo mi hija, permitiéndome verla una última vez como la niña pelirroja que me abrazaba antes de cada turno.

Carie y Sammy me enderezaron, me suturaron, me recompusieron, antes de arrojarme de nuevo a la realidad. Al volver en mí me encontré con los tres refugiados del incendio, a los que el miedo había mantenido apiñados a mi alrededor. Los hice ponerse en pie y les aseguré que no les iba a pasar nada. Y entonces los llevé hasta el camión de bomberos y la seguridad de las luces.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Los desgarradores desaparecieron pocos días después.

Existen innumerables teorías sobre qué es lo que querían, pero yo creo lo que Carie y Sammy me mostraron. Los desgarradores están hechos para la oscuridad. Son incapaces de tolerar que en su mundo brille ni el más mínimo vestigio de luz. Aunque la idea de que no entraban en nuestras casas y edificios por respeto hacia nosotros es una gilipollez. Lo hacían porque de ese modo disfrutaban más con la caza. Esa ilusión de seguridad que nos concedían nos hacía vivir más atemorizados, y cuanto más los temíamos más disfrutaban ellos del festín de nuestros momentos finales de agonía.

Me niego a aceptar la creencia de los desgarradores de que el «mal» no es más que una creación humana. Tras haber estado en su mundo sé que su forma de vivir es reprobable. Totalmente reprobable. Y no dejaré de proclamar esta sencilla verdad hasta el día de mi muerte.

Pero tal vez, solo tal vez, se les pueda obligar a cambiar.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Tras regresar a mi casa después de luchar contra el incendio del refugio, dormí dos días de un tirón. Cuando por fin desperté, bajé al sótano, donde el lienzo brillaba con su suave luz azulada.

Accedí a la única obra que el sistema había recuperado. Era un dibujo de nuestra familia, pintado con los dedos por Sammy cuando solo tenía seis años. Yo tenía a Carie a un lado, el cabello pelirrojo por el hombro, su mano desproporcionadamente grande cogida de la mía. Y al otro tenía a Sammy, con una enorme sonrisa verde que rozaba las mejillas de su rostro circular, y su caricaturesca mano también cogida de la mía.

Sonreí, y asimismo sentí las sonrisas de lo que ahora queda de Carie y Sammy perviviendo en mi interior.

Me pregunté cómo serían ellas dentro de unos años, si es que los desgarradores regresaban alguna vez. A lo mejor el arte que confiaban en crear llegaría a funcionar de verdad. A lo mejor nosotros, los aterrorizados humanos, realmente podríamos transformarlos. A lo mejor lo que quedaba de mi mujer y mi hija sería la consciencia que por fin consiguiera que dejaran de cometer esas vilezas.

O a lo mejor simplemente me estoy engañando a mí mismo, por miedo a enfrentarme a la verdad de la vida.

Puesto que mi única alternativa era mantener viva esa chispa de esperanza, guardé el dibujo de Sammy y apagué el lienzo. Y me volví a adentrar en la noche para ver si en la estación les hacía falta que hiciera un turno extra.

Copyright © 2009 Jason Sanford

**La revista de ciencia ficción, fantasía y terror más completa, a la venta en Lektu y Amazon.**

SuperSonic

# El Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle

Mike Resnick

## Presentación

Mike Resnick es sin lugar a dudas uno de los autores actuales más populares dentro del género. Con sus varias docenas de novelas y más de doscientos relatos ha ganado innumerables premios: cinco Hugos, un Nebula, un Locus, tres Ignotus y otros muchos galardones en Francia, Japón, Polonia, etc. A esto tenemos que añadir sus labores como editor, ya que ha publicado más de cuarenta antologías y en la actualidad es el responsable de la revista *Galaxy's Edge*. Y, aunque gran parte de su extensa obra está traducida al español, dado que ha sido nominado a los Hugo en treinta y siete ocasiones (récord absoluto) tampoco es de extrañar que alguno de sus relatos finalistas todavía estuviera inédito en nuestro idioma.

*El Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle* (*Alastair's Baffle Emporium of Wonders*) se publicó por primera vez en la revista *Asimov's Science Fiction* en enero de 2008, y un año después fue nominado a los Hugo en la categoría de relato largo. Además de haberse incluido posteriormente en diversas antologías anglosajonas, se ha traducido al chino, ruso, checo, italiano y francés, y ahora tengo el placer de presentarlo aquí. Un cuento agridulce sobre la vida, los sueños y la magia, que creo que es un perfecto broche de oro para este tercer año.

Por último, quiero dejar constancia de mi eterno agradecimiento a Mike Resnick. No solo me ayudó a conseguir la autorización para el cuento de Robert Sheckley, sino que incluso llegó a enviarme varios de sus relatos humorísticos para que valorara si alguno podía encajar en el Especial Humor. Y, aunque finalmente el cuento seleccionado no fue uno de ellos, me parece un detalle amabilísimo sobre todo viniendo de un autor que ya goza de una enorme popularidad tanto en su país como por aquí. *Thanks again, Mike! It's a huge honor and pleasure to have your story here.*

## El Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle

**Mike Resnick**

Gold y Silver[1], esos somos nosotros. Y hemos sido un equipo desde la época en que las grandes ligas profesionales de béisbol todavía no se habían expandido hasta el otro lado del río Mississippi y

la bandera tenía solo cuarenta y ocho estrellas —y, por cierto, quedaba mucho mejor entonces, como más regular, con seis filas de ocho… o a lo mejor eran ocho filas de seis; supongo que depende de si se está de pie o tumbado—. Entre los dos hemos sobrevivido a tres esposas (una suya, dos mías) y dos hijos (los dos suyos), llevamos siendo amigos más de tres cuartos de siglo (setenta y ocho años, para ser exactos), y viviendo juntos en la residencia para jubilados Hector McPherson desde… bueno, desde que dejamos de poder vivir por nuestra cuenta.

Él es Gold, Maury Gold. Y yo, yo soy Nate Silver. Creo que era Silverstein hasta que mi abuelo se lo cambió cuando Teddy Roosevelt todavía era presidente. El padre de Maury se cambió el suyo nada más terminar la Primera Guerra Mundial, de Goldberg o Goldman o Goldyalgo. Da igual lo que fueran antes. Ahora somos Gold y Silver.

Tal como estaba diciendo, nos conocimos hace setenta y ocho años. Siempre hemos vivido en Chicago. Cuando éramos críos era una ciudad bastante segura. Los polis la habían limpiado de Al Capone y sus amigos y todavía no estaba plagada de yonquis y mendigos, así que a los dos nos dejaban coger el metro para ir por nuestra cuenta al centro, a mí desde Rogers Park, un barrio que queda al norte, y a Maury desde South Shore, a unos tres kilómetros al sur de la Universidad de Chicago, que por entonces rebosaba de genios y comunistas (características que no era nada raro que coincidieran en las mismas personas).

Una de las cosas que me encantaba hacer era ir al Palmer House, el hotel más lujoso de la ciudad. Las habitaciones empezaban en el segundo o tercer piso, pero la planta calle y la entreplanta estaban llenas de tiendas que vendían artículos de lo más fascinante: relojes que brillaban en la oscuridad; pianos que tocaban solos, y ropas y joyas importadas de lugares con nombres exóticos, como Constantinopla, Hong Kong o Bombay.

Y lo más fascinante de todo era un minúsculo comercio ubicado en la entreplanta. Se llamaba Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle y era una tienda de magia. Tenía hasta el último truco habido y por haber (o eso me parecía a mí). Había cajas en las que Alastair Baffle ponía cualquier cosa, desde una moneda hasta un huevo, y esta se desvanecía delante de tus propios ojos. Había chisteras vacías que de pronto ya no estaban vacías, sino llenas de conejos, flores o sedas de colores. Había una guillotina de tamaño natural en la que, no sé cómo, la cuchilla caía más rápida que el ojo y por arte de magia no cortaba el cuello de Alastair Baffle. Había artículos para hacer trucos con cartas y con cuerdas, y varitas mágicas que podían volar por el aire. Había un reloj con el rostro de una hermosa mujer que, justo cuando perdías interés por él, te sonreía y hablaba.

Y lo más maravilloso de todo era la exhibición de magia, que no era gratis, no, aunque si le prometías adquirir algún artículo y le enseñabas el dinero (con cincuenta céntimos solía bastar, pero si no los tenías, alguna que otra vez accedía a cambio de que le compraras algo de veinticinco), Alastair se pasaba media hora enseñándote todos los nuevos trucos que había recibido desde tu última visita.

Yo pensaba que una tienda así solo la frecuentarían los profesionales, pero la clientela no se parecía

a los magos que se ven sobre los escenarios. Y no es que de niño yo ya hubiera asistido a algún espectáculo de magia sobre un escenario, pero había visto montones de anuncios y sabía que los magos eran tipos altos y esbeltos, a los que el frac y la pajarita les sentaba tan bien como a Fred Astaire y cuyas ayudantes siempre eran mujeres ligeras de ropa que conseguían que me entraran ganas ser mayor.

Sin embargo, las escasas personas que veía entrar y salir de la tienda no se ajustaban en absoluto a esa imagen. Había un hombre que era calcadito a Paul Muni en una de esas películas en las que está huyendo de la ley. Otro iba engalanado con telas de seda y raso, y llevaba un turbante que en la parte frontal lucía una refulgente joya. También había mujeres; no del tipo que esperarías ver sobre el escenario, sino mujeres con elegantes sombreros con velo, maquillaje exótico y guantes oscuros. Era la época en la que muchas llevaban estolas de piel de zorro, cabeza incluida. Un día vi a Alastair Baffle despedirse con la mano de una clienta que salía de la tienda cuando yo entraba. Y entonces le dijo algo a una de esas cabezas de zorro en un idioma que no era inglés, y yo juraría que la cabeza lo miró y le guiñó un ojo.

Por aquel entonces, mi propina semanal era de veinticinco centavos. Yo acostumbraba a ir a la tienda en cuanto tenía cincuenta para comprar un truco, pero como cada trayecto de metro costaba veinticinco, esto era alrededor de una vez al mes. No dejaba de preguntarme por qué ningún otro chaval había descubierto esa exhibición de magia casi gratuita… y entonces conocí a Maury.

Maury llevaba más de un año yendo a la tienda, igual que yo aunque en sábados distintos, y allí miraba boquiabierto todas las maravillas y se ganaba el espectáculo de magia de Alastair adquiriendo algún artículo.

—¡Vaya, el joven señor Silver! —exclamó Alastair Baffle cuando entré en el Emporio aquella mañana de sábado—. Hay alguien a quien creo que debería conocer. —Deseé que se tratara de la ayudante ligera de ropa de algún mago, pero no era más que otro chaval, de pelo oscuro, algo flacucho y unos cinco centímetros más bajo que yo—. Señor Silver, le presento al señor Gold.

—Maury Gold —dijo él alargando la mano.

Yo se la estreché y le dije que me llamaba Nate Silver, y de inmediato perdimos todo interés el uno por el otro cuando Alastair empezó a ejecutar el truco de la cuerda corintia, seguido por el del ratón evanescente. No obstante, como a mí me sobraron diez centavos, cuando salimos nos paramos a tomar un refresco y empezamos a charlar, y descubrimos que teníamos un montón de cosas en común a pesar de que, en lo referente a los equipos locales de béisbol, él era seguidor de los White Sox mientras que yo era forofo de los Cubs. Estuvimos charlando varias horas, hasta que por fin decidimos que más nos valía irnos a casa antes de que nuestros padres avisaran a la policía, pero quedamos en encontrarnos en el Emporio de las Maravillas cuatro semanas después.

Durante dos años nos vimos todos los meses, hasta que trasladaron a su padre al norte de la ciudad y su familia se mudó, y a él le acabó correspondiendo el mismo colegio que a mí. Nos volvimos insepa-

rables. Jugábamos en los mismos equipos, leíamos los mismos libros, suspirábamos por las mismas chicas y, aunque ya no íbamos al Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle una vez al mes como antes, nos acordábamos de ir una vez al año para conmemorar nuestro encuentro.

La Segunda Guerra Mundial estalló justo por la época en la que acabamos el instituto. Los dos nos alistamos el mismo día, pero yo terminé en Europa mientras que Maury pasó los siguientes tres años y medio en el Pacífico. Él estuvo en Tarawa y Okinawa; yo, en Italia y en la batalla de las Ardenas. A ninguno de los dos nos alcanzaron en ningún momento ni las balas ni las enfermedades venéreas y, cuando nos licenciamos, decidimos montar un negocio juntos.

La verdad es que montamos un montón de negocios juntos, uno detrás de otro. Ninguno resultó ruinoso, ninguno salió adelante. Lo intentábamos con uno durante un par de años, momento en el que decidíamos que no nos íbamos a forrar con él, lo vendíamos o cerrábamos y nos lanzábamos a por otro, y así una y otra vez. Tuvimos una droguería, una pizzería, una empresa de repartos, una ferretería e incluso una tienda de discos. Este último fue el único que nos proporcionó unos beneficios decentes, pero para entonces la música de verdad había sido sustituida por el *rock and roll,* que ninguno de los dos aguantábamos, así que también lo vendimos.

Y de pronto, un día nos encontramos con que nos habíamos convertido en un par de viudos de ochenta y dos años. Mi primera mujer me la había arrebatado el cáncer, y la segunda, un derrame cerebral. La esposa de Maury había muerto en un accidente de tráfico; él también había perdido un hijo en Vietnam y una hija por culpa de las drogas. Vivíamos de nuestras pensiones, que tampoco es que fueran gran cosa. La artritis de Maury empeoraba mes a mes; había días en los que no conseguía arrastrarse fuera de la cama, días en los que caminar le resultaba demasiado doloroso. En mi caso se trataba de un montón de cosas: había perdido un pulmón en mi batalla contra el cáncer; tenía problemas de próstata, una cadera artificial y varios males más, ninguno mortal, pero la acumulación de todos había empezado dejarse notar… y, como ninguno de los dos teníamos a mano a nadie que nos cuidara, decidimos que ya era hora de irnos a una vivienda tutelada. Elegimos la residencia Hector McPherson no porque tuviera mejores servicios, y por supuesto que no por la comida, sino porque tenía un pequeño apartamento con dos dormitorios y así nos podíamos hacer compañía. Porque encima nadie más quería escucharnos. La mayoría de los otros residentes hablaban de *Tiger* Woods, Michael Jordan, Julia Roberts y Tom Cruise. Nosotros… nosotros hablábamos de Citation, aquel extraordinario caballo de los años cincuenta; de Mae West y Bogart, de jugadores de béisbol de nuestra infancia como el Bambino y *Lefty* Grove. Los otros colgaban en sus habitaciones fotografías de Pam Anderson y Paris Hilton; nosotros rememorábamos las sugerentes imágenes de *pin-ups* como Betty Grable y Rita Hayworth que teníamos en los barracones.

Nos trasladamos un par de años antes del final del milenio y estábamos razonablemente satisfechos. Supongo que algunos de los otros residentes creían que éramos gays, aunque, heteros o gays, no sé que se pensaban que podría hacer una pareja de carcamales de noventa años cuando se quedaban a

oscuras. No contábamos con ver demasiado del futuro, así que hablábamos del pasado. Hablábamos de JFK y de Nixon, y de los caballos de nuestra época, como Nashua y Swaps. Hablábamos de boxeadores, como Sugar Ray Robinson y Jersey Joe Walcott. Hablábamos de aquellos que estaban vivos y de los que no (y hay que ver cuántos había de estos, como Marilyn y James Dean y Brian Piccolo…).

Y tarde o temprano la conversación terminaba por recaer en el Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle, donde nos habíamos conocido tantos años atrás.

—¡Menudo lugar! —dijo Maury—. Y, ¿sabes qué?, yo estaba convencido de que Alastair Baffle hacía magia de verdad.

—Venga ya, Maury. Lo que él vendía eran artículos de magia, cada uno con su truco. Tú siempre le comprabas uno y te lo explicaba.

—No digo que ni tú ni yo pudiéramos hacer magia. Lo que digo es que yo pensaba que él sí podía.

—Te estás convirtiendo en un viejo chocho.

—Y tú en un viejo cascarrabias —me replicó—. Yo era un crío, ¡coño! Tenía por delante toda la vida, el mundo entero, un millón de posibilidades. ¿Por qué no iba a creer en la magia?

—Nunca dijo que fuera mago. Creo que el término es ilusionista.

—Él nunca dijo que fuera nada —insistió Maury testarudamente—, pero podía hacer desaparecer un loro o volverlo a convertir en un huevo, y a los once años para mí eso era suficiente magia.

—Era muy bueno, ¿verdad? Me pregunto por qué nunca lo vimos ni en la tele ni en el cine.

—Si el departamento de efectos especiales puede hacer volar a Superman o lanzar al *Halcón Milenario* a la velocidad de la luz, ¿para qué necesitas un mago de verdad?

—Él no era un mago de verdad —insistí.

—Para ti y para mí sí que era suficientemente de verdad. Siempre volvíamos, ¿no?

—Hasta que se nos quedó pequeño.

—A mí nunca se me quedó pequeño —porfió Maury—. La vida se va complicando cada vez más, y tenía otras cosas que hacer.

—¡Joder!, a lo mejor si lo hubiéramos contratado para actuar en nuestra pizzería no nos hubiéramos arruinado tan deprisa.

—No hubiera aceptado.

—¿Cómo lo sabes?

—Él era un artista, no un mero animador —aseguró Maury con convicción.

—Pues qué pena, porque a lo mejor podría haber hechizado a los clientes para que se gastaran más dinero.

—Es muy posible que hubiese podido, de haber querido, pero creo que el dinero le importaba un comino. ¿Por qué si no iba a dedicar media hora del sábado a mostrarnos una veintena de trucos solo para que nos gastáramos veinticinco o cincuenta centavos?

Típico de Maury: sacar a colación algún asunto, algún recuerdo de treinta, cincuenta o setenta años atrás, y darle vueltas y vueltas y más vueltas.

—Déjalo ya —dije de mal humor—. Lo más seguro es que lleve muerto medio siglo.

—¿Y qué? Gracias a él nos conocimos.

—Ya, y Wall Street se hubiera hundido de no ser por Gold y Silver.

—¿Qué te pasa? Tú antes no eras así.

—Yo antes no necesitaba mi propia provisión de oxígeno. Ni solía tener que ir al baño cada hora. Ni necesitaba bastón. Ni hacía un montón de cosas que ahora sí que hago.

—Gruñón, que no eres más que un viejo gruñón—se quejó.

—Ni que tú fueras joven. Si no recuerdo mal, había noventa velas en tu pastel de cumpleaños. Faltó nada para que provocáramos un incendio.

—Venga, Nate, se supone que tras la jubilación se disfruta de una segunda juventud. Intenta no ser tan cascarrabias, ¡caray!

—Mi segunda juventud fue hace un cuarto de siglo, y ya entonces me dolía todo.

—¿Te crees que tú eres el único que se hace viejo? Si dentro de un mes yo ya no voy a ser capaz ni de caminar de la silla de ruedas a la cama… pero, ¡puñetas!, ni por asomo pienso quedarme sentado a esperar la muerte.

Así que me cayó su arenga diaria sobre cómo no deberíamos limitarnos a ser espectadores del teatro de la vida, cómo deberíamos participar en él y, como siempre, yo intenté contener la risa al pensar en Maury, en su silla de ruedas, y en mí, con mi prótesis de cadera y mi botella de oxígeno, participando en algo. Porque es que, ¡coño!, si la mitad del tiempo a él le duelen las manos tanto que ni puede mover una ficha por el tablero de damas, y hay días, cada vez más frecuentes, en los yo que contemplo la posibilidad de arrojar el oxígeno por la ventana y terminar con todo de una vez.

Maury se tranquilizó al cabo de un rato, como ocurría siempre, y empezamos a hablar sobre a quién hubiéramos preferido tener cubriéndonos las espaldas en Tombstone, si a John Wayne o a Gary Cooper. Probablemente Clint Eastwood habría podido con ambos, pero como era un recién llegado ni lo tuvimos en cuenta.za.

—Siento haber perdido los estribos antes —se disculpó Maury.

Era lo que siempre decía, y siempre lo decía de corazón. No era culpa suya que la artritis lo tuviera tan machacado que de tanto en tanto tuviera que estallar.

—No pasa nada —le aseguré.

—Gracias.

—Ahora bien —continué—, de haber sabido lo coñazo que ibas a ser como compañero de piso, me habría asegurado de que Alastair Baffle te hubiera convertido en rana en su momento.

—Al menos así habría podido ir de gira con él. La idea que tenía Sylvia de unas vacaciones era hacer una escapada de compras a Evanston

—Alastair no iba de gira. Siempre estaba en la tienda.

—Me pregunto si todavía estará allí.

—Venga ya, Maury, cuando íbamos ya no es que fuera joven. Ahora tendría, no sé, unos ciento veinticinco o ciento treinta años.

—Lo sé, lo sé, pero aun con todo me pregunto si la tienda seguirá estando allí.

—¿Después de setenta y cinco años?

—Nos pasamos a decirle que nos habíamos alistado, ¿no te acuerdas? —dijo Maury.

—Vale, así que estaba abierta hace setenta y dos años. Menuda diferencia…

—Nate, me voy a pasar el resto de mi vida en este maldito edificio. Me gustaría salir una última vez.

—Pues sal.

—Y lo que más me gustaría ver es el Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle.

—Y a mí me gustaría ver a *Babe* Ruth cuando señaló hacia dónde iba a mandar la pelota antes de su famoso *home run* frente a los Cubs. Así que los dos estamos condenados a quedarnos con las ganas.

—Pero *Babe* Ruth está muerto y enterrado, mientras que la tienda podría seguir abierta. A lo mejor su hijo o su nieto siguen con el negocio. ¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Soy un anciano de noventa y dos años con solo un pulmón y una cadera. Bastante aventura tengo con levantarme por las mañanas.

—Bueno, pues yo pienso ir. Como espere otra semana ya no seré capaz ni de levantarme de esta puñetera silla, así que iré mañana por la mañana.

—A buscar una tienda que lo más probable es que lleve cerrada sesenta años o más. Se te está yendo la olla, Maury.

—Pues igual es cierto que se me ha ido y la encuentro en la tienda de Alastair Baffle.

Los enfermeros pasaron a ver cómo estábamos y una vez se hubieron marchado miramos un combate de lucha libre en la televisión. La lucha libre ha cambiado mucho desde los días de Verne Gagne y Ed *Estrangulador* Lewis. Ya nadie usa llaves, sino que pelean con sillas y mesas, y siempre hay un tercer

luchador que se cuela en el *ring* para sacudir a quien vaya a ser su contrincante en el programa de la siguiente semana. Al cabo de un rato me harté, como me pasa siempre, y me fui a acostar.

Cuando me desperté supuse que a Maury se le habría olvidado por completo su estúpido plan de ir al centro a la caza de la tienda de magia, pero me encontré con que ya estaba afeitado y vestido. Cuando vio que estaba despierto, se acercó en su silla hasta mi cama.

—Nate, ¿te importa si me llevo un par de tus analgésicos? Solo por si acaso.

—No, cógelos, faltaría más —dije bajando los pies al suelo con cuidado—. ¡Qué leches!, casi mejor que nos llevamos todo el frasco.

—¿Nos llevamos? —repitió.

—No pensarías que te iba a dejar ir solo, ¿verdad?

—Pues es lo que me temía —reconoció.

—¿Qué clase de amigo sería entonces?

—De los cascarrabias.

—Solo soy cascarrabias porque ya ni sé lo que hay ahí fuera, pero es posible que ya sea hora de que ambos echemos un último vistazo.

—Gracias, Nate.

—Por cierto, ¿nos está permitido salir de la residencia?

—En eso ni había caído —reconoció Maury.

—Quizás deberíamos largarnos de extranjis ya mismo, mientras todos andan ocupados preparando los desayunos y la medicación de por la mañana.

Maury asintió con la cabeza, y tras tragarse uno de mis analgésicos y un par de los suyos propios se levantó de la silla de ruedas.

—Toma —le dije alargándole mi bastón antes de dirigirme al armario para coger el que tenía de reserva—. Bajaremos por las escaleras de atrás y saldremos al callejón. Ahora todo el mundo está atareado en la parte de delante.

Y eso fue lo que hicimos.

—¿Cómo coño se va al metro desde aquí? —quiso saber Maury cuando llegamos a una esquina.

—No lo sé —admití—. Creo que con lo lejos que estamos del centro tendremos que coger el tren de superficie.

—No veo ni estaciones ni vías de tren —dijo mirando a su alrededor.

—Ni yo veo nada que se parezca a una estación de metro.

—¿Qué hacemos entonces? No pienso volver, no tras una excursión de solo media manzana.

Metí la mano en el bolsillo y saqué mi destrozada vieja cartera de cuero.

—¿Cuántas escapadas más vamos a hacer? —dije—. ¿Para qué coño me estoy reservando el dinero?

Maury sonrió y paró un taxi que pasaba. Montarnos nos llevó un par de minutos (ninguno de los dos estábamos tan ágiles como antes) y cuando por fin conseguimos instalarnos le dijimos al taxista, que parecía haber nacido en cualquier lugar excepto en Chicago, que nos llevara al Palmer House.

—¿Seguro que no quieres que paremos a desayunar algo antes? —le dije a Maury cuando ya estábamos llegando al centro.

—El Palmer House sigue abierto, porque de no ser así el taxista nos hubiera preguntado dónde estaba o qué era eso. Y si el hotel más elegante de Chicago sigue abierto, tiene que tener uno o dos restaurantes en sus propias instalaciones.

—Sí, parece razonable —asentí.

—Y así la excursión no será una completa pérdida de tiempo si la tienda ya no está.

—Venga ya, Maury. Me alegro de ver la ciudad una última vez, pero ¿no pensarás en serio que la tienda sigue allí, verdad?

—Incluso aunque no siga, allí fue donde Gold y Silver se conocieron y formaron un equipo de por vida. ¿Qué tiene de malo regresar una vez más a nuestros orígenes antes de que lleguemos al final?

—Joder, si lo hubieras planteado así anoche no hubiéramos discutido.

—Vamos, Nate, nosotros siempre discutimos. —Y con una repentina sonrisa añadió—: Probablemente sea eso lo que nos ha mantenido unidos durante tanto tiempo, que ninguno de los dos va a reconocer jamás que el otro lo ha derrotado.

No respondí, pero tenía la sensación de que no se equivocaba.

El tráfico empezó a congestionarse en serio, con esa congestión habitual en el centro, en el distrito financiero, y avanzamos a paso de tortuga, algo así como a una manzana por minuto si los semáforos estaban de nuestro lado, y menos cuando no lo estaban; pero por fin el taxi se detuvo frente a la puerta del Palmer House. Mi vista ya no es lo suficientemente aguda como para leer el taxímetro, así que empecé a pasarle billetes al taxista y, cuando su sonrisa ya fue excesiva, recuperé el último. Maury y yo entramos en el hotel renqueando.

—No ha cambiado gran cosa —señalé.

—Mira todos los dorados, brillan igual que hace setenta y cinco años —dijo él.

—¿Sabes qué?, juraría que me acuerdo de ese butacón de cuero.

—Y yo. Estoy empezando a ponerme nervioso. A lo mejor sí que sigue estando.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dije señalando las escaleras mecánicas.

Esperamos hasta que no hubo nadie que las fuera a usar —nuestros pies ya no son demasiado ligeros ni estables, ni siquiera cuando tenemos un día bueno— y subimos a la entreplanta.

—A la derecha —dijo Maury.

—Lo sé.

Tras dejar atrás una fila de comercios, la mayoría de joyas y ropa de mujer, llegamos a la tienda… pero ya no era el Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle. En el escaparate había veinte pares de zapatos femeninos, y cientos más dentro.

—¿Puedo ayudarles en algo? —nos preguntó una joven dependienta elegantemente vestida cuando nos quedamos plantados en la puerta sin ver ni lo que había ahora ni lo que había habido antes en ese local.

—No, gracias —respondí yo.

—Si están buscando la tienda de trajes de ceremonia, está al fondo de la galería.

—¿De trajes de ceremonia? —se extrañó Maury.

—Estuvo aquí hasta hace unos seis años.

—Se sorprendería si supiera lo que estuvo aquí —repuso un apesadumbrado Maury, y luego se volvió hacia mí y me dijo—: Vámonos.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté cuando estábamos llegando a las escaleras mecánicas.

—Estoy bien —dijo, y añadió—: Y vale, seré un viejo tonto, pero al menos ahora sé con seguridad que ya no está.

—¡Qué lástima! No me hubiera venido nada mal una exhibición de magia de media hora.

Bajamos a la planta calle y Maury tuvo que sentarse, incapaz de seguir soportando los dolores. Como era de esperar, eligió el butacón de cuero, así que probablemente yo iba a necesitar ayuda para levantarlo.

Tras tragarse un par de analgésicos y hacer una mueca, me pidió que le echara una mano para incorporarse. Yo ya estaba respirando oxígeno entre jadeos, así que le pedí ayuda a un vigilante mayor de pelo canoso.

—Gracias —dijo Maury una vez estuvo de pie.

—Encantado de haberles podido ayudar. ¿Necesitan que les indique cómo ir a algún sitio?

—Dudo muchísimo de que pueda —dije—. Hemos venido buscando una tienda que probablemente lleve cerrada más de cincuenta o sesenta años.

—Ha sido una ocurrencia descabellada —terció Maury—. Culpa mía.

—¿Qué tienda andaban buscando?

—Da igual —dijo Maury—. Ya no está aquí.

—Los comercios se trasladan. A lo mejor puedo ayudarles.

—Este es de antes incluso de su época —le expliqué yo.

—Tenía que ser toda una señora tienda para que les haya empujado a volver tantos años después.

—Lo era —dijo Maury—. Era una pequeña tienda de magia, y fue allí donde nos conocimos.

—¿Una cuyo dueño era un tipo con un nombre de lo más raro?

—Alastair Baffle —respondió Maury.

—Justo.

—¿Le suena? —preguntó Maury ansiosamente—. ¿Hay una foto de la tienda por algún lado?

—¿Por qué conformarse con una foto pudiendo ir a la tienda de verdad? —preguntó el vigilante.

—¿Sigue abierta? —dije con incredulidad.

—Sí, se ha trasladado un montón de veces. La última vez que supe de ella estaba justo al sur del centro, en State Street, muy cerca de donde yo iba a ver los espectáculos de variedades un tanto subidos de tono cuando era un joven bisoño. —Sonrió y nos guiñó un ojo—. Ahora lo que soy es un viejo verde.

—¿Está seguro de que se trata de la tienda de Alastair Baffle? —preguntó Maury.

—Un nombre así no se olvida.

—¡Gracias! —dijo Maury estrechándole la mano—. No sabe cuánto significa esto para mí…

—Que lo pasen bien. De vez en cuando yo también salgo en busca de mi niñez, aunque en mi caso es más probable que la encuentre en alguna tienda de cómics cerrada tiempo atrás, o incluso en el estadio Soldier Field.

Sabía a lo que se refería. En nuestra época, los Chicago Bears todavía jugaban en el estadio Wrigley Field, pero la mitad de los padres de la ciudad habían enseñado a conducir a sus hijos los fines de semana en el aparcamiento del Soldier Field.

Salimos por la puerta como pudimos y echamos a andar hacia State Street, pero Maury se vio obligado a detenerse y a apoyarse en una farola.

—Nate, detesto tener que pedírtelo, pero ¿te queda suficiente dinero para coger otro taxi? —me preguntó—. Debemos de estar a unas cinco o seis manzanas y no creo que pueda llegar tan lejos.

—Sí que me queda. ¿Tienes las piernas muy mal?

—Bastante mal —reconoció sin dejar de apoyarse en la farola.

Paré un taxi de los amarillos —no creo que queden ya de los amarillos y negros— que nos llevó a paso de tortuga calle abajo. Maury mantuvo la nariz prácticamente pegada a la ventanilla de la derecha.

—¡Mierda, Nate! —rezongó cuando pasamos por la manzana donde antaño habían estado los teatros de variedades Follies y Rialto—. ¡No está aquí! ¡Ese cabrón nos ha mentido!

—¡Pare aquí! —le dije al taxista (bueno, más bien le grité).

Nos detuvimos con un chirrido, y Maury gimió cuando prácticamente salió despedido hacia el asiento de delante.

—¿Qué coño te pasa? —refunfuñó.

—Que estás mirando por la ventanilla equivocada —dije, porque allí, en la otra acera de la calle, estaba el Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle, justo al lado del Palacio de las Delicias de Madame Fifi.

—¡Que me aspen…! —exclamó Maury mientras salía del coche entre dolores y yo pagaba al conductor; ni yo mismo creía realmente que estuviera allí.

El taxista se alejó, encantado de haberse librado de un par de viejos chiflados, y nosotros cruzamos la calle renqueando, cada uno apoyándose pesadamente en su bastón. El escaparate no era gran cosa, un par de trucos para niños y algunos pósters de Houdini, Dunninger y Blackstone, lo cual era bastante lógico: a nadie se le ocurría poner nada de valor en el escaparate, no si estaba justo al sur del centro de la ciudad. A unos bloques de allí, el barrio se había aburguesado, pero donde nos encontrábamos seguía siendo tierra de nadie, no llegaba a pertenecer ni al centro ni a la zona de bloques de elegantes apartamentos que habían remplazado a la mayor parte de las barriadas que antiguamente estaba situadas entre este lugar y Chinatown, en Cermak Road.

Me volví hacia Maury, que tenía los ojos chispeantes y abiertos como platos, igual que un niño que acabara de descubrir una tienda de caramelos.

—¿Te vas a quedar plantado aquí fuera todo el día? —le espeté—. ¿A qué estás esperando?

Maury sonrió, abrió la puerta y entró en el Emporio de las Maravillas, conmigo pisándole los talones.

El tipo de detrás del mostrador estaba vuelto de espaldas. «Vayan echando un vistazo, caballeros —dijo—. Enseguida estoy con ustedes».

El local era más pequeño que la tienda del Palmer House, pero vendía la misma parafernalia mágica: las mismas cajas de aparición, la misma selección de varitas mágicas… Me sentí como si tuviera de nuevo once años, y prácticamente pude ver cómo la artritis de Maury se estaba batiendo en retirada de su cuerpo.

Entonces el dependiente se volvió y me quedé de una pieza. Era la viva imagen de Alastair Baffle, hasta en la pequeña verruga en la punta de la nariz. Tenía que ser su nieto, o tal vez su biznieto, pero estaba claro que estaba emparentado con el original.

—¡Vaya!, el señor Gold y el señor Silver —dijo—. ¡Me alegro de verlos otra vez por aquí! Perdónenme que les diga, pero el tiempo no se ha portado tan bien con ustedes como hubiera sido de desear.

—¿Nos conoce? —preguntó Maury.

—Por supuesto. Usted es Morris Gold y usted —se giró hacia mí— es Nathan Silver. Me alegro de volverlos a ver. ¿Qué tal les fue todo al hacerse mayores? Ya veo que bien…

—Nos hicimos socios —dijo Maury.

—Gold and Silver, lógico.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunté frunciendo el ceño.

—Soy tan viejo como mi lengua y un poquito más que mis dientes. —Ante la ausencia de reacción, continuó—: Lo decía Edmund Gwenn en *De ilusión también se vive*. Un encanto de hombre. Acostumbraba a pasar por la vieja tienda del Palmer House siempre que actuaba en algún teatro de Chicago.

—¿Cómo puede todavía seguir aquí, y exactamente con el mismo aspecto que tenía hace setenta y cinco años?

—Supongo que debería decir que gracias a la dieta y a una vida saludable, pero en realidad me encanta comer, fumo montones de cigarrillos turcos y detesto hacer ejercicio.

—¿No tendrá algún truco de magia que le devuelva a uno la juventud, verdad? —preguntó Maury con una sonrisa.

—No podría permitírselo —dijo Alastair.

—A ver —tercié yo—, ¿quién es usted realmente?

—Ya se lo he dicho.

—Ya sé lo que me ha dicho, y es una sandez. No hay nadie tan viejo.

Me observó, no con enojo ni disgusto, sino con frialdad, como si estuviera estudiando un insecto. Decidí sostenerle la mirada, pero por el motivo que fuera no fui capaz de mirarle a los ojos.

—Venga ya, Nate —intervino Maury—. Es el mismo tipo, me acuerdo de él como si hubiera sido ayer.

—¿Ah, sí? Pues resulta que no debería estar igual que si hubiera sido ayer.

—Veo que lleva una cartera en el bolsillo, señor Silver —dijo Alastair, que parecía divertido, no porque estuviera pasando algo gracioso, sino por lo tremendamente incómodo que me estaba haciendo sentir—. La última vez que nos vimos era otra cosa lo que tenía en el bolsillo. ¿Recuerda lo que era?

—Claro —mentí—. ¿Qué cree usted que era?

—Un libro de tapa blanda bastante subidito de tono.

Podía ser.

—¿Y la primera vez? —continuó.

—¿Cómo coño quiere que lo sepa? —repliqué de mal talante porque sabía que me lo iba a decir, lo que significaría que yo estaba equivocado y que realmente era Alastair Baffle.

—Una chocolatina. Era un día muy caluroso, y le dije que tenía que elegir entre comérsela o trastear con los trucos, pero que no podía hacer las dos cosas porque como el chocolate estaba muy blando se le pegaría a los dedos y mancharía los artículos.

Me lo quedé mirando un minuto.

—¡Puñetas! —dije por fin—, de eso sí que me acuerdo.

—Y usted sigue aquí —dijo un entusiasmado Maury.

—La tienda es mi vida. Varias vidas, de hecho. —Miró a Maury, cuyo rostro se había puesto tenso de repente—. Creo que será mejor que se siente voluntariamente, señor Gold, antes de que termine sentado por accidente. —Sacó una silla de algún sitio y se la acercó a Maury.

—Gracias, señor Baffle —dijo Maury, que prácticamente se desplomó sobre ella.

—Llámeme Alastair. Entre viejos amigos las formalidades no son necesarias. Porque bien que somos viejos amigos. ¿Cuántos años han pasado desde que ustedes dos se conocieron en el Emporio?

Yo todavía seguía intentando averiguar qué era lo que no cuadraba, cómo era posible que se presentara como un hombre que pudiera tener ciento cuarenta años y que yo no fuese capaz de rebatírselo, pero Maury respondió presto:

—Setenta y ocho años.

—¡Cómo vuela el tiempo! —exclamó el señor Baffle—. Hubiera jurado que no eran más de setenta y cuatro o setenta y cinco.

Yo no tenía claro si había intentado hacer una gracia o si lo había dicho en serio. Mientras estaba intentando decidirlo, habló de nuevo:

—Y bien, ¿qué desean que les enseñe hoy?

—No lo sé —respondí—. A decir verdad, en realidad no esperábamos encontrar que seguía con el negocio. Ni tampoco que seguía vivo. ¿Qué trucos tiene?

—De todo.

Vi una caja de aparición con espejos en los lados, de esas que te hacen tener la impresión de que un objeto está desvaneciéndose delante de tus ojos, a diferencia de las cajas más tradicionales en las que simplemente desaparece tras haber permanecido fuera de la vista durante unos instantes.

—¿Qué me dice de eso? —dije, señalándola.

Alastair movió la cabeza negativamente.

—Podemos aspirar a algo mejor, señor Silver. De niño podía disfrutar con un truco infantil, pero ahora es adulto y ansía algo que vaya más allá de un mero divertimento pasajero, ¿no es así?

—Lo que ansío y lo que es probable que me encuentre son dos cosas distintas —apunté con ironía—. Maury, esto fue idea tuya. ¿Qué truco quieres ver tú?

—Lo dejaré en manos del señor… de Alastair —respondió Maury, cuyos dedos estaban empezando a doblarse como cuando tenía un ataque de artritis.

—Los trucos son para niños y a ustedes se les han quedado pequeños —dijo Alastair, y tras hacer una pausa continuó—: Creo que hoy les mostraré algunas de mis maravillas para adultos.

Se giró para examinar la estantería que tenía a sus espaldas. El anaquel superior estaba envuelto en un velo de oscuridad a pesar de que el resto de la habitación estaba bien iluminada. En el siguiente había un trío de cabezas reducidas; una me sacó la lengua y otra soltó una risita. También había una mesa de *ping-pong* en miniatura, de alrededor de un palmo de largo, con palas diminutas y una pelota del tamaño de una abeja; cuando la miré, las dos palas se lanzaron a un vigoroso intercambio de golpes. Un bastón de caramelo se transformó en serpiente, luego en flecha y por último de nuevo en bastón de caramelo.

—Cecil B. DeMille debería haber visitado mi tienda antes de rodar *Los diez mandamientos* —señaló Alastair cogiéndolo—. Este es mucho más vistoso que esa pieza de atrezo tan simple que utilizó Charlton Heston.

El bastón se convirtió en un cinturón y volvió a recuperar su forma original antes de que Alastair lo dejara en la estantería.

—¿Qué más puede hacer ese bastón? —preguntó Maury, con la misma expectación y credulidad de setenta y ocho años atrás.

—Meros trucos de salón —respondió Alastair con desdén—. Nada para adultos.

Y a continuación se dirigió hacia el extremo del mostrador, de donde cogió un frasquito que trajo de vuelta y depositó junto a Maury.

—¿Qué es? —pregunté yo.

—A menos que me equivoque, lo que no suele ocurrir, se trata de algo de lo que estuvieron hablando justo ayer.

—¡Joder! —exclamó Maury—, ¡echa un vistazo, Nate!

Me acerqué y miré el interior del frasco.

—¡Es él, Nate! —dijo Maury todo emocionado—. Y está apuntando hacia donde va a enviar la pelota, ¡justo igual que en la World Series del 32!

Y ahí estaba un *Babe* Ruth, de tal vez algo más de un centímetro de alto, indicando a todos seguidores dónde exactamente iba a mandar el siguiente lanzamiento. Y no se trataba de una imagen estática: el jugador que estaba entre la segunda y tercera base estaba golpeándose el guante mientras el árbitro le indicaba a Ruth que dejara de señalar y ocupara su posición.

Miré a Alastair.

—¿Cómo lo ha hecho? —pregunté.

Alastair parecía divertido, y yo me volví a sentir como un insecto.

—Con espejos.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—De las que se corresponden con el precio que ha pagado, una que vale lo que cuesta.

Saqué un billete de cinco dólares y lo puse sobre el mostrador.

—Bien —dije—, ahora sí, ¿cómo lo ha hecho?

—Lo siento, señor Silver, pero nunca ofrezco dos respuestas para una única pregunta. —dijo empujando el billete hacia mí.

—¿Qué más tiene? —quiso saber Maury.

—Varias cosas más. A ver, ¿dónde anda mi colección de Morris Gold? ¡Aquí! —Alargó las manos hacia una estantería de las de más arriba, cogió unas partituras y las sostuvo en alto para que las viéramos—. Las canciones que usted nunca llegó a componer. Y también un libro: la novela que nunca escribió. —Una mirada de infinita tristeza atravesó su rostro cuando nos enseñó la fotografía de un niño—: El nieto que nunca tuvo.

—Se parece un montón a Mark —señaló Maury. Mark era el hijo que había perdido en Vietnam—. ¿Quién es?

—Se lo acabo de decir.

—Pero yo no he tenido ningún nieto.

—Lo sé. Así que esta foto nunca ha existido, por supuesto. —Sopló sobre ella y la fotografía se desvaneció delante de nuestros ojos.

—Pensaba que hoy no nos iba a hacer demostraciones de trucos —apunté.

—Y no las he hecho. Los trucos son para los niños.

—Entonces, ¿cómo llama a lo que nos está enseñando?

—Esperanzas. Sueños. Remordimientos —dijo señalando un trío de frascos de cristal opacos.

—Lo digo en serio, ¿cómo lo ha hecho? —insistí.

—¿En serio? —repitió él. Arqueó una ceja y pareció atravesarme con la mirada, como si pudiera vislumbrar un lugar en mi interior que nadie hubiera debido ver jamás—. Cogemos dos vidas bienintencionadas, aunque nada excepcionales; las mezclamos con todos los «podría haber sido» y los «nunca fue»; las rociamos ligeramente con el optimismo de la juventud, el cinismo de la madurez y el pesimismo de los años; añadimos una pizca de triunfo y una taza de fracaso; calentamos el horno con las pasiones que se desvanecieron; espolvoreamos con solo una gotita de sabiduría, y ya está. —Sonrió, como si estuviera totalmente satisfecho con su explicación—. Nunca falla.

Me sonó a la típica gilipollez que te suelta cualquier vendedor, pero me percaté de que Maury se había tragado hasta la última palabra. Los ojos le brillaban, su rostro resplandecía de entusiasmo, y él volvía a tener once años y a estar pendiente de todas y cada una de las palabras de Alastair Baffle.

—Lo siento mucho, pero van a tener que darse un poco de prisa, ya es casi hora de dar de comer a la *banshee* y la gorgona.

—¿Podemos verlas? —inquirió Maury.

—Tal vez, pero sospecho que a ustedes les van a parecer idénticas a un par de gatos.

—¿Y a los demás? —insinué yo.

—Depende de si son capaces de ver más allá de la superficie de las cosas.

—¿Siempre fue tan rápido y ocurrente con las respuestas? —le espeté, molesto porque incluso tras todos estos años sus trucos continuaran dejándome perplejo: «ilusiones», mantenía mi cerebro, mientras que otra parte de mí seguía susurrando, «magia».

—No, señor Silver, pero por aquel entonces usted no siempre era así de rápido y sarcástico con las preguntas.

—En algunos círculos, el sarcasmo se considera un signo de inteligencia —dije a la defensiva.

—No son círculos, señor Silver. Lo único que pasa es que desde dentro no se ven todos los ángulos.

Maury lanzó un gemido justo en ese momento. Me giré y vi que tenía el cuerpo corcovado como cuando era presa de dolores. Le saqué un par de pastillas del bolsillo, se las metí en la boca y esperé un minuto antes de preguntarle:

—¿Te han hecho algo?

—No gran cosa —respondió con una mueca—. Esta vez es de las malas, Nate.

—Te llevaré a casa.

—Sí, creo que es lo mejor.

—Tan solo quiero decirles que ha sido un gran placer volver a ver una vez más a mis dos viejos amigos. Y que espero volverlos a ver en el futuro —dijo Alastair, que se había plantado de pronto entre nosotros y la puerta.

—No cuente con ello —repliqué adustamente—. Aunque no haya sido gran cosa, creo que esta ha sido nuestra última escapada al mundo.

—Entonces al menos permítame que me despida con un apretón de manos —dijo agarrando la mía, tras de lo cual se volvió hacia Maury—. Y de usted también, señor Gold.

A Maury se le vio el susto en la cara (detestaba que lo tocaran cuando tenía dolores tan fuertes), y retrocedió un paso para impedir que Alastair le cogiera la mano. Sin embargo, este me apartó con suavidad —y digo con suavidad porque no pareció emplear fuerza alguna, a pesar de lo cual tuve la sensación de que ese mismo y minúsculo esfuerzo le hubiera bastado para empujar a un elefante— y le sonrió.

—No tema, señor Gold, tendré mucho cuidado.

Tomó entre las manos la de Maury, contrahecha, huesuda y arrugada. Cuando eso mismo se lo había visto hacer a alguna enfermera, Maury siempre había gritado, y la mitad de las veces había perdido el conocimiento. Sin embargo, en esta ocasión, no chilló ni se desmayó, y ni siquiera gimió. Tan solo miró a Alastair con una extrañísima expresión en el rostro, como si estuviera volviendo a presenciar su primera exhibición de magia y el mundo fuera joven y estuviera lleno de maravillosas posibilidades.

Salí con él a la calle y paré otro taxi. Cuando me giré para ayudarle a acomodarse en el asiento posterior, lo encontré de pie, erguido sin necesidad de apoyarse lo más mínimo en el bastón. Había levantado la mano y estaba flexionando los dedos una y otra vez, como si no diera crédito a sus ojos.

Yo tenía un montón de preguntas que hacer a Alastair Baffle, pero entonces oí el clic de la cerradura de la puerta y al girarme hacia ella vi que ya había colgado un cartel que decía que había salido a comer.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

A duras penas podía creer el cambio que se había operado en Maury. Esa noche dejó de tomar dos de sus analgésicos más fuertes, y la siguiente tarde hasta barajó las cartas, algo que llevaba años sin poder hacer. Los médicos aseguraron que prácticamente era un milagro, que la artritis remite en ocasiones, pero nunca tan deprisa ni tan completamente. Maury los escuchó con educación, pero

una vez estuvimos a solas me dijo que a él no le cabía duda alguna de que todo era obra de Alastair Baffle.

Maury vendió algunas obligaciones —total, tampoco sé para qué se las estaba reservando— y la siguiente semana volvimos a bajar al Emporio de las Maravillas.

—Me alegro de volverlos a ver, mis en su día jóvenes amigos —nos saludó Alastair cuando entramos en la tienda—. ¿Qué desean que les enseñe en esta ocasión, caballeros?

—Lo que usted quiera —respondió Maury.

—Déjenme pensar. Sí, ¡tengo algo perfecto!

Entró en la trastienda y salió instantes más tarde con un ratoncito blanco de laboratorio en una jaula que podría haber albergado un perro de treinta kilos.

—El demonio-torbellino neptuniano —anunció—. Una de las criaturas más extrañas del Sistema Solar, si acaso de la galaxia.

—Seguro —dije con tono aburrido.

—¿Acaso lo duda? —preguntó Alastair con ese dejo que me hacía sentir como si él fuera un gato jugueteando con su comida… que era yo.

—Pues claro que lo dudo.

—¡Ay, hombre de poca fe! ¿Qué es lo que le hace dudar?

—¿Además de su aspecto, quiere decir? ¿Respira?

—Por supuesto. ¿A qué viene esa pregunta, señor Silver?

—A que Neptuno es un gigante gaseoso que carece de oxígeno.

—¿De veras? —Su sorpresa parecía auténtica.

—De veras.

—Bueno, me aseguraron que era de Neptuno —dijo con un encogimiento de hombros—, pero supongo que lo mismo podría ser de Pólux IV.

—Venga ya… Es un ratón blanco y es de la tienda de mascotas que hay calle abajo.

—Si usted lo dice, señor Silver.

Entonces se inclinó repentinamente sobre la jaula y dijo «¡Bu!», y en un santiamén el ratón se había convertido en una criatura de más de veinte kilos, que gruñía y giraba sobre sí misma a la par que sacudía dos pares de rudimentarias alas.

—¿Qué coño es eso? —pregunté.

—Ya se lo he dicho —respondió Alastair con una sonrisa de suficiencia—. Vive en un universo en continuo cambio, señor Silver, pero nunca debe dar por hecho que todas las cosas cambian a la misma velocidad.

Levantó el demonio-torbellino para que Maury lo viera bien y luego volvió a llevarse la jaula a la trastienda.

—Este tío está medio chiflado y tiene mucho peligro —le susurré a Maury—. Larguémonos de aquí con viento fresco.

—Tú haz lo que quieras, pero yo me quedo. Él puede hacer milagros y yo necesito otro.

Como me di cuenta de que era inútil discutir con él, me senté, clavé la mirada en una máscara funeraria tribal colgada en la pared e intenté pasar por alto la sensación de que me estaba sonriendo.

—Hoy tiene mejor aspecto, señor Gold —señaló Alastair cuando volvió a reunirse con nosotros—. Me alegro mucho de comprobar que su afección era pasajera.

—No lo era hasta que lo encontré a usted —dijo Maury.

—Me halaga que piense eso, pero yo soy un mero comerciante. Y ahora que ya les he enseñado la maravilla de hoy, ¿qué truco desean comprar?

—No veo con el ojo derecho —terció Maury—. Glaucoma, degeneración macular, no lo sé. Un montón de palabras largas carentes de significado. Haga por mi visión lo que hizo por mi artritis.

—Usted lo que quiere es un dios —dijo Alastair con una sonrisa—, y yo soy un simple tendero.

—Quiero un milagro. Y usted se dedica al negocio de los milagros.

—Yo me dedico al negocio de la magia.

—Es lo mismo —insistió Maury.

—Pídele que haga otro truco —intervine, cada vez más irritado ante la actitud de adoración de Maury—. Estoy seguro de que podría convertir a un ciego en lisiado.

—Ese cinismo del que hace gala no le sienta nada bien, señor Silver. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un frasquito diminuto que parecía contener unos polvos y que entregó a Maury—. Esta noche ponga una dosis ínfima de esto en un vaso con agua y lávese el ojo con ello. Tal vez le alivie el dolor.

—Pero si no me duele, lo que me pasa que es que no veo.

—Yo no soy médico —se excusó Alastair—. Este es el único truco que conozco para los ojos.

Maury se llevó los polvos a casa, se limpió el ojo con ellos… y a la mañana siguiente veía.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Maury vendió todas sus inversiones (que tampoco era tantas) y empezó a ir al Emporio cada pocos días, a veces conmigo, a veces solo, cuando yo no me sentía capaz de afrontar otra jornada con su idolatrado Alastair. También tomó por costumbre dar largos y enérgicos paseos por las noches y hacer fondos y abdominales por las mañanas. Últimamente lo normal venía siendo que cuando intentábamos montar un equipo con los para nosotros mejores jugadores de los Bears de todos los tiempos, Maury se olvidara de que Gale Sayers y Walter Payton habían ocupado la misma posición, o pensara que Sid Luckman en realidad se llamaba Lucky Sid Loquefuera, pero ahora no se le escapaba ni una. ¿En cuántos estados había ganado Harry Truman en 1948? ¿Cuál había sido la media de puntos de Michael Jordan durante su primera temporada? ¿Y el primer disco de oro de Rosemary Clooney? Se las sabía todas.

Alastair Baffle nunca se ofreció a venderme un truco ni yo me ofrecí nunca a comprarle uno. Maury no dejaba de insistirme, pero yo consideraba que tras pasar más de noventa años acumulando todas mis dolencias y achaques me las había ganado definitivamente. Eso no quitaba para que me resultara duro ver a Maury más vigoroso y saludable cada día que pasaba. Yo siempre había sido el más corpulento y fuerte, y ahora, por primera vez en mi vida, no podía estar a su altura. ¡Joder!, pero si es que hasta tenía más pelo… La primera vez que alguien nos preguntó si era mi hijo, a duras penas conseguí contenerme para no darles un bastonazo a cada uno.

Y un día Maury desapareció. Yo sabía que había ido a ver a Alastair Baffle (no iba a ningún otro sitio), pero esa noche no volvió. No llamó, y al día siguiente la residencia comunicó su desaparición a la policía. No sirvió de nada. Nadie fue capaz de dar con rastro alguno de él.

Pero yo sí sabía dónde estaba. Dos días después salí por el camino de detrás y me dirigí a la esquina de siempre, donde paré un taxi, que diez minutos más tarde me dejaba en State Street, delante del Emporio de las Maravillas. La puerta estaba cerrada y el escaparate vacío, y en la puerta colgaba un cartel que rezaba, «Nos hemos trasladado», sin decir a dónde.

Probé con las páginas amarillas, sin suerte. Lo intenté también con las páginas blancas. Y, ¡leche!, de haber existido páginas malvas o moradas también lo hubiera intentado con ellas. Pasé las siguientes dos semanas vagando por la zona, preguntando a todas las personas con las que me cruzaba si sabían qué había sido del Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle. Al principio se mostraban muy educadas, pero no tardaron en empezar a mirarme como si fuera el chiflado del barrio y a darse media vuelta y largarse en cuanto me veían.

Me quedé en la residencia Hector McPherson siete meses más. Como tenía un apartamento de dos habitaciones, continuamente estaban intentando que accediera a compartirlo con otro ocupante, pero Gold y Silver ya formaban equipo antes de que ninguno de los candidatos hubiera nacido, y yo no estaba por la labor de tener que amoldarme a un nuevo compañero.

Y entonces llegó el día que yo sabía que acabaría por llegar. El doctor carraspeó y titubeó antes de

decírmelo: el cáncer había reaparecido en el otro pulmón. Pregunté cuánto me quedaba. Durante unos minutos anduvo de puntillas alrededor de la respuesta y por fin me dijo que podía ser cualquier cosa entre tres semanas y tres meses. Ni siquiera me sentí triste; nueve décadas es mucho tiempo, más de lo que tiene la mayoría, y desde que Maury se había marchado la vida ya no resultaba demasiado divertida.

Cada vez me costaba más respirar, me costaba más desplazarme. Y entonces leí en el periódico que iban a reponer *Casablanca* en un pequeño cine situado en Old Town, a unos tres kilómetros al norte del centro, en ese barrio que primero fue *beatnik*, luego *hippie* y por último *yuppie*. La habían pasado por la tele unas tropecientas mil veces, pero esta iba a ser la primera reposición comercial en pantalla grande en casi cuarenta años, y yo me dije, «¿Qué mejor manera de morir que viendo a Bogey y a Claude Rains alejándose hacia lo desconocido para forjar una sólida amistad y luchar contra los malvados, lo mismito que soñábamos con hacer Maury y yo de críos?».

Me obsesioné con la idea de que quería morir así y en ese lugar. Esperé unos días más, hasta que ya casi ni tenía fuerzas para bajar las escaleras. Y entonces, en un momento en que los enfermeros y cuidadores estaba ocupados con sus diversas tareas, salí por la puerta principal y esperé el taxi que había pedido por teléfono, ya que no estaba seguro de que con ese frío fuera a tener fuerzas para esperar en la calle hasta que pudiera parar uno.

Le indiqué la dirección del cine al taxista, que me dejó frente a él quince minutos más tarde. Le entregué un billete de veinte dólares, metí en el bolsillo de la camisa uno de diez para la película y otro de veinte (por si resultaba que no me moría y necesitaba otro taxi para volver) y me dirigí a la taquilla. Cuando llegué me detuve y me di media vuelta para echar un último vistazo al mundo…

…y entonces lo vi, enclavado entre una frutería a la antigua usanza y una pequeña ferretería: Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle. Crucé la calle y miré por el escaparate. Tenía exactamente la misma pinta que la última tienda. Contemplé la puerta durante un largo instante antes de abrirla y entrar.

—Señor Silver —dijo Alastair al que mi llegada no pareció sorprender lo más mínimo—. ¿Cómo es que ha tardado tanto?

—La vida… —respondí casi sin aliento.

—La vida nos obliga a aflojar la marcha —dijo dándome la razón en un tono más comprensivo que intimidatorio—. Bueno, no se quede en la puerta con este frío. Hay alguien que le está esperando.

—¿Maury?

—Yo tenía mis dudas —dijo mientras asentía con la cabeza—, pero él me aseguró que más tarde o más temprano aparecería.

Un muchacho que me resultó extrañamente familiar entró desde la trastienda. Cuando me sonrió supe que había visto esa misma sonrisa un millón de veces antes.

—¿Maury? —dije pasmado y asustado al mismo tiempo.

—Hola, Nate. Sabía que vendrías.

—¿Qué te pasó?

—Ahora trabajo aquí. A tiempo completo.

—Pero ¡si eres un anciano!

—Ya sabes lo que se dice, uno es tan viejo como se siente. Y yo, yo me siento como si tuviera doce años, tres meses y veintidós días, —sonrió de nuevo—, que es la edad que tenía el día que nos conocimos. Y ahora nos hemos vuelto a encontrar.

—Por muy poco tiempo —dije, mentalizándome para contarle lo del cáncer—. La semana pasada me dieron malas noticias.

—Entonces son noticias de hace una semana, así que ya están de lo más pasadas —señaló sin dar muestra alguna de preocupación.

—Tengo que dar de comer a los gatos-arácnidos denebianos —anunció Alastair—. Dejaré que los viejos amigos charlen en privado unos instantes.

—¿Has entendido lo que te he dicho? —pregunté a Maury mirándolo de hito en hito—. Tengo cáncer en el otro pulmón. Me han dado tres meses, como mucho.

—¿Por qué no le preguntas a Alastair qué es lo que tiene para ti?

—¿De qué hablas?

—Mírame, Nate. Yo no soy una ilusión. Tengo doce años. Él lo hizo por mí. Y también lo puede hacer por ti. Le pedí que te guardara un puesto de trabajo.

—¿Un puesto de trabajo? —repetí frunciendo el ceño.

—Un puesto de trabajo para toda la vida —dijo recalcando significativamente el final de la frase—. Y en este lugar nunca se puede saber cuánto tiempo va a ser eso. Míralo a él, ¿sabías que una vez vio pasar a George Washington a caballo?

—Más te vale que te haya mentido, Maury.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó desconcertado.

—¿No te das cuenta de cuánto tiempo vas a tener que servirle?

—Tal como lo dices cualquiera diría que soy su esclavo —se quejó—. Me encanta trabajar aquí. Me enseña cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Tú las llamarías trucos, pero no lo son.

—Más te vale regresar conmigo, Maury.

—¿Para que pueda pudrirme en la silla de ruedas mientras me voy quedando ciego? ¿Para que no pueda siquiera coger un lápiz sin tener la sensación de que me arde la mano? Si me quedo ¡puedo seguir estando sano eternamente!

—¿Sabes cuánto tiempo es «eternamente»? —repliqué—. ¿Te limitaste a firmar el contrato sin leer la letra pequeña? ¿Cuánto tiempo te llevará pagar la deuda que has contraído con él? ¿Cuándo serás libre de marcharte?

—¡Pero si no quiero marcharme! —casi me gritó—. ¿Qué hay ahí fuera aparte de dolor y sufrimiento?

—Ahí fuera es donde está absolutamente todo. El dolor y el sufrimiento no son más que una pequeña parte de ese todo. Son el precio que tenemos que pagar para poder disfrutar lo bueno.

—Lo bueno se ha acabado para los ancianos enfermos como nosotros —terció Maury—. No deberías estar intentando convencerme de que no me quede. Debería ser yo quien te estuviera convenciendo a ti de que te vinieses aquí conmigo.

—Me parecería un fraude, Maury. Si Dios existe, me voy a encontrar con él muy pronto y tengo intención de que sea con la conciencia tranquila. Nunca defraudamos en los negocios, nunca engañé a mis esposas, y no voy a empezar con los chanchullos ahora.

—Te estás equivocando por completo en el planteamiento —insistió él—. Si no te quedas conmigo, te estarás defraudando a ti mismo. —Hizo una pausa y luego continuó—: No sé cuánto tiempo te va a guardar el puesto, Nate. No me parece que le caigas demasiado bien.

—Pues tendré que aguantarme…

—¡Maldita sea, Nate! Vas por ahí con un solo pulmón, ¡en el que encima tienes cáncer! ¡De ningún modo puedes aguantarte! Ya no puedes aguantar nada más. Vente mientras estás a tiempo. Podemos volver a ser Gold y Silver, ¡durante toda otra vida!

—Todavía no he terminado con esta. A lo mejor solo me quedan tres meses. O a lo mejor descubren un nuevo tipo de quimio o algún otro nuevo tratamiento. La vida siempre ha sido una aventura peligrosa, Maury. Hasta ahora yo me he atenido a las reglas y no pienso cambiar a estas alturas.

—¿Y qué si te curan? Te darán otros ocho meses. Él puede darte ocho décadas.

Alastair regresó entonces de la trastienda.

—Supongo que el señor Gold le ha contado lo del puesto de trabajo en la tienda… —dijo.

—Lo que necesita no es un anciano cansado y enfermo —repuse yo.

—Cierto. Un anciano cansado y enfermo no me iba a servir de gran cosa. —Y añadió tras una pausa—: Pero un joven saludable siempre me viene bien.

—Espero que tenga suerte y dé con la persona adecuada, que me temo que no soy yo. Y ahora creo que ya va siendo hora de que me marche.

—¿Sin su truco? —preguntó Alastair.

—Voy a tener que pasar del truco. Llevo el dinero justo para la película que ponen al otro lado de la calle y para el taxi de vuelta.

—Me lo puede dejar a deber. —Alastair alargó la mano, hizo brotar del aire una rosa roja y me la ofreció—. Cuidado con las espinas —me advirtió.

—Le vi hacer esto mismo la primerísima vez que visité su tienda —le dije.

—No, señor Silver, cada vez es diferente. Huela la fragancia.

—No puedo —repuse señalando mi aparato de oxígeno.

Alastair se acercó y, antes de que pudiera impedírselo, me quitó el oxígeno y lo tiró a una papelera.

—El oxígeno está prohibido aquí, señor Silver. Es demasiado inflamable.

Me preparé para agarrarme la garganta y empezar a jadear por la falta de aire, pero lo único que sucedió es que inspiré profundamente. Y me sentí bien. Me sentí de puta madre.

—Ahora sí, ¿cómo huele?

Me llevé la rosa a la nariz.

—Maravillosamente —dije asombrado.

—Me queda a deber un dólar para la próxima vez que venga a la tienda.

—Nate —dijo Maury—, ¿seguro que no te quieres quedar?

—No puedo. ¿Seguro que no te quieres marchar?

Maury movió la cabeza negativamente.

Yo no sabía si estrecharle la mano o darle un abrazo, así que tan solo clavé la mirada en él, grabando su rostro en mi memoria por última vez, y luego salí por la puerta.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Acudí al hospital para comenzar mi tratamiento dos días después. Los doctores me hicieron montones de escáneres y de radiografías, además de un análisis de sangre y alguna que otra prueba más, y luego me dejaron sentado esperando durante horas. Cuando por fin salió, el jefe del equipo me informó de que el diagnóstico inicial había estado equivocado y que después de todo no tenía cáncer.

A la mañana siguiente cogí un taxi para ir a la tienda y pagarle el dólar a Alastair. En el escaparate había un cartel: «Nos hemos trasladado».

Sigo buscando. No para aceptar su oferta, sino solo para pagarle lo que le debo, y tal vez para volver a ver a Maury una vez más y saber cómo le va. Me enteré de que había abierto una tienda en Morse Avenue, en el distrito de Rogers Park, pero cuando llegué ya se había vuelto a trasladar.

Alguien me ha comentado que han abierto una tienda de magia en Hyde Park, en la zona de la universidad, y en cuanto me sienta con fuerzas me acercaré a verla con mis propios ojos. Lo más probable es que para entonces ya no esté. No creo que Alastair quiera que lo encuentre. A lo mejor tiene miedo de que haya cambiado de opinión. Por mi parte, yo no sé lo que les diría, al hombre que vendió su alma de mil amores y al que se la compró.

Pero daría uno de los meses que me quedan a cambio de poder echar tan solo un último vistazo al Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle.

Copyright © 2008 Mike Resnick

## Notas a la traducción de *El Emporio de las Maravillas de Alastair Baffle*

[1] En inglés, *gold* quiere decir «oro», y *silver*, «plata». También cabe señalar que *baffle* significa «desconcertar».

## Un mensaje sobre los mensajes

Ursula K. Le Guin

### Presentación

Ursula K. Le Guin no debería necesitar presentación. Es posiblemente la escritora más importante del género: autora de una veintena de novelas, docenas de relatos y seis volúmenes de poesía; ganadora de todos los grandes premios relacionados con la ciencia ficción y la fantasía, y de unos cuantos ajenos a estos géneros; y, para mí, en cierta manera, compañera de profesión, porque también es traductora,

y suya es, por ejemplo, la traducción al inglés de *Kalpa Imperial*, de la argentina Angélica Gorodischer, autora que tampoco debería necesitar presentación aquí.

Además de todo lo anterior, Ursula es una de las principales *culpables* de que muchos de nosotros nos aficionáramos a la literatura fantástica, gracias a sus obras juveniles, entre las que destaca su célebre ciclo de Terramar. Por eso, cuando leyendo *Wonderbook*, de Jeff VanderMeer, me crucé con «Un mensaje sobre los mensajes» (*A Message About Messages*), me llamó bastante la atención porque, por los recuerdos que tengo de mi lectura hace ya muchos años del citado ciclo, me temo que en mi caso lo que saqué del mismo no fue un mensaje, sino un montón de horas de diversión, inmersa en un apasionante mundo lleno de personajes interesantes, aventuras y fantasía. Que es justo lo que andaba buscando.

Espero que «Un mensaje sobre los mensajes» os resulte tan interesante como los cuentos de esta antología. Si es así y os manejáis con el inglés, os animaría a que os pasarais por la página web de Ursula, ya que en ella podéis encontrar poesías, reseñas de obras literarias, consejos para los que escribís, fragmentos de sus novelas y mucho más material interesante. Y, si ese no es vuestro caso, podéis visitar el sitio web Las doce moradas del viento, en nuestro idioma y dedicado íntegramente a esta autora.

Y ya por último, quiero expresar mi agradecimiento a la agencia Curtis Brown, LTD, por las gestiones realizadas y por darme su autorización para tener este texto hoy aquí. Pero sobre todo vaya mi enorme agradecimiento para Ursula K. Le Guin, por permitirme traducir y publicar «Un mensaje sobre los mensajes», e incluso todavía más por escribir todas esas obras que a muchos de nosotros tan buenas horas nos han hecho pasar.

## Un mensaje sobre los mensajes

**Ursula K. Le Guin**

Hace un tiempo tomé buena nota de lo siguiente: «Siempre que me digan que “los chavales quieren este tipo de libro” o “los chavales necesitan este tipo de obra”, voy a sonreír educadamente y hacer oídos sordos. Yo soy escritora, no una mera proveedora, que de estas ya las hay a montones. Porque además lo que los chavales desean y necesitan más apremiantemente es lo que ellos y nosotros no sabemos que desean ni creemos que necesiten, y eso es algo que solo los escritores les pueden brindar».

Es habitual que mi ficción, sobre todo la dirigida a niños y jóvenes, sea reseñada como si la motivación de su existencia fuera el transmitir un provechoso sermoncillo (cosas por el estilo de, «Crecer es duro, pero tú conseguirás abrirte camino»). ¿Alguna vez se les pasa por la cabeza a esos críticos que la esencia de la historia podría residir en el propio lenguaje, en el fluir de la narración al ser leída, en una inexpresable sensación de descubrimiento, en lugar de en un apañado consejo?

Los lectores, tanto niños como adultos, me preguntan por «el mensaje» de esta o aquella historia, y a mí me gustaría decirles, «Tu pregunta no está expresada pertinentemente».

Como escritora de ficción, yo no hablo con mensajes, yo hablo con historias. Por supuesto que mis historias tienen un significado, pero para descubrirlo hay que enunciar la pregunta utilizando los términos apropiados para la narrativa. Términos tales como «mensaje» son adecuados para la escritura expositiva, la escritura didáctica y los sermones, lenguajes distintos al de la ficción.

La idea de que una historia «tiene un mensaje» da por hecho que puede ser reducida a unas cuantas palabras abstractas; que puede ser perfectamente resumida en un examen escolar o universitario, o en una aguda reseña crítica.

De ser eso cierto, ¿por qué se iban a tomar los escritores la molestia de inventar personajes, relaciones entre ellos, tramas, escenarios y todo lo demás? ¿Por qué no limitarse a transmitir el mensaje? ¿Acaso la historia es una caja donde esconder una idea, un disfraz con el que engalanar una idea desnuda, una cobertura de caramelo para que resulte más fácil tragar una idea amarga? «Abre la boca, cielo, que esto te sentará bien». ¿Es la ficción una verborrea decorativa que oculta una idea racional, un mensaje, que es a fin de cuentas su realidad esencial y su motivo de ser?

Muchos docentes explican las obras de ficción, muchos críticos literarios (sobre todo los de libros infantiles) las reseñan y, por lo tanto, mucha gente las lee convencidos de ello. El problema es que se trata de una premisa equivocada.

No estoy diciendo que la ficción no encierre un significado ni una utilidad. Todo lo contrario, creo que la narrativa es uno de los instrumentos más útiles con los que contamos para conseguir dar un sentido a nuestra vida: sirve para mantener la cohesión de nuestras comunidades al plantear y responder la pregunta «¿quiénes somos?», y es una de las mejores herramientas que tiene un individuo para descubrir quién es, qué es lo que la vida puede demandar de él y cómo responder ante ello.

Sin embargo, eso no es lo mismo que tener un mensaje. El complejo significado de un relato o novela serios solo puede ser comprendido implicándose en el propio lenguaje de la historia. Al traducirlo a un mensaje o reducirlo a un sermón lo estamos distorsionando, traicionando y arruinando.

Y esto es así porque una obra de arte no solo se comprende a través del intelecto, sino también a través de las emociones y del propio cuerpo.

Este hecho resulta más sencillo de aceptar en el resto de las artes. Con una danza o un cuadro de un paisaje, por ejemplo, lo más probable es que nos limitemos a hablar de las emociones que despierta en nosotros en lugar de sacar a colación «su mensaje». O pensemos en la música: sabemos que no hay modo alguno de explicar todo lo que una canción puede significar para nosotros, porque ese significado no es tanto algo racional como algo que sentimos en lo profundo de nuestro ser, algo que experimentamos con nuestras emociones y con todo nuestro cuerpo, y la lengua del intelecto no alcanza a expresar en su totalidad ese sentir.

De hecho, el propio arte es nuestra lengua para expresar esas sensaciones del corazón, del cuerpo y del espíritu.

Y cualquier reducción de esa lengua a un mensaje intelectual resulta radical y devastadoramente incompleta.

Esto es tan cierto con relación a la literatura como a la danza, la música o la pintura. Sin embargo, como la ficción es un arte hecho a base de palabras, tendemos a creer que puede ser traducida a otras palabras sin que se pierda nada. De ahí que la gente pueda pensar que una historia no es más que un mero instrumento para transmitir un mensaje.

Y por eso los chavales me preguntan con toda su buena fe: «Cuando tienes un mensaje, ¿cómo lo haces para inventarte una historia donde encajarlo?». Y lo único que puedo responderles es: «¡Las cosas no funcionan así! Yo no soy un contestador automático… ¡Yo no tengo un mensaje para vosotros! Lo que sí que tengo es una historia».

Y lo que se saque de esa historia, ya sean discernimientos, percepciones o emociones, depende en parte de mí, puesto que desde luego que para mí esa historia está preñada de significado (incluso aunque solo sea capaz de averiguar de qué trata una vez la haya terminado de narrar). Pero también depende de ti, del lector. Leer es un acto apasionado. Cuando lees una historia no solo con la cabeza sino también con el cuerpo, los sentimientos y el alma, igual que se hace al bailar o al escuchar música, entonces te apropias de ella. Y puede convertirse en algo infinitamente más trascendental que cualquier mensaje. Puede ofrecer belleza. Puede hacerte sufrir. Puede simbolizar la libertad. Y cada vez que la releas puede tener un sentido distinto para ti.

Me siento dolida y ofendida cuando los críticos tratan tanto mis propias novelas como otras obras infantiles serias como si fueran sermones con una cobertura de caramelo. Por supuesto que se escriben montones de libros didácticos y moralizadores para jóvenes, que pueden ser analizados como tales sin que se pierda nada. Sin embargo, con las auténticas obras literarias infantiles, con El hijo del elefante o El hobbit, los docentes y críticos literarios cometen un grave error cuando las tratan como si fueran meros vehículos de ideas en lugar de como obras de arte. El arte nos libera; y el arte de las palabras nos puede llevar más allá de lo que podemos expresar con palabras.

Ojalá nuestras clases, nuestras reseñas, nuestras lecturas sean un canto a esa libertad, a esa liberación. Ojalá que, en lugar de buscar un mensaje cuando leemos una historia, seamos capaces de pensar: «Esta es una puerta abierta a un nuevo mundo, ¿qué encontraré en él?».

Copyright © 2015 Ursula K. Le Guin

Used by permission of Curtis Brown, Ltd. All rights reserved / Publicado con la autorización de Curtis Brown, Ltd. Todos los derechos reservados.